

SANCHO DÁVILA, SOLDADO DEL REY

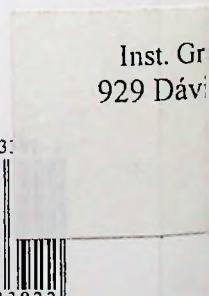
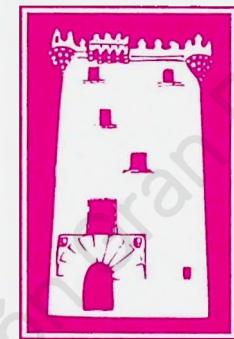
Gonzalo Martín García



de Alba
, Sancho



DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ÁVILA
INSTITUCIÓN GRAN DUQUE DE ALBA





Institución Gran Duque de Alba





Institución Gran Duque de Alba

CDU 929 Dávila y Dato, Sandoval

Gonzalo Martín García

SANCHO DÁVILA, SOLDADO DEL REY



2010



Fotografía de cubierta: Retrato de Sancho Dávila.

© De las ilustraciones:

Ana de Lamo Guerras: p. 21, 239.

Archivo fotográfico de la catedral de Ávila: p. 36, 63.

Archivo Histórico Provincial de Ávila: p. 19.

Archivo Oronoz: p. 135.

Ayuntamiento de Callosa d'en Sarrià: p. 102.

Biblioteca Nacional de España: 87, 112, 121, 128, 129, 146, 167, 174, 177, 185, 212, 214, 215, 221, 230.

Jesús R. Hernández Hernández: p. 48, 58, 96, 140.

Ricardo Muñoz: 277, 279.

ISBN: 978-84-96433-92-2

Depósito Legal: AV-92-2010

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	9
1. LOS COMUNEROS	13
1.1. EL SITUADO DE LA REINA GERMANA	17
1.2. LAS CORTES DE LA CORUÑA	22
1.3. EL LEVANTAMIENTO COMUNERO	28
1.4. LA EMBAJADA AL REY	36
2. EN ÁVILA DE LOS CABALLEROS	43
2.1. RECOMPONIENDO UNA IDENTIDAD	51
2.2. ÁVILA, CASA Y CALLE	55
2.3. LAS LETRAS	65
2.4. LAS ARMAS	74
3. EL CASTELLANO DE PAVÍA	79
3.1. LA GUERRA EN ALEMANIA	82
3.2. EN LA TOMA DE MAHDIA	85
3.3. EL CAPITÁN SANCHO DÁVILA	87
3.4. REGRESO A LA TIERRA	91
3.5. LAS DEFENSAS DE LA COSTA DEL REINO DE VALENCIA	99
3.6. CASTELLANO DE PAVÍA	102
4. UN HOMBRE DEL DUQUE DE ALBA	107
4.1. LOS PROBLEMAS DE LOS PAÍSES BAJOS	110
4.2. EL EJÉRCITO DE ITALIA	114

4.3. EL CAMINO DE FLANDES	118
4.4. BRUSELAS, LA REPRESIÓN	122
4.5. LA DERROTA DE LOS REBELDES	125
5. EL CASTELLANO DE AMBERES	131
5.1. LA CIUDADELA DE AMBERES	134
5.2. ¿Y POR QUÉ NO UN HÁBITO DE SANTIAGO?	139
5.3. EL PROBLEMA DEL IMPUESTO DE LA ALCABALA	144
5.4. LA GUERRA	148
5.5. EL FRACASO DEL DUQUE DE ALBA	158
6. LA VICTORIA DE MOCK Y EL MOTÍN DE AMBERES	163
6.1. LA PÉRDIDA DE MIDDELBURG	166
6.2. LA VICTORIA DE MOCK	169
6.3. EL MOTÍN DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS	179
6.4. LOS PROBLEMAS DE LA GUERRA EN EL MAR	187
6.5. LA MUERTE DE LUIS DE REQUESENS	192
7. LA FURIA ESPAÑOLA	197
7.1. LOS AMOTINADOS DE ALOST	201
7.2. EL SAQUEO DE AMBERES	207
7.3. EL CAMINO DE REGRESO	216
8. LA ANEXIÓN DE PORTUGAL	225
8.1. CAPITÁN GENERAL DE LA COSTA DEL REINO DE GRANADA	228
8.2. LA DEHESA DE VILLAGARCÍA, UNA TIERRA PARA UN MAYORAZGO	236
8.3. LA CUESTIÓN PORTUGUESA	243
8.4. LA INVASIÓN DE PORTUGAL	247
9. MUERTE EN LISBOA	255
9.1. LA CAMPAÑA DE OPORTO	259
9.2. ENTRE EL DUERO Y EL MIÑO, EN BUSCA DE DON ANTONIO	265
9.3. MUERTE EN LISBOA	269
9.4. LA CAPILLA MAYOR DE LA IGLESIA DE SAN JUAN	276
EPILOGO	283
BIBLIOGRAFÍA	289

PRESENTACIÓN

Sancho Dávila no es un personaje desconocido. Su nombre figura inscrito en el monumento a las Grandezas de la ciudad de Ávila, en la plaza del Mercado Grande; su rostro aparece esculpido en uno de los medallones que, representando a personajes ilustres de nuestra historia, orlan la Plaza Mayor de la ciudad de Salamanca; y su sepulcro y el de su mujer ocupan los laterales de la capilla mayor de la iglesia de San Juan que su hijo ayudó a reconstruir a finales del siglo XVI con parte de su herencia.

Hidalgo abulense, hijo de un comunero, aprendió a ser soldado en Italia, en el Mediterráneo y en Alemania a las órdenes del III Duque de Alba y después, a partir de la década de los sesenta, se convirtió en uno de los más famosos capitanes de los ejércitos de Felipe II. Y como capitán estuvo presente en multitud de escenarios bélicos, desempeñando siempre misiones arriesgadas. Fue castellano de Pavía, castellano de Amberes, dirigió a las tropas que obtuvieron la victoria en Mock frente al conde Ludovico de Nassau, fue capitán general de la costa del reino de Granada y desempeñó el cargo de maestre de campo general del ejército que ocupó Portugal y ganó aquel reino para Felipe II.

Sus hazañas le valieron ascensos, dinero y fama. Sobre todo, fama. Ya en vida lo conocen en toda Europa y lo citan la mayor parte de los historiadores y cronistas de la época. Poco después de su muerte le dedican párrafos laudatorios algunos de los más importantes historiadores abulenses que escribieron a finales del siglo XVI o principios del siglo XVII: Antonio de Cianca, Luis Ariz o Gil González Dávila. Después en el siglo XVIII don Jerónimo Manuel Dávila y San-Vítores, descendiente suyo y poseedor del mayorazgo que fundó Sancho Dávila en el momento de su muerte, y en el siglo XIX el marqués de Miraflores escribieron sendos estudios biográficos sobre el personaje.

Ahora Gonzalo Martín García viene a recordarnos de nuevo su importancia histórica. Repasa de nuevo la biografía del personaje. Pero siguiendo los acontecimientos de su vida se pueden entrever cuestiones que tuvieron una importancia decisiva para la evolución histórica del siglo XVI. Algunas tienen relación con la historia de la ciudad: el conflicto de las Comunidades, en que participa el padre de Sancho, y la integración posterior de los abulenses en el nuevo sistema político, social y económico que impone Carlos I en Castilla, por ejemplo, o la importancia del ambiente físico y cultural de la ciudad como marco de la formación infantil y juvenil del personaje y de todos los hidalgos de su generación o, también, la atracción que ejerce para los soldados que luchan fuera, en la frontera, la tierra donde se criaron, a la que desean volver para asentarse en ella el resto de sus días o para ser sepultados en una de sus iglesias. Algunas tienen relación con los problemas de la Monarquía: la falta de dinero, el problema de los motines de los soldados a quienes faltan las pagas, la dificultad de definir el papel de un ejército español en territorios de la Monarquía que no eran españoles o el papel del ejército para hacer funciones de policía en un territorio recién anexionado como era el reino de Portugal. Algunas, finalmente, expresan el drama de ciertos hidalgos de la época que, a pesar de sus méritos personales, no logran conseguir la distinción a la que aspiran por no poder demostrar limpieza de sangre alguna de las ramas de sus antepasados: la frustración que suponía para muchos el establecimiento paulatino de una sociedad de castas.

Mis felicitaciones al autor porque sé que muchos lectores se deleitarán al ir pasando las páginas de este libro y querrán, al terminar, que hubieran sido más. Era ya hora de poner en valor la figura de este personaje abulense y por ello, y para finalizar, agradezco a la Institución Gran Duque de Alba su acierto al publicar esta obra, tan amena como bien documentada. Espero que os guste a todos.

Agustín González González
Presidente de la Diputación de Ávila

INTRODUCCIÓN

Sabido es que desde la Edad Media la nobleza originaria de la ciudad de Ávila, tomando como referencia antiguas y enmarañadas relaciones de parentesco, estaba agrupada, a efectos de repartirse los oficios concejiles y el ejercicio del poder municipal, en dos grandes linajes o cuadrillas: el linaje de Esteban Domingo y el linaje de Blasco Jimeno. En el siglo XVI el linaje de Esteban Domingo estaba encabezado por los Dávila, señores de Villafranca y Las Navas: todos sus miembros lucían la divisa de trece roeles en los escudos de sus casas y los regidores que lo representaban –la mitad del ayuntamiento– se sentaban cuando acudían al consistorio en el banco de San Juan, llamado así porque las juntas de su cuadrilla venían celebrándose desde siempre en la iglesia de San Juan. El linaje de Blasco Jimeno estaba encabezado por los Dávila, señores de Villatoro y Navamorcunde: lucían todos la divisa de seis roeles en sus escudos y sus regidores –la otra mitad del ayuntamiento de la ciudad– se sentaban en el banco de San Vicente, llamado así porque las juntas de su cuadrilla venían celebrándose tradicionalmente en dicha iglesia. Y, sin embargo, paradójicamente, desde finales del siglo XVI, la iglesia de San Juan luce en el frontón que preside la fachada de su cabecera un enorme escudo con la divisa de los seis roeles que identificaba a la cuadrilla de San Vicente. Todo porque en la capilla mayor de la iglesia de San Juan está enterrado un humilde hidalgo del linaje de Blasco Jimeno: Sancho Dávila.

Sabido es que Carlos I recibió en herencia un conjunto de reinos distintos, cada uno de ellos con su constitución propia y diferenciada, que sólo tenían en común la figura del soberano. Esa estructura hacía difícil la gobernabilidad. Por una parte, la creación de órganos comunes de gobierno comportaba necesariamente el acrecentamiento del poder del rey y el detrimento de la autonomía de cada reino; por otra, la dispersión de sus reinos impedía al rey residir al mismo tiempo en todos ellos y, por

tanto, en todos, menos en uno, tenía que gobernar por delegación a través de virreyes o gobernadores. Por eso, la marcha de Carlos I a tierras alemanas para recibir la Corona del Imperio, con todo lo que ello implicaba, fue el detonante que desencadenó en Castilla la revuelta de las Comunidades. Antón Vázquez Dávila, hidalgo abulense, no dudó entonces, como tantos otros, en alinearse en el bando de los comuneros para luchar contra el ejército de los gobernadores del rey. Felipe II igualmente recibió en herencia un conjunto de reinos diferentes, dotado cada uno de ellos de su propia constitución, que sólo tenían en común la figura del soberano. Mejorar la gobernabilidad sólo era posible haciendo reformas que implicaban el incremento del poder del soberano y recortaban las prerrogativas y particularidades de cada reino o de cada estado. Y se repetía el problema de la presencia del rey, señor natural, en cada reino. Por eso, poco después de que Felipe II abandonara Bruselas con destino a España, estalló la revuelta de los Países Bajos. Sancho Dávila, hidalgo abulense, el hijo de Antón Vázquez Dávila, comunero, fue un destacado capitán del ejército del rey enviado para reprimir la rebelión y combatir a los rebeldes levantados contra el rey: cuestiones de cambio histórico, de cambio de generación.

Sancho Dávila sirvió al rey con las armas durante más de treinta años. Luchó en Alemania, Italia, África, los Países Bajos y Portugal. Por méritos en la guerra ascendió desde el oficio de soldado hasta los más altos puestos de la escala de mando, llegando a dirigir el ejército que venció en la batalla de Mock y a ser maestre de campo del ejército expedicionario que tomó la ciudad de Lisboa ganando un reino para Felipe II. Por destacar en la guerra, y por la mediación del duque de Alba, que gobernaba en los Países Bajos, el rey le concedió la merced de un hábito de caballero de la Orden de Santiago. Si los ascensos en la escala de mando del ejército significaban reconocimiento oficial de su valía personal y profesional, la posesión de un hábito de una orden de caballería significaba acrecentamiento de su prestigio social y del prestigio de su familia. Claro está que, para que la merced concedida se hiciera efectiva, quien la recibía debía cumplir los requisitos estipulados en los estatutos de la Orden. Muchos caballeros abulenses habían conseguido semejante merced sin otro mérito que el de ser miembro de una familia determinada. Pero Sancho Dávila, a pesar de todos sus méritos, a pesar de haber luchado toda su vida en los ejércitos del rey en defensa de la fe cristiana, objetivo último de las órdenes militares, no lo consiguió. Por el proceso informativo abierto, como era obligado, para hacer efectivo el ingreso a la orden de caballería de Santiago se pudo saber que su abuela materna estaba emparentada, al menos en tercer grado, con conversos segovianos. Eso le impedía vestir el hábito de la Orden de Santiago.

La causa: el crecimiento imparable de una sociedad de castas, el valor creciente de la limpieza de sangre.

Sancho Dávila era un soldado valeroso. En muchas ocasiones había cabalgado al frente de la vanguardia del ejército y había participado en un sinfín de encuentros armados, escaramuzas y encamisadas. Había combatido en mar y en tierra, en el agua y en el barro, en asedios a ciudades y en campo abierto. Había arriesgado su vida muchas veces. Y, sin embargo, murió de resultas de la patada que le dio en el muslo un caballo al que estaba viendo herrar en la ciudad de Lisboa. Paradojas¹.

¹ A Alonso Álvarez de Toledo, marqués de Villanueva de Valdueza, propietario de la casa en la que según la tradición nació Sancho Dávila quiero agradecerle aquí sus atenciones y su amabilidad.



1. LOS COMUNEROS

Cuenta Prudencio de Sandoval, cronista del rey, que en los primeros meses del año 1521 un caballero abulense, Antón Vázquez Dávila, llegó a Worms¹, la ciudad alemana en que Carlos V acababa de convocar la Dieta del Imperio. Había salido de Tordesillas, donde estaba recluida la reina Juana y donde se había reunido últimamente la Junta de las Comunidades de Castilla, había seguido hacia el Norte la ruta de la lana para llegar por mar a los Países Bajos y desde allí, después de pasar por Amberes y Bruselas, había marchado hasta Worms.

El viaje proporcionó a Antón Vázquez Dávila nuevas experiencias y, sin duda alguna, motivos de reflexión. Al menos, la oportunidad de tomar conciencia de la importancia que tienen la escala y la perspectiva para el planteamiento y resolución de los problemas políticos. Había vivido siempre en Ávila y había participado desde tiempo atrás en la vida pública de la ciudad. Los hombres como él, que tanto abundaban en las ciudades castellanas del siglo XVI, parecían estar seguros de sí mismos y de sus convicciones, parecían conocer muy bien la realidad social y cultural en que vivían y saber lo que estaba bien, lo que estaba mal y lo que era más conveniente para la república de la ciudad. Se deja entrever en la redacción de las actas consistoriales, en que los escribanos del concejo reflejan las intervenciones de regidores o procuradores que daban su parecer sobre los acuerdos que se debían adoptar en cada momento. Pero los últimos acontecimientos acaecidos en Castilla y, sobre todo, el conocimiento de nuevas tierras, nuevas ciudades y hombres diferentes y los rumores sobre los peligros que se cernían sobre la cristiandad en el Mediterráneo, en los Balcanes y en la propia Alemania, donde Lutero parecía dispuesto a no retractarse de sus tesis heréticas, empezaban a remover los fundamentos en que se había basado hasta

¹ SANDOVAL, Prudencio de. *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. SECO SERRANO, Carlos (Ed.). Edición digital basada en la edición de Madrid: Atlas, 1955-56, tomo I, libro séptimo, VI (<http://cervantesvirtual.com>).

entonces su forma de ver las cosas. Él era un comunero² y se había opuesto decididamente a las medidas que el rey Carlos de Austria había adoptado en el reino de Castilla antes de partir hacia Alemania.

No era más que un caballero con escasos recursos económicos. En Duruelo de Rioalmar, en Blascomillán, en Mancera y otros pueblos situados en la zona de transición entre la serranía abulense y la tierra llana de La Moraña tenía encinares, tierras de pan llevar, huertas, huertos, casas y corrales cuyas rentas le permitían mantener su casa en la ciudad con cierta dignidad, alimentando criados, criadas, algún mozo de caballos y algún paje que solía acompañarle a él o a su mujer. Poco más. Nada que le invitara a hacer ostentación de sus riquezas. Tal vez por eso ni él ni su familia fundaron nunca una capilla donde enterrarse en ninguna de las muchas iglesias de la ciudad de Ávila; tal vez por eso nunca pensó en fundar un mayorazgo y, tal vez por eso, murió con deudas y su viuda tuvo que vender una de las heredades que tenía en Blascomillán para dotar convenientemente a su hija cuando esta profesó como monja en el monasterio benedictino de Santa Ana³. Pero pertenecía al linaje de Blasco Jimeno, uno de los dos linajes en que a efectos de reparto del poder municipal estaba encuadrada desde tiempo atrás toda la nobleza abulense, y eso hacía de él un hombre importante, uno de los *buenos*, según declaración de sus vecinos, bien relacionado, siempre en tratos con las gentes «más principales» de la ciudad de Ávila⁴.

Luis Ariz, el fraile benito que escribió a comienzos del siglo XVII sobre la genealogía de la nobleza abulense, dice que era hijo de don Hernán Vázquez Dávila y de doña Bernardina de Olarte de Solís, nieto por línea paterna de Fernán Blázquez Dávila, señor de Duruelo de Rioalmar, y biznieto de Juan Blázquez Dávila, hijo a su vez de Fernán Blázquez Dávila, señor de San Román, de quien descendía también, por línea de varón, Hernán

² Sobre los comuneros en Ávila, ver BELMONTE DÍAZ, José. *Los Comuneros de la Santa Junta. La «Constitución de Ávila»*. Ávila: Caja de Ahorros, 1986; RUIZ-AYUCAR, María Jesús. «Aportación a la historia de las Comunidades en Ávila». *Cuadernos Abulenses*, 7 (enero-junio 1987), p. 219-240; TAPIA SÁNCHEZ, Serafín de. «La participación de Ávila en las Comunidades de Castilla». En: *Ávila en el tiempo. Homenaje al profesor Ángel Barrios*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2007, vol. III, p. 139-182. De todos ellos tomamos planteamientos, conceptos, datos concretos y fuentes documentales.

³ *Testamento de doña Ana Daza, viuda de Antón Vázquez Dávila, en 13 de febrero de 1546*. ARCHIVO HISTÓRICO PROVINCIAL DE ÁVILA (AHPAv), Protocolos Notariales, 55, papeles sueltos.

⁴ *Declaración de testigos en el proceso abierto para la concesión o denegación de la merced de un hábito de caballero de Santiago*. ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN), Órdenes Militares, Santiago, exp. 8581.

Gómez Dávila, por aquel entonces cabeza de la Casa de Velada⁵. Estaba orgulloso del prestigio de su familia y podía presumir, como hacían tantos abulenses, de la antigüedad de su linaje, que decían que se remontaba, al menos, hasta Fernán Blázquez, hermano del obispo Sancho Dávila, aquel que «lubó en su guarda al rey don Alfonso el Onçeno en el címorro de Ávila»⁶. Había estudiado leyes y en ocasiones había ejercido en Ávila el oficio de procurador de causas, lo que le había permitido conocer de cerca la realidad social y política y le había empujado a lo largo de su vida a participar activamente en la solución de los problemas que afectaban a la colectividad. Formaba parte del grupo social que, tal vez sin ser consciente de ello, como si fuera algo que les viniera dado desde su nacimiento, por su condición de nobles, identificaba sus valores y sus intereses con los intereses de la ciudad.

Por eso se había convertido en actor y, sobre todo, en espectador excepcional de los acontecimientos ocurridos en Ávila y en Castilla en los últimos años. Como otros muchos, consideraba que el rey Carlos, con su actuación, había traicionado la esperanza que su venida a España había generado en la ciudad de Ávila y en todo el reino de Castilla.

1.1. EL SITUADO DE LA REINA GERMANA

El 23 de enero de 1516 moría el rey Fernando el Católico en Madridejos, a medio camino entre Toledo y Ciudad Real, y ese mismo día comenzaba para Castilla el tiempo del príncipe Carlos. Aquel muchacho, que no había cumplido aún los dieciséis años, que había nacido en Gante y se había educado en tierras de Flandes, en la corte de su tía Margarita, era, en realidad, un extraño para los castellanos, pero era el primogénito de la reina Juana y, a pesar de las reticencias que durante algún tiempo manifestara su abuelo Fernando, le correspondía ser, por derecho propio, señor natural del reino de Castilla. En dos ocasiones le habían jurado los procuradores de las ciudades castellanas, entre ellas Ávila, como príncipe heredero y legítimo sucesor a la Corona: una, en 1506, en las Cortes que se juntaron en la villa

⁵ ARIZ, L. *Historia de las grandes de la ciudad de Ávila*. SOBRINO CHOMÓN, Tomás (Ed.). Ávila: Obra Cultural de la Caja General de Ahorros y Monte Piedad, 1978, p. 307. La genealogía de Antón Vázquez Dávila la repite y completa un siglo después don Jerónimo Manuel Dávila y San-Vítores, que dice ser «vezino y regidor perpetuo de la ciudad de Ávila, tercero nieto de Sancho Dávila y quarto poseedor del mayorazgo que fundó», en DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra, hechos de Sancho Dávila: sucessos de aquello tiempos, llenos de admiración. Algunas noticias de Ávila, sus pobladores y familias, que tocan al que lo escribe*. Valladolid: Por Antonio Figueroa, 1713, p. 347-48.

⁶ Declaración de testigos... AHN, Órdenes Militares, Santiago, exp. 8581.

de Valladolid, tras la muerte de su padre don Felipe; y otra, «para mayor segurydad e firmesa de la subcesión»⁷, en 1510, en las Cortes de Madrid, en las cuales se aprobaron las capitulaciones firmadas entre el emperador Maximiliano, en representación del príncipe Carlos, y el rey don Fernando para la administración y gobernación del reino de Castilla por parte de este hasta que el príncipe cumpliera los veinticinco años de edad⁸. Ahora había muerto el rey Católico y, recluida en Tordesillas la reina Juana, Carlos había de convertirse en rey de la Corona de Castilla y, tras la lectura del testamento de Fernando, en rey de la Corona de Aragón.

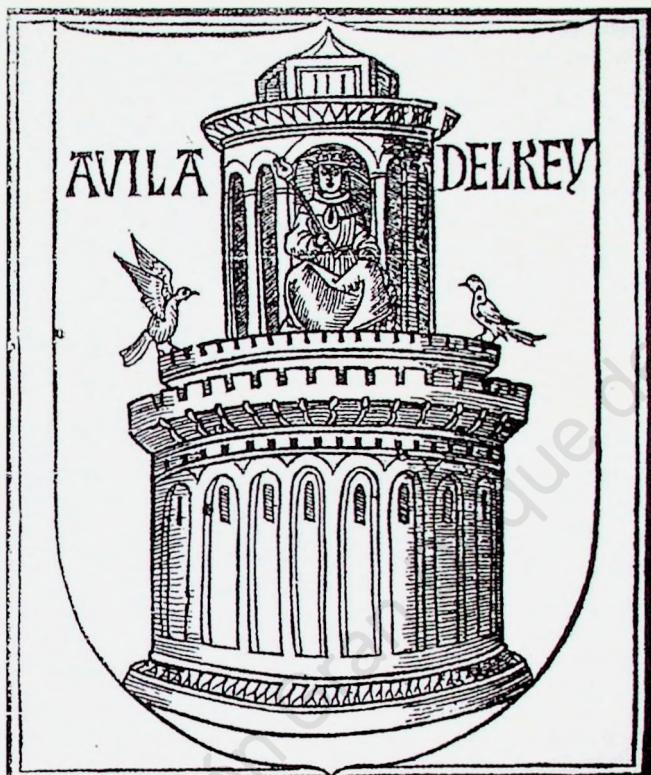
Inmediatamente debía abandonar Flandes para trasladarse a España, donde parecía vislumbrarse el comienzo de una nueva época. Con su venida se esperaba que acabarían para siempre la provisionalidad de las regencias, la inestabilidad política de tiempos pasados y la incertidumbre de la sucesión. Esas situaciones, que tan próximas estaban, siempre deparaban alteraciones y desasosiego, peligro de parcialidades y banderías nobiliarias, como las acaecidas en Ávila tras la muerte de la reina Isabel⁹, y, lo que más temían las ciudades de realengo –y Ávila lo era–, traían para ellas el riesgo de ser transformadas en señoríos, de convertirse en un simple instrumento de pago y, de ese modo, quedar vinculadas para siempre a alguna de las casas más principales de la nobleza castellana. Para intentar protegerse de tal eventualidad, la ciudad de Ávila había proclamado una y otra vez en los últimos tiempos su carácter realengo, su fidelidad al rey y sus viejos privilegios, ganados como recompensa de los innumerables servicios prestados a la Corona a lo largo de su historia. Por eso, el blasón diseñado para el concejo en 1510 por Gracia Dei, rey de armas de los Reyes Católicos, representaba la figura de un castillo, fácilmente identificable con el cimorro de la catedral, y la figura de un rey asomado a sus almenas¹⁰. Ahora, con la llegada del príncipe Carlos, desaparecerían definitivamente los riesgos del pasado: Ávila, como siempre, seguiría siendo de realengo, su jurisdicción seguiría dependiendo directamente de la Corona y sus rentas seguirían pagándose directamente al rey.

⁷ AHPAv, sección de Ayuntamiento (Ayto.), Actas Consistoriales (Actas), C1 L1, fls. 45v-47, 51-52v.

⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C1 L1, fls. 89v-9.

⁹ SOBRINO CHOMÓN, Tomás. «El monasterio premonstratense de Sancti Spiritus». *Cuadernos Abulenses*, 19 (enero-junio 1993), p. 19; DIAGO HERNANDO, Máximo. «Conflictos políticos en Ávila en las décadas precomuneras». *Cuadernos Abulenses*, 19 (enero-junio 1993), p. 69-102.

¹⁰ AHPAv, Ayto., Actas, C1 L1, fls. 20v-21.



CABUCHAS HISTORIAS DIGNAS DE SER SABIDAS Q ESTAUAN OCULTAS Y
ORDENADAS POR GONZALO DE AYORA DE CORDOVA: CAPITAN
Y CORONISTA DE LAS CATÓLICAS MAJESTADES. **L**UM PULLEJO **A**CADE

Blasón de la ciudad diseñado por Gracia Dei tal y como lo
reprodujo Gonzalo de Ayora en el Epílogo.

Esperanza vana. Pocos meses después de la muerte de Fernando el Católico se supo en Ávila que, para amparar a Germana de Foix, como su abuelo le había pedido, el joven rey había entregado en señorío a la serenísima reina viuda de Aragón las villas de Arévalo y Olmedo¹¹. La noticia provocó inquietud y malestar en todas las tierras próximas, cuyos pobladores empezaron a temer que aquella decisión redundara en perjuicio de toda la región, como había ocurrido en otras ocasiones. E inmediatamente se produjeron reacciones de oposición en las villas afectadas. En Arévalo Juan Velázquez, alcaide de su fortaleza, levantó barricadas para defenderse de

¹¹ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L3, fl. 37.

posibles represalias de la población¹² y el concejo, mientras tanto, se dirigió a la ciudad de Ávila pidiéndole apoyo para sus reivindicaciones.

En respuesta a dicha petición, el corregidor de Ávila convocó a todos los regidores y a varios representantes de la nobleza y de los hombres buenos del común para debatir sobre la situación. Seguidamente el concejo se dirigió al rey evocando los conflictos de tiempos pasados, recordando

[...] la ysperiença notoria que, por averse otra bes dado a otra señora reyna, se perdió de la Corona real, de que se siguieron grandes deservicios a los reyes, de gloriosa memoria, vuestros agüelos e visagüelos, e grandes daños a esta çibdad e a todas las otras comarcanas a la dicha villa [...].

y suplicándole por escrito que mudara su decisión y mandara aposentar a la reina viuda en otros lugares donde no hubiera razones para tomar aquella concesión como un agravio¹³. De ese modo el concejo de Ávila ponía claramente de manifiesto su solidaridad con la ciudad de Arévalo al mismo tiempo que trataba de explicar y justificar la inquietud que por aquella causa embargaba a la población abulense. Pero lo que en principio no era más que una simple inquietud se convirtió en alarma cuando llegó el rumor de que se habían asignado diez millones de maravedíes en las rentas reales para el mantenimiento de la reina Germana y de que una parte de esa cantidad, un millón y cincuenta mil maravedíes, estaba situada de por vida en las rentas de alcabalas de la ciudad de Ávila y su tierra¹⁴ para que pudiera cobrarlas desde el mes de enero de 1517. Los abulenses se sintieron gravemente afectados y perjudicados por la decisión. Y se propusieron evitarlo.

A tal fin persistieron en la vieja estrategia de proclamar su condición realenga. El concejo acordó entonces poner en dos puertas de la muralla, en la del Adaja y en la del Mercado Grande, en el arco de cada una de ellas, un escudo de las armas reales y una leyenda que dijera «de una parte e de la otra Ávila del Rey»¹⁵ así como fabricar un sello de «alatón» con las

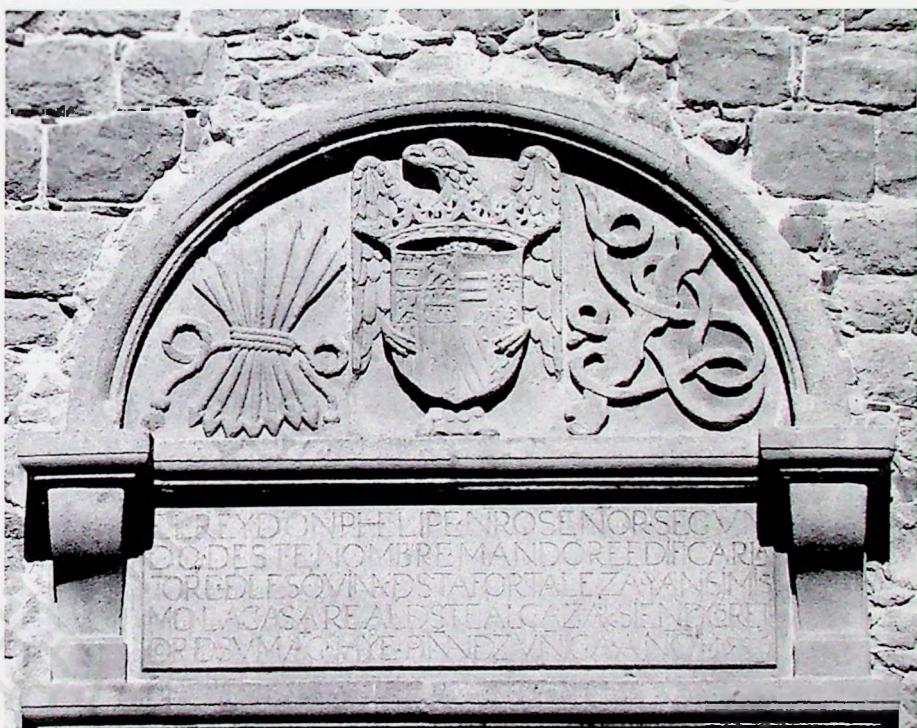
¹² GÓMEZ RODRÍGUEZ, Telesforo. «Levantamiento de la villa de Arévalo, justificado ante la Historia. Diploma inédito del emperador Carlos V». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 18 (1891), p. 385-401; «Levantamiento de Arévalo contra su dación por Carlos V en señorío a doña Germana de Foix y primera campaña militar de san Ignacio de Loyola». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 19 (1891), p. 5-18.

¹³ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L3, fl. 38; ídem, fl. 39v.

¹⁴ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 49v-50; C3 L3, fls. 64v-68; AHPAv, C2 L2, fl. 112v.

¹⁵ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 47v-48; C3 L3, fls. 62-63.

armas de la ciudad en cuya «orladería» pudieran leerse igualmente las palabras «Ávila del Rey»¹⁶. Y reivindicaron el recuerdo de sus viejas historias y el reconocimiento de los privilegios ganados con sus servicios, sus hazañas y su fidelidad. Por eso mandaron copiar en pergamino el libro de «las Antigüedades e Lealtades e Noblesas de la Çibdad e de los naturales», guarñecerlo con «tablas de cuero dorado» y guardarlo en el arca del concejo para garantizar su conservación¹⁷ y encargaron al capitán Gonzalo de Ayora, cronista del reino, que escribiera un compendio de todo aquello que pudiera saberse y fuera de interés sobre el pasado de la ciudad. El cronista lo escribió y el concejo le pagó por su trabajo diez varas de terciopelo, veinte fanegas de cebada, diez carretadas de leña y doce pares de aves¹⁸.



Escudo con las armas de los reyes Isabel y Fernando en la puerta del Alcázar. La leyenda data de 1595, año en que fue restaurada dicha puerta.

¹⁶ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L3, fl. 72.

¹⁷ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fl. 84.

¹⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 181-181v.

Pero aquello no sirvió de nada y pronto los rumores dieron paso a las comunicaciones oficiales. Los abulenses protestaron la decisión y apelaron al rey. Alegaron tener cédulas por medio de las cuales los reyes de Castilla habían dispuesto en siglos pasados que no se pudiera en ningún tiempo situar juro alguno en las rentas de la ciudad de Ávila¹⁹, escribieron a la reina Germana explicando las causas de su oposición²⁰, comisionaron a Hernán Gómez Dávila y al propio Antón Vázquez Dávila para ir a Flandes a besar las manos al rey y exponer ante su Consejo sus peticiones y sus privilegios²¹ y mandaron notificar al receptor y al arrendador de las rentas de la ciudad que no entregaran maravedí alguno a cuenta del «situado» de la reina²². Hernán Gómez Dávila y Antón Vázquez fueron a Flandes²³, pero tampoco consiguieron nada al respecto. En octubre de 1517, cuando ya don Carlos estaba en España, un procurador de la reina Germana se hizo presente en Ávila para pedir el dinero del «situado»²⁴ y, cuando se repitieron las protestas por parte del concejo y del vecindario, el rey envió a la ciudad una cédula mandando que no se pusiera ningún impedimento al cobro y que, si fuera menester, se hicieran las ejecuciones de deuda, prisiones y ventas que fueran necesarias hasta que fuera satisfecho el pago²⁵. Los regidores abulenses, siempre fieles a los mandatos regios, obedecieron la decisión y tuvieron que permitir que el receptor de las alcabalas pagara el «situado» conforme estaba indicado en el privilegio concedido a la reina Germana²⁶. La esperanza que la ciudad había depositado en el nuevo rey se había derrumbado.

1.2. LAS CORTES DE LA CORUÑA

Al disgusto provocado por la concesión de rentas de la ciudad y tierra a la reina viuda de Aragón vino a sumarse, mientras tanto, el malestar general que estaba surgiendo en Castilla por la ausencia del rey. La tardanza de su venida generaba desasosiego. Y empezaron a surgir por todas partes, como había ocurrido cincuenta años atrás, propuestas y convocatorias de juntas de ciudades. A comienzos de 1517 Ávila recibió oficialmente de la villa de Valladolid la invitación de enviar procuradores a la junta que había de celebrarse en León, pero el concejo desestimó la propuesta acatando la

¹⁹ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 61v-62.

²⁰ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 92-92v; C3 L3, fls. 138v-140.

²¹ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 113v-114v; C3 L3, fls. 185-188.

²² AHPAv, Ayto., Actas, C3 L3, fls. 140v-141v.

²³ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 113v-114v; C3 L3, fls. 185-188.

²⁴ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 96v-97v.

²⁵ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fl. 112v.

²⁶ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 112v-113; C3 L3, fls. 182v-184.

orden que le remitieron los gobernadores del reino, en nombre del rey y de la reina Juana, en una carta cargada de amenazas:

[...] mandamos a los regidores, caballeros, escuderos, oficiales e omes buenos desa dicha çibdad que no nonbren ny eligan los dichos procuradores ny den el dicho poder a persona ny personas algunas para que vaya por ellos a la dicha junta so pena de caer en mala fe e del perdimiento de todos sus bienes e oficios e maravedís de juro e de merçed de por vida e otras qualesquier mercedes que tengan en los nuestros libros, en las quales dichas penas, lo contrario haziendo, los condenamos e avemos por condenados, syn preçeder para ello otro conosçimiento de cabsa ny otra sentencia ny declaración alguna [...].²⁷

Y los regidores se conformaron con escribir al cardenal Adriano, embajador del rey, a través del obispo de Ávila con el único propósito de pedir noticias sobre «la venida de Su Alteza»²⁸.

Poco después llegaron cartas de la ciudad de Burgos que insistían en el problema y llamaban a la celebración de una nueva junta. Y se sucedieron las propuestas. Pero, finalmente, llegó el rey. En Ávila, para celebrarlo, se hizo procesión mayor el día en que el corregidor leyó en el consistorio la carta escrita en Medialburque anunciando que se embarcaba rumbo a España²⁹. Renacía la esperanza. Y cuando llegó la noticia de que Carlos había desembarcado en Santander³⁰, la ciudad comisionó al corregidor, Bernal de Mata, y al regidor Sancho Sánchez Cimbrón para que fueran cuanto antes a besar las manos al rey y a confesarle la voluntad de servirle que tenían los abulenses³¹. Parecía entonces que todo el mundo quería pasar página y olvidar las inquietudes e incertidumbres de tiempos pasados. Tal vez por eso la ciudad acató con resignación, sin levantar más la voz, el pago del «situado» a la reina Germana al que con tanto empeño se había opuesto con anterioridad. Y sus procuradores acudieron a las Cortes de Valladolid de 1518 donde juraron a Carlos fidelidad, junto con los demás procuradores de Castilla, y votaron concederle un servicio de doscientos millones de maravedíes pagaderos en tres años.

Tras la celebración de las cortes castellanas en Valladolid, don Carlos dispuso su viaje a Aragón, donde a su vez celebró Cortes, y después a Cataluña,

²⁷ Fechada en Madrid, 6 de marzo de 1517, AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fl. 52v; C3 L3, fl. 73.

²⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 57v-59; C3 L3, fls. 83-85.

²⁹ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 78v-79; C3 L3, fls. 118v-119.

³⁰ Carta del rey Carlos a la ciudad de Ávila fechada el 19 de septiembre de 1517. AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fl. 93.

³¹ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fls. 94-96.

con el mismo fin, y se encontraba en Barcelona cuando recibió la noticia del fallecimiento de su abuelo Maximiliano de Austria. Aquella muerte dejaba vacante el título de Emperador. Pero desde tiempo atrás, haciendo gala de una encomiable política de previsión, Maximiliano había patrocinado entre los electores del Imperio la candidatura de su nieto. Llegado el momento, sus embajadores trabajaron bien y con éxito y Carlos fue elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

La noticia fue comunicada a todas las ciudades del reino, para que se alegraran por la buena suerte de su rey, y en Ávila se celebró por tal motivo una gran fiesta con corrida de toros en la plaza del Mercado Chico. Pero el hecho provocó al mismo tiempo la necesidad de que el emperador electo regresara de inmediato a tierras de Castilla, donde, después de su marcha, habían renacido con más ímpetu que nunca los síntomas de inquietud. Cada vez se dejaba sentir más la influencia que ejercían en el reino sus acompañantes flamencos, a quienes había entregado diversos oficios en la Corte. El nombramiento como arzobispo de Toledo del joven Guillermo de Croy, que, además de no ser natural de estos reinos, no había cumplido aún la edad prescrita para ello, fue considerado como una osadía, como una falta de respeto a los castellanos. A ello se añadían tanto las quejas del clero, dolido por la imposición de un subsidio extraordinario, la «décima», como las protestas de las ciudades por los abusos que cometían los arrendadores en el cobro de las rentas. Para mitigar los efectos de tales abusos, algunos concejos pidieron al rey que se renovasen los encabezamientos de las rentas fiscales asentados en tiempos de los Reyes Católicos y, en ese contexto, en octubre de 1519 los regidores de Ávila acuerdan escribir a las ciudades de Toledo, Segovia, Salamanca y Madrid para ver la posibilidad de adoptar una postura común en tal sentido³².

Quería Carlos marchar a Alemania para tomar posesión del Imperio y ser coronado en Aquisgrán, pero pretendía dejar sosegadas las cosas de Castilla antes de su partida y prometía a unos y a otros que los problemas planteados se resolverían en las primeras Cortes que convocara. No contentó la respuesta a la ciudad de Toledo. El 7 de noviembre de 1519 su concejo escribió una carta a todas las ciudades de Castilla, entre ellas Ávila, por la que, después de recordarles el deseo que había tenido todo el reino de que Carlos viniera a España y la desilusión y desesperanza que habían provocado los sucesos que se habían ido produciendo después de su venida, convocaba

³² AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fl. 20.

a los representantes de todas ellas para juntarse todos y acudir al rey a explicarle sus reivindicaciones. Su contenido era muy concreto:

[...] sobre tres cosas nos debemos de juntar y platicar y sobre la buena expedición de ellas enviar nuestros mensajeros a Su Alteza. Conviene a saber: suplicarle, lo primero, no se vaya destos reinos de España; lo segundo, que en ninguna manera permita sacar dinero della; lo tercero, que se remedien los oficios que están dados a los extranjeros³³.

Pero aquella junta de ciudades no se llegó a reunir. Unos meses después, el día 10 de febrero, desde Calahorra, camino de Galicia, donde había de embarcar hacia Flandes y Alemania, el rey convocó Cortes, que se habían de celebrar en Santiago de Compostela a partir del día 20 de marzo de 1520³⁴.

Aunque la convocatoria era esperada y, en parte, estaba anunciada previamente, no por eso dejó de provocar desasosiego en las ciudades y villas de Castilla. Parecía claro que el rey necesitaba obtener de los procuradores castellanos un nuevo servicio pecuniario con que afrontar el coste del viaje al Imperio, pero no se habían cumplido aún los tres años de plazo estipulado para pagar el que se le había otorgado en 1518 en las Cortes de Valladolid. Eso creaba un grave problema porque muchas ciudades estaban sufriendo aún los efectos de la crisis económica que había afectado desde comienzos de siglo a las tierras castellanas³⁵. Creció la inquietud y en todas partes, por tal motivo, empezaron a producirse disputas y controversias.

La carta del rey convocando a Cortes fue leída en el consistorio abulense con el formulismo acostumbrado: el corregidor lee la carta en voz alta y pide al concejo que la cumpla y obedezca; después se realiza el ritual de siempre y el escribano del concejo deja constancia de ello redactando el acta correspondiente en la forma habitual:

[...] e luego el dicho concejo, justicia e regidores tomaron la dicha carta en sus manos e besáronla e pusieronla sobre su cabeza y dixerón que la obedecían e obedecieron con la mayor reverencia que podían e de derecho devían [...] y en quanto al cumplimiento [...]³⁶.

El cumplimiento implicaba elegir a los procuradores, redactar y debatir los capítulos particulares que la ciudad había de llevar a las Cortes y otorgar a dichos procuradores el pertinente poder de representación.

³³ SANTA CRUZ, Alonso de. *Crónica del emperador Carlos V*. 5 v. Madrid: [s. n.], 1920-1925, v. I, p. 221.

³⁴ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L4, fls. 43-45; fls. 48-50v.

³⁵ PÉREZ, Joseph. *Los Comuneros*. Madrid: Alba Libros, 2005, p. 11ss.

³⁶ AHPAv, Ayto., Actas, C1 L1, fls. 45v-46v.

Estaba el concejo de Ávila formado entonces por catorce regidores, todos ellos nobles pertenecientes a los dos linajes en que a efecto de reparto de los oficios públicos estaba dividida la nobleza de la ciudad, de los cuales siete pertenecían al linaje o banco de San Vicente y siete al linaje o banco de San Juan. Dos de ellos, uno del linaje de San Vicente y otro del linaje de San Juan, eran elegidos como procuradores en cada convocatoria para representar en las Cortes a la ciudad y otros dos eran comisionados para redactar los capítulos particulares. Para las Cortes que habían de celebrarse en Santiago de Compostela fueron elegidos como procuradores los regidores Diego Hernández Dávila, señor de Villatoro y Navamorcunde, y el licenciado Juan de Henao, y para proponer los capítulos e instrucciones que habían de llevar a las Cortes dichos procuradores fueron comisionados los regidores Pedro del Peso y Sancho Sánchez Cimbrón. Pero inmediatamente empezaron las discrepancias.

El regidor Suero del Águila fue el primero en mostrar su oposición. Era hombre del hijo menor de la reina Juana, el infante Fernando, en cuya corte había desempeñado durante mucho tiempo el oficio de caballerizo mayor. Pero, a comienzos de septiembre de 1517, el cardenal Cisneros, cumpliendo órdenes de Carlos, que quería erradicar cualquier problema que pudiera perturbar su sucesión, lo destituyó, junto con otros *continos* y servidores de la casa del infante, acusándole de intrigar con los grandes para favorecer a Fernando en perjuicio de Carlos³⁷. Ahora, en Ávila, con una clara intención obstrucciónista, propuso en el consistorio que no se diera a los procuradores ni el poder de representación ni la procuraduría ni los capítulos ni instrucciones hasta que no hubiera concluido el plazo para hacerlo.

Por su parte, Juan de Henao, uno de los dos procuradores electos, se queja de la pasividad del concejo y de su premiosidad, denuncia que a finales de febrero aún no se había hecho nada y pide que se le entreguen los capítulos, que se acaben de redactar si no estaban aún redactados y que el corregidor le entregue ya el poder de representación porque el plazo era corto y largo el camino que había de recorrer hasta la ciudad de Santiago.

Pero Suero del Águila era hombre influyente y bien considerado en el concejo y en la ciudad: había sido, en efecto, uno de los personajes más destacados de la corte del infante Fernando, el hermano de Carlos I, y el respeto que infundía en Ávila era tal que se había convertido en depositario de la llave del recién descubierto sepulcro de San Segundo, a quien se consideraba primer obispo de la antigua diócesis³⁸. En esos momentos su opinión

³⁷ RODRÍGUEZ VILLA, Antonio. «El emperador Carlos V y su Corte (1522-1539)». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 42 (1903), p. 468-481.

³⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 31-32.

debió ser decisiva porque los regidores Pedro del Peso, Cristóbal del Peso y Sancho Sánchez Cimbrón³⁹, así como el procurador general de los pueblos y Tierra de la ciudad, Francisco de Pajares, y el procurador de la comunidad en ese año, Gil Juárez Cimbrón, fueron del mismo parecer que él. Juan de Henao y Diego Hernández Dávila pudieron comprobar cómo, estando ya firmado su poder de representación, entraron en el ayuntamiento los tres regidores citados y el procurador de los pueblos y unos frailes de la Orden de San Francisco y estos pidieron a los demás regidores que no se diera el dicho poder. Y denuncian los procuradores electos que el escribano, «que lo tenía signado y hecho, no se le quiso dar ni tampoco el teniente de corregidor, que presidía la sesión, ni los regidores que estaban presentes»⁴⁰. De ese modo y, debido a las obstrucciones planteadas en el concejo, la decisión sobre tales cuestiones se retrasó una y otra vez hasta el día en que estuvieron reunidos de nuevo todos y cada uno de los regidores⁴¹.

Finalmente, el día 3 de marzo, se presentaron en el consistorio los capítulos de Cortes. Siete en total. Gil Juárez Cimbrón, procurador de la comunidad de la ciudad, y Francisco de Pajares, «procurador mayor de los pueblos e Tierra de Ávila, propusieron entonces en nombre de la dicha ciudad e pueblos e seysmos e concejos de toda la dicha ciudad e Tierra» que el poder que se diese a los procuradores de Cortes, Diego Hernández de Ávila y el licenciado Henao, fuera limitado, es decir, que sólo otorgaran el servicio que pidiese Su Majestad si Su Majestad aprobaba los capítulos que presentara la ciudad. Los regidores apoyaron el requerimiento y Suero del Águila resumía y concretaba la postura de todos proponiendo que, si cumplía el rey los capítulos presentados, pudieran los procuradores de Cortes otorgar, en nombre de la ciudad, el servicio que necesitara. Y recalca: «guardándose, como dicho tengo, aquellas cosas principales del dicho memorial que hizo la ciudad, e no de otra manera»⁴².

En dichos capítulos la ciudad pedía al rey la puesta en práctica de determinadas medidas políticas, fiscales y económicas: que no saliera de estos reinos hasta que no se casara y dejara sucesión en ellos o diera a los gobernadores que quedaran en su lugar poder para proveer a los naturales de los oficios que quedaran vacantes; que no permitiera sacar moneda del reino; que no mudara a Flandes la Casa de Contratación de Sevilla, como

³⁹ Sobre la función del procurador de la comunidad, su modo de elección en Ávila y la figura de Gil González Cimbrón ver DIAGO HERNANDO, M. «Conflictos políticos...», op. cit., p. 82ss.

⁴⁰ Carta de Diego Fernández Dávila y el licenciado Juan de Henao fechada un martes del año 1520. ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS, (AGS), Patronato Real, 1.º, 28/65.

⁴¹ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 38-40v.

⁴² AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 40v-53.

se rumoreaba que quería hacer; que cesase por algún tiempo el cobro de derechos de bulas y cruzada; que prorrogara el encabezamiento de las rentas de alcabalas de años pasados; y, finalmente, que se concedieran los beneficios del arzobispado de Toledo a naturales del reino⁴³. Aprobados los capítulos, el corregidor entregó a los procuradores de Cortes el preceptivo poder de representación para suplicar al rey su concesión y otorgarle a cambio el servicio que necesitara⁴⁴, y Diego Hernández de Ávila y Juan de Henao partieron hacia Santiago de Compostela.

Las Cortes se abrieron el día 31 de marzo en Santiago y se clausuraron el 25 de abril en La Coruña, donde Carlos V había mandado mudarlas para estar más cerca del puerto de embarque. Tras un constante forcejeo, y después de muchas presiones y de muchas promesas, los procuradores de las ciudades otorgaron por una exigua mayoría el servicio que pedía el emperador sin conseguir de este respuesta alguna a las quejas expuestas contra la administración de su gobierno y su repentina ausencia de estos reinos. Unos días antes de la clausura, en la ciudad de Toledo, que no había enviado sus representantes a las Cortes, la comunidad desposeía de sus varas de justicia al corregidor, a su teniente y a sus alguaciles y las entregó a personas elegidas por el pueblo⁴⁵. Y, a pesar de ello, a pesar de la inquietud que se respiraba en el reino, el día 20 de mayo la flota del emperador zarpaba en La Coruña rumbo a los Países Bajos⁴⁶. Un profundo malestar se fue propagando poco a poco por las tierras de Castilla.

1.3. EL LEVANTAMIENTO COMUNERO

Como consecuencia de los rumores llegados desde La Coruña, que hablaban de lo sucedido en las Cortes y de la aprobación del servicio extraordinario que había pedido el rey, se empezaron a producir alborotos y motines en diversas ciudades de Castilla. En Segovia, al intentar reprimirlos, murieron dos alguaciles del corregidor don Juan de Acuña, ausente de la ciudad, a manos de los alborotadores. Parece que los procuradores segovianos, que regresaban de las Cortes, se enteraron de lo sucedido cuando pasaban por San Juan de Nieva y que uno de ellos, Juan Vázquez, propuso al otro, Rodrigo de Tordesillas, retirarse ambos en el pueblo de El Espinar, donde el dicho Juan Vázquez tenía casa y familia, hasta que cesasen los altercados. Cuentan que Tordesillas declinó la

⁴³ Ídem.

⁴⁴ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L4, fls. 46v-47v; fls. 51v-53.

⁴⁵ PÉREZ, Joseph. *Los Comuneros...*, op. cit., p. 29.

⁴⁶ FORONDA Y AGUILERA, Manuel. *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1914.

invitación y marchó a la ciudad y que al día siguiente, cuando pretendía explicar en el consistorio el resultado de su procuración, se congregó un inmenso gentío que poco a poco se fue enfureciendo y que acabó por dar muerte al procurador y saquear y quemar su casa⁴⁷.

Las noticias de lo ocurrido en Segovia se extendieron rápidamente por todas partes y los rumores multiplicaban a cada paso las versiones de los sucesos. En Ávila se dijo que los amotinados sacaron una soga, que se la echaron al cuello al regidor Tordesillas y le arrastraron por el suelo hasta que murió, colgándole después por los pies en el patíbulo donde estaban aún los cuerpos de los alguaciles del corregidor. Y se añadía que nadie se atrevía a sepultarle.

El hecho sembró por todas partes temor y desasosiego. Al igual que en otras ciudades, en Ávila muchos vecinos sospechaban que el emperador había conseguido que sus procuradores en Cortes votaran a favor de la concesión del servicio sirviéndose de presiones y promesas, sin tener en cuenta las condiciones y limitaciones del poder de representación que les había dado la ciudad. Llegaban rumores de que el rey les había pedido que consintieran en imponer a los vecinos «un ducado por cada uno y, por la mujer, hijos, criados y ganados, otra cierta cantidad»⁴⁸. De nada sirvieron las cédulas reales remitidas desde La Coruña en las que Carlos V prometía no dar en adelante cargos a quienes no fueran naturales de estos reinos⁴⁹ y dejar en ellos un gobernador que fuera persona de «dignidad y celosa del servicio de Dios Nuestro Señor»⁵⁰ ni los desmentidos del cardenal Adriano, gobernador del reino, sobre la imposición del pago de un ducado a cada vecino⁵¹ o la rebaja anual de 300.000 maravedíes en el encabezamiento de las rentas ordinarias de la ciudad y tierra⁵². Nada parecía ya suficiente. Los abulenses querían tener información directa de sus procuradores y de sus regidores.

Pero los procuradores no regresaban, tal vez asustados por lo que había ocurrido en Segovia, y los regidores no celebraron ayuntamiento alguno en quince días, entre el 22 de mayo y el 5 de junio. Este día, finalmente, reunidos en concejo, acordaron escribir a Diego Fernández Dávila y al licenciado Juan de Henao para manifestarles la sorpresa e inquietud que les

⁴⁷ SANDOVAL, Prudencio de. *Historia de la vida y hechos...*, op. cit., 56, libro quarto, p. XXXI.

⁴⁸ Real Provisión del Consejo de 13 de junio de 1520. AHPAv, Ayto., Documentos Reales, C4 L2, n.11.

⁴⁹ La Coruña, 7 de mayo de 1520. AHPAv, Ayto., Documentos Reales, C4 L2, n. 4.

⁵⁰ La Coruña, 7 de mayo de 1520. AHPAv, Ayto., Documentos Reales, C4 L2, n. 6.

⁵¹ Real Provisión del Consejo de 13 de junio de 1520. AHPAv, Ayto., Documentos Reales, C4 L2, n. 1.

⁵² La Coruña, 19 de mayo de 1520. AHPAv, Documentos Reales, C4 L2, n. 7.

producía la tardanza de su regreso –«estamos maravillados de la dilación de vuestra venida», le dicen a Juan de Henao– y les dan de plazo hasta el día 15 del mismo mes para presentarse en el consistorio y dar al regimiento cumplida explicación de sus actuaciones:

[...] que para quinse días de este mes seáys aquí para dar quenta a la çibdad de todo lo que en las Cortes se celebró, pues no es razón que, teniendo noticia todas las çibdades de este reyno de lo que sus procuradores allá fisyeron, nosotros estemos syn saber al tanto, ansý que, señor, syn más dilación, os pedimos se ponga en gora luego vuestra venida, porque, sy para el tiempo dicho, V. S. no soys venido, la çibdad fará aqueillo que le paresca que más conviene al servicio desta çibdad e al bien e procomún desta çibdad e su Tierra [...]]⁵³.

Es posible que Juan de Henao se justificara por escrito tomando como base las promesas que había hecho el emperador en las Cortes. Pero las promesas sólo eran promesas y la realidad cierta era la comunicación efectuada a la ciudad sobre el repartimiento del servicio votado en 1518 en Valladolid que correspondía pagar en 1520 a la ciudad, a su tierra y a las villas de la provincia, al que habría que sumar inmediatamente la cantidad correspondiente al servicio votado en La Coruña. Las explicaciones del procurador, que de momento no regresó a la ciudad por indicación de los gobernadores⁵⁴, no convencieron a nadie, ni a los regidores ni al pueblo, y contribuyeron a incrementar la inquietud y el malestar entre los vecinos.

El día 16 de junio los gobernadores del reino escribían al concejo mandando que continuara cuidando del sosiego y la tranquilidad que hasta entonces parecía haber habido en la ciudad⁵⁵. Pero poco a poco el malestar dio lugar a desórdenes y alborotos. Las noticias que llegaban sobre la represión y el asedio a los que el alcalde Ronquillo tenía sometida a la ciudad de Segovia exaltaron los ánimos. Algunos vecinos quisieron quemar la casa de Antonio Ponce, comendador de Calatrava y regidor de la ciudad, hijo de Juan de Ávila y de Juana Velázquez, la que fuera nodriza del príncipe Juan⁵⁶, y saquear las de los procuradores Diego Hernández Dávila y Juan de Henao y empezaron a sonar armas de fuego por las calles, muchas de las cuales se llenaron de alborotadores.

⁵³ «Escripta en Ávila a çinco de junio de quinientos e veinte». AHPAv, Ayto., Actas, C4 L4, fls. 63v.

⁵⁴ AHPAv, Ayto., Documentos Reales, C4 L2, n. 15.

⁵⁵ Valladolid, 16 de junio de 1520. AHPAv, Ayto., Documentos Reales, C4 L2, n. 14.

⁵⁶ AYORA DE CÓRDOBA, Gonzalo de. *Muchas historias dignas de ser sabidas y que estaban ocultas, sacadas y ordenadas por Gonzalo Ayora de Córdoba, capitán y coronista de las católicas magestades*, copia manuscrita, AHPAv, sig. 2.096; MARTÍN CARRAMOLINO, Juan. *Historia de Ávila, su provincia y obispado*. Madrid: Librería Española, 1873, tomo III, p. 136.

Para apaciguar la situación, los regidores no tuvieron más remedio que justificarse y dar a conocer su postura de ahora y sus instrucciones de antes. Durante aquellos días Diego de Bracamonte explicaba a todo aquel que quería escucharle que tanto el corregidor como los regidores habían apelado a todo aquello que Diego Hernández Dávila y el licenciado Juan de Henao, como procuradores de Cortes y en su nombre, habían votado en La Coruña «en perjuysyo de la dicha çibdad e su Tierra e comunidad e del ynjusto otorgamiento del servicio o servicios que se desyá que avyan otorgado», que todos habían protestado ante el rey y su Consejo y añadía que él, que no había estado en el consistorio cuando se aprobó «la contradicción», se adhería a ella públicamente⁵⁷. Lo mismo hacía Cristóbal del Peso poco tiempo después⁵⁸. Y el concejo acordó escribir a todas las villas de la provincia para darles a conocer su actitud, para comunicarles «cómo la çibdad tiene suplicado de todo lo que los procuradores de Cortes fisyeron en las Cortes en lo que toca al servicio»⁵⁹.

Antón Vázquez Dávila pudo ser testigo entonces de cómo se fue gestando lo que los canónigos del cabildo de la iglesia catedral llamaban «la congregación», una organización de la que formaban parte representantes de todos los estados de la ciudad –nobleza, clero y vecinos del común– y que trataba de encabezar las protestas, controlar los alborotos y desórdenes y encauzar las reivindicaciones de todos.

La iniciativa partió de los vecinos del común. La comunidad de pecheros estaba articulada en Ávila en seis cuadrillas a fin de facilitar y controlar el repartimiento de las cargas fiscales entre ellos. Cada año, en el mes de septiembre, los vecinos de cada cuadrilla se juntaban bajo la presidencia del corregidor para nombrar entre sus componentes a dos *tomados*, encargados durante ese año de representar a su cuadrilla en el reparto de las rentas y servicios fiscales. El día de San Miguel, 29 de septiembre, los doce tomados se juntaban en la iglesia de San Vicente, también bajo la presidencia del corregidor, y elegían a un vecino, que podía ser indistintamente noble o pechero, como procurador de la comunidad, encargado de defender los intereses de los vecinos frente a las decisiones del concejo, que estaba integrado por regidores de origen noble y exentos, por tanto, del pago de determinados servicios. En los días siguientes los tomados se dirigían al consistorio y presentaban al nuevo procurador, que juraba su oficio ante el concejo. En 1519 fue elegido procurador de la comunidad Gil Juárez

⁵⁷ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 67v-69.

⁵⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 73-74.

⁵⁹ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fl. 73.

Cimbrón, que interviene en el consistorio con normalidad preocupándose casi exclusivamente por los problemas de rentas o de abastecimiento como lo solían hacer siempre tales procuradores. Pero, tras la clausura de las Cortes, los vecinos empezaron a mostrar cierta inquietud y el día 5 de junio de 1520, el día en que los regidores requerían a Juan de Henao explicaciones sobre su actuación, los tomados se presentaron inusitadamente en el consistorio y, «en nombre de la comunidad e por virtud del poder que tienen de la dicha comunidad», presentaron a dos nuevos electos, Pedro López y Pedro de Las Navas, y pidieron al corregidor y a los regidores que los tuvieran por sus procuradores generales y recibieran de ellos el juramento acostumbrado⁶⁰. Tales procuradores representarían a la comunidad en el planteamiento y resolución de los problemas urgentes a los que en esos momentos se enfrentaba la ciudad. Todavía nombrarían un representante más: el día 24 de julio los tomados de las cuadrillas presentaron en el regimiento a Diego del Esquina, a quien habían elegido nuevo procurador general de la comunidad y a quien los regidores también tomaron juramento⁶¹.

Parecida inquietud e inestabilidad mostraba el estado eclesiástico. El cabildo de la catedral ya había nombrado en el mes de junio al canónigo Maldonado y a don Álvaro Carrillo de Albornoz, arcediano de Olmedo, para que fueran sus procuradores en la llamada Congregación de Toledo, reunida en aquella ciudad para tratar de los problemas que la nueva situación política había deparado al clero⁶². Ahora, el día 2 de julio, el mismo cabildo designó a don Alonso del Pliego, deán de la catedral, al licenciado Escudero y al arcediano de Bonilla para que se presentaran ante los regidores y allí, en el regimiento,

[...] con los diputados por ellos e por la comunidad conferir con ellos todo lo que sea servyo de Dios e honra de la dicha Iglesia y de los dichos señores deán e cabildo e de toda la clerecía⁶³.

Era, sin embargo, el regimiento quien estaba urdiendo los hilos para intentar controlar la situación. Su actitud de rebeldía frente a los poderes centrales quedaba reflejada en su decisión de utilizar el dinero del juro de la reina Germana para pagar a los mensajeros que fueron a convocar a concejo a los regidores que vivían en pueblos de la Tierra. Pero en todo

⁶⁰ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 62v-63v.

⁶¹ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fl. 75v.

⁶² SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de Actas del Cabildo Catedralicio de Ávila (1511-1521). Tomo I*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1995, p. 307, 15 de junio de 1520.

⁶³ Idem, p. 311, 2 de julio de 1520.

momento quiso evitar disturbios. Por eso, para evitar enfrentamientos entre los vecinos y las tropas del alcaide de la fortaleza regia, los regidores no dudaron en escribir a dicho alcaide, don Gonzalo Chacón, señor de Casarrubios del Monte, tratando de saber cómo reforzaba el címorro y metía soldados en las torres de la catedral y tratando de evitar con él todo tipo de confrontación. Al mismo tiempo, para estudiar la situación, comisionaron a varios regidores para que se reunieran con los representantes de todos los estados –nobleza, clero y pecheros– «para platycar en las cosas del servicio de Dios e bien desta çibdad»⁶⁴. Era el 3 de julio de 1520 y, a partir de esa reunión quedaba formada en Ávila la Junta de la Ciudad, la llamada *Congregación*, que decidiría en adelante sobre cuestiones políticas mientras que el regimiento quedaba relegado a la mera gestión de asuntos de abastos y de trámites administrativos.

Formaron parte de aquella Congregación, simultánea o sucesivamente, los señores Suero del Aguila, Sancho Sánchez Dávila, Hernán Gómez Dávila, Cristóbal del Peso, Francisco de Pajares, Francisco de Palomares, Alonso de la Serna, Vicente de Miguelheles, Pedro de Las Navas, Álvaro Gil Romo, Jerónimo Gallego, Gaspar Jiménez Dávila, Alonso de Arévalo, Francisco Alonso de Cueto, Lope Rodríguez Gallego, el tintorero Alonso Álvarez, Juan González de las Peñuelas, Tristán Monje, los zapateros Luis de Naharros y Andrés Díez, Alonso de Peñafiel, Andrés García, el herrador Juan Alonso, el cerrajero Lloreinte, el calderero Sancho, Pedro López de la Trinidad⁶⁵, Antón Vázquez Dávila, que actuaba en las reuniones por sí mismo y «en nombre de los otros caballeros e hijosdalgo de la dicha çibdad e su tierra» que estaban ausentes⁶⁶, y otros vecinos que se fueron incorporando a algunas de las juntas que se celebraron a lo largo de 1520 y en la primavera de 1521. En total, más de cuarenta personas, en algunas ocasiones.

En cuanto a su relación con la vertiente militar que de inmediato tuvo la revuelta, la Congregación de Ávila decidió reclutar tropas en la ciudad y en los pueblos de la tierra y enviarlas a luchar contra el ejército del rey que a finales de agosto empezó a atacar a Medina del Campo. Para proporcionar armamento a los soldados aprovecharon las picas, escopetas y espingardas que había comprado el concejo en 1517, y pagado mediante una sisa impuesta sobre el abasto de la carne, para contribuir a la formación en Castilla de lo que se llamó la gente de la ordenanza, proyecto de creación de un ejército permanente que quedó frustrado a la muerte de Cisneros. Aquellas armas habían quedado almacenadas desde entonces en la ciudad⁶⁷ y ahora

⁶⁴ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 73-74.

⁶⁵ AHPAv, Protocolos Notariales, 245, fls. 232v-236.

⁶⁶ RUIZ-AYÚCAR, María Jesús. «Aportación a la historia de las comunidades...», op. cit., anexos 8 y 9, p. 233-237.

⁶⁷ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fl. 37; C3 L3, fls. 47-47v.

sirvieron, finalmente, con un objetivo político bien diferente, para armar a los comuneros abulenses. No fueron suficientes y más tarde, en el mes de septiembre, don Alonso del Pliego, el deán de la iglesia mayor, uno de los miembros más activos y significados del movimiento comunero, compró, a «cuenta de la Junta y Congregación de la ciudad», a Juan de Isasi, armero de Eibar, en 210.375 maravedíes, 187 coseletes, que fueron distribuidos, al precio de tres ducados cada uno, entre los vecinos de las cuadrillas del común de la ciudad⁶⁸. Fueron sus capitanes Suero del Águila, que tanta influencia había tenido hasta entonces en las decisiones adoptadas en el regimiento, Sancho Sánchez Cimbrón, Francisco de Villarroel y Francisco Palomares⁶⁹ y tuvieron una activa participación en la contienda. Se apoderaron de la fortaleza de Alaejos, en las proximidades de Medina del Campo, que fue incendiada por los ejércitos reales el día 21 de agosto, constituyeron la guarda y defensa de Tordesillas bajo las órdenes de Suero del Águila y Gómez Dávila⁷⁰, intervinieron después en Torrelobatón y formaron parte del ejército comunero hasta que este fue derrotado en abril del año siguiente en Villalar.

En cuanto a su actuación política y a la organización del movimiento, pronto surgieron problemas. Por razones nunca confesadas, tal vez movidos por el peligroso sesgo que iban tomando los acontecimientos, los miembros del cabildo de la catedral, presidido este por don Álvaro Carrillo, arcediano de Olmedo, que poco antes había sido elegido por la Congregación de Toledo «para yr a Roma por su procurador e para la Corte e Consejo del rey»⁷¹, decidieron por mayoría revocar el poder que tenían dado al deán, al licenciado Escudero y al arcediano de Bonilla para «asistir a la Congregación que se había hecho en la ciudad con los regidores e comunydad della» y que se reunía en la capilla de San Bernabé, en la iglesia mayor de San Salvador. Les daban licencia para asistir como personas particulares, pero nunca en representación del cabildo como institución, y la decisión afectaba igualmente a su posible participación en la Congregación de los procuradores de las ciudades que a mediados del mes de agosto se empezaba a juntar en Ávila⁷².

En efecto, tal vez por su situación, a medio camino entre Valladolid y Toledo y entre Segovia y Salamanca, tal vez buscando la protección de la muralla y de la fortaleza de la catedral, los comuneros decidieron que se

⁶⁸ AHPAv, Protocolos Notariales, 245, fl. 4.

⁶⁹ Real Cédula de perdón expedida en Valladolid el 28 de octubre de 1522, en BELMONTE DÍAZ, José. *Los Comuneros de la Santa Junta...*, op. cit., p. 35, nota 35.

⁷⁰ MEJÍA, Pero. *Relación de las Comunidades de Castilla*. Barcelona: Muñoz Moya y Montraveta, 1985, p. 107.

⁷¹ SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de Actas...*, tomo I, op. cit., p. 316.

⁷² SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de Actas...*, tomo I, op. cit., p. 324-325, 15 de agosto de 1520; p. 326, 18 de agosto de 1520.

reuniera en Ávila la junta de los procuradores de las ciudades en que había triunfado el movimiento. Convocó la reunión la ciudad de Toledo por carta de 17 de julio de 1520 «para dar orden en lo mal ordenado destos reynos»⁷³ y llegaron a acudir representantes de cerca de veinte ciudades⁷⁴. El día 17 de agosto los caballeros Gómez Dávila, Sancho Sánchez Cimbrón, Francisco de Pajares y Diego López Bullón, en nombre de la Junta de la ciudad de Ávila, pidieron al deán y cabildo de la catedral la capilla de San Bernabé, donde hasta entonces se había reunido la Junta de la ciudad, para que en ella se juntaran los procuradores de las ciudades. Y el cabildo les dio la licencia pertinente siempre que se respetara su libertad y su decisión de no asistir como institución⁷⁵, aunque sí pudieran hacerlo a título particular las personas que lo integraban. Así pues, durante un mes, la capilla de San Bernabé, en el interior de la catedral de Ávila, fue el lugar donde se reunieron los procuradores de las ciudades presididos por Pedro de Laso y el deán Alonso del Pliego, quien, a pesar de la prohibición que recaía sobre él, no sólo seguía asistiendo a las reuniones, sino que consiguió que, quince días después de iniciadas, el cabildo cambiara de parecer, llegara a adoptar acuerdos con Pedro de Laso y prestara a la comunidad de la ciudad, para gastos de funcionamiento y compra de armas, trescientos ducados cuyo pago quedó garantizado con la entrega por parte de dicha comunidad de un pie de plata de la cruz de Santiago⁷⁶.

Y allí, en la capilla de San Bernabé, regidores, caballeros, clérigos y pecheros discutieron y debatieron sobre cuestiones trascendentales para el reino. Entraban y salían letrados y teólogos a quienes se llamaba para consultarles sobre leyes y jurisdicciones. Y se leían y estudiaban los ordenamientos reales, las «premáticas, las leyes de partidas, las leyes de Toro e el fvero», posiblemente utilizando, entre otros, los libros que, por otros motivos, había comprado el concejo de Ávila el pasado mes de abril y estaban puestos en sus *cubiles* en el consistorio⁷⁷. Trataron de los derechos a la sucesión de la Corona, sobre la gobernación del reino, sobre la representación del reino en Cortes, sobre el ejercicio de la justicia y el nombramiento de corregidores, sobre los oficios públicos, la política económica y la fiscalidad. Y se ocuparon al mismo tiempo de las urgencias de la guerra contra los ejércitos del rey.

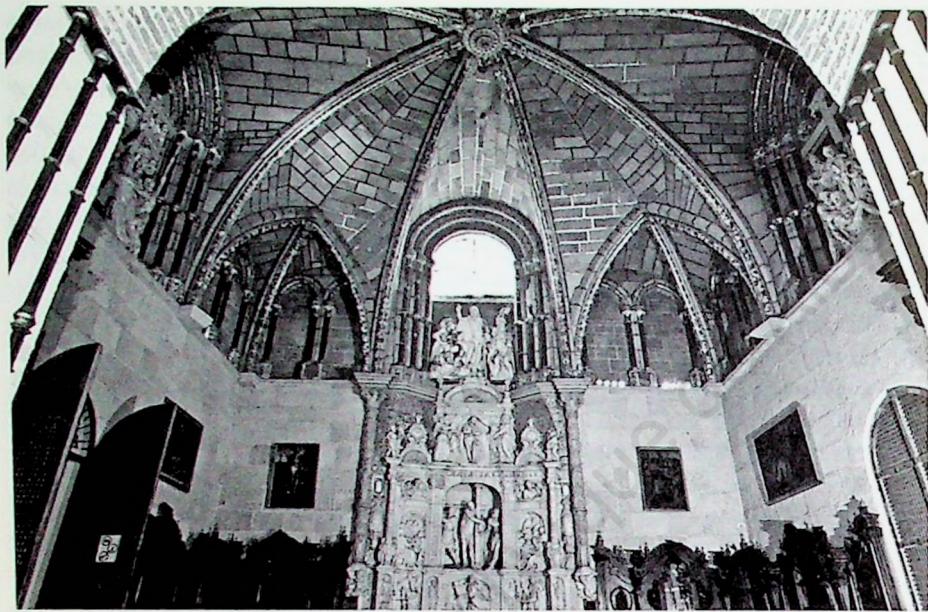
⁷³ BELMONTE DÍAZ, José. *Los Comuneros de la Santa Junta...*, op. cit., p. 141-142.

⁷⁴ MALDONADO, Juan. *La Revolución Comunera*. Madrid: Ed. Centro, 1875, p. 112.

⁷⁵ SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de Actas...*, tomo I, op. cit., p. 325, 17 de agosto de 1520.

⁷⁶ SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de Actas...*, tomo I, op. cit., p. 331-332; 31 de agosto, 3 y 7 de septiembre de 1520.

⁷⁷ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fl. 57.



Capilla de San Bernabé, lugar de reunión de los procuradores de las ciudades en Ávila en el verano de 1520.

Fruto de su trabajo fue la elaboración, entre otros documentos, de los llamados Capítulos de Ávila que fueron redactados de forma definitiva al trasladarse la Junta a la villa de Tordesillas. Contenían estos una propuesta revolucionaria en la organización del reino y el proyecto de un nuevo sistema político para su gobernación. La propia Junta hizo un manifiesto en que declaraba asumir la responsabilidad de la gobernación del reino. Pero para ello pretendían contar con la legitimación real. Y a tal fin los procuradores de las ciudades se trasladaron a Tordesillas. Ávila estaba representada por Sancho Sánchez Cimbrón, Diego del Esquina y Hernán Gómez Dávila⁷⁸. Trataban de que la reina Juana respaldara el poder y la autoridad de la Junta. Pero fue imposible: la reina se negaba una y otra vez a firmar documento alguno. Y entonces decidieron acudir al rey.

1.4. LA EMBAJADA AL REY

Reunida en Tordesillas y fracasado su intento de legitimación por parte de la reina Juana, la Junta de procuradores de las ciudades, que ya se denominaba a sí misma Junta General y Cortes del Reino, adoptó la decisión de

⁷⁸SANDOVAL, Prudencio. *Historia de la vida y hechos...*, op. cit., libro sexto, p. XXX.

escribir al rey y enviar una delegación que le expusiera documentalmente todo el programa de reivindicaciones comuneras. Fueron comisionados para ello Antón Vázquez Dávila y Sancho Sánchez Cimbrón, abulenses, y el prior del monasterio de Santo Domingo en León, fray Pablo de Villegas⁷⁹.

Antón Vázquez Dávila ya había estado en Flandes en 1517 para besar las manos al entonces nuevo rey en nombre de la ciudad y presentar ante su Consejo determinadas quejas y reivindicaciones del concejo de Ávila en relación con el situado de la reina Germana. Entonces no había tenido éxito en su misión. Ahora, tal y como habían evolucionado los acontecimientos, tampoco era fácil que lo tuviera. Posiblemente en más de una ocasión le hubiera gustado no haber estado en Tordesillas, haberse ausentado de Ávila, tener algún tipo de justificación para declinar la comisión. La causa comunera se radicalizaba y muchos de los que habían asistido a la Junta de ciudades en Ávila habían empezado a desaparecer. El problema se enconaba y se sucedían los enfrentamientos entre el ejército de la Junta y los ejércitos del rey. No cabe duda de que era una misión de riesgo. Pero no podía negarse, entre otras cosas, porque era un caballero, porque su forma de ser y su educación le impedían incumplir sus compromisos. La personalidad de Alonso del Pliego, el deán de la catedral de Ávila, que también había acudido a Tordesillas, a petición de la Junta⁸⁰, después de que el cabildo le hubiera prohibido de nuevo asistir a ella con poder o sin poder de representación⁸¹, había venido a recordarle con su actuación unas frases de la carta que había escrito la ciudad de Toledo para convocar en Ávila a las demás ciudades de Castilla:

[...] de donde pensaren los malos condenarnos por traydores, de allí sacaremos renombre de inmortales para los siglos venideros [...]. Porque regla general es que toda buena obra siempre de los malos se recibe de una guisa. Presupuesto esto, que en lo que está por venir todos los negocios nos sucediesen al revés de nuestros pensamientos, conviene a saber, que peligrasen nuestras personas, derrocassen nuestras casas, nos tomassen nuestras haciendas y, en fin, perdiésemos todos las vidas, en tal caso dezimos que el disfavor es favor, el peligro es seguridad, el robo es riqueza, el destierro es gloria, el perder es ganar, la persecución es corona, el morir es vivir, porque no ay muerte tan gloriosa como morir el hombre en defensa de su república [...]⁸².

⁷⁹ SANDOVAL, Prudencio. *Historia de la vida y hechos...*, op. cit., libro sexto p. XXXI; MARTÍN CARRAMOLINO, Juan. *Historia de Ávila, su provincia y obispado...*, op. cit., tomo III, p. 151.

⁸⁰ SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de Actas...*, tomo I, op. cit., p. 341, 15 de octubre de 1520.

⁸¹ SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de Actas...*, tomo I, op. cit., p. 333, 10 de septiembre de 1520; p. 339, 27 de septiembre de 1520.

⁸² BELMONTE DÍAZ, José. *Los Comuneros de la Santa Junta...*, op. cit., p. 141-142.

Desde tiempo atrás esas frases, que tanto habían motivado a muchos comuneros, venían una y otra vez a su cabeza. Su república era su ciudad, Ávila y su tierra, y su reino, Castilla, y la misión que tenía en esos momentos era llevar al rey las reivindicaciones de la Junta. Aunque quisiera, y a veces tuviera tentación de hacerlo, no podía traicionar sus ideas ni dejar de cumplir sus compromisos. Y se puso en marcha hacia Flandes siguiendo la ruta de la lana.

Portaba la carta de la Junta. Varias veces pudo leer su contenido en las posadas del camino que le conducía hacia los puertos del Norte y en el barco que le llevó hasta Amberes. No podía estar tranquilo. Era la carta un largo memorándum, detalladamente explicativo, de las causas del levantamiento de las comunidades y de las vicisitudes y sucesos más significativos ocurridos desde fecha anterior a la celebración de Cortes en Galicia. Recordaba la represión y el asedio de Segovia, la formación en Ávila de la Junta de ciudades, el incendio de Medina y otros acontecimientos, todo en grave daño para el reino, que había quedado devastado. No echaban la culpa al rey, a quien, sin duda, Dios había dotado de «prudencia, virtudes, clemencia y mansedumbre y zelo de justicia del bien público», sino a sus consejeros, que habían actuado movidos por su «codicia desordenada» y por sus propias pasiones e intereses. Seguro que él, un caballero abulense, estaba convencido de tales aseveraciones. Pero si repasaba las palabras que, al principio de la carta, decían que, según las leyes del reino, debían los súbditos «guardar a su rey de sí mismo, que no haga cosa que esté mal a su ánima ni a su honra ni daño y mal estanca de sus reinos»⁸³, difícilmente podría evitar que se apoderara de él un cierto desasosiego. Lo más probable era que aquellas palabras ofendieran al rey y que el rey les juzgara a todos como traidores y les castigara como a tales.

Era Amberes una gran ciudad. Sobresalía de las demás por su inmensidad y su riqueza, por la actividad de su puerto, donde atracaban cada semana más de dos mil navíos, y el bullicio de sus numerosas calles, llenas de tiendas y talleres artesanales, la belleza de la portada y de la torre norte de su catedral y el estilo del edificio de la bolsa, que hacía pocos meses que se había acabado de construir. No es de extrañar que sorprendiera a los viajeros castellanos. De Amberes pasaron a Bruselas. Y en Bruselas supieron, por conversaciones mantenidas con comerciantes burgaleses establecidos en Gante, que Carlos V estaba en la ciudad de Worms, donde había convocado la Dieta del Imperio, y que pocos días antes, en el mes de diciembre de 1520, había mandado publicar un edicto de condena contra los comuneros. Aquello venía a frustrar las escasas esperanzas que pudieran albergar de ser recibidos por el rey.

⁸³SANDOVAL, Prudencio. *Historia de la vida y hechos...*, op. cit., p. 304-335.

Don Carlos, en el encabezamiento de aquel edicto, se dirigía uno a uno a todos los hombres que habían ocupado cargos de alguna responsabilidad en la Junta de las Comunidades, los declaraba «rebeldes y traidores y infieles y desleales» y les condenaba a pena de muerte, pérdida de sus oficios y confiscación de sus bienes. Antón Vázquez Dávila pudo comprobar que en aquella larga relación de nombres figuraban los de algunos de sus amigos, parientes y compañeros de la Congregación de Ávila: los regidores Suero del Águila y Hernán Gómez Dávila, señor de Velada; el deán de la catedral, Alonso del Pliego; los escribanos Antonio Rodríguez y Juan de Mirueña; Diego del Esquina, Pedro de Barrientos y algunos más.

Aunque su nombre no hubiera sido citado en el edicto, Sancho Sánchez Cimbrón era un destacado procurador de la Junta, que se había significado por su actividad, y, temeroso, no quiso seguir adelante. Tampoco fray Pedro de Villegas. Ambos se quedaron en Bruselas con el documento de los capítulos del reino mientras Antón Vázquez Dávila se dirigía a Worms con la intención de entrevistarse con el emperador y presentarle la carta de la Junta.

Pero Carlos V no le recibió. Conocía el origen, la evolución y el estado del levantamiento según la versión de los gobernadores del reino y estaba demasiado ocupado y demasiado enojado para recibirla. Sin apenas pensarlo, le mandó detener y decían los testigos del hecho que le hubiera mandado degollar si no hubieran intervenido en su favor el obispo Mota y otros miembros del Consejo de Castilla que habían acompañado a Carlos V en la ceremonia de su coronación imperial en Aquisgrán⁸⁴. Gracias a la mediación de aquellos castellanos fue puesto preso en una fortaleza «hartos días» hasta que el rey, «usando de su clemencia, le hizo merced de la vida»⁸⁵, perdonándolo y poniéndolo en libertad. El cronista Prudencio de Sandoval no duda en afirmar que aquella estancia en prisión fue lo mejor que le pudo pasar en aquel tiempo porque, de haber estado en Castilla, hubiera corrido más peligro de ser condenado y castigado como los demás⁸⁶.

No podría nunca agradecer bastante a los castellanos que estaban en Worms lo que hicieron por él aquellos días. En la prisión tuvo tiempo para pensar e incluso para conversar. Él había luchado y se había comprometido por Ávila y por Castilla y por una forma diferente de gobernanza, que le parecía, sin duda, más justa y más representativa, y por eso estaba allí, en Worms, tan lejos, a plantear a su rey los asuntos y problemas más urgentes

⁸⁴ MEXÍA, Pedro de. *Relación de las Comunidades...*, op. cit., p. 104.

⁸⁵ Ídem.

⁸⁶ SANDOVAL, Prudencio. *Historia de la vida y hechos...*, op. cit., libro décimo, p. III.

de su reino. Por temer las consecuencias de la ausencia de aquel rey, todo el mundo en su tierra añoraba los tiempos de los Reyes Católicos, tan próximos siempre, tan cercanos; por temer que aquel rey ausente impusiera un gobierno de corte absolutista, se había radicalizado el movimiento comunero hasta proponer una nueva forma de constitución del reino. Pero su propia estancia en Worms, cuando empezaba a celebrarse la Dieta del Imperio, venía a ponerle frente a sus propias contradicciones: Ávila, Castilla, los Reyes Católicos... Pudo ser consciente entonces de que él hablaba siempre de Castilla y de que en los capítulos del reino elaborados por la Junta de las Comunidades no se hablaba de otra cosa que no fuera de Castilla. Y, al mismo tiempo, algo le hizo recordar en aquellos momentos que el obispo Mota, presidente del Consejo, en el conocido discurso que había pronunciado en la inauguración de las Cortes que se celebraron en Santiago, había citado en repetidas ocasiones el nombre de España y había hablado expresamente de la grandeza de España, de la gloria de España.

¿Y por qué los comuneros hablaban de Castilla y, sin embargo, el obispo Mota hablaba de España? España. El rey Carlos, heredero de Fernando y de Isabel, había venido, por fin, a garantizar la unión de los reinos en la Corona. Pero, si era ese el problema, entonces, ¿qué hacían en Worms por una parte Antón Vázquez Dávila, que podía considerarse representante de los intereses de Castilla, y por otra Mota, presidente de su Consejo Real? Antón Vázquez Dávila tenía una repuesta y por eso estaba allí: el problema era el Imperio y el poder del emperador. El obispo Mota, otra: el problema era la defensa de la cristiandad, la República cristiana; el Imperio sólo era un instrumento para defender la cristiandad, según sus propias palabras, «para desviar grandes males de nuestra religión cristiana». Lo creyera o no, lo sintiera o no en el fondo de su corazón, lo había expuesto con precisión en el discurso inaugural de las Cortes en Santiago en 1520: Carlos no aceptaba el Imperio por conquistar nuevos reinos «sino por hacer más grande nuestra religión cristiana y por la lucha contra los infieles»⁸⁷. Por eso, la cuestión de las comunidades de Castilla no era el problema más grave del emperador, acuciado como estaba por el avance de los turcos hacia el Danubio y por la doctrina de Lutero, aquel fraile que, si no se retractaba de sus ideas, podía acabar rompiendo la unidad de la cristiandad y del Imperio. Esas eran sus más urgentes preocupaciones, y también Castilla, pero no sólo Castilla, y por ellas estaba en Worms.

⁸⁷ PÉREZ-BUSTAMANTE, Rogelio. «El gobierno de los Estados de Italia bajo los Austrias: Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Milán (1517-1700). La participación de la nobleza castellana». *Cuadernos de Historia del Derecho*, 1 (1994), p. 26.

Tal vez el obispo Mota tuviera razón. Pero, en ese contexto, ¿cuál era el papel del reino de Castilla? Y parecía que también esto lo había tenido claro el obispo desde el principio: si el Imperio era un instrumento para defensa de la cristiandad, Castilla lo era igualmente, y es verdad que no sería el centro del Imperio ni de la cristiandad, pero sí el fundamento, el amparo y la fuerza de aquella poderosa confederación de reinos y repúblicas que había de gobernar Carlos V. Y poco a poco Antón Vázquez Dávila pudo empezar a dar un sentido nuevo a su preocupación por el futuro del reino y a dotar de nuevo significado a las tradiciones e historias de su propia tierra: la frontera había sido el territorio donde se habían forjado durante siglos la grandeza de Ávila y la gloria de sus caballeros en defensa de su identidad; pero la frontera no estaba ya en tierras de Castilla, la frontera estaba ahora en las tierras de América, recientemente descubiertas, en el Mediterráneo, en el norte de África y en el centro de Europa. Era en esos ámbitos donde se había de defender la república cristiana. Y Antón Vázquez llegaba a aventurar que sería en esos ámbitos donde se habrían de gestar en el futuro las hazañas de los caballeros abulenses.

Es posible que así fuera. En todo caso, en Castilla las milicias de la Junta de ciudades tenían ya difícil la victoria. La causa comunera estaba perdida, antes o después. Todos lo sabían. Por eso, fue perdonado, le sacaron del castillo y le dejaron volver. En Bruselas se unió a Sancho Sánchez Cimbrón y a fray Pablo de Villegas, que no habían pasado de allí, y juntos regresaron a España.

Cuando Sancho Sánchez Cimbrón y Antón Vázquez Dávila llegaron a Ávila ya habían sido derrotadas en Villalar las tropas comuneras. Ellos, sin duda, habían cambiado en su forma de ver las cosas y trataron de adaptarse rápidamente a la nueva situación. No tenían más remedio. En el mes de junio, cuando había transcurrido poco más de un mes después de la derrota, Sancho Sánchez Cimbrón fue nombrado por el concejo capitán de las milicias abulenses –cuatrocientos soldados de infantería reclutados en Ávila y su tierra– que marcharon a Navarra a luchar contra los franceses que amenazaban los intereses del emperador⁸⁸. El comportamiento de aquellos soldados mereció posteriormente la felicitación del rey. Pero Sancho Sánchez Cimbrón no consiguió ser perdonado y fue condenado como traidor por su destacada participación en el levantamiento.

Antón Vázquez Dávila gozó de mejor suerte y logró integrarse inmediatamente y sin problemas en la vida pública de la ciudad. Dos años después de su embajada, cuando ya Carlos V había regresado a España, tomaba posesión en el consistorio, en nombre de Juan de Muñohierro, gentilhombre de Su Majestad, del oficio de regidor que el emperador había concedido

⁸⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fl. 100 v.

a este para sustituir a Suero del Águila, siempre ejemplar y siempre admirado, que había sido exceptuado del perdón, condenado a muerte y privado de su hacienda y de sus oficios por haber participado de forma tan destacada «de las alteraciones e levantamientos pasados»⁸⁹. No tuvo que desempeñar aquel oficio porque inmediatamente se incorporó al concejo el nuevo regidor, pero poco tiempo después, a propuesta del regidor Diego Hernández Dávila y vistos los servicios que había prestado a la ciudad y «la calidad de su persona», Antón Vázquez Dávila fue nombrado por el concejo capitán de una compañía de doscientos soldados pagados por la ciudad y tierra que de nuevo había sido reclutada para servir al emperador en la defensa de Fuenterrabía frente a las tropas del rey de Francia⁹⁰. El año siguiente, en 1524, fue elegido por los tomados de las cuadrillas procurador general del común de la ciudad. Y mientras tanto, en septiembre de 1523, le nacía un nuevo hijo⁹¹. Lo llamó Sancho. Su nombre completo, Sancho Vázquez Daza y Dávila. La historia lo conoce simplemente como Sancho Dávila o Sancho de Ávila.

⁸⁹ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L4, fls. 194v-195.

⁹⁰ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L4, fls. 214, 215, 219, 228, 230.

⁹¹ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 349.



2. EN ÁVILA DE LOS CABALLEROS



Institución Gran Duque de Alba

Antón Vázquez Dávila era hijo de Hernán Vázquez Dávila y de doña Bernardina Olarte de Solís, esta natural de Salamanca. Era un caballero abulense, «hijodalgo notorio según costumbre y fuero de España», emparentado con la Casa de Velada⁹² y, en menor grado, con la Casa de los Dávila, señores de Villatoro y Navamorcunde, un hombre bien relacionado, que trataba y convivía de ordinario con la gente más principal de la ciudad hasta confundirse con ella. Aunque había sospechas de bastardía sobre alguno de sus antecesores⁹³, descendía por línea directa de varón de otro Hernán Vázquez Dávila, señor de San Román, y pertenecía, por tanto, al linaje de Blasco Jimeno, cuyas casas y pertenencias se identificaban por los seis roeles que

⁹² Francisco de Salcedo, refiriéndose a los antepasados de Sancho Dávila, dice que «a leido el nonbre dellos que está escrito en su sepultura en la capilla del marqués de Velada como debdos [...]. Declaración de Francisco de Salcedo, Ávila, 7 de abril de 1570. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

⁹³ «[...] a oydo dezir a la marquesa de Velada, doña Teresa Carrillo, o al marqués, que le parecía que era a la marquesa, que el dicho Antón Bázquez o su padre, que no se acuerda cuál de los dos fuese, hera hijo de un chantre que fue desta iglesia, deudo del marqués que se llamaba Gómez Dávila [...]. Declaración de Cristóbal de Sedano, arcediano de Olmedo, Ávila, 7 de abril de 1570. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

Fray Pedro Serrano, fraile dominico en Santo Tomás, preguntado al efecto, declaró bajo juramento que, según un traslado del testamento del obispo Sancho Dávila, que está en su poder, «Sancho de Ávila desciende de Fernán Blázquez, sobrino del obispo don Sancho Dávila, el qual Fernán Blázquez tubo ciertos hijos, entre los cuales tubo uno que se llamó Sancho Sánchez, que fue chantre desta iglesia de Ávila y hera muchacho al tiempo quel obispo don Sancho de Ávila hizo su testamento y le mandó diez mil maravedís para estudiar y este chantre bino a heredar Duruelo y la otra hacienda del mayorazgo heredó otro su hermano. El chantre tubo por hijo a Hernán Blázquez y Hernán Blázquez a Sancho Sánchez y Sancho Sánchez a otro Hernán Blázquez y Hernán Blázquez a Antón Bázquez, padre de Sancho Dávila [...]. Declaración de fray Pedro Serrano, natural desta ciudad, fraile dominico en Santo Tomás, Ávila, 21 de abril de 1570. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

lucían en sus blasones⁹⁴. Vivía fundamentalmente de las rentas de las tierras que poseía en Duruelo, Blascomillán y Mancera, pero eran rentas escasas, o las había gastado en demasía, y tenía serias dificultades para mantener con dignidad su estatus social en la ciudad.

Se casó con Ana Daza⁹⁵. Su matrimonio no estuvo exento de problemas porque, sin que nadie supiera muy bien cuál era la razón, el origen de la familia de su mujer despertaba ciertas sospechas y corrían rumores y habladurías, siempre vagas y con frecuencia contradictorias, por los mentideros de las casas nobles de la ciudad. Ana Daza era hija de Rodrigo Orejón, «hijodalgo notorio», de muy «buena casta», vecino y natural de Ávila, que entraba en «las suertes» que cada año se echaban en la parroquia de San Vicente para el nombramiento de la mitad de oficios de fieles de abastos del concejo de la ciudad y tierra entre los nobles de su linaje⁹⁶. Su madre era Andresa del Espinar, también vecina y natural de Ávila, parte de cuyos antepasados parecían ser naturales de la villa de El Espinar, tierra de Segovia, y de algunos de ellos se decía que estaban relacionados con conversos segovianos. Rodrigo Orejón y Andresa del Espinar tenían tierras y ganados y vivían con cierta solvencia económica. Por todo ello, en la nobleza más rancia de la ciudad, especialmente

⁹⁴ [...] El dicho don Sancho Dávila, su padre, Antón Vázquez, y sus antecesores por línea recta de barón son de la Casas de Navamorcuende y de la Casas de San Román, que son las dos cepas principales desta tierra de caballeros hijosdalgo, limpios, sin ninguna raça de judío ni moro ni confeso ni villano y los llamaban a los antecesores «de Duruelo», por quanto el obispo don Sancho de Ávila, hermano del señor de Navamorcuende, y dezían Fernán Blázquez, que tubo en su guarda al rey don Alonso el Onçeno en el cíborrio de Ávila. Entre otros mayorazgos el dicho obispo hizo, el año de trecientos y cincuenta y cinco años, mayorazgo de la villa de Villatoro y la juntó con Navalmorcuende y hizo mayorazgo de la villa de Villanueva y la juntó con la villa de San Román, el mayorazgo de Villatoro en Blasco Jimeno, su sobrino, hijo de Fernán Blázquez, señor de Navamorcuende, y el mayorazgo de Villanueva hizo en otro su sobrino, hijo de su hermana y de Gonzalo Gómez, señor de San Román, de donde desciende los marqueses de Velada; y el terçero mayorazgo que hizo el dicho obispo fue en otro hijo segundo de su hermano, Hernán Blázquez, señor de Navalmorcuende, y que se llamaba Hernán Blázquez, como su padre, y en este terçero mayorazgo puso el lugar de Duruelo y Bentosilla y otros y desde terçero mayorazgo descienden el dicho Hernán Blázquez y Antón Vázquez y Sancho Dávila y así es pariente de las dos casas de Villanueva y Navalmorcuende [...]. Declaración de fray Pedro Serrano, Ávila, 7 de abril de 1570. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

⁹⁵ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 348.

⁹⁶ Registro de las suertes que los caballeros hijosdalgo de la ciudad de Ávila y su tierra echan suertes sobre los fielazgos desta ciudad y su tierra en la capilla de San Miguel de la parroquial de San Vicente. AHPAv, Ayuntamiento, C 105 L 339.

entre las mujeres, había la sospecha de que Antón Vázquez Dávila no había tenido demasiados escrúpulos y se había casado por dinero. Casi todos lo pensaban, muchos lo afirmaban sin reparo alguno y la maledicencia se pro-palaba de boca en boca: «[...] mira con quién se viene a casar Antón Vázquez, que, por dineros, ha venido a ensuziar su sangre»⁹⁷.

Y, según declaraciones posteriores de algunos vecinos, esa opinión se mantuvo durante mucho tiempo en la ciudad y muchos abulenses repitieron después la frase por distintos motivos y en variadas ocasiones.

Antón Vázquez Dávila y Ana Daza tuvieron tres hijos: Beatriz, que fue monja en el monasterio de Santa Ana; Tomás Dávila, probablemente el mayor de los hermanos, y Sancho⁹⁸. De Sancho Dávila cuenta siglos después uno de sus biógrafos, el marqués de Miraflores, según él mismo dice «poseedor de la casa y bienes de aquel ilustre caudillo», que nació en Ávila de los Caballeros el día 21 de septiembre de 1523⁹⁹. Desconocemos cuál fue la fuente informativa de que se sirvió el marqués de Miraflores para fijar con tanta precisión y seguridad la fecha del nacimiento. No parece probable que fuera una noticia transmitida durante siglos por tradición familiar ni tampoco que dicho autor tuviera en su poder algún registro sobre el nacimiento o el bautismo de Sancho; parece más bien una afirmación deducida a partir de los datos que recogen las diferentes informaciones que, por distintos motivos, se hacen sobre el personaje en la segunda mitad del siglo XVI o los memoriales que, para reclamar mercedes o recordar servicios, escribe el propio Sancho Dávila en los últimos años de su vida. En cuanto al lugar, algunos años después de la publicación del marqués de Miraflores, en 1926, en un discurso sobre la nobleza abulense del siglo XVI leído con motivo de su recepción pública en la Real Academia de la Historia, el señor don Abelardo Merino Álvarez recogía la creencia de que Sancho Dávila había nacido en la torre de la dehesa del Pinar, que pertenecía a los Daza, la familia de la madre, tal y como demostraban los escudos esculpidos en el dintel de su puerta, sobre la que

⁹⁷ Declaración de Juan del Águila, Ávila, 7 de abril de 1570. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

⁹⁸ Testamento de doña Ana Daza de 4 de febrero de 1539. AHPAv, Protocolos Notariales, 55, fls. 105ss.

⁹⁹ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general español D. Sancho Dávila y Daza, conocido en el siglo XVI con el nombre de El Rayo de la Guerra, precedida de una hojeada histórico-crítica de las tres principales cuestiones político-religiosas iniciadas en aquel siglo, por el marqués de Miraflores, poseedor de la casa y bienes de aquel ilustre caudillo*. Madrid: [s. n.], 1857, p. 97, 259.

se había puesto poco tiempo antes una placa alusiva a dicho acontecimiento. En dicha placa puede aún leerse la siguiente inscripción:

Casa del ilustre capitán general y almirante D. Sancho Dávila y Daza, conocido en su época con el sobrenombre del Rayo de la Guerra. Nació en esta casa el año 1523 y murió en Lisboa en 1583, de donde fue trasladado a su parroquia de San Juan de Ávila, donde yace¹⁰⁰.

No podemos saber qué hay de cierto y qué de fabulación en la afirmación que se hace en la citada placa sobre el nacimiento de don Sancho. Sólo podemos asegurar que aquella dehesa y aquella casa formaban parte del mayorazgo instituido en uno de aquellos años por don Pedro Daza, arcediano de la catedral de Ávila, tío carnal de Ana Daza, la madre de Sancho Dávila. En todo caso, aunque dicha noticia fuera cierta, estuviera



Casa de la dehesa del Pinar donde, según la tradición familiar, nació Sancho Dávila.

¹⁰⁰ MERINO ÁLVAREZ, Abelardo. *La sociedad abulense durante el siglo XVI. La Nobleza*. Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de los Cuerpos de Intendencia e Intervención Militares, 1926, p. 62, nota 122. La dehesa del Pinar pertenecía entonces, en 1926, y pertenece ahora a los marqueses de Villanueva de Valdueza.

documentada y no hubiera lugar a dudas, desconocemos por qué razón Ana Daza vivía en aquella casa, situada en el campo, en las afueras de Ávila, o por qué se había trasladado a ella antes del parto. Y sólo podemos hacer conjeturas y suposiciones al respecto.

Sabemos, en tal sentido, que hombres y mujeres de familias que vivían en la ciudad, nobles o no, y tuvieran propiedades rurales se desplazaban a menudo a sus dehesas o a las aldeas vecinas y pasaban en ellas largas temporadas, bien para vigilar su hacienda en tiempo de siembra o de recolección, bien por culpa de las epidemias que periódicamente y con reiteración amenazaban en aquellos tiempos a ciudades y villas castellanas. Ambas razones pueden servir para explicar la estancia de doña Ana Daza en la dehesa del Pinar. En relación con la primera, recordemos que doña Beatriz de Ahumada, madre de la que después sería santa Teresa de Jesús, al casarse en 1509 con don Alonso de Cepeda, aportó al matrimonio una casa de campo en el pueblo de Gotarrendura, cercano a Ávila, con una huerta, unos palomares y varias fincas y que en los años siguientes, cuando Teresa era niña, la familia vivió en aquella casa en más de una ocasión¹⁰¹. Y sabemos que algo parecido hacían, por ejemplo, algunos regidores como Diego Álvarez de Bracamonte, que pasaba parte del año en el pueblo de Fuente el Sol; o el secretario Pedro de Torres, en el de Puente del Congosto; o Fernando Gómez Dávila, en Riofrío; el bachiller Juan de Henao, en Villaflor, o Cristóbal del Peso, en Sesgudos¹⁰². Y no sería difícil registrar muchos más ejemplos en la documentación abulense de la época. No es extraño, pues, que hiciera lo mismo Ana Daza y que en 1523, ausente Antón Vázquez Dávila para cumplir con las obligaciones que comportaba el oficio de capitán de las tropas abulenses, buscara el abrigo de su familia y se trasladara con su madre a la dehesa del Pinar, propiedad de su tío Pedro Daza.

En relación con el miedo a la enfermedad y la peste, en cuanto había en la ciudad rumores de pestilencia, muchos vecinos se trasladaban con su familia a las casas que tenían en las dehesas de la comarca o en los pueblos de las proximidades, donde, además de vigilar su hacienda, podían permanecer durante algún tiempo a salvo de la enfermedad. Tal era así que en 1519 el concejo de Ávila llegó a ordenar a los alcaldes del lugar de Riofrío que no acogieran en dicha aldea a más personas que huyeran de la ciudad para que pudieran ir a aposentarse allí los regidores hasta que «la cibdad no mejorara de salud»¹⁰³. Los ejemplos podrían multiplicarse igualmente.

¹⁰¹ ÁLVAREZ, Tomás. *Cultura de mujer en el siglo XVI. El caso de Santa Teresa de Jesús*. Ávila: Ayuntamiento, 2006, p. 20-21.

¹⁰² Concejo de 7 de julio de 1510. AHPAv, Ayto., Actas, L1, fls. 45v-47v.

¹⁰³ Acuerdos de 16 de julio de 1519. AHPAv, Ayto., Actas, L4, fls. 14-14v.

Sucedía con cierta frecuencia. Ávila era en los años veinte del siglo XVI una ciudad vieja, de calles angostas, oscuras y sucias. Los animales que tiraban de las carretas o las acémilas cargadas de productos que llegaban al Mercado Chico cada semana, los caballos de montar y otros animales que poseían muchos vecinos en las cuadras de sus viviendas y los cerdos, que con frecuencia andaban por calles y plazas sin ningún control, hacían de Ávila, especialmente del interior del recinto amurallado, un lugar sucio, con graves problemas para evacuar basuras e inmundicias de palacios, conventos, casas de vecinos, corrales, cuadras y calles. No era extraña la existencia de muladeras en cualquier rincón y no era fácil librarse de barros e inmundicia en el centro de la ciudad, por lo que continuamente se repetía, sin mucha eficacia, la prohibición de echar a los albañales otra agua que no fuera la limpia «que llueve de las goteras»¹⁰⁴. Por eso, a pesar del clima, saludable y fresco, había cierta facilidad para el contagio de enfermedades.

En efecto, la pestilencia que presumiblemente pudiera temer Ana Daza no llegó finalmente en 1523. Pero sí en el año siguiente, en 1524, en el verano, por lo que Sancho Dávila, sus hermanos y su madre sí tendrían entonces motivo justificado para volver al campo y pasar una temporada alejados de la ciudad. En el mes de julio llegaban noticias de que había gente que moría en Martín Muñoz de las Posadas, pueblo del obispado en el camino hacia Olmedo y Valladolid, y el concejo dio orden de que no se permitiera, bajo pena de cien azotes para los culpados, que entrara en la ciudad ni en sus arrabales persona alguna que viniera de aquel lugar¹⁰⁵. Y muchos vecinos marcharon de nuevo a los pueblos de los alrededores, entre ellos, que sepamos, el corregidor, algunos regidores, muchos nobles y algunos componentes del cabildo de la catedral¹⁰⁶.

Un mes después se desató la alarma porque parecía haber más personas enfermas que en otras ocasiones. Y los regidores trataron de evaluar la situación. El licenciado Hernando Vázquez, médico, y el maestro Leonis, llamados a consulta, dictaminaron que había «algunos enfermos con secas, pero que no eran pestilenciales»¹⁰⁷. Don Francisco de Espinosa, beneficiado de la iglesia de San Juan, informaba de que el lunes anterior se habían juntado por mandato del provisor todos los curas de las iglesias de Ávila para «saber de la salud de la ciudad e qué personas avían fallecido e estavan enfermas» y el resultado de la investigación fue que en los diez días anteriores no habían

¹⁰⁴ Acuerdos de 11 de abril de 1523, sábado. AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 198v-199.

¹⁰⁵ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L5, fls. 32v-34.

¹⁰⁶ MARTÍN GARCÍA, G. «Las murallas en la Edad Moderna: obras de mantenimiento y nuevas construcciones». En: *La Muralla de Ávila*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 2003, p. 149.

¹⁰⁷ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L5, fls. 37-38.

muerto más que diez personas «e que no sabían de enfermos ningunos porque no los llamavan para confesar ni dar los sacramentos». De los barberos llamados para ampliar la información, dos declararon no haber hecho ninguna sangría en los últimos días; dos habían hecho tres; otro, cuatro «e las dos heran de secas», y otro una sola. Es posible, sin embargo, que a finales de agosto se temiera que la incidencia de la enfermedad fuera mucho mayor de lo que decían los informes, porque el concejo se vio obligado a buscar diversas fórmulas para obtener dinero con que pagar a los médicos para que atendieran gratuitamente a muchos pobres que se decía que padecían de «pestilencia» y no tenían medios «con que se curan»¹⁰⁸.

En todo caso, para garantizar la salubridad de la ciudad, recurrieron, como siempre, a traer de los montes de El Barraco, Burgohondo, Navalmorral y otros pueblos de la sierra más de un centenar de carretadas de romero y enebro con los que purificar el aire. Los regidores acordaron el modo de repartirlo: separaron una cantidad suficiente para quemarlo en la plaza de Mercado Chico, otra cantidad para los monasterios y hospitales y el resto decidieron que se diera «a cada cuadrilla, a los dos tomados della, seys cargos cada semana y que estos» tuvieran cuidado «de repartir por su cuadrilla un cargo para los vecinos como vieren» que convenía y que «a cada uno de los señores que están en el consistorio» se le diera «un cargo» y que el resto estuviera almacenado «en las casas del consistorio». No fue remedio suficiente en esta ocasión. A finales de septiembre tuvieron que mandar al boticario Alonso de Castro que diera de su botica «a todas las personas pobres enfermas de pestilencia, y no de otra enfermedad, todas las medecinas que oviere menester» hasta que estuvieran sanas «de la tal enfermedad durante todo el tiempo que hubiera enfermos de pestilencia [...]» con la condición de que «las medicinas» fueran prescritas «por cédulas de los físicos que ay en esta ciudad» y que constara en ellas que eran «personas povres y que están enfermos de pestilencia y cómo se llaman»¹⁰⁹. Poco después, pasado el verano y llegadas las primeras lluvias, la peste había desaparecido.

2.1. RECOMponiendo UNA IDENTIDAD

En el otoño, cuando pasó el peligro de la peste y habían concluido las obligaciones militares de su padre, Sancho Dávila volvería con su madre a Ávila, el lugar donde habría de criarse y donde viviría, sin apenas salir más allá de sus límites, durante su infancia y su juventud.

¹⁰⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L5, fls. 42-42v.

¹⁰⁹ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L5, fls. 70v-74.

En aquellos años y en los siguientes se fueron apagando poco a poco en la ciudad los ecos de los alborotos y alteraciones de la época de las Comunidades. Primero fue la reconciliación oficial del concejo con el emperador tras la derrota de Villalar: los regidores pidieron perdón en nombre de la ciudad y recibieron con todos los honores al nuevo corregidor, Juan de Herrera, que venía acompañado de veinte hombres de armas para garantizar la paz¹¹⁰; a una fuente construida recientemente en las inmediaciones del monasterio de Santo Tomás la llamaron *de San Charles*¹¹¹; enviaron a costa de las rentas de la ciudad y tierra cuatrocientos hombres a Navarra al mando de Sancho Sánchez Cimbrón, nombrado capitán, para luchar contra los franceses; y celebraron el regreso de Carlos V a la Península con toda solemnidad y grandes manifestaciones de júbilo. A tal efecto mandaron hacer

[...] una procesión muy solene en que se den gracias a Nuestro Señor Xesucristo por la benida de sus majestades y que tañan luego todas las campanas de la cibdad e fagan otras alegrías, que por todas las casas y plaças y calles aya lumynarias en cada casa y hogueras esta noche y toda manera de regozijo y que para mañana en todo el día nynguna persona no haga nyngún oficio y que todas vayan a la procesión que se fará para dar gracias a Nuestro Señor por la buena venida de Su Majestad so pena de dies mil maravedis y, sy fuere persona de baxa manera, que le den cien açotes [...]. Que para mañana se corran tres toros en despues de comer en la plaça de Mercado Chico [y] mandaron que todas juntas sus mercedes, asy como están, y todos los cavalleros y hidalgos cavalguen esta tarde y anden por la cibdad y regocijando la buena nueva y benida de Su Majestad¹¹².

Y comisionaron a Diego Álvarez de Bracamonte y a Pedro del Peso para que, en nombre de la ciudad, fueran a besar las manos del rey y a darle el parabién de su venida¹¹³.

Pero continuaron manifestándose aún durante algún tiempo las discordias y las inculpaciones, los ajustes de cuentas y las reclamaciones por los hechos pasados: Pedro Dávila, contino del rey y señor de Villafranca y Las Navas, mantuvo, por ejemplo, un pleito sonado con Francisco Sánchez y Gaspar Suárez sobre el pago de los daños que estos le habían causado por el derribo y robo de sus casas; el licenciado Joanes Dávila denunció a Francisco Palomo por los daños que había ocasionado en sus casas y hacienda en el pueblo de Muñomer¹¹⁴; los contadores reales reclamaron el pago

¹¹⁰ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fl. 11v.

¹¹¹ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fl. 169.

¹¹² AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 174-174v.

¹¹³ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fl. 175.

¹¹⁴ AHPAv, Protocolos Notariales, 245, fls. 232v-236.

de las rentas de los años anteriores y se condenó a la ciudad a satisfacer el coste de la reconstrucción de Torrelobatón, villa del almirante de Castilla, que habían destruido durante la guerra las tropas comuneras. Como consecuencia, se reprodujeron viejas rencillas y se occasionaron disturbios y enfrentamientos entre unos vecinos y otros, hasta el punto de que el concejo se vio obligado a prohibir el uso de «armas ofensivas ny defensivas en esta çibdad e sus arravales de noche», so pena de perderlas, y a mandar, asimismo, que nadie anduviera «de noche, después de dadas las nueve e tañido a queda las campanas de la yglesia de San Juan, por la çibdad y sus arravales, syn traer candela encendida», so pena de quince días de cárcel¹¹⁵.

Al mismo tiempo, el castigo y la represión. Muchos vecinos fueron exceptuados del perdón general. Gómez Dávila, por ejemplo, fue condenado a muerte, pena que se comutó por la de destierro, y a la confiscación de sus bienes, aunque logró evitarlo mediante el pago de una multa de 7.000 ducados¹¹⁶. Sancho Sánchez Cimbrón, a pesar de su participación en Navarra en la guerra contra los franceses, fue considerado traidor a la Corona y «condenado a pena de muerte y confiscación de sus bienes y perdimiento» de su oficio de regidor, que fue entregado en 1523 a «Juan de Bracamonte, alguazil mayor de la Corte e Chançillería de Su Majestad»¹¹⁷. Y lo mismo le sucedió a Suero del Águila: su regimiento fue entregado a Juan de Muñohierro, gentilhombre de Su Majestad¹¹⁸ y de poco sirvieron de momento las gestiones que, a instancias del infante Fernando, ya rey de Romanos, se hicieron expresamente en su favor ante el propio Carlos V¹¹⁹. Y otros muchos. Aún en 1527 había abulenses exceptuados del perdón general concedido por el rey. Por eso, en las Cortes que aquel año se celebraron en Valladolid, la ciudad de Ávila incluía entre sus capítulos particulares solicitar misericordia y perdón para el propio Suero del Águila y para

¹¹⁵ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L5, fls. 62-62 v.

¹¹⁶ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago. *El marqués de Velada y la Corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*. [Valladolid]: Consejería de Cultura y Turismo, 2004, p. 57.

¹¹⁷ Jueves, 5 de marzo de 1523, AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 196-197 v.

¹¹⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L4, fls. 194v-195.

¹¹⁹ Así lo refleja una carta dirigida al infante y fechada en Madrid en 3 de abril de 1525. Su contenido es como sigue:

«[...] S. M. ha entendido en el negocio de Suero del Águila y no ha dado tal despido como por su carta teníamos esperanza. No sé qué es la causa de ello, porque según algunos del Consejo éramos muy ciertos de que se hiciera como V. A. lo quisiera. Sólo hay remedio si V. A. es servido de hacer la merced al dicho Suero de escribir al confesor de S. M. para que éste entienda en ello y al secretario Cobos, con que en la carta que V. A. escribiere a S. M. haga relación de ello. Y otra cosa no hay para que el dicho Suero alcance la merced que V. A. le desea hacer [...].» En: RODRÍGUEZ VILLA, Antonio. «El emperador Carlos V y su Corte (1522-1539)». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 43 (1903), p. 407.

Juan de Palomares, Juan de Mirueña, Cristóbal de Villarroel, Pedro de Fontiveros, Juan de Osma, Luis Bonetero, Pedro Calero, Tomé Hernández y Blas Hernández

[...] para que puedan estar libremente en estos reynos y en sus casas, pues no les queda a sus mugeres ni hijos otro anparo ni remedio syno el que sus maridos con el trabajo e yndustria de sus personas les pueden dar¹²⁰.

Finalmente, la reconciliación y el olvido de la pasada rebelión. En el verano de 1531, estando Carlos otra vez en Europa tratando de concluir la paz y organizar los asuntos del Imperio, vino a Ávila con sus hijos la emperatriz Isabel que permaneció varios días disfrutando del clima de la ciudad. En uno de aquellos días, en el monasterio extramuros de monjas bernardas de Santa Ana, se vistió de corto por vez primera el príncipe Felipe, que tenía entonces poco más de cuatro años. No se alojaron en el alcázar regio, tan austero, ni en el monasterio de Santo Tomás, donde tiempo atrás habían residido temporalmente algunos miembros de la casa real, sino en el palacio de Gómez Dávila, señor de Velada, Villanueva y San Román¹²¹, recientemente remozado, situado en el corazón mismo del recinto amurallado de la ciudad. Más allá de la mayor o menor comodidad del alojamiento, la decisión de alojarse en aquel palacio tenía, sin duda, un importante calado político.

Los Dávila constituían la élite de la sociedad abulense y monopolizaban desde tiempo atrás, después de muchas disputas y enfrentamientos habidos entre ellos, el ejercicio del poder municipal. Sus dos linajes, el de Esteban Domingo y el de Blasco Jimeno, se repartían los oficios y cargos públicos del concejo: siete regidores pertenecían al linaje de Esteban Domingo, el de los trece roeles, y se sentaban en el llamado banco de San Juan y siete pertenecían al linaje de Blasco Jimeno, el de los seis roeles, y se sentaban en el llamado banco de San Vicente. A la llegada a España de Carlos I, el linaje de Esteban Domingo estaba encabezado por don Pedro Dávila, señor de Villafranca y Las Navas; el linaje de Blasco Jimeno estaba representado en el consistorio por Diego Hernández Dávila, señor de Villatoro y Navamorcuende, primera voz y voto del banco de San Juan, pero en la ciudad, en la calle, fuera del consistorio, le disputaba ese honor Gómez Dávila, señor de Velada.

En la revuelta de las Comunidades adoptaron, como tantas veces, posturas enfrentadas: Diego Hernández Dávila fue procurador de la ciudad en las Cortes de Santiago y votó el servicio otorgado al rey; Pedro Dávila defendió en la ciudad la causa del emperador frente a los comuneros y

¹²⁰ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L7, fls. 66-69.

¹²¹ ARIZ, L. *Historia de las grandezas...*, op. cit., p. 297-298.

tuvo que hacer frente a las amenazas vertidas contra él, contra sus bienes y contra su casa; y Gómez Dávila fue un destacado comunero, procurador de la comunidad de Ávila en la Junta de Tordesillas. Ahora, diez años después, la emperatriz Isabel venía a Ávila y no se alojaba en los palacios de aquellos que habían permanecido fieles al rey, a quienes se podría, sin duda, beneficiar de otra forma y con otras mercedes, sino en el palacio del viejo comunero. Todo un símbolo. Era una prueba palpable de reconciliación, un intento de demostrar cómo la sociedad abulense se había integrado ya plenamente en la nueva realidad política y se había identificado con ella. Había quedado olvidada para siempre la revuelta; lo más granado de la nobleza abulense, sin excepciones, manifestaba su lealtad y todos los caballeros de la ciudad parecían identificados con las causas del emperador y estaban dispuestos a servirlas.

2.2. ÁVILA, CASA Y CALLE

Obviamente no podía Sancho Dávila comprender entonces, por su edad, el significado último de aquel gesto, aparentemente trivial, que se había producido en el contexto de la estancia de la emperatriz Isabel en la ciudad donde él se criaba. Y, sin embargo, el valor de la lealtad de que tanto se vanagloriaban los caballeros abulenses, que se había quebrado, sin duda, en la revuelta de las Comunidades y ahora aparecía recuperado en su integridad, sería un principio de actuación que, a lo largo de toda su vida, pareció emanar de forma natural desde lo más profundo de la estructura de su personalidad. Pero aquellos momentos, cuando no tenía más de ocho años, eran tiempo de aprendizajes concretos: las primeras letras, la doctrina cristiana y los juegos, sobre todo los juegos, que le permitían recorrer y descubrir calles, fuentes, rincones y plazas cada vez más alejadas de la casa de sus padres.

Antón Vázquez Dávila y Ana Daza vivían en una casa de la calle Cesteros, en el barrio de Santo Tomé, y algunos datos entresacados de los diferentes testamentos de Ana Daza y, por analogía, de otros testamentos de la época nos permiten imaginar alguna de sus características más significativas. Sería, sin duda, una casa abulense típica del siglo XVI¹²², de vivienda alta y baja, como casi todas, en cuya fachada de sillares de granito, sobre el dintel de la puerta, luciría, labrado en piedra, el blasón de seis roeles del linaje de Blasco Jimeno. Tras el portón de madera, un amplio zaguán distribuía el espacio interior y comunicaba con el huerto y los corrales de la parte posterior. En la planta baja estaban las despensas, la leñera, los cuartos de las criadas y la cocina, muy

¹²² Ver LÓPEZ FERNÁNDEZ, María Teresa. *Arquitectura civil del siglo XVI en Ávila (Introducción a su estudio)*. Ávila: Caja Central de Ahorros y Préstamos, 1984.

amplia, con sus alacenas y sus tinajas de barro, su escaño y el hogar, una gran lancha de piedra con los morillos, los trébedes y las llares que colgaban en el chupón de la chimenea. En la vivienda alta destacaba la sala principal. Ocupaba todo el frontal de la calle a la que se abrían varias ventanas que daban luz a la estancia. Conducía hasta ella un pasillo al que se abrían las puertas de otras salas más pequeñas en cada una de las cuales había una o dos alcobas, según su tamaño. En la parte posterior había un pequeño huerto y un corral y, adosadas a las tapias de dicho corral, se sucedían varias construcciones de carácter rudimentario: una pequeña casa para los criados, la caballeriza, las cuadras y gallineros y algunas tinadas, de igual altura que las bardas. Allí, entre la casa, el pequeño huerto y el corral, aprendió Sancho Dávila, jugando con sus hermanos, a percibir el espacio, a fijar referencias, a comprenderlo, a dominarlo.

La calle Cesteros estaba en el barrio de Santo Tomé, situado extramuros, en la parte alta de la ciudad, casi en el límite de lo urbano, abierta al campo. Alternaban en ella, en secuencia irregular, las casas solariegas de hidalgos y caballeros, las casas de campesinos que trabajaban las tierras circundantes y las casas de artesanos en que hombres y mujeres, a veces sentados en la misma calle, que se acababa de empedrar¹²³, trabajaban las ramas de mimbre para hacer sillas, canastas, cestos y cestas a la vista de todo aquel que quisiera observar. Era un lugar ideal para mirar, para correr, para jugar, para aprender.

Acababa en las afueras, en un descampado, que parecía limitado a lo lejos por la tapia de la huerta del monasterio de monjas de Santa Ana. En el sentido opuesto, convergía con la calle Tallistas hacia la plaza de Santo Tomé, un espacio cuadrilongo cerrado por la fachada del convento de Santa Catalina y las fachadas blasonadas de varias casas palaciegas, como la casa del deán, de reciente construcción. Era la plaza el centro de aquel barrio y la iglesia de Santo Tomé, a la que tantas veces acudía Sancho Dávila con su madre y sus hermanos, la referencia fundamental. El arrabal se extendía por el Norte hasta la iglesia monumental de San Vicente, donde cada año acudían su abuelo, Rodrigo Orejón, y los hijos de este para entrar en el sorteo de los dos oficios de fieles de abastos que correspondían a los nobles de su linaje. Por el Sur, llegaba hasta la iglesia románica de San Pedro y el Mercado Grande, en cuyo centro lucía aún el rollo jurisdiccional de la ciudad y cuyos soportales se habían remozado recientemente tras haber sustituido los viejos postes de madera por colosales pilares de piedra. Por el Oeste, el barrio estaba limitado por la calle Albardería que lo separaba del lienzo oriental de la muralla.

¹²³ En octubre de 1526 manda el concejo que se proceda a empedrar la calle de Cesteros a partir de la casa de don Luis de Guzmán, hasta donde se supone que ya estaba empedrada. AHPAv, Ayto., Actas, C4 L7, fls. 53-53v.

La muralla era, en aquella parte, una cerca imponente. A pesar de todas las prohibiciones, los muchachos se colaban por puertas y escaleras o por los resquicios de las casas adosadas para trepar hasta el adarve y correr por él¹²⁴ y sentir, por primera vez, al asomarse entre las almenas, el vértigo de la altura. La torre del homenaje, en el alcázar real, y el cimorro de la catedral, tan voluminoso, coronado por tres filas de almenas, destacaban por su altura y su apariencia de fortaleza. Al otro lado de la muralla estaba la ciudad. Y por aquella parte se accedía a ella por dos puertas monumentales de estructura similar, la puerta del Alcázar, adornada con el escudo de los reyes, frente al Mercado Grande, y la puerta de San Vicente, frente a la basílica de los mártires. Entre ambas, a medio camino entre una y otra, frente a la portada de la iglesia de Santo Tomé, se abría un pequeño postigo llamado el postigo del Obispo.

Por aquel postigo pasó innumerables veces Sancho Dávila, siendo niño, acompañando a su madre y a sus hermanos, para ir a visitar a su abuela Andresa que, cuando quedó viuda, se fue a vivir con su hermano Pedro Daza, arcediano de Ávila¹²⁵, a una casa adosada al palacio episcopal, situada en la calle que empezaba a llamarse del Juego de la Pelota, frente al palacio de los señores de Velada. A aquella casa acudían con frecuencia los mozos del cabildo a buscar brasas para los incensarios y en más de una ocasión Sancho les acompañó cuando regresaban con ellas a la catedral. Era la iglesia mayor de la ciudad. Desde el exterior parecía una mole inmensa, envuelta en la luz fría de aquella anchurosa plaza, hecha toda de piedra de granito, circundada de palacios en que predominaba la línea recta, sin más decoración que alguna cornisa o algunas figuras o escudos labrados en los dinteles de puertas y ventanas. Todo contribuía a crear aquel ambiente de frialdad, de austeridad, de distanciamiento, que a veces parecía dejarse sentir en la ciudad.

Pero, para quien quisiera dejarse sorprender, la catedral estaba llena de misterios: el aljibe, las torres inacabadas, la casa del campanero, la luz de la nave central tamizada por las vidrieras, las capillas innumerables, los sepulcros, los pasadizos, la techumbre de piedra, los arbotantes, el cimorro, las almenas..., todo un estímulo para el ensueño y la imaginación. En cierta ocasión, su madre lo llevó al claustro y lo condujo hasta el lado izquierdo del muro meridional para que conociera una capilla¹²⁶ que había fundado y dotado convenientemente algunos años antes su tío Pedro Daza, canónigo y

¹²⁴ En 31 de mayo de 1524 los regidores mandan a los mayordomos del concejo que «fagan tapar el agujero que está sobre la puerta de la çibdad que sale a San Vicente de quartones que sean gruesos y rrezios porque no cayga ninguna persona ni niño por él». AHPAv, Ayto., Actas, C3 L5, fls. 26-26v.

¹²⁵ AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

¹²⁶ HERAS FERNÁNDEZ, Félix de las. *La catedral de Ávila*. Ávila: [s. n.], 1981, p. 140.



Retrato del arcediano Pedro Daza (Anónimo).

arcediano de Ávila, en honor a Nuestra Señora de la Piedad, a san Jerónimo y a san Pedro Mártir¹²⁷, y que más tarde sería conocida con el nombre de capilla del Arcediano. Tal vez su madre pensara entonces que aquella capellanía, bien dotada y reservada como estaba a los herederos del arcediano, podría proporcionar algún día un modo de vida seguro para su hijo.

Poco a poco, a medida que iba pasando el tiempo, fue conociendo por entero la ciudad. Cada año descubría nuevas calles, nuevas plazas, nuevos rincones; cada año conocía mejor los alrededores: el viejo puente sobre el Adaja, el humilladero de los Cuatro Postes, la fuente de El Pradillo, la ermita de Sonsoles, la dehesa junto al río donde pastaban los caballos. Tan diferentes perspectivas del núcleo urbano le ayudaron a fijar referencias físicas y a situarse perfectamente en relación con ellas. Cuando se hizo mayor, la acumulación de percepciones de tantos años le permitió comprender perfectamente la organización espacial de la ciudad. El elemento fundamental era la muralla. Ávila, la ciudad, estaba claramente delimitada por su cerca medieval.

En el interior de la ciudad amurallada el Mercado Chico era el lugar central, el punto de referencia fundamental de toda la actividad urbana. En aquella plaza cuadrangular, donde se echaban los pregones del concejo y se remataban los abastos municipales, siempre concurrida, siempre bulliciosa, se encontraban la iglesia de San Juan, las casas del concejo donde se hacían los ayuntamientos, una de las dos carnicerías que había entonces en la ciudad, la pescadería, algunas tabernas y varias casas de vecinos que lucían sus ventanas y miradores por encima de los soportales que poco a poco se iban construyendo en los laterales¹²⁸. Allí se celebraban en los meses de verano juegos de cañas y corridas de toros y toda clase de fiestas, de celebraciones y actos públicos. Y los viernes de cada semana, cada día de mercado, se transformaba en una feria. La plaza se llenaba de tiendas, de carretas y de acémilas, a veces molestas para los transeúntes, y de tenderos y campesinos, que cargaban o descargaban y vocaban sus mercaderías, variadas y distintas según las épocas del año: leña, carbón, hortalizas, verduras, frutas, truchas y otros muchos productos de la tierra. Y llegaban tundidores, herradores, herreros, cesteros, espaderos y otros artesanos que ofrecían sus servicios o sus artesanías. En ocasiones –y era algo que siempre despertaba especial expectación–, se exhibían lobos, lobeznos y águilas que vecinos de los pueblos de la Sierra habían cogido trampeando y que traían a la ciudad paseándolos por sus calles y sus plazas para cobrar el dinero –60 maravedíes, en aquel tiempo– que el concejo tenía asignado como recompensa por cada captura.

¹²⁷ Declaración de Pedro de las Cuevas, capellán en dicha capilla, en 28 de mayo de 1578. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

¹²⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C2 L2, fols. 168v-172.

Del Mercado Chico, con regularidad apenas perceptible, salían varias calles, algunas de las más pasajeras de la ciudad –Aldrín, Rúa, Caballeros, Pescadería...–, que, a modo de radios, se dirigían hacia las puertas de la muralla. Cada una de aquellas puertas tenía entonces, como siempre, su propio nombre. Al Norte estaban la puerta del Carmen, junto al monasterio de Nuestra Señora del Carmen, flanqueada por las torres de planta cuadrangular que acababan de construir en los años veinte Vasco de la Zarza y Juan Campero, y la puerta del Mariscal, llamada así en honor del mariscal don Álvaro Dávila, antepasado de los Bracamonte; al Este, las puertas de San Vicente y del Alcázar y el postigo del Obispo; al Sur, la de Gil González Dávila, en cuyas inmediaciones se encontraba el rastro de la carne, la de Montenegro y el postigo de la Malaventura, lleno de peñascales, abierto frente a la iglesia extramuros de san Isidoro y el matadero de la ciudad; y al Oeste, frente al viejo puente que cruzaba el Adaja, la llamada puerta del Puente, a la que se llegaba desde el Mercado Chico bajando por la Rúa de Zapateros. Otras calles, dispuestas como líneas concéntricas en torno a la plaza y paralelas al perímetro de la muralla, se cruzaban y entrecruzaban con ellas y entre sí formando un entramado urbano de cierta complejidad y delimitando los espacios ocupados por el caserío.

Sobre las viviendas de vecinos del común, generalmente de dos pisos y algunas de ellas con corral y huerto, como la casa de Antón Vázquez Dávila y Ana Daza, descollaban los palacios de los nobles, que llamaban la atención por su enorme extensión, por sus torres, sus cornisas, sus escudos y los sillares de sus fachadas y por sus portadas¹²⁹, por las que entraba y salía con frecuencia gran cantidad de gentes, de caballos y de carros. Unos se estaban acabando de levantar en aquellos años y otros se remozaban tratando de acondicionar su interior a las nuevas exigencias de las modas y los tiempos¹³⁰. La mayor parte se encontraban en la parte alta de la ciudad y, los más privilegiados, en la proximidad de la muralla. Adosadas a ella estaban, por ejemplo, las casas de don Juan Dávila, señor de Cespedosa, situadas al final de la calle Caballeros, junto a la puerta de Gil González Dávila; el palacio de Pedro Dávila, señor de Villafranca y Las Navas; el palacio de Diego Hernández Dávila, señor de Villatoro y Navamorcuende, inmediato a ellas, en dirección a la puerta del Alcázar; el propio alcázar regio; el palacio de los Águila, en el lienzo norte de la muralla; o el de los Bracamonte, señores de Fuentelsol, contiguo a él, junto a la puerta del Mariscal, o el que estaba construyendo Núñez Vela junto a la puerta de Montenegro. En el interior del recinto amurallado, en la plaza de la Catedral, estaban el palacio del

¹²⁹ LÓPEZ FERNÁNDEZ, María Teresa. *Arquitectura civil del siglo XVI...*, op. cit., p. 25ss.

¹³⁰ Ídem, p. 65ss.

obispo, el de Gómez Dávila, señor de Velada, en cuya fachada lucían los seis roeles del linaje de Blasco Jimeno, y el de los Valderrábano. Y, desperdigados por doquier, entre las casas de caballeros y artesanos, el palacio de los Águila, en la calle de El Lomo; el de los Contreras, en la Rúa, o el torreón de Múxica, en el corral de Campanas. Y tantos otros.

Y entre las casas y palacios descollaban las iglesias, cuyas campanas regían el ritmo de vida del vecindario: la parroquial de San Juan, en el Mercado Chico; la de San Esteban, en la Rúa de Zapateros; y la de Santo Domingo, en la calle de Telares. Y también los monasterios, que contribuían con iglesias y palacios a dibujar en la línea del cielo un perfil recortado de torres y espadañas. El monasterio de Santa Escolástica, situado entre la iglesia de Santo Domingo y el palacio de Núñez Vela, estaba vacío desde hacía algunos años porque sus monjas habían tenido que trasladarse por orden del obispo al monasterio de Santa Ana. Al Norte, al otro lado de la ciudad, junto a la puerta de la muralla, estaba el monasterio de monjes de Nuestra Señora del Carmen, que antes fue iglesia de San Silvestre, en una de cuyas capillas se veneraba la imagen de la Virgen de la Soterraña que los frailes y los cofrades sacaban todos los años en procesión por las parroquias de la ciudad. Y en lo más alto, la gran mole de la catedral que con su simple presencia lo dominaba todo: los palacios, las iglesias y todo el caserío.

Y, junto a la catedral, la muralla era el elemento fundamental del entramado urbano. Definía la ciudad. Y la limitaba. Aquella gran cerca de piedra, tan maciza, tan alta, tan fuerte, la protegía y hacia de ella un lugar seguro, donde moverse libremente y donde vivir. Fuera estaban los arrabales. Y la comunicación entre los arrabales y el interior de la ciudad sólo podía hacerse a través de las puertas de aquella muralla que parecía infranqueable.

Al Este, frente a la puerta del Alcázar, se extendía la plaza del Mercado Grande y, frente a la puerta de San Vicente, se encontraba la basílica de los mártires Vicente, Sabina y Cristeta. Y entre ambas y el monasterio de Santa Ana se desparramaba el caserío del arrabal de Santo Tomé, continuación extramuros de la ciudad alta, donde se crió Sancho Dávila.

Al Norte se encontraban los arrabales de San Martín y San Andrés. Desde la puerta del Mariscal y, a más distancia, desde la puerta del Carmen se divisaban, agrupadas en torno a una u otra iglesia, las casas bajas de los vecinos, casi todos labradores, los huertos inmediatos a ellas y las huertas regadas con el agua del arroyo que fluía desde Las Hervencias, en el camino de Segovia, por aquella parte de la ciudad hasta desembocar en el Adaja. Hacía poco tiempo que se había trazado un camino para ir al monasterio de monjas carmelitas de La Encarnación, fundado a comienzos de siglo, y se había construido un pequeño puente, junto al pilón de la Mimbre, para poder pasar sin problemas dicho arroyo.

Al Oeste se encontraba el arrabal del Puente. Estaba poblado por molineros, curtidores, bataneros y otros artesanos que dependían del agua del río para realizar sus labores. Allí estaba la iglesia de San Sebastián. Se decía que en ella, en el año 1519, cuando se estaban realizando algunas obras de reparación en su interior, se habían descubierto el sepulcro y los restos de San Segundo, uno de los doce varones que según la tradición habían venido a España enviados por San Pablo a predicar el evangelio y que se había convertido en el primer obispo de Ávila. Muchos lo creyeron firmemente. Y fue tal la devoción que se había despertado entre los fieles que continuamente bajaba gente a la iglesia de San Sebastián, tanto por la Rúa de Zapateros y la puerta del Puente como por una senda que se había ido marcando por el uso al pie de la muralla desde la puerta del Carmen, para visitar el lugar donde había aparecido el sepulcro del santo.

Al Sur se extendían los arrabales de San Nicolás y Santiago, que se comunicaban con el interior de la ciudad a través de la puerta de Gil González Dávila y que se unían con el Mercado Grande a través del arrabal de La Trinidad y el convento de Nuestra Señora de Gracia, recientemente construido en las cercanías de la muralla, a los pies de la Torre del Esquina.

Un cinturón de monasterios, Sancti Spiritus, Santo Tomás, Santa Ana, San Francisco y La Encarnación parecían ceñir a los arrabales. Era el límite extremo del espacio urbano. Algun tiempo después estarían unidos con una cerca para intentar proteger a la ciudad del contagio de la peste. Más allá estaba el campo, el mundo rural, el riesgo, el peligro, lo desconocido. Por eso en el inicio de cada camino que partía de la ciudad había un humilladero: El Pradillo, Santa Ana, San Roque..., y más allá del puente, en el camino hacia Salamanca, se levantaron las cuatro columnas que habrían de servir de soporte para el humilladero de San Sebastián. En ellos entraba el caminante a pedir a Dios, una vez más, protección para el camino.

En ese espacio físico se desarrolló la infancia de Sancho Dávila. Sin duda, siendo niño, recorrió, conoció, disfrutó y vivió la ciudad. Seguro que mucho tiempo después recordaría su luz, tan luminosa y tan fría a la vez, tan diferente a la de Amberes o Bruselas, y sus piedras y sus experiencias infantiles. Pudo sentir cómo en aquel tiempo desaparecieron en muchas calles los poyos, que dificultaban la circulación, y los saledizos, que no dejaban pasar la luz ni el aire, y ver cómo se empedraron muchas calles y muchas plazas, cómo se reparaba la muralla una y otra vez, cómo se construían nuevos edificios, cómo la ciudad cambiaba y se hermoseaba poco a poco. Después, siendo mayor, recordaría con nitidez muchas de aquellas cosas. Y muchos acontecimientos. Sobre todo, la llegada y la estancia del emperador Carlos en 1534, cuando él sólo tenía diez años.

Fueron días de fiesta para la ciudad, ya totalmente reconciliada con el rey y entregada a él. Era el día 6 de junio de 1534. Venía desde Segovia por el camino de Villacastín y un gran gentío salió para verlo llegar por los altos de Las Hervencias, cerca de los prados donde entonces se estaban haciendo zanjas para juntar el agua de los manantiales y traerla por el acueducto hasta el arca del Borbollón, en la plaza de Santa Ana. Formaba la comitiva regia un grupo de más de centenar y medio de caballeros, españoles, alemanes y flamencos, todos con ricas monturas y jaeces. Entre todos destacaban el emperador y el arzobispo de Toledo, el cardenal de San Juan, el duque de Benavente y el duque de Alba, que cabalgaban a su lado. La muchedumbre marchó tras ellos hasta la plaza del monasterio de Santa Ana donde salieron a recibir al emperador el cabildo de la catedral y una amplia representación del consistorio encabezado por el corregidor don Luis Ponce de León y por don Pedro Dávila, conde del Risco y señor de Villafranca y Las Navas, a quien pocos meses antes había otorgado el propio Carlos V el título de Marqués de Las Navas.



Carlos V recibiendo homenaje. Bajorrelieve en el asiento del coro de la catedral.

Desde la plaza de Santa Ana, bajo palio de brocado que llevaban los regidores por orden de antigüedad, le condujeron en litera hasta el Mercado Grande y, tras pasar por la puerta del Alcázar, llegaron a la portada de la catedral. Allí el alcaide de la fortaleza se dirigió al monarca con una fuente de plata en las manos en que llevaba las llaves de la fortaleza, alcázar real y cimorro de la catedral, se las entregó al rey en señal de posesión y este se

las devolvió al alcaide para que siguiera teniéndolas en su nombre. Seguidamente juró los derechos, privilegios y libertades de la ciudad, recibió el homenaje de esta y entró a la iglesia para hacer oración. Después salió y fue a alojarse, como había hecho años antes la emperatriz, en el palacio del viejo comunero Gómez Dávila.

El lunes siguiente, día 8 de junio, por la tarde se corrieron en el Mercado Chico ocho toros en su honor. Las calles de la ciudad estaban adornadas con colgaduras, tapices y telas de vivos colores. Cuando el emperador salió del palacio de Velada se dispararon varias salvas de artillería desde el alcázar y delante de la comitiva fueron bailando camino del Mercado Chico varios grupos de mozas de las aldeas de los sexmos al son de la música que los mozos hacían sonar con gaitas, tamboriles y panderos.

Las gentes de Ávila acudieron a ver los toros y los bailes y los juegos de cañas que se celebraron en los días siguientes. La corrida del 8 de junio fue un espectáculo inusitado en el que participó una muchedumbre de actores y de espectadores. El pintor holandés Jan Cornelis Vermeyen, que acompañaba al emperador en su viaje por España dejó de él un interesante testimonio gráfico. Toros, perros, caballos, jinetes y mozos corren simultáneamente en los medios en todas las direcciones mientras una abigarrada multitud llena los laterales del coso, delimitado por cadalsos y talanqueras, dispuesta a intervenir en cualquier momento. Gentes de todas clases se arremolinan en los cadalsos construidos al efecto para disfrutar de la fiesta; los más pudientes miran desde las ventanas de las casas del Mercado Chico, muchas de ellas alquiladas para tal fin¹³¹. En el lugar preferente, en las ventanas del primer piso de la casa de Gregorio del Barco, posiblemente compartiendo perspectiva con el pintor, estaba el emperador contemplando el espectáculo.

Finalmente, el día 11 de junio, Carlos V salió de Ávila y marchó hacia Salamanca, por Fontiveros y Alba¹³². Había permanecido cinco días en la ciudad. Nunca se habían celebrado hasta entonces fiestas semejantes. Su presencia, el boato de su acompañamiento y la imagen de la majestad imperial quedarán grabados durante mucho tiempo en la memoria de todos los abulenses.

¹³¹ El precio de tales alquileres a lo largo del siglo XVI llegó a ser tan elevado que el consejo se vio obligado a intervenir para regularlo. Así en 1589 acuerda que «por ser el prescio que por ellas se pide tan excesivo, que se pregone públicamente que ninguna persona que tuviere ventanas en el Mercado Chico para el día de la fiesta las pueda alquilar, el primer suelo a precio cada una de dos ducados y las del segundo, un ducado, y las del tercero, de ocho reales y que no puedan pedir más precio ni llevarlo aunque se lo den». AHPAv, Ayto., Actas, L 18, fls. 358-360.

¹³² FORONDA Y AGUILERA, Manuel. *Estancias y viajes...* p. 389.

2.3. LAS LETRAS

La casa, la calle, el arrabal, la ciudad toda y sus alrededores, las gentes que la poblaban y los sucesos extraordinarios que ocurrían de vez en cuando eran una fuente inagotable de estímulos para el aprendizaje espontáneo y el desarrollo del conocimiento intuitivo y del pensamiento autónomo. Y las experiencias vividas desde niño en esos escenarios contribuyeron, sin duda, aunque fuera de forma inconsciente, a la formación de la personalidad de Sancho Dávila, al desarrollo de su concepción espacial y a la comprensión de los fundamentos en que se basaban las relaciones sociales y los valores culturales. Pero el siglo XVI es una época de cambio de mentalidades y se está produciendo en todas partes un avance evidente de la tendencia al control racional de la infancia y de la juventud. Y una forma efectiva de control de la entonces llamada *primera edad*, la más eficaz tal vez, era someter a los niños desde los primeros años a la instrucción reglada y al adoctrinamiento.

El fenómeno afectaba a todos los grupos sociales. Para la mentalidad dominante el saber se estaba convirtiendo en un medio de realización personal en clave humanista y en un modo de preparación para desempeñar el papel que cada uno tenía asignado en una sociedad cada vez más desigual y cada vez más jerarquizada. Por eso, desde tiempo atrás, las familias nobles más poderosas venían mostrando una notable preocupación por la educación de sus hijos. Y en la ciudad de Ávila y en las villas de las comarcas próximas hay desde el siglo anterior muestras evidentes de dicha preocupación.

Sabido es, por ejemplo, cómo en Alba de Tormes y en las villas de Valdecorneja el duque Fadrique, amante de las artes y las letras, aspira a hacer de su nieto, Fernando Álvarez de Toledo, un caballero perfecto, educándole en la virtud, en las letras y en las armas, y no escatima esfuerzos para ello, buscando a los mejores maestros y preceptores para que aprendiera latín y tradujera a los clásicos¹³³. Conocido es igualmente en la ciudad de Ávila el caso de los señores de Villafranca y Las Navas, cabeza del linaje de Esteban Domingo, el del escudo de los trece roeles. Tras la muerte de Esteban Dávila, titular del señorío, su viuda, Elvira de Zúñiga, procedente de una familia de larga tradición cultural, obligó a sus hijos, Pedro Dávila y Luis de Zúñiga, a estudiar durante muchos años latín y humanidades y a conocer a los más importantes autores griegos y romanos¹³⁴. Uno y otro se relacionan después, durante

¹³³ MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*. Girona: Atalanta, 2007, p. 51 ss.

¹³⁴ Cuenta la crónica de don Francés de Zúñiga, refiriéndose al hijo mayor, Pedro, que su madre le amaba en tal manera que «le hizo estudiar siete años hasta que le hizo que aprendiese Juvenal Salustio Catilinario y por esta causa vivió doliente durante algún tiempo». ZÚÑIGA, don Francés de. *Crónica burlesca del emperador Carlos V*. SÁNCHEZ PASO, J. A. (Ed.). Salamanca: Universidad, 1989, p. 116.

su vida adulta, con eruditos y humanistas, escriben y reciben cartas en latín, dominan el italiano, les gustan las antigüedades, coleccionan armas, medallas y monedas; uno y otro adornan sus respectivos palacios con esculturas e inscripciones latinas; uno y otro ocupan a lo largo de su vida cargos políticos y diplomáticos en la Corte, cerca del rey¹³⁵. Y algo parecido procuraban para sus hijos otras muchas familias nobiliarias, especialmente las que detentaban el poder municipal, en las que se empezaba a manifestar una clara tendencia a modelar a sus hijos según la imagen ideal de caballero que se estaba perfilando en aquel tiempo: un caballero cristiano, idealista, cortesano y político, militar y diplomático, capaz de dedicarse a la vez o alternativamente a las armas y a las letras.

Lo mismo hacían los hidalgos. En unos casos, por el simple afán de emular el comportamiento de los poderosos y por aprovechar toda oportunidad de sentirse identificados con ellos. En Ávila empezaba a disfundirse una cierta afición a la lectura y a las tertulias, y muchos veían en las letras un elemento diferenciador y delimitador de la nobleza. En otros casos, por necesidad. Para los segundones de las casas nobles y para los hijos de los hidalgos sin tierra o con escasas posibilidades económicas, las letras eran en muchas ocasiones una necesidad vital. En el clero, las leyes o las armas o en la burocracia creciente del nuevo Estado podían encontrar, gracias a las letras, el medio de ganarse la vida sin poner en peligro su honra ni su condición de nobles.

Sancho Vázquez Daza Dávila era un simple hidalgo. Y es probable que a su familia le movieran a la hora de criar al niño las mismas motivaciones que a los demás vecinos de la ciudad. Por eso se vio abocado desde sus primeros años a aprender a leer, a escribir, a contar y a memorizar y repetir las primeras nociones de la doctrina cristiana. Sabemos que fue su maestro Juan Ovando, que después fuera «clérigo en la parroquia de Santo Nicolás», porque en 1578, cuando dicho clérigo contaba «ochenta y cuatro años, antes más que menos», preguntado por Sancho Dávila respondió que le conocía desde niño y que fue él «quien le enseñó a leer»¹³⁶. No sabemos si fue su preceptor particular y como tal acudía a casa de Sancho a enseñarle a él y a sus hermanos o si, como parece más probable, regentaba una escuela parroquial a la que acudían a aprender varios niños de la vecindad. No eran extrañas tales prácticas en la ciudad de Ávila como

¹³⁵ MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. «Un abulense en el Quijote: don Luis de Ávila y Zúñiga». En: Ávila y Cervantes. IV Centenario del Quijote. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2006, p. 18.

¹³⁶ Declaración de Juan de Ovando en 27 de mayo de 1578. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

tampoco eran extraños los maestros laicos que en algunas ocasiones pagó el concejo para enseñar a leer a los niños. Y no podemos olvidar, en tal sentido, que en el siglo XVI la población de Ávila llegó a alcanzar un alto nivel de alfabetización¹¹⁷.

Desconocemos las cualidades de Juan Ovando, su capacidad didáctica y sus métodos pedagógicos. Es probable que, para enseñar a leer y a escribir a sus alumnos se sirviera de alguna de las muchas cartillas o doctrinas impresas que para tal fin se difundieron por Castilla en las primeras décadas del siglo XVI¹¹⁸ y que, una vez dominada la técnica de la lectura y de la escritura, les impulsara a seguir escribiendo y leyendo por turnos en voz alta en alguno de los cuerpos de libros que seguramente hubiera en alguna estantería o sobre algún escritorio de la sala donde impartiera sus clases.

Conocemos algunos textos escritos de mano de Sancho Dávila. Su ortografía está lejos de la excelencia y su caligrafía es obviamente mejorable. En cuanto a su calidad literaria, no podemos compararle con don Luis Dávila y Zúñiga, también abulense, ejemplo de caballero del Renacimiento, soldado y cortesano, presente en la conquista de Túnez y en la guerra contra la Liga de Smalkalden, cuyo desarrollo comentó buscando acrecentar aún más la gloria del emperador¹¹⁹, ni tampoco con los cronistas de Indias ni con Bernardino de Mendoza, su compañero de armas en los Países Bajos¹²⁰, ni con Antonio Escobar, el soldado que narró los principales acontecimientos de la guerra de Portugal¹²¹, ni con otros soldados, compañeros suyos, con quienes coincidió en los campos de batalla, que se sintieron atraídos por las letras y que, al final de su vida, pusieron por escrito sus vivencias, sus experiencias

¹¹⁷ TAPIA, S. de. «Nivel de alfabetización en una ciudad castellana del siglo XVI: sectores sociales y grupos étnicos en Ávila». *Studia Historica, Historia Moderna*, VI (1988), p. 481-502.

¹¹⁸ ALVAREZ, Tomás. *Cultura de mujer...*, op. cit., p. 31; INFANTES, Víctor y MARTÍNEZ PEREIRA, Ana. «La imagen gráfica de la primera enseñanza en el siglo XVI». *Revista Complutense de Educación*, 1999, vol. 10, n.º 2, p. 73.

¹¹⁹ ÁVILA Y ZÚÑIGA, Luis de. *Comentario del ilustre señor don Luis de Ávila y Zúñiga, comendador mayor de Alcántara: de la guerra de Alemania, hecha de Carlos V, máximo emperador romano, rey de España, en el año MDXLVI y MDXLVII*. Venecia: [s. n.], 1548; MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. «Un abulense en el Quijote: don Luis de Ávila...», op. cit., p. 13-31.

¹²⁰ MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios de don Bernardino de Mendoza de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos: desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Ed. Facsímil de: Madrid: Por Pedro Madrigal, 1592 (<http://www.cervantesvirtual.com>).

¹²¹ ESCOBAR, Antonio de. *Relación de la felicísima jornada que la cathólica real magestad del rey don Phelipe, nuestro señor, hizo en la conquista del reyno de Portugal, así en las cosas de la guerra como después en la paz antes que volviese a Castilla. Siendo capitán general el exce-lentissimo don Fernán Álvarez de Toledo, duque de Alva, compuesta por Antonio de Escobar, vecino y natural de la villa de Valladolid, que se halló presente en toda aquella guerra, sirviendo a Su Magestad con su persona y armas, criados y caballos, dirigida a su cathólica real magestad. ALPANÉS, Amparo (Ed.). Anexos Revista Lemir (2004).*

o sus reflexiones. Sancho Dávila, no. Tal vez porque murió a los sesenta años y vivió una vida tan ajetreada que no tuvo ni siquiera tiempo de planteárselo. Lo que sí escribió, él o su secretario, Miguel de Ayala¹⁴², fueron informes, cuentas de gastos y de provisiones, cálculos, proyectos, algún memorial y cartas. Muchas cartas.

Parece, en efecto, que a Sancho Dávila le gustaba leer cartas y que, por ello, las reclamaba constantemente a amigos y conocidos¹⁴³, pero que, sobre todo, le gustaba escribirlas y que las escribía a menudo, aun a riesgo de resultar molesto. Se conservan muchas de ellas. Especialmente en el archivo de los duques de Alba, ubicado en el palacio de Liria, en Madrid. La mayor parte están destinadas a don Fernando Álvarez de Toledo, el tercer duque, o al secretario de este, Juan de Albornoz. Son cartas formalmente bien estructuradas, escritas con un estilo directo y ágil, en las que el autor, Sancho, da muestras sobradas de saber organizar la información de forma secuenciada, describir con precisión y narrar con dinamismo¹⁴⁴. Con frecuencia, cuando deja fluir su pensamiento sobre sus propios problemas o sobre los problemas de la guerra, recurre a la ironía¹⁴⁵ y, a veces, al humor y su discurso aparece salpicado de juramentos, refranes¹⁴⁶, sentencias y expresiones¹⁴⁷ extraídas, sin duda, de la cultura popular.

¹⁴² *Sustitución de poder, en nombre de Sancho Dávila, en 30 de agosto de 1579*. AHPAv, A-579.

¹⁴³ «[...] Casi puedo sufrir yo menos que Vm. consienta que escriva al duque, mi señor, y no a Vm. que no dexarme Vm. de escribir como lo a hecho todos estos días, pues que Vm. se a acordado de escribir a infinitas personas en este país y sé que Vm. sabe que nadie terná más contento con sus cartas que yo [...].» *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Mastrique, 31 de marzo de 1574*. Archivo de los duques de Alba (ADA), C33/111.

¹⁴⁴ Así, por ejemplo, cuenta el naufragio de una galera: «[...] al partir de aquí en una galeota con priesa, porque se entendía que los herejes querían meter socorro a Zieriqṣea, me tomó una tormenta a la noche, estando al ferro, de manera que, anegándose la galera, fue necesario dar vela y cortar los cabos y correr con toda escurridad y fortuna donde la galera quisiere y Dios la llevare y él fue servido llevarnos a una playa donde no se perdió la gente ni artillería, aunque sí la poca ropa que yo llevaba[...].» *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 21 de abril de 1576* ADA, C33/134.

¹⁴⁵ «[...] V. m. no tenga en poco la diligencia que se a hecho en poner estos navíos en este punto y creo que debe de aver costado al Sr. Juan Moreno hertas palabras y diligencia y a mí harto deseo de aver esto acavado, aunque soy tan ruin que luego quedaría con mayor voluntad de verme en otros mayores fastidios y travajos o corrido de estar fuera dellos [...].» *Sancho Dávila a D. Juan de Albornoz, en Amberes, 9 de abril de 1573*. ADA, C33/82.

¹⁴⁶ Así, por ejemplo, «[...] dicen que suele saber más el neçio en su casa que el cuerdo en la ajena». *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Dunquerque, 4 de mayo de 1576*. ADA, C33/135. O también: «[...] cantarillo que muchas veces ba a la fuente se rompe el asa o se vierte». *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 22 de enero de 1574*. ADA, C33/113.

¹⁴⁷ Entre otras, por ejemplo, las siguientes, escritas en diferentes cartas y a distintos personajes: «[...] el duque me escribe le avise cómo lo pienso hazer, yo no sé sino como dicen los villanos de mi tierra: Juan Garrote [...]; [...] todos pareçe que andamos de capa cayda; [...]

A través del contenido y el estilo de sus escritos podemos descubrir a un hombre despierto, informado, que sabe cosas, bien formado intelectualmente, capaz de razonar y argumentar con lucidez y bien enterado de los asuntos de que trata. Un hombre de mediana cultura que en determinados momentos lamentará no haber aprendido la lengua italiana para poder comunicarse mejor en Europa pero que sabe leer en latín su nombramiento de castellano de Pavía; un hombre que en su madurez sabrá relacionarse con políticos, eclesiásticos y humanistas como Arias Montano, por ejemplo, y se dejará aconsejar por ellos. En definitiva, un hidalgo como tantos otros de la primera mitad del siglo XVI que acabaron dedicándose a la milicia. Como Sancho de Londoño, por ejemplo, poco mayor que él y a cuyas órdenes sirvió en Italia, de quien se dice que dominaba el latín y las matemáticas, que se enorgullecía de disponer de una «no pequeña librería» y que estudió, según él mismo confesaba, los cursos que realizaban los que se preparaban para el sacerdocio y que, por tal motivo, podía haber llegado a vestir «luengo manto»¹⁴⁸. De Sancho Dávila también dicen sus biógrafos que siguió la carrera eclesiástica y que llegó a recibir las órdenes menores¹⁴⁹.

No tenemos más noticias al respecto ni sabemos cuáles son los fundamentos de tal aseveración. Pero no tenemos tampoco motivo alguno para dudar de su verosimilitud. Ávila era en el siglo XVI una ciudad de caballeros, pero era también una ciudad de clérigos. Era sede episcopal de una extensa diócesis y la iglesia mayor, las iglesias parroquiales y los monasterios albergaban una gran cantidad de personas consagradas y dedicadas al culto y a la oración. El ambiente estaba cargado de religiosidad: los sonidos de las campanas marcaban el ritmo de la vida cotidiana, las gentes asistían a los cultos con asiduidad, las fiestas se celebraban con procesiones por las calles y los clérigos llenaban con su presencia toda la ciudad¹⁵⁰. Pocas familias había en Ávila en que no estuviera destinado a servir a la iglesia alguno de sus miembros.

En ese sentido, el caso de la familia de Sancho Dávila era paradigmático. En algún momento de la década de los treinta murió su padre, Antón Vázquez Dávila, y su madre, Ana Daza, se refugió en la iglesia y en

la encamíne de manera que venga en efecto aunque sea por activa o por pasiva [...] ; [...] de otra manera no se puede tener soldados en el castillo, y pensaría yo ir por lana y salir trasquilado [...] ; [...] vale más tarde que nunca [...] ; [...] si no se abentura mucho, no se gana mucho [...]. ADA, C33.

¹⁴⁸ GARCÍA HERNÁN, Enrique. «Don Sancho de Londoño. Perfil biográfico». *Revista de Historia Moderna*, 22, p. 10-11.

¹⁴⁹ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 3.

¹⁵⁰ DUQUE, Baldomero. *La escuela sacerdotal de Ávila del siglo XVI*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981, p. 45.

las relaciones con el clero. Las limosnas, las visitas a la iglesia y las prácticas religiosas parecían su principal preocupación. Y sus relaciones sociales y familiares parecen limitadas y centradas cada vez más en el ámbito clerical: era amiga de la beata de Leonis¹⁵¹; estaba protegida por su tío carnal, don Pedro Daza, arcediano de Ávila; tres de sus hermanos, Juan, Melchor y Jerónimo Daza, fueron canónigos de la iglesia mayor¹⁵²; su única hija, Beatriz, profesó como monja en el monasterio cisterciense de Santa Ana; estaba bien relacionada con los párrocos de Santiago, Santo Tomé y San Vicente y con los frailes del Carmen y de San Francisco, iglesias y monasterios en que encarga que se digan misas por su alma después de su muerte; y nombra como sus testamentarios a don Alonso de Henao, magistral de la catedral, y a don Juan de Zúñiga, también canónigo del cabildo de la catedral¹⁵³. No es extraño que las influencias de ese mundo impulsaran a Sancho Dávila, huérfano de padre antes de cumplir los quince años, a emprender la carrera eclesiástica.

Si fue así, no sabemos dónde pudo cursar los estudios necesarios para ello. Unos años después, en la década de los sesenta, los padres de la Compañía del Nombre de Jesús monopolizaron en el colegio de San Gil, situado extramuros, lo que podríamos llamar enseñanza secundaria en la ciudad, aquella que preparaba a los muchachos para acceder a los estudios superiores¹⁵⁴. Pero en los años treinta del siglo XVI no había más posibilidades que la enseñanza de preceptores particulares, generalmente clérigos, o el estudio de Gramática del bachiller Solórzano, dependiente de la catedral, creado en los años veinte¹⁵⁵. Y posiblemente fuera en ese estudio donde Sancho Dávila, emparentado con varios canónigos de la catedral, estudiara latín y humanidades y gramática para prepararse para el sacerdocio y donde, queremos pensar, sus maestros le inculcaran la afición a la lectura.

No había muchas ni grandes bibliotecas en la ciudad, si no eran las que tenían las instituciones eclesiásticas y las de propiedad particular que formaron después algunos miembros del clero, y no habría, con toda seguridad, muchas posibilidades de leer ni habría tampoco un número elevado

¹⁵¹ Testamento de Ana Daza de 4 de febrero de 1539. AHPAv, Protocolos Notariales, 55, fls. 105ss.

¹⁵² Declaración de Pedro Andrés, clérigo, en 1578. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

¹⁵³ Testamento de Ana Daza de 4 de febrero de 1539. AHPAv, Protocolos Notariales, 55, fls. 105ss.

¹⁵⁴ Jerónimo Daza, procurador general del común, elogiaba en 1565 «el beneficio que la ciudad y república desta ciudad rescribe de los teatinos del nombre de Jesús, sobre todo, en el estudio que se da a los vecinos desta ciudad y a los hijos de los vecinos de la tierra sin que por ello paguen maravedís algunos». AHPAv, Ayto., Actas, C6 L14, fls. 55v-59v.

¹⁵⁵ JIMÉNEZ DUQUE, Baldomero. *La escuela sacerdotal de Ávila...*, op. cit., p. 27; SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de actas del Cabildo Catedralicio de Ávila (1522-1533). Tomo II*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1998, p. 82.

de lectores¹⁵⁶. Pero sí había, sin duda, grupos sociales sensibles a la lectura, como demuestran el caso tan conocido de la familia de santa Teresa, cuyo padre, don Alonso de Cepeda, «era aficionado a leer buenos libros, y así –dice la Santa– los tenía de romance para que leyieran sus hijos»¹⁵⁷, o el ejemplo de la propia santa Teresa¹⁵⁸, y muchos documentos conservados de la época ponen de manifiesto que casi nunca faltaban libros, aunque su número fuera escaso y se tratara casi siempre de libros de carácter religioso o de novelas de caballería, en almonedas e inventarios de bienes de las familias nobiliarias.

Los escasos datos de esas pequeñas bibliotecas nos permiten sospechar las posibles lecturas de los muchachos abulenses en su época de formación. Había en ellas traducciones al romance de textos griegos y romanos, fundamentalmente de Virgilio, de César y de Salustio, que les permitían recrearse en las hazañas de los héroes de la Antigüedad, las hazañas de Aquiles y Héctor, de Ulises y Menelao, de Eneas, de Alejandro y del propio César¹⁵⁹. No faltaban libros de carácter religioso, especialmente la Sagrada Escritura y el *Flos Sanctorum*, en que se podían leer tantas y tan atractivas historias de santos y de mártires. Abundaban, sobre todo, los libros de caballerías, que pasaban de mano en mano y de casa en casa: de los aproximadamente cincuenta cuerpos de libros que tenía en su casa don Diego de Bracamonte, el caballero abulense que fuera ajusticiado años más tarde por orden de Felipe II, treinta eran libros de caballería entre cuyos títulos estaban *El Caballero del Febo* y *Flor de Caballerías*¹⁶⁰. Y crónicas, tanto las crónicas de los reyes como las crónicas de la ciudad. Especialmente las crónicas de la ciudad, que contribuían a crear, junto con los palacios y los blasones de tantas casas y junto con las explicaciones y narraciones orales, generalmente tendentes a la mitificación, un ambiente caballeresco, de pasado heroico, que parecía marcar a fuego el destino de los hidalgos abulenses siempre al servicio del rey y en defensa de la cristiandad. Algunas de ellas fueron escritas o copiadas con tal propósito en el mismo siglo XVI.

¹⁵⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. «El entorno histórico de Santa Teresa». *Studia Zamorensia*, 3 (1982), p. 367.

¹⁵⁷ ÁLVAREZ, Tomás. *Cultura de mujer...*, op. cit., p. 25.

¹⁵⁸ Idem, p. 43ss.

¹⁵⁹ Recordemos cómo don Luis Dávila y Zúñiga, caballero educado en Ávila pocos años antes que Sancho Dávila, autor de los *Comentario de la Guerra de Alemania*, cuando narra cómo Carlos V se dispone a cruzar el río Elba en la guerra contra Mauricio de Sajonia, dando muestra de su conocimiento de los clásicos, lo compara con Julio César cuando se disponía a pasar el Rubicón: «Fue –dice– como la que escriben de Julio César cuando pasó el Rubicón y dijo aquellas palabras tan señaladas», en ÁVILA y ZÚÑIGA, Luis de. *Comentario de la Guerra de Alemania hecha por Carlos V, próximo emperador romano, rey de España, en el año de MDXLVI y MDXLVII*, op. cit.

¹⁶⁰ AHPAv, Protocolos Notariales, 343, fls. 84v-90.

De hecho, pocos años antes del nacimiento de Sancho Dávila, en 1517, el entonces corregidor, Bernal de Mata, había mandado copiar la *Crónica de la población de Ávila*. Aquel libro parecía cumplir la función de un texto sagrado en que hubiera quedado registrada para siempre la historia de los orígenes de la ciudad y se guardaba como un tesoro en el arca de tres llaves del consistorio. No se dio a la imprenta, que todavía no había llegado a la ciudad, ni pudieron hacerse muchas copias, lo que le hacía aún, si cabe, menos accesible al común de los vecinos, y el manuscrito empezó a estar rodeado pronto de un cierto halo reverencial. Todo el mundo, sin embargo, hablaba de él y presumía de conocer su contenido. La lectura en voz alta era entonces práctica común. Por eso estaban en boca de todos los nombres de los antiguos pobladores, de Zurraqún Sancho, de Nalvillos, de Blasco Jimeno y de tantos otros caudillos abulenses. Todos en alguna ocasión habían oído contar o habían oido leer la aventura de Nalvillos, que marchó a rescatar a su mujer, Aixa Galiana, que había sido raptada en las inmediaciones de Ávila y vivía con el rey moro en Talavera; o el episodio de Las Hervencias; o el desafío que hicieron los caballeros abulenses a Alfonso I, el rey de Aragón, y que una cruz de piedra recientemente levantada en el término de Cantiveros quería conmemorar y dejar de ello memoria para siempre. Astucia, valentía y honor eran las virtudes de aquellos adalides.

Pero los hechos que narraba la *Crónica de la Población de Ávila* eran todos anteriores al siglo XIII. Para completar la historia de la ciudad y contar las hazañas de los caballeros abulenses en los siglos inmediatamente anteriores al XVI, el concejo encargó a Gonzalo de Ayora, capitán y cronista de los Reyes Católicos, que escribiera un epílogo de la historia de la ciudad. Y Ayora, el capitán comunero, retomó las viejas leyendas, volvió a contar las hazañas de las luchas de frontera y las completó con los servicios que, siguiendo la estela de sus mayores, habían prestado los abulenses a los reyes de Castilla en los tiempos más recientes, especialmente en las guerras de Granada y Portugal. Nuevos nombres vinieron a sumarse entonces a la nómina de los héroes locales: Gonzalo de Ávila, que había intervenido en la conquista de Gibraltar; Pedro Dávila, que tomó la fortaleza de Olmedo; Diego Dávila; Sancho del Águila, «el primero que rompió en la batalla de Albuera contra los portugueses»; Sancho Dávila, que, en la toma de Alhama, murió «cubierto de saetas como un erizo» y que no dejó de pelear «hasta ser muerto»; Cristóbal Velázquez, que, junto a otros muchos caballeros castellanos, murió en los Djelves; Hernán Gómez Dávila, señor de Villatoro y Navamorcunde, capitán de soldados españoles, que murió en Güeldres, tierra de Carlos V, en el cerco de Vancló, en un combate singular que sostuvo contra el enemigo frente a dicha villa¹⁶¹. Y tantos otros.

¹⁶¹ AYORA DE CÓRDOBA, Gonzalo. *Muchas historias dignas de ser sabidas y que estaban ocultas, sacadas y ordenadas por Gonzalo Ayora de Córdoba, capitán y coronista de las católicas magestades*, AHPAv, biblioteca auxiliar, 2096, p. 34ss.

Aquellas historias permitían a Sancho Dávila dejar volar la imaginación e identificarse con sus protagonistas. Y admirarles. Más cuando oía hablar de ellos a sus mayores, tan predispuestos siempre a ensalzar las glorias del pasado y a menospreciar los hechos del presente. Pero él, Sancho, conocía a los hijos o a los nietos de aquellos héroes. Incluso tenía cierto parentesco con algunos de ellos. Sabía de los que habían participado en la revuelta de las Comunidades, como su padre, y de los que habían estado en Navarra y Fuenterrabía, luchando contra los franceses. Conocía a los que habían estado en Italia y podía ver pasar por las calles y plazas de la ciudad de Ávila a quienes habían luchado en Túnez en 1536 al lado de Carlos I y habían compartido la gloria del emperador cuando este regresó a Italia y fue aclamado allí como «césar africano». Y no podía hacer otra cosa que admirarles. Y compartir con su hermano aquel sentimiento de admiración.

A ambos les atraía la forma de vida de todos ellos. No tanto por su riqueza, su casa, sus caballos o su forma de vestir, como por la posibilidad de participar en acontecimientos que les daban fama, que les procuraban la admiración de los demás, que les permitían comportarse como héroes. En el fondo de sus almas les hubiera gustado ser como cualquiera de ellos. Y en el fondo de sus almas se sentían a sí mismos siempre dispuestos a cumplir el compromiso que sugería en su libro Gonzalo de Ayora: las hazañas de los caballeros abulenses eran reales, eran auténticas, eran verdad y, por ello, escribía el cronista: «justamente es que los descendientes de tales raíces y moradores de tal pueblo se esfuerzen en parecer a sus antepasados y sobrables en toda virtud, si fuera posible»¹⁶².

Cualquier muchacho en Ávila podía sentir que aquellas palabras habían sido escritas expresamente para él. Sancho también. Pero no era más que un simple hidalgo. Su hermano Tomás, tal vez más decidido, posiblemente subyugado por el deseo de alcanzar la gloria, marchó a Argel y participó en la desastrosa campaña de 1541, acompañando al emperador, sin reparar en que su madre, ya viuda, hubo de hipotecar ciertos bienes para proporcionarle dinero con que hacer frente a sus gastos en la empresa¹⁶³. Sancho, sin embargo, posiblemente más influído por la madre, se quedó en Ávila. No tenía entonces más de diecisiete años. Su futuro parecía estar en las letras y en el clero. Es posible que todavía Ana Daza pensara entonces que podría heredar a su tío, el arcediano, como este, según la tradición familiar, había heredado a su tío Íñigo López

¹⁶² *Idem*, p. 53.

¹⁶³ *Testamento de Ana Daza de 13 de febrero de 1546*. AHPAv, Protocolos Notariales, 55, papeles sueltos.

Aguado, canónigo en Segovia¹⁶⁴: la esperanza de una vida sosegada, segura, libre de riesgos aparentes.

Y continuó estudiando latín, gramática y humanidades, probablemente en el estudio de Gramática del bachiller Solórzano, dependiente de la catedral, y cursó después, no sabemos dónde, tal vez en el estudio de Santo Tomás o en alguno de los muchos monasterios existentes en la ciudad o en la propia catedral, los estudios de filosofía, cánones y teología que le permitieron iniciar la carrera eclesiástica hasta llegar a recibir las órdenes menores. Y en 1544 ó 1545, no sabemos cuándo ni en qué circunstancias ni por qué, cuando contaba poco más de veinte años, Sancho Dávila marchó a Roma¹⁶⁵.

2.4. LAS ARMAS

Dejaba atrás la ciudad donde había pasado su infancia y su juventud. En el Mercado Chico sonaban las campanadas de la torre de San Juan. Tal vez no volvería a oírlas nunca más ni a ver la muralla ni el mercado ni la torre ni la campana del reloj. Era aquel un hermoso reloj, que, según decían los contratos que se firmaron para construirle, tenía «sus pilares y varas y travesas muy bien labradas». Su engranaje estaba formado de diez ruedas, las dos mayores de tres pies de alto, y «la mano» señalaba las horas y medias horas y andaba sin pararse dieciocho horas seguidas más o menos sin que «fuera menester alzar las pesas»¹⁶⁶. Sancho Dávila había podido presenciar cómo Juan Campero, el viejo maestro de cantería, levantó «el torrejón» a los pies de la iglesia e hizo la escalera de acceso y el hueco en la torre para colocar el reloj¹⁶⁷; cómo llegó de Medina del Campo el artefacto, comprado a Juan Jalón, a quien se decía que el concejo había pagado por él cien ducados de oro¹⁶⁸ y cómo se colocó en la torre la campana traída desde Olmedo¹⁶⁹. Desde el año 1540 el sonido de aquella campana venía marcando las horas y el ritmo de la vida de los abulenses.

En los últimos años aquella ciudad había estado llena de actividad. Había crecido y su aspecto mejoraba día a día. Se habían empedrado una y otra vez las calles más pasajeras, se habían cortado y hecho quitar las rejas bajas de las ventanas de los palacios, se habían derribado muchos balcones y saledizos de las casas y estaban más limpias las calles, las plazas y las puertas de

¹⁶⁴ Declaración de Diego de Guevara, en Segovia, 30 de abril de 1570. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

¹⁶⁵ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 3.

¹⁶⁶ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L9, fls. 150-151.

¹⁶⁷ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L9, fl. 113.

¹⁶⁸ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L9, fls. 194-195.

¹⁶⁹ Idem.

la muralla: el concejo había adquirido «un cherrión» para sacar la basura a los lugares indicados al efecto en las afueras, más allá de los arrabales¹⁷⁰, y había prohibido una vez más que los puercos anduvieran sueltos por el interior de la ciudad. Se remozaron viejos palacios, se hermoseaban sus patios y fachadas y se levantaron nuevos edificios. Y se trajo hasta el interior de la ciudad el agua recogida en los manantiales de Las Hervencias. Se acabó de construir, para ello, el acueducto que, desde el arca del Borbollón, pasando por el camino que discurría junto al humilladero de Santa Ana, se dirigía hacia la iglesia de Santo Tomé, entraba a ras de suelo en la ciudad por un agujero que horadaba la muralla, junto a la puerta del Obispo, y llegaba al Mercado Chico, hasta la fuente que se edificó en el cantón de las casas del consistorio. Varios ramales salían de aquel acueducto y distribuían el agua por fuentes y pilones que se habían ido construyendo en distintas plazas de la ciudad: en el Mercado Grande; en la plaza de Nuestra Señora de las Vacas; en la plaza de don Pedro Dávila; en la de Núñez Vela; y en la de Santo Domingo, donde se construyó un pilar «cabe el álamo primero» que estaba «en el cementerio» de la iglesia. El afán por la limpieza y el ornato de la ciudad parecía haberse convertido en la preocupación principal de los abulenses.

Crecía la ciudad. Y mejoraba, sin duda. Pero Sancho Dávila, como otros muchos caballeros, hidalgos y hombres buenos, se vio empujado a abandonarla durante su juventud. Tal vez fuera, en su caso, por acompañar a algún clérigo que tuviera que ir a solventar algún negocio particular en la curia romana, tal vez por servir a alguno de los teólogos que iban a participar en las sesiones del Concilio que se iniciaba en Trento, tal vez por ampliar en Roma sus estudios eclesiásticos. No era nada extraordinario. Muchos clérigos abulenses habían estado en Roma antes que él. Uno de ellos, Pedro López Dávila declaraba que «fue a Roma de diez y ocho años, donde estuvo hasta ser de edad de quarenta y tres», y que conoció a Pedro Daza, el arcediano de Ávila¹⁷¹, el tío de Sancho Dávila, que también estaba allí. Y es sabido, en tal sentido, que el cabildo de la catedral abulense contribuía al pago de becas para estudiantes que iban a completar estudios en la célebre universidad de Bolonia y residían en el colegio de San Clemente¹⁷². Pero, a pesar de todo, desconocemos cuáles fueron las razones concretas de su marcha. Lo cierto es que abandonaba la ciudad, la casa donde se había criado, y se marchaba a Italia, como tantos otros en aquel tiempo. El mundo era cada vez más grande y estaba lleno de oportunidades. A partir de entonces Ávila pasaba a ser, si acaso, un refugio, un lugar donde volver.

¹⁷⁰ AHPAv, Ayto., Actas, C4 L9, fls. 270-270v.

¹⁷¹ Declaración de 1 de junio de 1578. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

¹⁷² SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. Antonio Honcalo y Gaspar Daza (*Dos abulenses ilustres del siglo XVI*). Ávila: [Cabildo Catedral], 1998.

Dicen que fue a Roma. Y probablemente la ciudad de los papas le deslumbró. Había estudiado durante mucho tiempo, iba vestido como clérigo y había recibido las órdenes menores. Roma era, ante todo, la capital de la cristiandad, el lugar ideal para forjarse un futuro brillante en la carrera eclesiástica. Pero no tardó mucho tiempo en decidir cambiar el rumbo de su vida.

Cuenta un descendiente suyo, Jerónimo Dávila, que allí, en Roma, «le dixo un astrólogo que siguiese la milicia, en que saldría consumadísimo capitán»¹⁷³. Y, tal vez para justificar la decisión, cuenta, evocando noticias familiares transmitidas de generación en generación, que, cuando era niño, sus inclinaciones futuras se dejaban ya entrever por su afición a «los juguetes de pólvora y espadas de palo, enojándose cuando se las quitaban y apartaban»¹⁷⁴. El deseo de imitar a los caballeros que pululaban por las calles de Ávila o a los héroes de sus lecturas y de las conversaciones de sus mayores propiciaban ese tipo de juegos y de entretenimientos en el mundo en que vivía Sancho y que añoraba mucho tiempo después su descendiente Jerónimo Dávila.

Es posible que así fuera. Y parece lógico que después, a lo largo de su infancia y su adolescencia, siguiera practicando tales aficiones y las compaginara con su dedicación a las letras. En realidad, en el siglo XVI no había en Ávila casa de hidalgo que se preciara en que no hubiera alguna espada, algún arcabuz o pistola, bolas y pólvora para cargarlos y cuerda para encenderlos así como sillas para montar y frenos para los caballos¹⁷⁵. Aprender a montar y aprender a usar las armas formaba parte del quehacer juvenil de hidalgos y caballeros. Un muchacho noble «no havía de criarse solamente en letras, porque no se hiciera flojo y descuidado en su particular provecho [...]», sino que le [...] convenía emplearse en la caza, así para ejercitarse el cuerpo como para revelar el ánimo de los cuidados y destrezas»¹⁷⁶. Y así debía de ser. En ese sentido, es seguro que a Sancho Dávila le gustaron

¹⁷³ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 3.

¹⁷⁴ Ídem.

¹⁷⁵ Don Diego de Bracamonte, el noble abulense que fuera ajusticiado en el Mercado Chico, por orden de Felipe II en 1592 por la cuestión de los papelones escritos contra el impuesto de millones, tenía en su casa «dos espadas de esgrima; dos arcabuces largos con sus llaves, uno de mecha y otro de pedernal; dos pistoletes pequeños; un arcabuz de chispa; otro arcabuz de rueda; otro pistolete pequeño; otra carga de acero de chispa; dos hierros de lança de los buenos; un frasco dorado de pólvora; otros cuatro frascos de pólvora; dos polvorines; cuatro cañas de municiones de plomo; un cajón lleno de tornillos y moldes de arcabuces [...]». *Inventario de bienes de don Diego de Bracamonte*. AHPAv, Protocolos Notariales, 343, fls. 84v-90.

¹⁷⁶ El virrey de Nápoles, don Pedro Téllez Girón, I duque de Osuna, sobre la educación de su nieto para quien encarga la obra *Diálogos de la Montería*, de Luis Barahona de Soto. Citado por MARTÍNEZ DEL BARRIO, Javier Ignacio. «Educación y mentalidad de la alta nobleza española en los siglos XVI y XVII: la formación de la biblioteca de la Casa Ducal de Osuna». *Cuadernos de Historia Moderna*, 12 (1991), p. 67-81.

siempre los caballos y que muchas veces, cuando era chico, pudo ver bien desde el Mercado Grande, bien desde la puerta del Obispo, las carreras que los mozos hacían en la calle Albardería y es posible que, durante su adolescencia, pasara más de una tarde de primavera contemplando los potros en la dehesa de la ciudad, junto al río Grajal. Él mismo montaba a la perfección y es posible que en más de una ocasión corriera los toros y la sortija en el Mercado Chico en las fiestas de Santiago, dando muestras de destreza en el manejo de la pica. Tal vez participara en las justas que organizaban los nobles para «regocijar» dicha fiesta¹⁷⁷. Y es probable que le gustara la caza y que cabalgara por la sierra, acompañando tal vez a otro tío suyo, hermano de su madre, Diego Orejón, alcaide en la fortaleza de Villatoro¹⁷⁸, cuando en primavera iba a cazar seguido de sus criados y de muchachos de su familia, como tantos otros, armados de ballestas, con galgos y podencos, y más de una vez con hurón¹⁷⁹. Cazaban perdices, palomas torcaces, liebres y conejos, en las tierras próximas a la ciudad, por la sierra de Ávila y los robledales de La Serrota, y varias veces fueron al valle de Iruelas, al otro lado de la sierra de los Baldíos, a capturar con redes y «azanuelo» gavilanes para el señor. Con toda seguridad Sancho Dávila había aprendido en Ávila, tal vez en su propia casa, a manejar los caballos y a usar la pica, la ballesta, la espada y el arcabuz. Conocía las armas.

Es seguro que en más de una ocasión le había tentado el deseo de ser soldado. Cuando tenía doce años, por ejemplo, y vio partir de la ciudad a los jóvenes más admirados y mejor armados: a Pedro Dávila, a Luis de Zúñiga o a su homónimo Sancho Dávila, el hijo de Gómez Dávila, señor de Velada, y a otros caballeros que iban como soldados particulares para servir al emperador en la guerra de África, cuando la conquista de Túnez. Cinco años después, en 1541, participó, no sin cierta envidia, en los preparativos de su hermano Tomás para marchar, como soldado venturero, a la campaña de Argel. Y siempre se sintió atraído y sorprendido por la agitación que se producía en Ávila cuando había levas de soldados. En 1542, cuando él iba a cumplir los diecinueve años, Carlos I había convocado a las milicias abulenses para ir a luchar contra los franceses en la provincia de Guipúzcoa. El concejo, presidido por el corregidor, había acordado en aquella ocasión servir al rey con «trecientos hombres de pie» –cien piqueros, cien arcabuceros y cien ballesteros– durante cuatro meses bajo el mando del regidor Nuño González del Águila, nombrado por el regimiento capitán de la milicia¹⁸⁰. Había visto

¹⁷⁷ Declaraciones de diferentes testigos. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

¹⁷⁸ Declaración de Pedro Andrés, clérigo, en Ávila, junio de 1578. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

¹⁷⁹ AHPAv, Ayto., Actas, C5 L10, fls. 72-73.

¹⁸⁰ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L4, fls. 201v-202; fls. 227-228.

hacer los repartimientos de hombres entre los sexmos de la tierra y las cuadrillas de la ciudad y formar y hacer *alarde* a los soldados. No era aquella entonces una opción para él. Poco después, en 1543, el capitán Tarifa y sus oficiales, con mandato del rey y licencia del concejo, plantaron en el Mercado Chico su banderín de enganche para reclutar soldados en la ciudad y pueblos de la tierra con el fin de formar una compañía, instruirla e ir a luchar más allá de las fronteras de Castilla, en tierras de Alemania o de Italia o en las islas y costas del mar Mediterráneo¹⁸¹. Ni en una ocasión ni en otra pareció sentir entonces Sancho Dávila la tentación de alistarse.

Después, cuando ya estaba en Italia, llegó la noticia de que el rey Carlos estaba reclutando gente en aquellas tierras para ir a luchar contra los protestantes en Alemania. Una de las últimas cosas que había hecho antes de salir de Ávila había sido asistir a la procesión y demás actos litúrgicos organizados por el cabildo de la catedral para rogar a Dios por la conversión de los herejes. Y ahora, en Roma, ante la oportunidad que se presentaba, decidió abandonar los hábitos clericales y servir a Dios y al rey como soldado.

Paradojas del destino. Muchas veces, de muchacho, su padre, Antón Vázquez Dávila, le habría contado cómo había ido a Alemania para presentar a Carlos V, nombrado emperador, las quejas y las reivindicaciones del reino de Castilla. Ahora, pasado el tiempo, él, el hijo de un comunero, abandonaba Castilla, pasaba a Italia y se marchaba a Alemania para luchar en aquellas tierras al lado del emperador.

¹⁸¹ AHPAv, Ayto., Actas, C5 L10, fls. 243v-245.



3. EL CASTELLANO DE PAVÍA



Institución Gran Duque de Alba

En mayo de 1559, en una carta de recomendación escrita en apoyo de Sancho Dávila, que solicitaba licencia para presentarse en la Corte a besar las manos al rey y pedirle alguna merced en pago de los servicios prestados, Sancho de Londoño, el entonces maestre de campo del tercio de Lombardía, informaba a Felipe II, por mediación del duque de Alba, que

[...] el capitán Sancho Dávila, llevador desta, ha servido a Vuestra Magestad muchos años en todas las jornadas que se han ofrecido y, de cinco acá, con una compañía de infantería y señalándose como buen soldado en las ocasiones que han ocurrido [...]¹⁸².

En verdad «las jornadas» que se habían «ofrecido», de las que hablaba Sancho de Londoño, y «las ocasiones» que habían «ocurrido» en todos aquellos años habían sido muchas. Los principios en que se basaba la acción política de Carlos V, tales como la defensa de la cristiandad, la práctica de la hegemonía política en Europa y la salvaguarda de los intereses de su dinastía, conllevaron la aparición de múltiples conflictos que acabaron convirtiéndose muchas veces en enfrentamientos armados. Por eso, en los trece o catorce años que habían transcurrido desde que abandonó los hábitos de clérigo y se alistó como soldado, Sancho Dávila había participado en varias guerras y había estado presente en diferentes escenarios bélicos: en Alemania, al lado del emperador, luchando contra los príncipes rebeldes y los luteranos; en Italia, junto al duque de Alba, contra las tropas francesas y los ejércitos del papa; en las costas africanas, contra los turcos o los piratas de Dragut.

¹⁸² El duque de Alba a S. M. Felipe II, en Milán, 10 de mayo de 1559. ACS, Estado, 1210.

Empezó a servir como soldado en Alemania, en la guerra que libró el emperador en Baviera y en Sajonia durante los años 1546 y 1547 contra los rebeldes protestantes coaligados en la Liga de Smalkalden.

3.1. LA GUERRA EN ALEMANIA

El emperador Carlos era consciente, cada vez más, del enorme potencial político e ideológico que estaba adquiriendo el protestantismo, de su creciente expansión por pueblos y ciudades, de su deriva hacia el nacionalismo y de la creciente prepotencia que mostraban los príncipes alemanes. Percibía el riesgo de una grave escisión en el Imperio y en la cristiandad y estaba dispuesto a impedirlo sirviéndose para ello de todos los medios que fueran necesarios, bien por la vía de la persuasión bien por la vía de la fuerza. Y, desembarazado parcialmente de los problemas políticos y militares que había tenido que afrontar a comienzos de la década de los cuarenta, firmada en Crépy la paz con Francia, se propuso intervenir con decisión en Alemania. Intentó la negociación en 1545, en la Dieta de Worms, y en 1546, en la Dieta de Ratisbona, pero ni en una ni en otra obtuvo resultado alguno y los protestantes, mientras tanto, habían respondido a la convocatoria del Concilio en Trento, cuyas reuniones se habían iniciado, por fin, en diciembre de 1545, con libelos injuriosos contra el propio Concilio y contra el papa.

Considerando agotados los medios pacíficos y temiendo lo peor, Carlos V optó entonces por prepararse para la guerra. Sabedor del poder militar de la Liga de Smalkalden, que agrupaba a varias ciudades alemanas y a los príncipes adeptos a la Reforma, entre ellos el elector de Sajonia y Felipe de Hesse, el emperador logró reclutar, no sin grandes dificultades, un ejército de más de sesenta mil soldados, sólo ligeramente inferior al de los príncipes protestantes. Eran tropas de origen multinacional en que había alemanes, italianos y flamencos, difíciles de reunir por proceder un poco de todas partes, y unos nueve mil españoles encuadrados en los tercios viejos: el tercio de don Álvaro de Sande, llegado desde Hungría, y los tercios de Nápoles y Lombardía, venidos desde Italia. Entre ellos, un soldado venturero en busca de gloria, honores y fortuna, Sancho Dávila¹⁸³. Dice Prudencio de Sandoval, que narra los preparativos y los hechos principales de la campaña, que aquellos veteranos de los tercios eran «excelentes

¹⁸³ CIANCA, Antonio de. *Historia de la vida, invención, milagros y translación de S. Segundo, primero obispo de Ávila y recopilación de los obispos sucesores suyos, hasta D. Gerónimo Manrique de Lara, inquisidor general de España*. ARRIBAS, Jesús (Ed.). Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1993, libro tercero, p. 40.

soldados» y estaban «ejercitados en gravísimas jornadas de guerra, casi siempre vencedores dellas»¹⁸⁴.

El primer encuentro con las tropas de la Liga se produjo en 1546 en la llanura de Ingolstadt, en el sur de Alemania. De ese modo se iniciaba la que fue llamada campaña del Danubio. Don Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba, a quien Carlos V, después de salir de Ratisbona, había nombrado en Landshut capitán general del ejército imperial, haciendo alarde de una visión nueva e inquietante de la guerra¹⁸⁵, organizó una serie de marchas y contramarchas por las tierras de Ingolstadt, Ulm y Augsburgo que le permitieron concentrar y organizar sus tropas, equilibrar su inferioridad numérica y mejorar sus posiciones frente a las del enemigo.

La campaña se prolongó hasta la primavera del año siguiente y, durante aquel duro invierno, Sancho Dávila participó en gran número de escaramuzas, de celadas y de acciones de sorpresa ordenadas por el duque. Allí fue donde aprendió las miserias de la guerra. Vio cómo podían revertir las piezas de artillería en medio de la batalla hiriendo y matando a quienes las servían, comprobó los efectos devastadores de las balas de los arcabuces y de las pelotas de los cañones y culebrinas y sintió cómo los disparos despertaban la inquietud y el miedo entre los soldados. Siempre activo y siempre atento, pudo aprender allí cómo se elegían los emplazamientos para acampar, cómo se fortificaba un campamento con trincheras, cómo convenía contar con los vecinos de los lugares inmediatos para reconocer el terreno, cómo se podía escoger el lugar más ventajoso para la batalla sirviéndose de la posición de montes, bosques y ríos: toda una nueva forma de hacer la guerra puesta en práctica por el duque de Alba en las tierras del Danubio. Y se convirtió en un experto en encamisadas, ataques nocturnos efectuados por sorpresa, que tan eficaces resultaban para atemorizar al enemigo y que tanto usaría él después en otras contiendas bélicas.

Aquella misma primavera comenzó la campaña de Sajonia, que sería coronada inmediatamente por el triunfo imperial de Mühlberg. A finales de abril el ejército del emperador y el de la Liga, alojado en Mühlberg, se encontraron frente a frente, a unas tres leguas de distancia, cada uno en una ribera del río Elba. Carlos V y el duque de Alba, su capitán general, pensaron que había llegado el momento de atacar frontalmente al enemigo, sin perder más tiempo, pero, para poder hacerlo, el ejército tenía que atravesar el río, que en aquel tramo era muy ancho, con abundante caudal y cierta profundidad. Tarea difícil. Más si la ribera contraria estaba defendida

¹⁸⁴ SANDOVAL, Prudencio de. *Historia de la vida y hechos del emperador...*, op. cit., libro vigésimo octavo, p. XII.

¹⁸⁵ MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 117.

por arcabuceros alemanes. No obstante, los zapadores del emperador buscaron un vado e intentaron montar un puente de barchas. Pero resultó que el número de barchas que llevaba el ejército imperial no fue suficiente, por la anchura que tenía el río en aquel lugar, y sólo era posible completar el puente si se apoderaban de las barchas del ejército enemigo que estaban amarradas en la margen opuesta. Era un atrevido y arriesgado proyecto. Cuenta don Luis de Ávila y Zúñiga, testigo de los hechos, que el emperador mandó hacer lo que buenamente se pudiese, pero en todo caso actuar con diligencia, y que súbitamente se desnudaron diez arcabuceros españoles y nadando con los cuchillos cogidos entre los dientes llegaron, entre los disparos de arcabuz que se cruzaban entre ambas riberas, al lugar donde estaban las barchas del enemigo, mataron a los que las custodiaban, se apoderaron de ellas y las llevaron al campamento del emperador, pudiendo así concluirse el puente¹⁸⁶.

La maniobra significó el inicio de la derrota del elector Juan Federico de Sajonia, capitán general del ejército de la Liga, sorprendido en Mühlberg. Tiempo después, el marqués de Miraflores, que da su propia versión de la hazaña, sostiene, basándose en las informaciones de Jerónimo Dávila y San-Vítores, que Sancho Dávila fue uno de aquellos nueve soldados que se lanzaron al río¹⁸⁷. Es posible. No tenemos dato ni motivo alguno para dudar de la veracidad de dicha información. Era el día 24 de abril de 1547 y Sancho tenía aún sólo veintitrés años. Aquel día pasó él y vio pasar a los soldados de infantería y caballería del ejército imperial por el vado del río y transportar en perfecto estado los pertrechos y víveres del ejército a través del puente que, gracias a su valor, se había podido tender. Y pudo ver pasar al propio emperador montado en un caballo español castaño oscuro, con un caparazón de pelo carmesí con franjas de oro y unas armas blancas y doradas, una banda muy ancha de tafetán carmesí listada de oro, un morrión tudesco y una media asta, casi venablo, en las manos¹⁸⁸, tal y como después fue pintado por Tiziano.

La victoria fue aplastante. Supuso el final de la guerra en Alemania contra la Liga de Smalkalden. El emperador había conseguido el control indiscutible sobre todo el sur de Alemania y mandó publicar el Ínterin de Augsburgo para intentar gestionar la paz con los protestantes, al menos hasta que se publicaran las resoluciones del Concilio de la Iglesia que estaba reunido en Trento. Disuelto el ejército, parte de las tropas españolas permaneció de guarnición en algunas ciudades de Alemania y parte de

¹⁸⁶ ÁVILA, Luis de. *Comentario...*, op. cit.; SANDOVAL, Prudencio de. *Historia de la vida y hechos del emperador...*, op. cit. Libro vigésimo nono, p. XV.

¹⁸⁷ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 3; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general español D. Sancho Dávila y Daza...*, op. cit., p. 98-99.

¹⁸⁸ ÁVILA Y ZÚÑIGA, Luis de. *Comentario...*, op. cit.

ellas regresó a Italia. Fue tal vez el momento de máximo esplendor del reinado de Carlos V. Pero duró poco. Pronto volvieron las dificultades para el emperador: la rebelión de Mauricio de Sajonia, que había luchado a su lado en la guerra de Alemania; los problemas familiares sobre la sucesión en el Imperio; la guerra contra la Francia de Enrique II; la pugna con los turcos en el Mediterráneo... Y pronto los tercios de Italia tuvieron que volver a los campos de batalla.

3.2. EN LA TOMA DE MAHDIA

El Mediterráneo y la Berbería eran en el siglo XVI escenarios donde intermitentemente se libraban batallas y escaramuzas provocadas por el antagonismo y la confrontación entre el emperador Carlos V y el Imperio otomano. La campaña de Koron, en Grecia, en 1532, la conquista de Túnez en 1535 y el fracaso ante Argel en 1541 habían sido hasta entonces, en esos ámbitos, durante el reinado de Carlos I, las principales manifestaciones bélicas de un conflicto global que se venía desarrollando desde tiempo atrás en las fronteras oriental y meridional de la cristiandad entre dos modelos de organización política de características sociales, culturales, ideológicas y religiosas diferentes, cuando no antagónicas. Fue esa, sin duda, una de las preocupaciones fundamentales de la política exterior del emperador.

En 1545, un año después de que la flota turca, tras una campaña devastadora por el Mediterráneo occidental, invernara en el puerto francés de Tolon, se había iniciado un periodo de treguas que parecía destinado, al menos momentáneamente, a poner fin al enfrentamiento político entre ambos imperios debido a la necesidad que tenían uno y otro de hacer frente a sus respectivos problemas internos: en Persia, en el caso del Imperio turco; en Alemania, en el caso de Carlos V. Sin embargo, a pesar de la vigencia oficial de los tratados de paz, los corsarios norteafricanos seguían hostigando a las naves cristianas y causando problemas en las costas italianas y españolas. Buscando un lugar fuerte que le sirviera de base de operaciones, Dragut, el más peligroso de los corsarios, que presumía de navegar con bandera independiente, se apoderó de Mahdia, la ciudad que llaman África las crónicas españolas del siglo XVI.

Situada en la costa oriental de Túnez, sobre un promontorio que se adentraba en el mar, frente a la isla de Malta, Dragut pretendía fortificar Mahdia y hacer de ella una plaza inexpugnable que le sirviera de refugio y base para sus razias de saqueo y pillaje en las costas de la Italia meridional. Los virreyes de Sicilia y Nápoles así como el capitán español que mandaba la guarnición del fuerte de La Goleta consideraron necesario, a pesar de

las dificultades previsibles, expulsar a Dragut de aquella fortaleza. Carlos V, en consecuencia, se vio obligado a intervenir. Y para llevar a cabo la empresa dispuso que se reunieran las galeras españolas de don García de Toledo, las genovesas de Andrea Doria y las de la Orden de San Juan, cincuenta y tres galeras en total, y transportaran la artillería y las tropas expedicionarias para sitiatar la ciudad.

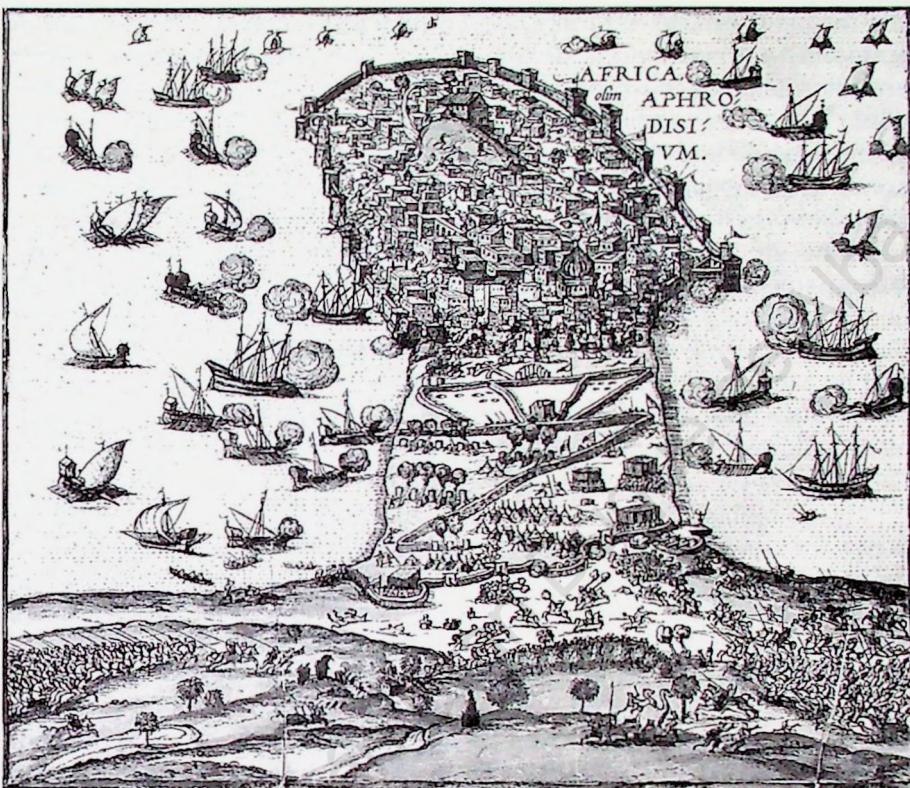
En junio de 1550 desembarcaron los soldados y comenzaron los asaltos a la fortaleza. Allí estaban don Juan de Vega, virrey de Sicilia; el hijo del virrey de Nápoles, don García de Toledo; el duque de Florencia, Cosme de Médicis; don Hernando de Toledo, maestre de campo del tercio de Nápoles; don Alonso de Pimentel, hijo del conde de Benavente; el también maestre de campo Aguilera; el capitán Luis Pérez de Vargas, gobernador de La Goleta, que murió en el primer asalto; y otros capitanes y, entre los soldados, Sancho Dávila, que una vez más dio muestras de su audacia y su valor¹⁸⁹. Durante todo el verano lucharon con denuedo sitiadores y sitiados. Al fin, en septiembre, los soldados de los tercios tomaron la plaza al asalto¹⁹⁰. Entre los primeros que pasaron la brecha abierta en la muralla por la artillería de las galeras de Andronico Spinola iba Sancho Dávila, acompañando a don Hernando de Toledo, que murió lleno de heridas peleando en las calles de la ciudad. En septiembre de 1550 Mahdia quedó en poder de los cristianos.

Una compañía de soldados, al mando de Sancho de Leyva, permaneció de guarnición en la ciudad mientras los tercios regresaban a Italia. Pero las mieles de aquel triunfo duraron poco. El asentamiento de tropas españolas en Mahdia empujó al emperador otomano, Solimán, a reanudar el conflicto y al año siguiente, en 1551, en represalia la flota turca, al mando de Sinán Bajá, se apoderó de Trípoli, la plaza conquistada en 1510 por Fernando el Católico y concedida en feudo por Carlos V en 1530 a los caballeros de la Orden de San Juan, cuyo gobernador, el francés Gaspar de Vallier, apenas ofreció resistencia a los atacantes¹⁹¹.

¹⁸⁹ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida de don Sancho Dávila...*, op. cit., p. 101.

¹⁹⁰ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. Felipe II..., op. cit., p. 445.

¹⁹¹ Ídem.



Mahdia, a la que las crónicas del siglo XVI llamaban África, conquistada en el año 1550 (*Civitates orbis terrarum...*, l. 57).

3.3. EL CAPITÁN SANCHO DÁVILA

Los años siguientes fueron duros, llenos de dificultades para el emperador. Y no sólo porque se hubieran reanudado en el Mediterráneo los enfrentamientos con los turcos y los piratas berberiscos, sino fundamentalmente porque se habían enconado de nuevo los problemas del Imperio. Carlos V se vio forzado una vez más a emplear las armas contra los príncipes alemanes, que le atacaron inesperadamente en 1552, cuando se encontraba confiado en Innsbruck, y contra los franceses de Enrique II, que, aprovechando aquellas difíciles circunstancias, se apoderaron seguidamente de la ciudad imperial de Metz.

No tenemos documentada noticia alguna de que Sancho Dávila participara en las acciones bélicas que tales hechos desencadenaron. Probablemente había regresado a Italia tras la toma de Mahdia con el grueso de las tropas, tal

vez formando parte del tercio de Lombardía, al mando de Sancho de Londoño, y es posible que sirviera en alguna guarnición de alguno de los presidios italianos, buscando siempre ocasiones en que destacar y tratando de hacer méritos con que ascender en la milicia. Sin embargo, sí estuvo en Innsbruck el duque de Alba, que acudió desde España con 7.000 hombres en auxilio del emperador, y en Metz estuvieron el propio duque, como jefe de operaciones, y el entonces ya famoso capitán Sancho de Londoño, de quienes sabemos que, en diferente grado, dependió jerárquicamente Sancho Dávila durante los años siguientes en diversas ocasiones. Y cabe sospechar que pudo ser entonces, en aquellos momentos de dificultad, durante el frustrado intento de recuperar de los franceses la ciudad de Metz, en el duro invierno de 1552, cuando se conocieran personalmente el duque de Alba y Sancho Dávila y que fuera allí donde surgiera aquel sentimiento de admiración mutua, de fidelidad y respeto entre el soldado y el duque que duraría después toda la vida.

Tras la retirada de Metz, el duque de Alba permaneció en Bruselas, junto al emperador, hasta el verano de 1553, en que regresó a España. En la primavera del año siguiente, en 1554, se celebró en Londres la boda del príncipe Felipe, futuro rey de España, con María Tudor, la reina de Inglaterra, hija de Catalina de Aragón y nieta de los Reyes Católicos. Don Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba, mayordomo del príncipe, tuvo que desempeñar un importante papel en la ceremonia. A él le correspondió además, por encargo expreso del emperador, la tarea de velar por la seguridad de todos y de minimizar en lo posible las previsibles fricciones que pudieran surgir entre la delegación española y sus anfitriones ingleses, muchos de los cuales eran contrarios a la celebración de aquel matrimonio. Y dice Jerónimo Dávila que entre los soldados que pasaron a Inglaterra formando parte de aquella expedición estaba también Sancho Dávila¹⁹². Pero, para evitar enfrentamientos, aquellos soldados no llegaron a desembarcar y poco tiempo después iniciaron el regreso a su destino, de tal modo que, a finales de 1554, Sancho Dávila estaba de nuevo en Italia, donde permanecería en los años siguientes. Es probable que desde entonces actuara ya como capitán y es seguro que, a partir de 1556, participó al frente de una compañía, por encargo del duque de Alba, en la guerra de Nápoles contra los franceses¹⁹³.

Aquella guerra librada en Italia una vez más contra el rey de Francia, Enrique II, era consecuencia directa de la alianza establecida con Inglaterra.

¹⁹² DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 9; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida de don Sancho Dávila...*, op. cit., p. 99.

¹⁹³ *Sancho de Londoño a Felipe II, en Milán, 10 de mayo de 1559*. ACS, Estado, 1210.

El matrimonio entre Felipe II y María Tudor y la consiguiente alianza con la Monarquía inglesa reactivaron el viejo temor de los franceses de sentirse aislados y rodeados por los territorios de Carlos V y sus aliados. Y reaccionaron agresivamente. Un ejército francés atacó las tierras de los Países Bajos por el Norte y otro se dirigió hacia el Sur, entró en Italia y se apoderó de parte del Piamonte. Carlos V nombró entonces al duque de Alba, con el título de vicario general en Italia, gobernador de Milán y virrey de Nápoles para que intentara solucionar la preocupante situación a que se había llegado en aquella península por la actitud amenazadora de las tropas francesas. Durante tres años, entre 1555 y 1558, permaneció en Italia don Fernando Álvarez de Toledo. Y se vio obligado de nuevo a emplear las armas para frenar la ocupación del Piamonte, a enfrentarse a las intrigas políticas y a los preparativos militares del papa Paulo IV, contrario a la presencia en la península italiana de españoles y gentes del Imperio, y después, en 1557, a luchar contra las tropas francesas del duque de Guisa, que pretendían apoderarse del reino de Nápoles.

A pesar de la falta de recursos económicos, cuyas consecuencias habrían de repercutir inexorablemente sobre las pagas de los soldados, el duque de Alba formó en Italia un ejército importante. A las tropas napolitanas y a los españoles que ya estaban en Nápoles se unió el lercio de 3.000 soldados bisoños que Hernando de Toledo había logrado reclutar en España. Con dicho ejército, y tras haber visto frustrados sus intentos de llegar a algún acuerdo con el papa, ocupó Campania, entró en Agnani y se situó frente a Roma. No obtuvo entonces, a pesar de todo, los resultados esperados. Pero al año siguiente, en 1557, el duque de Guisa, después de ser derrotado en Civitella del Tronto, se vio obligado a iniciar la retirada y el papa Paulo IV hubo de aceptar la presencia de los españoles en Nápoles y las condiciones de paz. Sancho Dávila estuvo sirviendo como capitán a las órdenes directas del duque hasta que este, estabilizada la situación, abandonó Italia para marchar a la Corte establecida en Bruselas tras haber regresado Felipe II de Inglaterra.

Sancho Dávila hizo algo similar. En 1559 solicitó de Sancho de Londoño, maestre de campo del tercio de Lombardía, licencia para desplazarse a Bruselas, con el pretexto de querer «yr a besar las manos» del rey Felipe II. Sancho de Londoño no sólo le dio la licencia pertinente sino que redactó, para que la llevara consigo, una carta de presentación y de recomendación, en que recordaba los servicios que había hecho durante muchos años «en todas las ocasiones que an ocurrido» y suplicaba al rey que mandase «hazelle todo buen acogimiento y el favor y merced que los que tan bien como él han servido merescen»¹⁹⁴.

¹⁹⁴ Ídem.

Y Sancho Dávila fue a Bruselas. Sea cual fuere el objetivo último de su viaje, parece que tuvo cierto éxito porque dos meses después el propio rey mandaba al duque de Sesa que

[...] hiciera averiguar y pagar al capitán Sancho Dávila lo que se le quedó a deber del sueldo de su persona y oficiales al tiempo que el duque de Alba, siendo gobernador deste estado, le enbió al reino de Nápoles con su compañía [...]¹⁹⁵.

No sabemos con seguridad qué pasó después. Parece lógico que, acabada la licencia, volviera a servir en Italia. Y Jerónimo Dávila y San Vítores sostiene que volvió a luchar en el Mediterráneo y que en 1560 participó activamente en la batalla de los Djelves.

En la península italiana se había conseguido, en efecto, tras la intervención del duque de Alba, una cierta estabilidad política que permitió seguir desarrollando en el Mediterráneo en los años siguientes, con mayor o menor intensidad, según las circunstancias, una política de oposición al poder de los turcos y de los piratas de Berbería. Inmediatamente, en el mismo año 1557, una vez concluida la guerra en Italia tras la retirada del duque de Guisa, se proyectó sin éxito recuperar Bujía, que había sido tomada años antes por los turcos, y tres años después, en 1560, se intentó reconquistar Trípoli, la ciudad perdida en 1551.

La operación de Trípoli se puso bajo el mando del virrey de Sicilia, Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, y en ella participó Sancho Dávila dando muestras de nuevo de su arrojo y su heroísmo. Tanto las fuentes documentales como las versiones sobre aquella guerra dadas por algunos de sus protagonistas son contradictorias. En resumen, parece que la flota española, de más de cincuenta galeras, secundada por la flota genovesa de Juan Andrea Doria y las naves de la Orden de Malta, zarpó en el mes de febrero de los puertos de Sicilia, pero, llegada a su destino y vista la imposibilidad de apoderarse de la ciudad de Dragut, bien defendida, se decidió la ocupación de Djelves, foco pirático de primer orden, a la entrada del golfo de Gaves. Las tropas españolas desembarcaron al mando de don Álvaro de Sande, se apoderaron del castillo y comenzaron a levantar un nuevo fuerte de defensa. Pero los turcos no tardaron en reaccionar y a principios de mayo una potente armada, al mando de Pialí Pachá, apareció ante los Djelves deshaciendo por completo a la armada española, hundiendo la mitad de sus barcos, apoderándose de otros muchos y poniendo en fuga a los demás. Don Álvaro de Sande quedó aislado en tierra en difícil situación. Resistió con sus tropas, carentes de agua, víveres y cañones útiles,

¹⁹⁵ Felipe II al marqués de Pescara, en Madrid, junio de 1561. ACS, Estado, 1212.

hasta que perdió la mayor parte de sus hombres y, tras intentar una salida desesperada, tuvo que rendirse¹⁹⁶. Los supervivientes, entre ellos don Álvaro de Sande y Sancho Dávila, fueron hechos prisioneros, llevados a Constantinopla, reducidos a cautividad y en poco tiempo liberados¹⁹⁷.

3.4. REGRESO A LA TIERRA

Gran cantidad de fuentes documentales informan que don Álvaro de Sande y otros capitanes y soldados, cuyos nombres desconocemos, cayeron en cautividad y fueron llevados a Estambul tras ser derrotados en los Djelves. No está claro, sin embargo, que Sancho Dávila estuviera en los Djelves y que fuera él uno de los cautivos. Sólo lo afirman Jerónimo Dávila, siempre inclinado a cantar las proezas de su antepasado, y el padre Juan de Mariana en su *Historia General de España*¹⁹⁸. Y no disponemos de ninguna otra fuente de información que lo ratifique¹⁹⁹. En todo caso, si fue cautivado, debió ser liberado o rescatado de inmediato porque es seguro que estaba ya en España en la primavera de 1561.

Dice Gil González Dávila, ilustre historiador abulense, próximo a los hechos, que vino «con resolución de dejar las armas»²⁰⁰. Es posible. Tal vez desalentado, desesperanzado, como tantos otros. Durante quince años había soportado las duras condiciones de vida de los soldados en presidios italianos cuando no en campamentos de campaña, dando siempre muestras de coraje y de valor. Lo había entregado todo. Había luchado en tierras de Alemania, en África, en Italia. Había llegado a mandar como capitán una compañía

¹⁹⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M. *Felipe II...*, op. cit., p. 449.

¹⁹⁷ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 17.

¹⁹⁸ «El duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, acometió la isla de Los Gelves y, después que la tomó, con la venida de la armada turquesca, perdió gran parte de la suya, y él apenas pudo escapar. Quedaron presos, entre otros, un hijo del duque y don Álvaro de Sande y Sancho de Ávila, valientes soldados». MARIANA, padre Juan de. *Historia General de España, Libro decimoctavo*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, 1854, p. 394.

¹⁹⁹ No lo dice, por ejemplo, Antonio de Cianca, escribano del concejo de Ávila e historiador, coetáneo de Sancho Dávila, quien, recordando «los hechos y hazañas» de este «famoso caballero, uno de los valientes y prudentes soldados que ha tenido la nación española», dice de él que comenzó a ser soldado en la guerra que el emperador Carlos V «lubio contra los príncipes rebeldes y aliados de la Germania y después en la conquista y ruina de la gran ciudad de África (Mahdia) y de allí en las guerras de Lombardía, y el Piamonte, y Campaña Romana, donde fue capitán de infantería española. Y, aviendo pasado a España [...]». CIANCA, Antonio de. *Historia de la vida, invención, milagros y translación de S. Segundo, primero obispo de Ávila*, op. cit., libro tercero, p. 40.

²⁰⁰ CONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Teatro eclesiástico de la S. Iglesia Apostólica de Ávila y vidas de sus hombres ilustres*. RUIZ AYÚCAR, Eduardo (Ed.). Ávila: Caja de Ahorros, 1981, p. 302.

de infantería del ejército del duque de Alba en la guerra de Nápoles, pero sus soldados no habían actuado siempre con la disciplina deseada, habían amenazado varias veces con amotinarse por falta de pagas y su compañía había sido reformada tras la guerra. A él tampoco le habían pagado. En 1559 acudió a Bruselas a besar las manos al rey, pero, aunque recibió entonces la promesa de que se le pagarían de inmediato las soldadas que se le adeudaban, había pasado más de un año y aún no había cobrado la deuda y, mientras tanto, si fuera cierto lo que dice Jerónimo Dávila, había participado en la empresa de los Djelves y había sufrido la derrota y el cautiverio. Tenía treinta y siete años y no podía esperar mucho tiempo más para ascender oficialmente y tener asegurada su vida en la milicia. Pero Felipe II acababa de firmar en Cateau-Cambrésis un sólido tratado de paz con el rey de Francia y, sin un horizonte de guerra en Europa, parecía difícil no sólo prosperar en el ejército sino incluso consolidar su condición de capitán. Tal vez por eso había querido volver a España, para dejarlo todo y retirarse.

Estuvo en Ávila. Fue la de 1561 una primavera de escasas lluvias, tan necesarias para el campo abulense, y Sancho Dávila tuvo ocasión de participar en una procesión, organizada por los patronos de «la hermandad de Nuestra Señora de Sonsoles» a petición del concejo de la ciudad, para traer desde su ermita «la imagen de Nuestra Señora» y suplicarla por «los buenos temporales»²⁰¹ como tantas veces lo habían hecho en otras ocasiones. No pudo por menos de recordar aquella otra procesión organizada por el cabildo de la catedral, para suplicar a Nuestro Señor por la defensa de la fe, a la que había asistido quince años atrás, poco tiempo antes de abandonar la ciudad. Había vivido desde niño aquel ambiente religioso, a veces opresivo, creado por la imagen de tantas iglesias, monasterios y campanarios y por las conversaciones y enseñanzas de sus mayores. La religión era en Ávila una parte importante de la vida; parecía a veces envolverlo todo. Supo ahora que cada vez se realizaban más prácticas religiosas en la calle, que las procesiones aumentaban, que poco a poco parecían ir ganando en importancia en los días de fiesta a los espectáculos de toros y de cañas, que la espiritualidad era un valor en alza y que tal vez no fueran ajenas a todo ello la presencia y la actividad de los frailes de la Compañía de Jesús, que habían establecido en San Gil un colegio donde enseñaban doctrina cristiana y latinidad. Se hablaba continuamente de las virtudes de Mari Díaz, de las inquietudes de Teresa de Ahumada, monja en La Encarnación, del franciscano Pedro de Alcántara, que había visitado recientemente la ciudad. No cabía duda de que en Ávila, a diferencia de otras ciudades de Europa en que había vivido, la fe católica, por la que él

²⁰¹ AHPAv, Ayto., Actas, C6 L11, sábado, 11 de abril de 1561.

había luchado en los campos de batalla frente a los turcos o frente a los protestantes, tenía raíces profundas y se manifestaba cada vez con más vigor.

Aquella población no había estado ni estaba, sin embargo, libre de tentaciones heréticas. No sólo por la proliferación de beatas y alumbrados, sobre quienes se propalaban todo tipo de habladurías, sino por la existencia de personas sospechosas de estar influenciadas por las doctrinas luteranas. En Italia Sancho Dávila había oído hablar de Pedro Núñez Vela, un abulense que había vivido en Roma y enseñado en Padua y que se había trasladado a Lausana para impartir clases de griego en su universidad. Decían de él que era profiadamente religioso y tenía fama de gran humanista que proclamaba la necesidad de interpretar de manera crítica tanto los libros sagrados como la aportación cultural de la antigüedad clásica. Había abrazado las ideas del protestantismo, se le sabía bien relacionado con los reformadores suizos y estaba empezando entonces a dar sus escritos a la imprenta²⁰².

No estaba clara cuál era la relación de parentesco que pudiera tener el humanista Pedro Núñez Vela con el noble abulense Blasco Núñez Vela, que llevaba sus mismos apellidos. Este había sido capitán de las guardas del rey y Carlos V le había nombrado virrey del Perú, donde murió asesinado en el año 1549 como consecuencia de los enfrentamientos habidos en aquellas tierras entre almagristas y pizarristas. Había heredado en Ávila tiempo atrás las casas de su familia situadas en el interior de la muralla, junto a la puerta de Montenegro. Aquellas viejas casas fueron destruidas y, tras su reconstrucción a lo largo de los años treinta y principios de los cuarenta, quedaron convertidas en un bello palacio, apoyado en la muralla, dotado de un espléndido mirador, un hermoso patio interior y una gran escalera de piedra. En su fachada, sobre el arco de la portada, formado por grandes dovelas de granito, corría una cornisa en la que quedaron inscritos para siempre el nombre de su dueño y el de su mujer, Brianda de Acuña²⁰³.

Blasco Núñez Vela y Brianda de Acuña habían tenido varios hijos. El primogénito, Vela Núñez, había heredado el mayorazgo, vivía de su hacienda y era regidor de la ciudad; el segundo, Cristóbal Vela, había seguido la carrera eclesiástica y llegó a ser cardenal de la iglesia, obispo de Canarias y arzobispo de Burgos; el tercero, Juan de Acuña Vela, había iniciado la carrera de las armas y una de las hijas, amante de las letras, había profesado como monja carmelita en el monasterio de La Encarnación. El tercero de los

²⁰² MUÑOZ DELGADO, V. «La lógica renacentista en Pedro Núñez Vela, protestante abulense en el siglo XVI». *Diálogo Ecuménico*, tomo IX (1974), n.º 35-36, p. 517-530.

²⁰³ LÓPEZ FERNÁNDEZ, Isabel. *Guía de la arquitectura civil del siglo XVI en Ávila*. Ávila: Fundación Cultural Santa Teresa, 2002, p. 37.

hijos, Juan de Acuña Vela había tenido a finales de los cincuenta, poco después de los autos de fe celebrados en 1559 en Valladolid, algunos problemas con la Inquisición. Es verdad que no fue más que un sobresalto, porque el proceso fue sobreseído tras la intervención del inquisidor general, pero, para la población castellana, en general, y para la abulense, en particular, había tenido el valor de una advertencia.

Le explicaron a Sancho Dávila que había en Ávila en aquellos años, aunque constreñida al ámbito religioso, una cierta inquietud intelectual y que en las casas de algunos nobles se venían celebrando tertulias en que se solían realizar lecturas en voz alta y conversar sobre todo tema que pareciera de interés. En una de aquellas tertulias, en casa de Inés de Pantoja, participaba un día Juan de Acuña Vela y estuvo conversando animadamente con la dicha Inés y con Antonia del Águila, monja carmelita en el monasterio de La Encarnación, y con dos padres jesuitas del colegio de San Gil. Y parece ser que Juan de Acuña en el transcurso de la conversación dijo que las monjas no se podían casar pero que la ley del celibato era una ley positiva y que el Concilio, reunido en Trento, por consiguiente, la podía cambiar y disponer otra cosa; sostuvo que los clérigos luteranos vivían con más honestidad que los católicos, pues tenían mujer, y estos, los católicos, concubinas, y añadió que el papa podía equivocarse y que, de hecho, se había equivocado muchas veces. Dicen que los jesuitas se enfadaron fuertemente y que Inés de Pantoja le denunció ante la Inquisición, que envió desde Valladolid un comisario para iniciar el proceso judicial. Y contaban por la ciudad que Juan de Acuña acudió al inquisidor general y que se vio libre por la intervención y mediación de su hermano, el cardenal Cristóbal Vela, quien, por cierto, le escribió recomendándole que, siendo él soldado, no se metiera en cosas de teología como ellos, los clérigos, no gustaban de meterse en asuntos de armas²⁰⁴.

Nada grave, pues. Algunos comentarios vertidos en una conversación habida en un contexto de inquietud intelectual, en cierto modo cultural, provocados tal vez por la abrumadora presencia de la religión en la vida de las personas y en el ambiente de la ciudad. De todos modos a él, a Sancho Dávila, todo aquello le sirvió de lección y se hizo el propósito de seguir en adelante el consejo del cardenal Cristóbal Vela: no mezclar la teología con las armas ni las armas con la teología. Tal vez el ideal de las armas y las letras, latente en su vida en los años mozos, no era más que una quimera, una fórmula válida para proponer un modelo a la juventud, de la que, sin embargo, había que prescindir en la madurez, en cuanto era preciso hacer

²⁰⁴ AHN, Inquisición, leg. 4.480, n.º 10, pz. 3.^a. En: AJO GONZÁLEZ DE RAPARIEGOS, Cándido. *Historia de Ávila y de toda su Tierra, de sus hombres y de sus instituciones, por toda su geografía provincial y diocesana*. Tomo V. Salamanca: [s. n.], 1996, p. 519.

frente a exigencias sociales que podían comprometer, poner en riesgo, el modo de vida e, incluso, la existencia. En todo caso, aquello habría de derivar en la construcción de un nuevo paradigma para la formación del soldado: ante todo, ser diestro y experto en el manejo de las armas y, en cuanto a las letras, conocer específicamente la ciencia de la guerra, lo que era tanto como saber de estrategia, de sistemas de defensa y de artillería, pero nada más. El modelo de caballero renacentista formado en las armas y las letras, representado por Garcilaso de la Vega, parecía haber quedado ya abandonado y olvidado en el tiempo.

Por lo demás, se percibía en la ciudad, entre regidores, sexmeros, tomados, procuradores del común y de la tierra, y entre los vecinos en general, una cierta preocupación política. Las crecientes necesidades económicas de la Monarquía habían provocado, como un medio más de procurarse fondos, el intento de la Corona de apropiarse de tierras y términos concejiles que decía pertenecerle y el concejo de Ávila, ciudad y tierra, se había visto obligado a desembolsar en 1559 la cantidad de 15.000 ducados a favor de la Hacienda Real para que le fuera reconocida la posesión de la sierra de los Baldíos²⁰⁵, en la que desde tiempo inmemorial habían pastado gratuitamente los ganados de los vecinos de la ciudad y de los pueblos de la tierra. Aquel desembolso de carácter extraordinario había venido obviamente a gravar aún más la ya de por sí pesada carga fiscal que soportaban los abulenses, que hubieron de hacer frente, mediante el sistema de repartimiento entre vecinos de la ciudad y pueblos de la tierra, al pago de la citada cantidad.

Pero, como el dinero recaudado con tales procedimientos no fuera suficiente, porque nada parecía serlo, paralelamente se había iniciado una vez más el proceso de venta de jurisdicciones y exacción de villas y aldeas, que quedaban segregadas del concejo de la ciudad. De hecho, en 1558 don Diego de Zúñiga, vecino de Salamanca, había comprado los lugares y jurisdicciones de Flores de Ávila y Cisla, aldeas de la tierra de Ávila²⁰⁶, y en la primavera de 1561 se estaba debatiendo en el ayuntamiento el intento de la villa de Cebreros de eximirse de la jurisdicción de la ciudad²⁰⁷ y lo mismo sucedía con la villa de Fontiveros²⁰⁸. Los vecinos de ciudad y tierra expresaban su preocupación a través de sus procuradores respectivos y el concejo envía ba continuamente comisionados a los pueblos implicados y a la Chancillería

²⁰⁵ Escritura firmada en Valladolid por la infanta Juana, gobernadora del reino, el 17 de abril de 1559. Archivo Histórico del Asocio, Universidad de la Ciudad y Tierra de Ávila, L 3/5; Confirmación del rey Felipe II en Toledo el día 8 de enero de 1560. Archivo Histórico del Asocio, Universidad de la Ciudad y Tierra de Ávila, L 4/12.

²⁰⁶ AHPAv, Ayto., Actas, C6 L11, fls. 46-46v.

²⁰⁷ Ídem, fls. 228-232 v.

²⁰⁸ Ídem, fls. 233-233v.



Retrato de Sancho Dávila (Anónimo).

de Valladolid para intentar evitar, por todos los medios, la mengua de su término jurisdiccional. Las consecuencias siempre eran las mismas: en cada proceso el concejo perdía poder frente a la Corona y los vecinos se veían obligados a sufragar las costas judiciales y tenían que ver cómo aumentaba su contribución pecuniaria tanto si el lugar se segregaba, porque disminuía el número de contribuyentes, como si quedaba formando parte del antiguo término concejil, por consentir el concejo en pagar la cantidad que se había calculado que ingresaría la Real Hacienda por la segregación.

En cuanto al aspecto material de la ciudad, en poco o en nada había cambiado desde que marchó. Sólo al principio tuvo la sensación de que era más pequeña de como él la había recordado durante su ausencia. Tal vez por haber conocido Nápoles, Milán, Roma, Bruselas, Londres y otras grandes ciudades europeas, con ninguna de las cuales podía compararse Ávila, ni por su extensión ni por la cuantía de su población. Recorrió tranquilamente la muralla, las calles y plazas de la ciudad e incluso fue a comer a las tabernas que estaban «al otro cabo del puente»²⁰⁹. Apenas podía percibirse cambio alguno en la estructura urbana. Sólo algunos detalles significativos como el trajín en torno al edificio de la alhóndiga recientemente construido en el Mercado Grande junto a la puerta del Alcázar, la existencia de nuevos palacios y nuevas fuentes y la mayor limpieza de la ciudad debido, entre otras medidas adoptadas a tal fin, a la madre que acababan de construir desde el principio de la calle Aldrín, por la calle de la Carnicería y la calle Caballeros, «las más pasajeras», hasta la puerta de Gil González Dávila para que sirviera como desagüe y para sacar «debaxo de tierra» la «ynmundicia» de la ciudad²¹⁰. Poco más. Pero todo lo veía con nuevos ojos. Especialmente la muralla. Había estado frente a Mahdia y frente a Metz, había visto durante la guerra de Nápoles cómo se fortificaron Civitella, Atri, Pescara o Chieti, en los Abruzzos, y la experiencia adquirida en tales casos le permitía apreciar las deficiencias de la vieja, aunque impresionante, cerca medieval y las dificultades que tendría para hacer frente de modo eficaz a un hipotético ataque en que se utilizaran modernas armas de artillería. Sólo la puerta del Carmen, en el lienzo norte, flanqueada por dos bastiones de base cuadrangular, levantados por Vasco de la Zarza y Juan Campero en la década de 1520²¹¹, se adaptaba en parte, por su disposición angular, a las nuevas exigencias de las fortificaciones y a los nuevos conceptos de defensa. Pero, al fin y al cabo, eso interesaba poco porque la ciudad de Ávila, situada en el corazón mismo de las

²⁰⁹ Ídem, fl. 234v.

²¹⁰ Ídem, fls. 185v-188.

²¹¹ MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. «Las murallas en la Edad Moderna: obras de mantenimiento y nuevas construcciones». En: *La muralla de Ávila...*, op. cit., p. 157.

tierras de la Monarquía, tan lejos de todas las fronteras, hacía mucho tiempo que no corría riesgo alguno de ataques enemigos. Era una ciudad tranquila, una ciudad idónea para una persona de 37 años, que había servido en la guerra durante quince, que proyectaba dejar su vida de soldado y que pensaba casarse y dedicarse a la administración de su hacienda.

El problema era que Sancho Dávila tenía entonces, a pesar de su edad, pocas cosas que ofrecer y poca hacienda que administrar. Y pocas posibilidades de futuro en Ávila. No había acabado los estudios que iniciara cuando niño y difícilmente podía aspirar a ocupar cargos públicos, que empezaban a estar copados por hidalgos de más alta alcurnia o por letrados; los nobles a quienes podía ofrecer sus servicios se estaban marchando a la Corte en busca de cargos y mercedes; y las tierras heredadas de su familia no producían renta suficiente para poder garantizarle una subsistencia digna.

Y, para colmo, los precios de los abastos aumentaban sin cesar. Tal es así que el concejo, tratando de poner remedio al «desorden» existente, había acordado en el mes de noviembre de 1560 fijar el precio de las perdices y otras aves y de la caza, las frutas, los menudos de cerdo y otros «mantenimientos»²¹² con la pretensión de frenar su subida. Pero, a pesar de dicha decisión, pagar dos reales y medio por un par de perdices, cuarenta y ocho maravedíes por un arrelde de lomo de cerdo, veinte maravedíes por un azumbre de leche, veinte por una libra de queso añeo de oveja, dieciocho por una libra de cabrito o treinta y dos maravedíes por una docena de huevos seguía pareciendo excesivo. Muchos abulenses vieron cómo poco a poco se iba deteriorando su nivel de vida. Algunos, para evitar el hambre, sacrificando la calidad a la cantidad, mataban cada año los cerdos que podían criar o que compraban en los pueblos, se quedaban con «los menudos y los tozinos» y todo lo demás, es decir, los lomos, las paletas y los jamones, lo «echaban en sal» y lo sacaban a vender donde podían²¹³. Otros, empobrecidos o endeudados por el alza de precios y el peso de los impuestos, empezaban a abandonar la ciudad y los pueblos de la tierra²¹⁴. Como ellos, Sancho Dávila, abandonó de nuevo la ciudad de Ávila, donde no veía perspectivas de futuro, y marchó a la Corte, donde estaba entonces el duque de Alba, el que había sido su general en las guerras de Italia y de Alemania.

²¹² AHPAv, Ayto., Actas, C6 L11, fls. 183v-184v.

²¹³ AHPAv, Ayto., Actas, C6 L11, fl. 73v.

²¹⁴ AHPAv, Ayto., Actas, C6 L11, fls. 110-112v.

3.5. LAS DEFENSAS DE LA COSTA DEL REINO DE VALENCIA

Don Fernando Álvarez de Toledo, el duque de Alba, seguía siendo en 1561 el gran patrono de la corte española. Durante toda su vida había servido a la Corona encargándose de misiones comprometidas en la milicia, en el mundo de la política y de la diplomacia y en la propia Corte. Desde tiempo atrás pertenecía al Consejo de Estado y su proximidad a Carlos I y a Felipe II había hecho de él uno de los referentes fundamentales del control de la gracia regia, lo que significaba tanto como tener la capacidad de dispensar mercedes y repartir cargos y oficios cortesanos. Obviamente el derecho de designación pertenecía al rey, pero, siendo el duque de Alba jefe de la casa real, sus recomendaciones tenían un peso indudable en muchas ocasiones. Por eso se había convertido en la cúspide de una extensa red de relaciones clientelares establecidas entre distintos tipos de personas que estaban dispuestas a ofrecerle valiosos servicios a cambio de su favor.

Entre esas personas estaban sus familiares, sus criados y sus parientes. Todo el mundo en Ávila conocía, por ejemplo, sus relaciones con los herederos de la Casa de Velada. Y Sancho Dávila, también. Su homónimo, Sancho Dávila, hijo del I Marqués de Velada y cuñado del III Duque de Alba, por estar ambos casados con sendas hermanas de la familia Enríquez, murió inesperadamente en Ávila en 1546 como consecuencia de un desgraciado accidente acaecido en el transcurso de un juego de cañas que se celebraba en la ciudad. Don Fernando Álvarez de Toledo, sin dudarlo, acogió a los huérfanos en su casa, como si fueran parte de su familia. Y a partir de entonces sus sobrinos, al igual que sus propios hijos, empezaron a formar parte de su séquito hasta que se fueron colocando como continuos en la corte del príncipe Carlos, el entonces heredero de Felipe II. Y lo mismo ocurría con otros miembros jóvenes de su familia o de su linaje. Pero, además de ellos, formaban parte de aquel selecto y privilegiado círculo social un buen número de soldados, hombres de iglesia y burócratas y un sinfín de gentes, desde aristócratas hasta simples aldeanos, que esperaban gozar de su ayuda o su asistencia. Todos parecían salir ganando en aquel tipo de relación: el duque se ocupaba y preocupaba de ellos y ellos le devolvían el favor en forma de servicios y de fidelidad.

Sabedor de ello, Sancho Dávila acudió a la Corte a visitar al duque de Alba, bajo cuyas órdenes había servido como soldado en Alemania y en Italia. El duque de Alba le recibió y le escuchó y dice Gil González Dávila que no aprobó su decisión de dejar las armas y que finalmente le convenció para que «volviese a servir de nuevo»²¹⁵. A cambio le ofreció su ayuda.

²¹⁵ GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Teatro eclesiástico...*, op. cit., p. 302.

Sancho, en reciprocidad, le ofreció su fidelidad. Y en los meses siguientes se sucedieron sus recomendaciones y sus intervenciones y se empezaron a notar el efecto de su influencia y la importancia de su favor. En junio Sancho Dávila supo que Felipe II había remitido al gobernador de Milán, marqués de Pescara, orden de que le mandara librar de inmediato los 441 escudos que, según certificación de Juan Larrea, contador del ejército, se le estaban debiendo desde 1559 y que no se le habían pagado, a pesar de que, como consecuencia de la reclamación que hizo al rey en Bruselas en aquel año, el duque de Sesa, el entonces gobernador de Milán, había mandado que se le libraran de inmediato²¹⁶.

Y un mes después, con fecha de 15 de julio de 1561, el rey, en reconocimiento de sus servicios, le nombra capitán ordinario de infantería y le señala un sueldo anual de 50.000 maravedíes:

Nos D. Felipe [...] acatando lo que Sancho Dávila nos ha servido en algunas jornadas y empresas de guerra, y esperamos que nos servirá, nuestra merced es de recibirle, como por la presente le recibimos, por nuestro capitán ordinario de infantería, para que nos sirva en las cosas y con la obligación que nuestros capitanes ordinarios son obligados a servirnos y que tenga de Nos con el dicho cargo cincuenta mil maravedises de sueldo en cada un año [...]²¹⁷.

Por fin había llegado su recompensa. Felipe II le honraba con el cargo de capitán ordinario de infantería, capitán de las guardias de Su Majestad, y le señalaba una renta anual con la que podía vivir holgadamente. Había de fijar, según las ordenanzas, su residencia en la Corte, pero, al poco de recibir su nombramiento de capitán, el propio duque de Alba le recomendó la misión de visitar e inspeccionar las defensas y fortalezas de la costa del reino de Valencia.

Seguía latente en el Mediterráneo la guerra entre la Monarquía hispánica y el Imperio turco y el riesgo de posibles ataques de los piratas berberiscos que actuaban desde los puertos norteafricanos llenaba de pavor a las pequeñas poblaciones costeras de la Península. En agosto de 1556 se había desatado la alarma por la llegada de rumores de que tropas otomanas y piratas berberiscos planeaban apoderarse de las islas de Menorca e Ibiza, en

²¹⁶ Felipe II al marqués de Pescara, en Madrid, junio de 1561. AGS, Estado, 1212.

²¹⁷ En DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. El Rayo de la Guerra..., op. cit., p. 14-15; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. Vida de don Sancho Dávila..., op. cit., p. 104-105.

El asiento del título en los libros de Contaduría del Sueldo se realiza más de un año después, el 6 de febrero de 1563. AGS, Contaduría del Sueldo, 2.^a Época, 38. CODON, XXX, p. 14-15.

1558 se había producido el ataque a Menorca y después, tras el fracasado intento de las tropas españolas de reconquistar Trípoli y apoderarse de los Djelves en 1560, era de temer que se incrementaran las incursiones piráticas en el Mediterráneo Occidental. Por eso era necesario garantizar la defensa de las costas levantinas y por eso se encomendó a Sancho Dávila la misión de estudiar e inspeccionar sus defensas.

Sancho Dávila desempeñó su cometido con eficacia, dando pruebas suficientes de experiencia y profesionalidad. Recorrió toda la región comarca por comarca, estudió la situación, el estado y las posibilidades de las defensas costeras, inspeccionó las torres de vigía y, vistas sus deficiencias, propuso la construcción de un nuevo castillo²¹⁸ en la costa alicantina, cerca de Altea, al pie de las crestas de la sierra de Bernia, sobre un promontorio, «en sitio muy acomodado a embraçar las correrías y robos de los moros»²¹⁹. Felipe II aceptó la propuesta e inmediatamente dio orden de que comenzaran las obras para la construcción de las defensas y de que se reclutaran doscientos soldados en Levante, en Murcia y Andalucía para que iniciaran los trabajos y formaran la guarnición de la nueva fortaleza.

Se trabajó en ella intensamente durante el año 1562. Dirigía las obras Juan Bautista Antonelli, ingeniero militar al servicio de Su Majestad venido desde Italia en el reinado de Carlos V, mientras el capitán Palacios y el propio Sancho Dávila se ocupaban de mantener la disciplina de los soldados y de las gentes de los pueblos vecinos empleadas en abrir el foso, amasar la tierra y levantar las tapias del castillo²²⁰. En junio de 1562 la primera muralla estaba ya a punto de concluirse, faltaba aún mucho trabajo por hacer para abrir el foso por completo, «por amor de las piedras que se hallaban»²²¹, pero el rey ordenó que la mayor parte de los soldados se incorporaran a otras fortalezas de la costa y que quedaran allí sólo los soldados de la guardia ordinaria. Y Sancho Dávila, sin apenas ocupación, pidió al duque de Alba que le consiguiera nuevo destino y la licencia necesaria para marchar a servirlo²²². El duque de Alba atendió su petición y, haciendo una vez más demostración de su influencia y su poder, consiguió que el rey le señalara destino en Italia, en el ducado de Milán, donde le encomendó el mando de la guarnición del castillo de Pavía, la vieja ciudad de época romana, cargada de historia, la que fuera antigua capital de los longobardos, emplazada junto al Po.

²¹⁸ Ídem; CIANCA, Antonio de. *Historia de la vida, invención..., op. cit., libro tercero*, p. 40.

²¹⁹ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra..., op. cit.*, p. 18.

²²⁰ Sancho Dávila al duque de Alba, en Bernia, 9 de junio de 1562. ADA.

²²¹ Sancho Dávila al duque de Alba, en Bernia, 19 de junio de 1562. ADA, C 33/52.

²²² Ídem.

Mientras tanto, en los años siguientes y antes de 1570, se concluyó la fortaleza de Bernia. Aquel castillo permitía vigilar una extensa zona de costa y albergar un buen número de soldados, pero, pacificado el Mediterráneo, pronto quedó en desuso y acabaría siendo demolido poco tiempo después.



Restos del castillo de Bernia, en la costa alicantina, levantado por la iniciativa del capitán Sancho Dávila.

3.6. CASTELLANO DE PAVÍA

Después de jurar en Madrid su oficio de capitán²²³, cosa que no había hecho hasta entonces por haber partido inmediatamente, tras su nombramiento, hacia su destino en la costa, Sancho Dávila marchó a Italia para establecerse en Pavía. Aquella ciudad tenía para él resonancias míticas. Cuarenta años atrás, en 1525, la llanura de Pavía había sido el escenario de la victoria de

²²³ «Yo, Sancho de Ávila, capitán ordinario de infantería de Su Majestad, digo: Que, por quanto Su Majestad me hizo merced del dicho cargo por un su albalá, fecho en Madrid a 15 días del mes de julio de quinientos sesenta y uno años, y porque conforme a las ordenanzas de la gente de sus guardas yo tengo de hacer la solemidad y juramento que en tal caso se requiere ante el secretario del Consejo de la Guerra de Su Majestad e de uno de los contadores del sueldo de la Contaduría Mayor, para que quede por escrito firmado de mi nombre en los libros del sueldo que ellos tienen, por ende por la presente juro a Dios y a esta cruz y a las palabras de los Santos Evangelios que guardaré y cumpliré todo lo que por razón de mi cargo de capitán ordinario de infantería soy obligado conforme a lo contenido en las ordenanzas de las guardas de Su Majestad que sobre este caso disponen [...] en Madrid a diez y siete días del mes de febrero de mil quinientos sesenta y tres años [...].» CODOIN, XXXI, p. 16-17.

Carlos V sobre las tropas del rey de Francia que, en gran número, habían cruzado los Alpes y habían atacado la ciudad. El propio rey francés, Francisco I, había caído prisionero. Y el nombre de Pavía fue conocido a partir de entonces en todos los rincones de Europa. Él conservaba aún entre los primeros recuerdos de su infancia cómo, para celebrarlo, cabalgaban por las calles de Ávila en perfecto orden los regidores, caballeros e hidalgos de la ciudad precedidos del sonido de tambores y atabales y cómo se anunciaría a grandes voces la victoria del emperador. Y en la noche, por el mismo motivo, se prendieron hogueras en calles y plazas y se hicieron luminarias en las ventanas de las casas principales²²⁴. Por lo demás, sabía que no hacía demasiado tiempo, en la década de los cuarenta, se había publicado un libro titulado *Historia de la Guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey Francisco de Francia*, que le interesó de inmediato porque lo había escrito un soldado del emperador, Juan de Carvajal, que había abandonado las armas para profesar como monje dominico con el nombre de Juan de Ozcaya, y porque se lo había dedicado a don Pedro Dávila, marqués de Las Navas y señor de Villafranca²²⁵, con quien él tantas veces se había encontrado en las calles de Ávila desde niño y por quien siempre había sentido respeto y admiración.

Conocía perfectamente el valor estratégico de la plaza de Pavía y de todo el Milanesado. Había oído repetidas veces llamar a Milán la «porta d'Italia», porque su control, el control del ducado de Milán, significaba el control de toda Italia y sabía que, al menos hasta entonces, dominar Italia era la base para dominar el mundo. Por eso habían luchado durante tanto tiempo el emperador Carlos V y el rey de Francia, Francisco I; por eso, cuando el duque de Milán murió sin sucesión, Carlos V aprovechó la circunstancia para hacer depender directamente al Milanesado de la Corona española nombrando duque a su propio hijo, el príncipe Felipe; y por eso en 1554, en las abdicaciones de Bruselas, el emperador ratificó la incorporación definitiva del ducado a la Monarquía hispánica. Era además paso obligado de los tercios españoles cuando hubieran de ir a batallar al centro o al norte de Europa. Por su importancia estratégica, estaban allí asentados un buen número de soldados españoles, sirviendo en las guarniciones de los castillos de Milán, Piacenza, Cremona, Alessandria, Pavía, Tortona, Lodi, Novara, Crema o Trezo.

Ser castellano de Pavía era, pues, una merced importante a la vez que un oficio de grave responsabilidad. La plaza había quedado vacante tras la muerte del anterior castellano, el marqués Segismundo de Aste. Y, entre todos los aspirantes a sucederle, Felipe II, teniendo en cuenta su valor, su prudencia, su

²²⁴ AHPAv, Ayto., Actas, C3 L5, fls. 154ss.

²²⁵ CODOIN, XXXVIII, p. 289ss.

experiencia y los destacados servicios que en diversas ocasiones había prestado a su padre, el emperador Carlos, y a él mismo, en diciembre de 1562 nombró a Sancho Dávila gobernador de aquel castillo²²⁶. Así pues, Sancho marchó de nuevo a Italia, se presentó en Pavía, hizo el obligado juramento y tomó posesión de la fortaleza. Era un edificio monumental de planta cuadrada, con un enorme patio central y cuatro torreones en los ángulos, bien defendido, rodeado de un profundo foso, con varios revellines y puentes levadizos.

En el ejercicio de sus funciones y competencias, el castellano dependía directamente del gobernador del ducado de Milán, que desempeñaba al mismo tiempo el oficio de capitán general del Piamonte y la Lombardía. El gobernador de Milán era el representante directo del rey, el responsable del poder político y militar en la región, quien controlaba la administración y los oficios del Estado: «podestades», vicariatos, judicaturas o capitánías²²⁷. Cuando Sancho Dávila tomó posesión del castillo de Pavía era gobernador de Milán don Francisco Fernández de Ávalos, duque de Sesa, que ocupó el cargo hasta el año 1564 en que fue sustituido por don Gabriel de la Cueva, duque de Alburquerque, de quien Sancho había oído hablar con anterioridad por pertenecerle, entre otros, el señorío de Mombeltrán, situado en el valle del Tiétar, al otro lado de la sierra de Gredos, de donde procedían, por el camino de Menga y el puerto del Pico, la mayor parte de las frutas que llegaban cada viernes en los meses de verano al mercado de la ciudad de Ávila.

Como castellano, era su función conservar y mantener el castillo, asegurar su defensa y tener preparados a sus hombres para poder intervenir ante cualquier contingencia en que hubiera que defender los intereses de la Monarquía en aquella tierra. Aquel cargo le proporcionaba autoridad, prestigio, estabilidad, solvencia económica y un modo de vida asegurado. Tenía a sus órdenes un alférez, que le suplía en sus ausencias²²⁸, dos cabos, cincuenta

²²⁶ [...] unde inter caeteros qui se nobis obtulerunt menti nostrae occurrit fidelis noster dilectus capitaneus santius de Avila, cuius virtus, prudentia et experientia ac non vulgaria servitia per eum variis in rebus Serenissimo Carolo Imperatori patri et domino meo felicis recordationis et nobis praestita merito nos inducunt ad ipsum conastituendum et deputandum in praefectum eiusdem castri; igitur tenore praesentium de certa nostra scientia, animo deliberato sanoque acoedente consilio ac ex gratia speciali praelatum capitaneum Santium de Avila castellanun dicti castri civitatis Papiae ad nostrum dumtaxat beneplacitum facimus, constituimus et deputamus... Data in oppido nostro Matriti die 24 mensis decembbris anno domini millesimo quingentesimo sexagesimo secundo [...]. AGS, Estado, 1130/93. CODOIN, XXXVIII, p. 433-435.

²²⁷ PÉREZ-BUSTAMANTE, Rogelio. «El gobierno de los Estados de Italia bajo los Austrias: Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Milán (1527-1700). La participación de la nobleza castellana», *Cuadernos de Historia del Derecho*, 1 (1994), p. 25-52.

²²⁸ En 1566 fue nombrado teniente del castillo su primo Rodrigo Orejón, que después serviría mucho tiempo junto a él: «[...] Rodrigo Orejón me a escrito que Vm. le a procurado una plaza de teniente, de quinze escudos de sueldo, en este castillo y que ia la terná sacada y que no estará poco venirse allí la señora doña Juana si no saber mi voluntad, la qual le e escrito

soldados de infantería y tres artilleros²²⁹ y ganaba cuarenta escudos mensuales, pagaderos en cada trimestre. Podía llevar, si quisiera, una vida envidiable. Vivía en una bella ciudad del norte de Italia, llena de atractivos, en un magnífico palacio construido en los siglos XIV y XV, con inmensos salones, que había sido residencia de los Visconti, primero, y de los Sforza, después, que había sido escenario de grandes fiestas, encuentros amorosos, intrigas políticas y luchas de poder y un importante centro cultural, como demostraba la rica biblioteca que se había ido formando con magníficos libros a lo largo de los años. Y, sin embargo, pasados los primeros momentos de euforia, no le pareció un destino atractivo para él.

Possiblemente le faltara acción. Los soldados de la guarnición no esperaban ya sobresaltos ni combates arriesgados, pero tampoco ascensos ni acrecentamientos ni provecho alguno y solían acostumbrarse pronto a malvivir con sus pagas. Como en todos los presidios, muchos estaban casados y tenían hijos y, para completar su soldada, ejercían en la ciudad oficios de sirvientes, tejedores, zapateros y otros con cuyas ganancias tenían para comer mejor y mantenerse²³⁰. También faltaba emoción. Durante su estancia en Pavía hubo de ocuparse de poco más que de las reparaciones y obras de acondicionamiento de la fortaleza²³¹ y de solucionar conflictos de escasa trascendencia que se producían en ocasiones por cuestiones de jurisdicción entre el «potestad» de la ciudad y él mismo y pequeños enfrentamientos entre los «esbirros» de aquél y los soldados del castillo²³². De pocas cosas más. Pero cuando decidió seguir en el ejército no lo había hecho pensando en asentarse de aquella manera, porque no le gustaba «encerrarse»²³³, y, por eso, la vida en el castillo le resultaba aburrida, demasiado monótona, demasiado acomodada tal vez.

Y, mientras tanto, en el año 1565, la guerra había estallado de nuevo en el Mediterráneo²³⁴. Los soldados españoles luchaban en Córcega, para sofocar las

es muy buena y recibré mercé y entretenimiento con su compañía hy que con aquella plaça pasarán aquí harto mexor que en Ávila [...]. Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Pavía, 5 de septiembre de 1566. ADA, C25/48.

²²⁹ AGS, Estado, 1216/87.

²³⁰ THOMPSON, I. A. A. «El soldado del Imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro». *Manuscrits*, 21 (2003), p. 38.

²³¹ Carta del duque de Alburquerque al castellano de Pavía, de fecha 20 de marzo de 1565, para que le escriba sobre las obras realizadas en el castillo. AGS, Estado, libro 61.

²³² Informe de Sancho Dávila «al Ilmo. y Excellmo. Sr.» Gobernador de Milán, duque de Alburquerque, sobre un enfrentamiento habido entre los «esbirros del potestad desta ciudad de Pavía» y los soldados del castillo, con intercambio de disparos de arcabuces y pistoletes en la puerta de «Santa María in pertiga». AGS, Estado, 1216.

²³³ GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Teatro eclesiástico...*, op. cit., p. 302.

²³⁴ BUNES IBARRA, Miguel Ángel. «La defensa de la Cristiandad. Las Armadas en el Mediterráneo en la Edad Moderna». *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2006, V, p. 77-99.

experiencia y los destacados servicios que en diversas ocasiones había prestado a su padre, el emperador Carlos, y a él mismo, en diciembre de 1562 nombró a Sancho Dávila gobernador de aquel castillo²²⁶. Así pues, Sancho marchó de nuevo a Italia, se presentó en Pavía, hizo el obligado juramento y tomó posesión de la fortaleza. Era un edificio monumental de planta cuadrada, con un enorme patio central y cuatro torreones en los ángulos, bien defendido, rodeado de un profundo foso, con varios revellines y puentes levadizos.

En el ejercicio de sus funciones y competencias, el castellano dependía directamente del gobernador del ducado de Milán, que desempeñaba al mismo tiempo el oficio de capitán general del Piamonte y la Lombardía. El gobernador de Milán era el representante directo del rey, el responsable del poder político y militar en la región, quien controlaba la administración y los oficios del Estado: «podestades», vicariatos, judicaturas o capitanías²²⁷. Cuando Sancho Dávila tomó posesión del castillo de Pavía era gobernador de Milán don Francisco Fernández de Ávalos, duque de Sesa, que ocupó el cargo hasta el año 1564 en que fue sustituido por don Gabriel de la Cueva, duque de Alburquerque, de quien Sancho había oído hablar con anterioridad por pertenecerle, entre otros, el señorío de Mombeltrán, situado en el valle del Tiétar, al otro lado de la sierra de Gredos, de donde procedían, por el camino de Menga y el puerto del Pico, la mayor parte de las frutas que llegaban cada viernes en los meses de verano al mercado de la ciudad de Ávila.

Como castellano, era su función conservar y mantener el castillo, asegurar su defensa y tener preparados a sus hombres para poder intervenir ante cualquier contingencia en que hubiera que defender los intereses de la Monarquía en aquella tierra. Aquel cargo le proporcionaba autoridad, prestigio, estabilidad, solvencia económica y un modo de vida asegurado. Tenía a sus órdenes un alférez, que le suplía en sus ausencias²²⁸, dos cabos, cincuenta

²²⁶ [...] *I unde inter caeteros qui se nobis obtulerunt menti nostrae occurrit fidelis noster dilectus capitaneus santius de Avila, cuius virtus, prudentia et experientia ac non vulgaria servitia per eum variis in rebus Serenissimo Carolo Imperatori patri et domino meo felicis recordationis et nobis praestita merito nos inducunt ad ipsum constituendum et deputandum in praefectum eiusdem castri; igitur tenore praesentium de certa nostra scientia, animo deliberato sanoque acoedente consilio ac ex gratia speciali praefatum capitaneum Santium de Avila castellanum dicti castri civitatis Papiae ad nostrum dumtaxat beneplacitum facimus, constituimus et deputamus... Data in oppido nostro Matriū die 24 mensis decembri anno domini millesimo quingentesimo sexagesimo secundo [...]. ACS, Estado, 1130/93. CODOIN, XXXVIII, p. 433-435.*

²²⁷ PÉREZ-BUSTAMANTE, Rogelio. «El gobierno de los Estados de Italia bajo los Austrias: Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Milán (1527-1700). La participación de la nobleza castellana». *Cuadernos de Historia del Derecho*, 1 (1994), p. 25-52.

²²⁸ En 1566 fue nombrado teniente del castillo su primo Rodrigo Orejón, que después serviría mucho tiempo junto a él: «[...] Rodrigo Orejón me a escrito que Vm. le a procurado una plaza de teniente, de quinze escudos de sueldo, en este castillo y que ia la terna sacada y que no estará poco venirse allí la señora doña Juana si no saber mi voluntad, la qual le e escrito

soldados de infantería y tres artilleros²²⁹ y ganaba cuarenta escudos mensuales, pagaderos en cada trimestre. Podía llevar, si quisiera, una vida envidiable. Vivía en una bella ciudad del norte de Italia, llena de atractivos, en un magnífico palacio construido en los siglos XIV y XV, con inmensos salones, que había sido residencia de los Visconti, primero, y de los Sforza, después, que había sido escenario de grandes fiestas, encuentros amorosos, intrigas políticas y luchas de poder y un importante centro cultural, como demostraba la rica biblioteca que se había ido formando con magníficos libros a lo largo de los años. Y, sin embargo, pasados los primeros momentos de euforia, no le pareció un destino atractivo para él.

Posiblemente le faltara acción. Los soldados de la guarnición no esperaban ya sobresaltos ni combates arriesgados, pero tampoco ascensos ni acrecentamientos ni provecho alguno y solían acostumbrarse pronto a malvivir con sus pagas. Como en todos los presidios, muchos estaban casados y tenían hijos y, para completar su soldada, ejercían en la ciudad oficios de sirvientes, tejedores, zapateros y otros con cuyas ganancias tenían para comer mejor y mantenerse²³⁰. También faltaba emoción. Durante su estancia en Pavía hubo de ocuparse de poco más que de las reparaciones y obras de acondicionamiento de la fortaleza²³¹ y de solucionar conflictos de escasa trascendencia que se producían en ocasiones por cuestiones de jurisdicción entre el «potestad» de la ciudad y él mismo y pequeños enfrentamientos entre los «esbirros» de aquél y los soldados del castillo²³². De pocas cosas más. Pero cuando decidió seguir en el ejército no lo había hecho pensando en asentarse de aquella manera, porque no le gustaba «encerrarse»²³³, y, por eso, la vida en el castillo le resultaba aburrida, demasiado monótona, demasiado acomodada tal vez.

Y, mientras tanto, en el año 1565, la guerra había estallado de nuevo en el Mediterráneo²³⁴. Los soldados españoles luchaban en Córcega, para sofocar las

es muy buena y recibiré mercé y entretenimiento con su compañía hy que con aquella plaza pasarán aquí harto mexor que en Ávila [...].» Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Pavía, 5 de septiembre de 1566. ADA, C25/48.

²²⁹ AGS, Estado, 1216/87.

²³⁰ THOMPSON, I. A. A. «El soldado del Imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro». *Manuscrits*, 21 (2003), p. 38.

²³¹ Carta del duque de Alburquerque al castellano de Pavía, de fecha 20 de marzo de 1565, para que le escriba sobre las obras realizadas en el castillo. AGS, Estado, libro 61.

²³² Informe de Sancho Dávila «al Ilmo. y Excellimo. Sr.» Gobernador de Milán, duque de Alburquerque, sobre un enfrentamiento habido entre los «esvirros del potestad desta ciudad de Pavía» y los soldados del castillo, con intercambio de disparos de arcabuces y pistoletes en la puerta de «Santa María in pertiga». AGS, Estado, 1216.

²³³ GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Teatro eclesiástico...*, op. cit., p. 302.

²³⁴ BUNES IBARRA, Miguel Ángel. «La defensa de la Cristiandad. Las Armadas en el Mediterráneo en la Edad Moderna». *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2006, V, p. 77-99.

revueltas surgidas en la isla, y en la defensa de Malta, y en La Goleta, en la costa africana, para frenar el avance incesante de los turcos. Sancho Dávila, retenido en Pavía, no tuvo ocasión de participar en ninguna de aquellas acciones bélicas en que tantos otros capitanes encontraron gloria y honores y rápidas posibilidades de nuevas mercedes y de ascensos. Él, bien a su pesar, seguía en Pavía, cada vez más nervioso y más inquieto por su acuciante deseo por volver a los campos de batalla. Se lo confesaba sin reparo alguno al propio duque de Alba:

[...] quando V. Ex.^a me hizo merced en que se me diese la tenencia deste castillo de Pavía no pensé yo que fuera para quedar atrasado sino en un ínterin (hasta) que se ofreciese ocasión o jornada en que poder ser empleado conforme a mis servicios, questos an sido siempre, bendito Dios, con tanto cuidado como conviene a un soldado que se piensa valer en ser llamado criado de V. Ex.^a [...]²³⁵.

En consecuencia, cuando le llegaron rumores de una posible intervención militar en los Países Bajos y de la participación en ella del duque de Alba no dudó en recordarle a este sus servicios y su fidelidad: «[...] desque salí de casa de V. Ex.^a a ser capitán no se a ofrescido cosa que, bendito Dios, no aya servido bien a S. M. [...]»²³⁶.

Y le pide que le lleve consigo para poder tener oportunidad de distinguirse en los campos de batalla y de ese modo ascender en su carrera militar:

[...] esto me e atrevido a significar a V. Ex.^a, entendiendo que se haze jornada en que S. M. va, para que me emplee en que yo pueda servir y pasar adelante, pues todo el mundo entiende ser yo criado de V. Ex.^a y esme gran vergüenza quedarme aquí estancado estando para servir, bendito Dios, porque ya V. Ex.^a sabe quanto jubidio reyna en los soldados de los que nos pasan adelante [...]»²³⁷.

Poco tiempo después, en los inicios del verano del año 1567, Sancho Dávila abandonaba el castillo de Pavía y formaba parte del ejército expedicionario que se reunía en el norte de Italia para marchar a los Países Bajos a través de los Alpes bajo el mando de don Fernando Álvarez de Toledo, el III Duque de Alba.

²³⁵ Sancho Dávila al duque de Alba, en Pavía, 24 de octubre de 1566. ADA, 433/24.

²³⁶ Ídem.

²³⁷ Ídem.



4. UN HOMBRE DEL DUQUE DE ALBA



Institución Gran Duque de Alba

Admiraba al duque de Alba desde hacía mucho tiempo. Como en realidad lo hacían casi todos los compañeros de armas con quienes había compartido experiencias, rumores y confidencias en guarniciones, marchas, campamentos y campos de batalla. Desde niño había oído hablar de él. Todo el mundo parecía tener algo que decir sobre la antigüedad de su linaje, sobre la temprana muerte de su padre en los Djelves, sobre el modo en que le había educado su abuelo Fadrique, sobre su carácter o sobre su influencia en la Corte y su proximidad al rey. En Ávila se sabía de muchas familias nobles que trataban de colocar a sus hijos cerca de él, recurriendo a amigos y parientes, con la esperanza de obtener beneficios, cargos y favores. El propio Sancho Dávila había acudido a buscar su consejo y su protección cuando regresó a España pensando en dejar las armas. Le conocía desde tiempo atrás, había servido durante muchos años a sus órdenes y había tenido ocasión de oír numerosos comentarios laudatorios sobre el desempeño de sus funciones en la Corte y sobre sus intervenciones en cuestiones políticas y diplomáticas.

Sabía, sobre todo, de sus cualidades militares. Ya en Alemania los soldados hablaban de él como de un héroe de leyenda. Con apenas catorce años había acompañado a su abuelo en la campaña del emperador contra el rey de Francia en 1521. Poco después había combatido a las órdenes del condestable de Castilla, don Íñigo de Velasco, contra los franceses que atacaban Fuenterrabía y, cuando se consiguió la victoria, en septiembre de 1524, don Fernando Álvarez de Toledo, con apenas diecisiete años, fue nombrado gobernador militar de aquella plaza. Y pronto se convirtió en un famoso y brillante soldado. En 1535, poco tiempo después de heredar el título ducal, formó parte del ejército de Carlos V que ocupó Túnez y diez años más tarde, en 1546, llamado por el emperador, participó decisivamente como capitán general del ejército imperial en la guerra de Alemania contra las tropas de la Liga de Smalkalden, compartiendo gloria y honores con el propio Carlos V.

Allí le había conocido Sancho Dávila. Allí le vio pasar camino de la victoria sobre el puente de barcas tendido sobre el Elba. Sufrió con él en Metz, en el frustrado intento de recuperar aquella ciudad para el emperador, le acompañó a Londres y después le había servido en Italia. Había estado a sus órdenes en las marchas y contramarchas organizadas contra los franceses en Nápoles, en Agnani, en Civitella del Tronto y en las proximidades de Roma. Después, en tiempos de desesperanza, había recurrido a él cuando estaba dispuesto a abandonar el ejército y había recibido su apoyo, su ayuda y sus recomendaciones. Le debía muchas cosas. Ahora el duque le reclamaba para que le acompañara a los Países Bajos y él estuvo presto a seguirle. Así pues, a comienzos del verano de 1567 pudo abandonar, por fin, la monotonía a que estaba condenado en el castillo de Pavía y se incorporó al ejército expedicionario que se estaba reuniendo en Lombardía para marchar hacia el Norte a través de los Alpes.

4.1. LOS PROBLEMAS DE LOS PAÍSES BAJOS

Por aquel entonces, a comienzos del verano de 1567, estaba ya Sancho Dávila perfectamente informado de las alteraciones y levantamientos que se habían producido en algunas ciudades de las provincias del Norte, en los Países Bajos, el año anterior.

Había oído hablar de aquellas tierras desde niño. Y tal vez su padre, Antón Vázquez Dávila, el viejo comunero, le contara con orgullo lo ocurrido en las dos ocasiones en que había estado en Bruselas: una en representación del concejo de Ávila y otra como emisario de la Junta de las Comunidades, para presentarse en la corte del emperador Carlos. Él mismo había ido allí en 1559, cuando estaba en Bruselas la corte del rey Felipe. Y pudo comprobar entonces personalmente lo que sobre aquel país le había contado su padre y se decía en Castilla. Eran tierras bajas, llanas y brumosas, llenas de ríos y canales, ricas y pobladas, con abundantes ciudades rebosantes de vida y de actividad industrial y comercial.

Se extendían por la costa atlántica, más allá del canal de La Mancha, entre el reino de Francia y el Imperio alemán, y estaban organizadas políticamente en diecisiete provincias de carácter autónomo, cada una de las cuales tenía su particular constitución política –había ducados, condados, ciudades libres y señoríos–, una forma propia de gobierno, una legislación diferenciada y sus propios organismos de representación estamental, los diferentes Estados Provinciales. Conformaban un complejo mundo de privilegios políticos y fiscales, de diversidad lingüística y cultural y de multiplicidad de sensibilidades intelectuales que habían generado la proliferación de diferentes

inquietudes espirituales y de movimientos religiosos de carácter heterodoxo. Tenían exclusivamente dos cosas en común: la existencia de una institución conjunta, los Estados Generales, asamblea que solía reunirse en Bruselas y en que estaban representados los estamentos de todas las provincias, y la figura del soberano, el poder supremo, que se ayudaba para desempeñar sus funciones de gobierno de un Consejo Privado de Estado, cuyos miembros, tanto flamencos como españoles, eran designados directamente por el propio soberano. Tras las abdicaciones de Bruselas, en 1555, los Países Bajos habían quedado vinculados a la Monarquía hispánica por deseo expreso del emperador.

Cuando se consumó el hecho de la sucesión a Carlos V la situación era ya de difícil gobernabilidad. Los habitantes de aquellas tierras no contribuían a los gastos globales de la Monarquía más que con ayudas específicas, destinadas a gastos concretos, nunca permanentes, aprobadas para cada ocasión por los Estados Generales y recaudadas y administradas en cada caso por cada uno de los Estados Provinciales. En cuanto a la organización eclesiástica, tan importante en el siglo XVI, no había en todo el territorio más que cuatro obispados, tres de ellos concentrados en las provincias del Sur, mientras que muchas ciudades del resto del territorio carecían de autoridad eclesiástica efectiva y otras dependían directamente de sedes episcopales francesas o alemanas: con semejante estructura organizativa no era fácil frenar en aquellas tierras los progresos constantes que estaba haciendo la herejía.

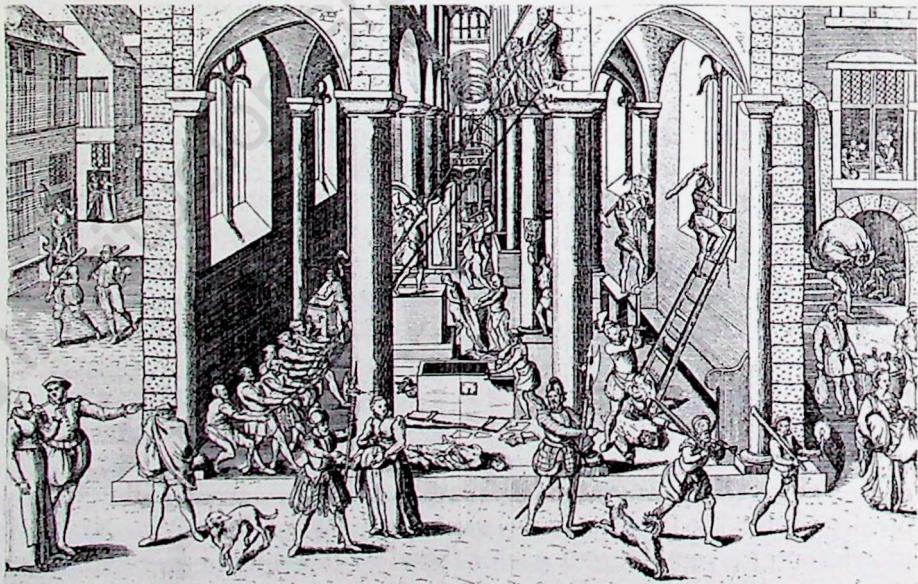
En ese contexto era objetivo de la Monarquía hacer de aquellas provincias un Estado viable y, a tal fin, pretendía centralizar sus instituciones políticas, judiciales y religiosas, defender la ortodoxia católica, aprovechar sus posibilidades económicas racionalizando la fiscalidad y acrecentar el poder del rey frente a los privilegios de nobles y ciudades. Pero el nuevo rey, Felipe II, tras haber regresado de Inglaterra, permaneció en aquellas tierras poco más de dos años, por lo que hubieron de ser otros, en su nombre, quienes pusieran en práctica sus proyectos y trataran de conseguir sus objetivos. Él, en agosto de 1559, abandonó Bruselas y se trasladó a España dejando allí como gobernadora a su hermana Margarita de Parma²¹⁸.

Obviamente los intereses de la Monarquía hispana, sus objetivos políticos, chocaban de modo frontal con las crecientes demandas de libertad de religión y cultos de calvinistas y anabaptistas, siempre insatisfechas, y generaban en nobles y ciudades el miedo a perder su autonomía política y sus privilegios fiscales. La ausencia y lejanía del rey y su carácter de extranjero avivaban los sentimientos nacionalistas y agravaban el problema. Y la

²¹⁸ PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*. Madrid: Editorial Nerea, 1989, p. 43.

inquietud y el descontento empezaron a extenderse pronto entre amplios sectores de la población.

Durante algún tiempo, tal vez obligado por las circunstancias, Felipe II optó por transigir y ceder ante la presión nacionalista. En ese sentido, para evitar suspicacias, ordenó la salida de las tropas españolas que habían contribuido a defender aquel territorio frente a los ataques de los franceses y, por la animadversión que despertaba entre los nobles, apartó de su puesto en el Consejo de Estado y de sus funciones de gobierno al obispo de Arras, cardenal Antonio Perrenot de Granvela, decidido partidario de la política regia, a quien había colocado con anterioridad junto a la gobernadora como persona de su confianza. Los nobles ganaron entonces posiciones de poder, pero la situación no mejoró. Al contrario: cada vez se deterioraban más los niveles de ortodoxia y de justicia. Y Felipe II, convencido de que no debía hacer más concesiones ni a los privilegios locales ni a la herejía, en 1565 decidió imponer y hacer cumplir con todo rigor los decretos tridentinos, los *placard*, lo que desencadenó la reacción de la alta nobleza, que se sentía perjudicada económicamente por el proyecto de reorganización de los obispados, y alarmó a los calvinistas. Al mismo tiempo estalló una grave crisis económica que provocó una situación de carestía y de desempleo generalizado.



Violencias y sacrilegios que los herejes hicieron en los Países Bajos en 1566 (*De leone Belgico...*, l. 26).

Como consecuencia de todo ello se produjeron desórdenes y revueltas. Se firmaron documentos de quejas, se exiliaron muchos protestantes, se hicieron manifestaciones y se presentaron de forma altanera peticiones ante la gobernadora. En Gante, en agosto de 1566, una columna de calvinistas entró a saco en las iglesias y conventos de la ciudad y todas las imágenes, vidrieras y otros objetos relacionados con el culto católico fueron destruidos. E inmediatamente los acontecimientos se reprodujeron en otras partes: en Amberes, en Middelburg, en Bosch, Breda, Malinas, Amsterdam, Heusden, Tournai, Turnhout, Delf, Utrecht, Valenciennes, La Haya, Leiden, Eindhoven, Helmond y en otras ciudades. Innumerables iglesias rurales e imágenes de los templos resultaron destruidas y en Flandes occidental se saquearon, por lo menos, cuatrocientas iglesias y conventos distintos²³⁹. Aquella explosión iconoclasta no era, sin embargo, más que la manifestación externa de un problema muy profundo, muy complejo y de difícil solución²⁴⁰.

La gobernadora, Margarita de Parma, lo había denunciado por entonces en repetidas ocasiones y, tal vez asustada, había informado en sus cartas al rey de que más de la mitad de la población estaba infectada de herejía, de que muchos hombres se habían alzado en armas y de que los calvinistas pretendían deponer al rey y entregar la Corona a un monarca protestante²⁴¹. En la corte de Madrid, en el seno del Consejo de Estado, se deliberó ampliamente sobre las decisiones que convenía adoptar ante tales acontecimientos y sobre la estrategia que se debería utilizar para sofocar los desórdenes y controlar la situación. A pesar de las posiciones encontradas que existían al respecto entre las diferentes facciones de la Corte, en una cosa parecían estar de acuerdo todos los consejeros: en que los Países Bajos debían continuar bajo la soberanía de Felipe II y que el rey debía intervenir en ellos frente a los herejes. Y argumentaban que era necesario hacerlo así no sólo por la importancia intrínseca del conflicto, sino también para desalentar a los elementos descontentos de otras provincias del Imperio que podían estar tentados, si aquella triunfaba, a organizar sus propias revueltas. Así se lo advertía al rey el cardenal Granvela por carta desde Roma: «claramente dice toda Italia que si el alboroto de Flandes pasa adelante, seguirán Milán y Nápoles»²⁴².

²³⁹ PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 77.

²⁴⁰ GIMENO VIGUERA, José M.; GÓMEZ RIVAS, Fernando A.; GUIRAO DE VIERRA, Ángel. «Un estudio comparativo: las Comunidades y la independencia de los Países Bajos (factores desencadenantes)». *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 3 (1982), p. 231-257.

²⁴¹ PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 99-100.

²⁴² *ídem*, p. 87.

Y el propio Consejo de Estado manifestaba que, si no se resolvía el problema de Flandes, España y el resto del Imperio se hundirían²⁴³.

Se dudaba, sin embargo, sobre la eficacia del método: o la mera represión, mediante una solución de fuerza, o la negociación, presumiblemente lenta y arriesgada. Finalmente, tras largos y trascendentales debates en el seno del Consejo, se optó por una estrategia escalonada: un soldado, destacado por su experiencia política y militar, iría a los Países Bajos a reprimir las revueltas con una acción rápida y energética que sirviera de escarmiento y, seguidamente, iría el rey con medidas de gracia que darían como resultado la deseada pacificación. Y el soldado designado para marchar con el ejército a los Países Bajos fue don Fernando Álvarez de Toledo, III Duque de Alba.

Cuando el duque de Alba aceptó aquel encargo era conocedor de las enormes dificultades que entrañaba tal misión. Para restablecer el orden y conseguir la pacificación de aquellos territorios sería necesario emplear la fuerza y estar prevenido para hacer frente a los rebeldes con las armas. Tenía que contar con un ejército potente y aguerrido, capacitado para llevar a cabo la tarea que tenía encomendada, y conducirlo hasta los Países Bajos. Desde 1540 la comunicación tradicional con aquellas tierras se había efectuado a través del Cantábrico y el canal de La Mancha utilizando el puerto de Calais para desembarcar tropas y pertrechos gracias a la amistad inglesa. Pero en 1558 el puerto de Calais fue conquistado por los franceses y años más tarde cayó en poder de una flota hugonote que actuaba en aquellas aguas para apoderarse de los efectos de los comerciantes que transitaban por el golfo de Vizcaya. Por ello y porque en aquellos momentos no había que temer ataque alguno de la escuadra otomana en el Mediterráneo, se adoptó la decisión de utilizar a los soldados de los tercios viejos que estaban de guarnición en Italia, reunirlos en Lombardía, atravesar con ellos los Alpes y conducirlos por tierra hasta Flandes, siguiendo el camino ya ideado por Granvela en 1563²⁴⁴.

4.2. EL EJÉRCITO DE ITALIA

A tal fin, el rey informó del proyecto a don Gabriel de la Cueva, duque de Alburquerque, gobernador de Milán y capitán general en el Piamonte y la Lombardía, ordenándole que organizase todos los preparativos para el alojamiento de las tropas, y mandó a don García de Toledo, capitán general de las galeras del Mediterráneo, que embarcara a los soldados de los tercios

²⁴³ Idem.

²⁴⁴ MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *Los soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía hispanica (1480-1700)*. San Sebastián de los Reyes: Actas Editorial, 2008, p. 777.

viejos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña y los llevara al norte de Italia para juntarlos con el tercio de Lombardía y acuartelarlos a todos en las cercanías de Milán²⁴⁵. Para relevarles en las guarniciones italianas fueron reclutados en España soldados bisoños, la mayor parte de ellos originarios de las tierras de Castilla, Extremadura y Aragón, hasta formar diecisiete banderas de infantería, que embarcaron en Cartagena y Tarragona en las galeras de Juan Andrea Doria encargadas de llevar a Italia al duque de Alba²⁴⁶. Italia era tierra atractiva y las levas para sus guarniciones siempre tenían éxito, de modo que el relevo se produjo sin dificultad.

Sancho Dávila colaboró activamente con el duque de Alburquerque en las tareas de conducción, asentamiento y concentración de tropas. Tuvo ocasión entonces de hablar con soldados, con mercaderes y abastecedores, con capitanes y maestres de campo de los tercios. Él mismo fue encargado por el duque de Alba de levantar una compañía de caballos ligeros y arcabuceros para su guardia personal, encargo que hizo Sancho Dávila no sin dificultades, por la carestía de caballos y la escasez de dinero²⁴⁷, contando con la colaboración y el deseo de servir de sus compañeros de armas en Italia²⁴⁸. Seguidamente abandonó el castillo de Pavía y dejó Milán para ir a formar parte del ejército expedicionario. En aquellos momentos se encontró de nuevo con muchos de los capitanes y oficiales españoles con quienes había coincidido con anterioridad en los campos de batalla de Alemania, de Italia o del norte de África.

Entre todos le llamaba la atención don Hernando de Toledo, el hijo natural del duque de Alba. Le parecía una persona nacida para la gloria. Antes de desembarcar en Lombardía acababa de organizar la fortificación de La Goleta, tan importante para la defensa del Mediterráneo, con soldados alemanes, italianos y españoles por orden del rey. Había resultado todo un éxito. Y Sancho Dávila, sin poder sospechar entonces que años más tarde compartirían ambos el mando del ejército del rey, sentía desde tiempo atrás, tal vez como todos, especial admiración por él.

Los dos habían servido en la guerra de Alemania contra la Liga de Smalkalden: él, Sancho, como soldado, y Hernando como capitán de Caballos en la batalla de Mühlberg. Ya entonces, hacía tantos años, empeataba a ser famoso entre los soldados. Posiblemente por su origen, porque

²⁴⁵ Copia de respuesta a D. García de Toledo de minuta de carta de S. M., fecha en el bosque de Segovia, 26 de septiembre de 1566. CODOIN, XXX, p. 410.

²⁴⁶ MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 28v.

²⁴⁷ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, secretario del duque de Alba, en Milán, 23 de mayo de 1567. ADA, 433/25, 26.

²⁴⁸ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Milán, 29 de mayo de 1567. ADA, 433/27.

era fruto de los amores juveniles de don Fernando Álvarez de Toledo, antes de heredar el ducado de Alba, y una molinera que vivía en un molino cercano a La Aldehuela, aldea situada a medio camino entre El Barco y Piedrahíta, villas del señorío de Valdecorneja, perteneciente al duque²⁴⁹. Pero, sin duda, también por su valor y por la leyenda que se iba gestando en torno a él. Se decía que desde niño había destacado en la caza, en las fiestas de toros y en las justas y que sobresalía por su inteligencia. El duque le había legitimado, le había integrado en su familia, donde era querido y respetado, le había conseguido un hábito de caballero de la orden militar de San Juan de Jerusalén y le llevó con él a servir como soldado en la guerra de Alemania.

Acabada aquella guerra, Hernando de Toledo regresó a España y volvió a Italia, a las órdenes directas de su padre, interviniendo como soldado en los enfrentamientos con las tropas francesas del duque de Guisa y como diplomático en las difíciles negociaciones habidas con el papa Paulo IV. Durante esos años las vidas de Hernando y Sancho se habían cruzado de nuevo. Pero, cuando comenzó el reinado de Felipe II, el duque de Alba abandonó Italia y pasó a la Corte donde, a pesar de haber perdido influencia y poder, consiguió para su hijo Hernando, en premio a su dedicación y a sus servicios, la concesión por parte del rey del priorato de Consuegra de la Orden de San Juan. Las rentas del priorato le proporcionaban recursos suficientes para mantener un alto nivel de vida pero la concesión llevaba aparejado, al mismo tiempo, un claro aumento del grado de compromiso formal en la defensa de la fe cristiana, razón de ser de la orden hospitalaria de San Juan. Y pronto pudo demostrar su fidelidad a dicho compromiso.

En 1565 los turcos atacaron Malta, la isla que en 1530 el emperador Carlos V había entregado a los caballeros de la Orden de San Juan, que no mucho tiempo antes, en 1521, habían sido expulsados de la isla de Rodas. En esos momentos el prior don Hernando de Toledo se encontraba en Francia formando parte del séquito de su padre, el duque de Alba, que asistía al encuentro en la cumbre entre Isabel de Valois, la reina de España, y la madre de esta, Catalina de Médicis, madre también del rey de Francia. Allí recibió la noticia del ataque de los turcos. Decían los rumores que llegaban a Italia, y que recoge el cronista Cabrera de Córdoba, que, para acudir «al socorro de su religión», el prior pidió dos galeras al rey francés, Carlos IX, y que este se las denegó por estar entonces los franceses en negociaciones con los turcos²⁵⁰. Sin detenerse por ello, pasó a Italia y embarcó en la flota de don García de Toledo para formar parte del ejército que ayudó al gran maestre de

²⁴⁹ LOPE DE VEGA. *La Aldehuela y el Gran Prior de Castilla*. SERRANO DEZA, Ricardo (Ed.). Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2007, p. 7-30.

²⁵⁰ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II, rey de España*. Valladolid: Consejería de Cultura y Turismo, 1998, p. 14.

la Orden, Jean Parisot de la Valette, a romper el asedio de la isla y rechazar a la flota turca²⁵¹. Al año siguiente, en 1566, Hernando de Toledo recibió el encargo de organizar la defensa de La Goleta con título de capitán general de los doce mil soldados alemanes, italianos y españoles reclutados al efecto²⁵². Ahora, en junio de 1567, estaba en Lombardía dispuesto a marchar a Flandes, sirviendo de nuevo a las órdenes de su padre.

Y junto a Hernando de Toledo estaban allí Alonso de Ulloa, Chapino Viteli, Julián Romero, Lope de Acuña, Sancho de Londoño y otros muchos capitanes de los tercios viejos de Italia. Entre ellos, Gonzalo de Bracamonte, abulense como el propio Sancho Dávila y un poco más joven que él.

También Sancho Dávila conocía a Gonzalo de Bracamonte. Los Bracamonte eran una noble familia abulense, de vieja raigambre, «gente magnífica, hacendada y dueña, en sus variadas familias, de muchos bienes y señoríos»²⁵³. Gonzalo era el quinto hijo de Mosén Rubí de Bracamonte²⁵⁴, señor de Fuentelsol, cabeza de la rama del linaje de los Bracamonte en Ávila, dueño de un palacio adosado a la muralla en el lienzo norte junto a la puerta del Mariscal y patrono de la capilla de La Anunciación. En busca de fortuna se había alistado como soldado y ya era capitán en 1563, a la edad de 35 años, y caballero del hábito de Santiago²⁵⁵.

En 1564 intervino en Córcega a favor de los genoveses. Los franceses se habían apoderado de la isla en 1553 pero había sido restituida a Génova en 1559 en virtud de los acuerdos firmados en el tratado de Cateau-Cambrésis. Un año después murió Andrea Doria, el viejo aliado del emperador Carlos V, y, para sustituirle, Felipe II nombró capitán general de las galeras del Mediterráneo a García de Toledo, marqués de Villafranca, que había sido antes gobernador de Cataluña y virrey de Nápoles²⁵⁶. García de Toledo fue a Italia y, para sofocar una rebelión que habían hecho los corsos contra Génova, «dexó a Juan Andrea Doria cuatro banderas del tercio de Sicilia y cuatro del de Lombardía, una de las que vinieron de Francia con su capitán don Gonzalo de Bracamonte, al que nombró por maestre de campo desta

²⁵¹ AGS, Estado, Sicilia, 1.130/56, 57; 1.131/14.

²⁵² AGS, Consejos, Sicilia, 1131/8, *Título de capitán general de los 12 000 soldados que pasan a La Goleta a favor del prior don Hernando de Toledo*.

²⁵³ MÉRINO ÁLVAREZ, Abelardo. *La sociedad abulense durante el siglo XVI. La Nobleza*, op. cit., p. 35.

²⁵⁴ Epílogo de la sucesión de los Bracamonte en España. Edición digital a partir del manuscrito conservado en el Archivo Histórico de la Diputación de Zamora, Peñaranda de Bracamonte, MIM, <http://www.fundaciongsr.es/penaranda>, p. 50.

²⁵⁵ Archivo Histórico Nacional, Consejos, 32281.

²⁵⁶ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 297.

gente y seis compañías de bisoños»²⁵⁷, quince compañías en total. Así nació el tercio de Cerdeña al mando del maestre de campo Gonzalo de Bracamonte. Y en su primera intervención tomaron las ciudades de Corte y Calvi, derrotaron a los rebeldes y pacificaron la isla, que continuó unida a Génova formando parte del engranaje defensivo de Felipe II en el Mediterráneo. Al año siguiente, en 1565, desembarcó en Malta para ayudar en la defensa de la isla a Jean Parisot de La Vallete²⁵⁸ permaneciendo allí durante algún tiempo al frente de la guarnición después de haber sido levantado el asedio de los turcos²⁵⁹.

En Malta, junto a Hernando de Toledo y Gonzalo de Bracamonte²⁶⁰, estuvieron otros muchos capitanes. Ahora estaban reunidos allí, en Lombardía, donde estaban acuarteladas sus tropas. Eran capitanes experimentados, famosos en toda Europa, en todo el Mediterráneo. Estando junto a ellos, Sancho Dávila pudo comprender claramente el valor de aquel ejército, la calidad de aquellos capitanes y la importancia y el valor estratégico de las acciones que los tercios habían realizado en los últimos tiempos. La tranquilidad lograda en el Mediterráneo con la pacificación de Córcega, la conquista del Peñón de Vélez, la victoria obtenida en Malta, la defensa y fortificación de La Goleta y la retirada momentánea de los turcos permitían al duque de Alba, nombrado de nuevo capitán general del rey, sacar de Italia los tercios viejos, sus mejores soldados, y conducirlos a Flandes.

4.3. EL CAMINO DE FLANDES

El día 27 de mayo de 1567, tras un mes de navegación a bordo de las galeras de Gian Andrea Doria, el duque de Alba desembarcó por fin en Génova procedente de Cartagena. Era ya un hombre viejo, a punto de cumplir los sesenta años, pero tras descansar algunos días para recuperarse de sus dolencias de gota, agravadas durante el viaje, se puso en camino y mandó que los soldados abandonaran sus acuartelamientos y empezaran a reunirse a los pies de los Alpes.

En Alessandria, cerca de Pavía, ultimó sus planes y sus preparativos de marcha. A Sancho Dávila le ratificó el nombramiento de capitán de su compañía de guardias, formada por cien lanzas y cincuenta arcabuceros²⁶¹. Allí mismo nombró maestre de campo general al conde italiano Chapín Vitelli,

²⁵⁷ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 298.

²⁵⁸ AGS, Estado, Sicilia, 1129/55.

²⁵⁹ AGS, Estado, Sicilia, 1130/56.

²⁶⁰ AGS, Estado, Sicilia, 1129/55.

²⁶¹ Relación de la caballería ligera y arcabuceros a caballo que llevó el duque de Alba de Italia a Flandes. CODONI, XXXI, p. 436.

que tantas veces había combatido a sus órdenes y tantas veces le había dado muestras de su capacidad, y le mandó que organizase la última muestra de su ejército en Italia, antes de la partida. Formaron en dicha muestra 3.230 soldados en diecinueve banderas del tercio de Nápoles, cuyo maestre de campo era don Alonso de Ulloa; 1.620 soldados en diez banderas del tercio de Sicilia, al mando de Julián Romero; 2.200 en diez banderas del tercio de Lombardía del maestre de campo don Sancho de Londoño; y 1.628 en 10 banderas del tercio de Cerdeña, reforzadas con cuatro compañías de soldados bisoños, mandados por el maestre de campo don Gonzalo de Bracamonte. En total, cuarenta y nueve compañías de cuatro tercios viejos, 8.628 soldados veteranos. Y además otros 1.200 soldados de caballería –1.000 lanceros españoles, italianos y albaneses y 200 arcabuceros españoles– cuyo general era don Hernando de Toledo²⁶², el prior de Castilla de la Orden de San Juan, el hijo natural del duque de Alba. Sumando criados, mujeres, vivanderos y servidores diversos del campamento y equipaje, habría que procurar provisiones para unas 16.000 personas y 3.000 caballos, una cifra bastante modesta en relación con otros ejércitos de la época que revela la determinación del duque de reducir al mínimo el número de acompañantes no combatientes²⁶³.

En el mes de junio se inició la marcha hacia el Norte. La ruta más lógica habría sido la de Francia, pero Carlos IX denegó el permiso de paso alegando que la presencia de un ejército español podría exacerbar la animadversión de los calvinistas y perturbar la inestable paz religiosa existente entonces en el país. La segunda posibilidad, navegar el curso del Rin con tranquilidad, fue desechada por la implacable hostilidad del calvinista conde palatino de Renania. Sólo quedaba, por tanto, la difícil opción de trazar una ruta a través de los territorios amigos o neutrales que se encontraban a lo largo de la frontera con Francia²⁶⁴.

Tras muchas deliberaciones se decidió dirigir las tropas por el Piamonte y el ducado de Saboya. A tal fin, Felipe II había solicitado al duque de Saboya que facilitara el paso de los tercios por aquellas tierras y, contando con su aquiescencia, en 1566 había enviado a un experto ingeniero, don Juan de Acuña Vela, para que estudiara las características geográficas del territorio con el fin de preparar el viaje con la mayor precisión posible. Juan de Acuña era hijo del que fuera virrey del Perú, el noble abulense Núñez Vela, y, como bien sabía Sancho Dávila, había estado a punto de ser juzgado por la Inquisición no hacía mucho tiempo por ciertos comentarios vertidos alegremente en un

²⁶² CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit.; MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 29r.

²⁶³ MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 235.

²⁶⁴ MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 236.

palacio de Ávila. Después había servido al rey en multitud de destinos. Ahora, para cumplir su cometido, Juan de Acuña recorrió Lombardía y Saboya para estudiar las condiciones y características de los caminos que pudieran seguir los soldados desde Génova hasta los Países Bajos. Se entrevistó con el duque de Alburquerque, gobernador de Milán, y con el duque de Saboya y habló con todos los mercaderes que decían haber venido recientemente por aquellos caminos desde el Norte en diferentes épocas del año. Él mismo recorrió montañas y valles, cruzó ríos y pasó puertos de montaña, visitó ciudades y aldeas. El resultado de todo ello fue recogido en un amplio y detallado informe, remitido al rey en diciembre de 1566, en que especificaba las características, las ventajas e inconvenientes de cada una de las tres rutas que podían seguirse para marchar hacia el Norte a través de los Alpes²⁶⁵.

El duque de Alba escogió el camino de Mont-Cenis e inmediatamente envió a un pintor, para que remitiera bocetos de los lugares de paso con el fin de facilitar el trazado de los planes de marcha, así como a varios ingenieros y a trescientos zapadores para construir puentes, acondicionar vados y transbordadores en los ríos y ensanchar los caminos. El propio duque se serviría después de un mapa preparado por don Fernando de Lanoy que le pareció tan preciso y tan valioso que lo consideró secreto militar durante algún tiempo y retrasó una década su publicación²⁶⁶. Y la marcha se organizó previamente con toda minuciosidad. Se previno el dinero necesario para contratar guías locales en cada región y para pagar los víveres y alojamientos que necesitaban los soldados, sus lacayos y sus mujeres e hijos y se fijaron las étapes, los depósitos de abastecimientos, establecidos a lo largo de toda la ruta, separados entre sí por una jornada de camino. Todo salió a la perfección.

Para evitar desórdenes y aglomeraciones en las étapes, se dividió el ejército en tres cuerpos, separados por una jornada de marcha: la vanguardia, dirigida por el propio duque de Alba, con quien marchaba Sancho Dávila como capitán de su guardia; el cuerpo central, bajo el mando de su hijo, don Hernando de Toledo; y la retaguardia, mandada por Chapín Vitelli. Todo se hizo con estricta disciplina. Y, como estaba previsto, el duque de Alba atravesó los Alpes con su ejército por Mont-Cenis, cruzó los estados del duque de Saboya y pasó cerca de Ginebra, que, temerosa, reclutó tropas para protegerse de posibles ataques, entró por el Franco Condado, del que Felipe II era señor natural, atravesó el ducado de Lorena, evitando las ciudades autónomas de Metz y Verdún, cruzó la frontera de los Países Bajos y, bordeando la frontera del norte de Francia, entró en Bruselas en los últimos días de agosto de 1567²⁶⁷.

²⁶⁵ AGS, Estado, 1208/53.

²⁶⁶ PARKER, Geoffrey. *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659*. Madrid: RBA, 1986, op. cit., p. 123.

²⁶⁷ PARKER, G. *El ejército..., op. cit., p. 100-101.*



Entrada del duque de Alba en Bruselas a finales de agosto de 1567 (*De leone Belgico...* l. 31).

La marcha había sido lenta, casi dos meses de camino, pero se habían cumplido los plazos y se habían controlado absolutamente los caminos, los alojamientos, los suministros y el comportamiento de los soldados. Desde la Antigüedad, ningún ejército había estado tan bien disciplinado, tan bien equipado ni, según los criterios de estética militar de la época, había parecido tan elegante²⁶⁸. En opinión de Brantome, aquellos veteranos españoles parecían todos príncipes y capitanes cuando marchaban hacia el Norte, tan impresionantes eran sus uniformes y sus petos dorados y estampados²⁶⁹. Fue todo un alarde de precisión militar que mantuvo expectante a toda Europa. El duque de Alba había abierto por primera vez lo que después, durante mucho tiempo, se conocería con el nombre de «el camino español».

²⁶⁸ MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 238

²⁶⁹ Citado en PARKER, Geoffrey. *El ejército...,* op. cit., p. 208, 209; PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 102.

4.4. BRUSELAS, LA REPRESIÓN

Llegaron los tercios a la frontera de los Países Bajos el día 8 de agosto de 1567 al mismo tiempo que llegaban y se unían a ellos 4.000 alemanes reclutados por el conde Alberico de Lodron. Con el fin de controlar el territorio, el duque de Alba distribuyó las tropas por lugares estratégicos cercanos a la capital de modo que pudieran agruparse rápidamente en caso de necesidad. El propio duque se aposentó en Bruselas, en una casa próxima al palacio real, y con él, en la misma ciudad y en sus inmediaciones, el tercio de Sicilia; en Amberes se asentó el regimiento del conde de Lodron; en Gante, el tercio de Nápoles; en Enghien, en el condado de Hainaut, el tercio de Cerdeña; en Leyre, en Brabante y Disten, el de Lombardía; y la caballería, cuyo capitán general, aunque no tuviera nombramiento oficial²⁷⁰, era el prior don Hernando de Toledo, en los alrededores de Diest, «en distancia de diez leguas de buen espacio para recibir las órdenes y darse la mano y juntarse en cualquier accidente»²⁷¹, con la misión de mantener la relación entre las compañías y los tercios de infantería y cubrir y proteger la frontera de los Países Bajos con Alemania. Sancho Dávila quedó en Bruselas, al lado del duque, como agente suyo y capitán de su guardia de celadas, alojada en una aldea a cinco leguas de la capital²⁷², para poner en ejecución sus órdenes directas²⁷³.

Don Fernando Álvarez de Toledo había conducido hasta los Países Bajos un ejército aguerrido y disciplinado, formado por soldados veteranos, perfectamente entrenado para la escaramuza, la sorpresa, el enfrentamiento en campo abierto y el asedio. La mayor parte de ellos habían sido campesinos y pastores o artesanos pobres reclutados en los campos y ciudades de la España interior, pero había también caballeros particulares, que se habían alistado como ventureros y servían con la esperanza de alcanzar en poco tiempo un ascenso en las compañías de los tercios. El duque de Alba se mostraba especialmente satisfecho del elevado número de soldados particulares, de caballeros voluntarios, que formaban

²⁷⁰ «[...] sólo se halla en los libros una orden que el duque dio a los contadores mandándoles que librasen a su hijo el sueldo de general de la caballería». *Carta de Luis de Requesens, 9 de abril de 1574*. AGS, Estado, 557.

²⁷¹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 392; MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 32v.

²⁷² Relación de alojamientos de la infantería y caballería, año 1567. CODONI, XXXI, p. 435.

²⁷³ MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. «Sancho Dávila en las campañas del duque de Alba en Flandes». *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. II, p. 105-142.

parte de aquel ejército y le gustaba ponderar sus virtudes tales como la formación, el orden, la disciplina, tan necesarias para conseguir la victoria en la batalla:

Gente de esta cualidad es la que da la victoria en las facciones y con la que el general pone en la gente la disciplina que conviene y en nuestra nación ninguna cosa conviene tanto que introducir caballeros y gente de bien en la infantería y no dejalla toda en poder de labradores y lacayos.²⁷⁴

Era un ejército profesional, preparado y dispuesto para ocupar el territorio, entrar en combate y sofocar la rebelión. Estaba mandado por capitanes intrépidos y experimentados, formados en las contiendas de Alemania, Italia, el Mediterráneo y África. Casi todos eran nobles. Había entre ellos miembros de la alta nobleza, generalmente segundos pertenecientes a familias nobles ligadas a la Corte, que se veían obligados a prestar servicio militar al rey no sólo por razones de honor y fidelidad sino también como necesidad de recorrer una etapa necesaria e incómoda de su camino en busca de favor regio para el futuro. Solían compaginar el desempeño de determinadas tareas como entretenidos cerca del general con el ejercicio de las funciones de mando en el ejército. Había también segundos de la mediana nobleza urbana, ligada tradicionalmente al ejercicio del poder municipal, y simples hidalgos. Se habían alistado tiempo atrás en busca de fama, de gloria y de fortuna y habían hecho de la milicia su modo de vida. Habían comenzado a servir como soldados rasos y, a base de tiempo y méritos de servicio, dando muestras constantes de valentía e inteligencia, también de oportunismo, lograron ir ascendiendo en la escala de mando de los tercios: cabo, sargento, alférez, capitán, maestre de campo..., y el ascenso en la escala de mando en el ejército iba acompañado de un ascenso paralelo en la escala social.

A finales de agosto el duque se estableció en Bruselas e inmediatamente visitó a la gobernadora, Margarita de Parma, la hermana del rey. Durante los momentos de pánico del año anterior Margarita de Parma había solicitado a Felipe II que fuera enviado un general experimentado al mando de un ejército aguerrido para controlar la situación, pero en los meses posteriores se había convencido de que dicha medida ya no era necesaria porque se habían sofocado los desórdenes y se había desactivado el peligro de rebelión. Ahora consideraba que la llegada de las tropas españolas, al fin y al cabo tropas extranjeras, era contraproducente y que podía poner en peligro todo intento de pacificación. E incluso podían entrometerse

²⁷⁴ Citado en PARKER, Geoffrey. *El ejército...*, op. cit., p. 77.

en sus funciones de gobernación. Oficialmente el duque de Alba iba a los Países Bajos

[...] con autoridad de lugarteniente y capitán general de la milicia en tierra y mar, con facultad de entrar en todas las plazas fuertes y castillos, quitar y poner alcaldes, gobernadores y capitanes a su voluntad, criar asistentes, presidentes y generales de todas las provincias, conocer de todas las causas tocantes y dependientes del levantamiento y rebelión con amplia comisión y poder para prender, castigar y confiscar los bienes de los rebeldes²⁷⁵.

Sería difícil delimitar hasta dónde llegaban sus competencias. Por eso la gobernadora, sospechando los conflictos que se avecinaban, había puesto la dimisión, que no fue aceptada por su hermano. Y cuando se produjo su entrevista con el duque denunció claramente que el acuartelamiento y la permanencia de las tropas sería una pesada carga económica para la población y que, en lugar de solucionarlos, agravaría los problemas existentes.

La ruptura definitiva se produjo tras la detención de los condes de Egmont y Horn, miembros ambos del Consejo de Estado. A comienzos de septiembre, el duque de Alba invitó a presentarse en su residencia a los personajes más ilustres de la alta nobleza flamenca con el pretexto de darles a conocer sus credenciales y aclarar sus funciones y sus competencias. Les recibió afablemente y la reunión duró algunas horas. Entre los invitados estaba el conde de Egmont, noble flamenco que había intervenido como negociador en el proceso de concertación del matrimonio del rey en Inglaterra y había representado por poderes a Felipe II en la boda con María Tudor, que se había convertido en héroe en San Quintín y Gravelinas al mando de las tropas de caballería y había participado activamente en la negociación de la paz con Francia. Un personaje de primera fila de la corte del rey. En el problema de los Países Bajos no formaba parte del grupo opositor a Felipe II, pero indudablemente sentía simpatía por los insurrectos y mantuvo relaciones con ellos, intentando conciliar su natural oposición a las medidas políticas dictadas desde Madrid, que consideraba ilegales, con su lealtad y fidelidad al rey y con su catolicismo. Cuando abandonaba el salón donde se había celebrado la reunión con el duque, inesperadamente Sancho Dávila, el capitán de la guardia, cumpliendo órdenes superiores, se acercó a él, le mandó detener y le conminó a que le entregara su espada. Cuentan que Egmont, sin querer creer aún lo que estaba sucediendo, se atrevió a formular ante Sancho Dávila una amarga queja llena de incredulidad: «No es posible quite el rey armas que tan bien le han servido; hízelas en su servicio gloriosas, y no

²⁷⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 362.

pensé mancharlas con trayción jamás»²⁷⁶.

No podía imaginar que Felipe II y el duque de Alba le habían considerado desde tiempo atrás una de las piezas clave de la conspiración de la nobleza flamenca. Y de nada le sirvió su alocución. La súbita aparición de un cuerpo armado de soldados españoles le hizo desistir de cualquier intento de resistencia.

Sancho Dávila arrestó, pues, a Egmont y otro tanto hizo el capitán Jerónimo de Salinas con el conde de Horn²⁷⁷, al que detuvo en el patio de palacio. Aquel mismo día fueron arrestados también el señor de Bakerzeel, secretario de Egmont; Lov, secretario de Horn, y el burgomaestre de Amberes, Antonio de Straleu, gran amigo de Orange y uno de los máximos responsables de los tumultos ocurridos en aquella ciudad. Aquel golpe audaz dejó paralizadas a las gentes y el duque de Alba creyó, sin lugar a dudas, que aquel era el modo ideal de restablecer la paz y garantizar la tranquilidad.

Inmediatamente el duque, en uso de sus competencias, procedió a instituir un tribunal especial que juzgase a los presuntos culpables de los desórdenes acaecidos en 1566, que habían motivado su venida. El nombre oficial de ese tribunal, cuya presidencia se atribuyó él a sí mismo, fue el de «Tribunal de los Tumultos», pero el pueblo le llamó «Tribunal de la Sangre» por el número de sus condenas y el extremado rigor de su proceder. La medida, como sabemos, tuvo para la causa del rey consecuencias negativas: no sólo no sirvió para aplacar a los miembros de la oposición protestante y autonomista, sino que exacerbó los ánimos de todos, también de los católicos, incitándoles a la revuelta y a la sublevación. La princesa Margarita de Parma, dolida por la posición humillante a la que el duque de Alba la había relegado, presentó de nuevo su dimisión a Felipe II, que ahora sí la aceptó sin vacilación alguna nombrando a don Fernando Álvarez de Toledo regente y gobernador general. La consecuencia inmediata no fue la pacificación, sino la guerra.

4.5. LA DERROTA DE LOS REBELDES

Guillermo de Orange, gobernador de Holanda, Zelanda, Utrecht y el Franco Condado y poseedor de extensas propiedades patrimoniales, más astuto e imaginativo que Egmont y Horn, cuando supo la llegada del duque de Alba, marchó del país con el pretexto de ir a visitar a sus parientes alemanes y excusó su asistencia a la reunión de Bruselas. Allí, en Alemania, él y su hermano, Luis de Nassau, decidieron organizar la resistencia

²⁷⁶ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 29.

²⁷⁷ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 393; MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 34.

e iniciar la rebelión armada y comenzaron a reclutar tropas con el fin de expulsar de los Países Bajos a las tropas españolas.

Con esfuerzo, lentamente, lograron formar en sus estados de Dillenbourg un pequeño ejército al que se fueron incorporando muchos exiliados de las provincias que habían huido por miedo al Tribunal, algunos calvinistas franceses y los tres mil hombres de infantería y la caballería alemana despedidos por el rey de Francia tras los acuerdos de paz firmados con los hugonotes. Al llegar la primavera de 1568, habían logrado reunir fuerzas mucho más numerosas que las del duque de Alba y juzgaron que había llegado el momento de enfrentarse a los españoles. Su plan de ataque se basaba en el intento de obligar al duque a combatir en dos frentes. Un ejército al mando de Orange entraría en los Países Bajos por el Sur, por Limburgo, cerca de Maastricht, y avanzaría hacia el Oeste para unirse a un importante contingente de hugonotes que se estaba reclutando en Francia. Un segundo ejército, mandado por Luis de Nassau, entraría simultáneamente por el Norte, por Groninga y Friesland. Difícilmente podría el duque de Alba hacer frente a ese ataque concertado. Máxime, si como esperaba Guillermo de Orange, en el momento en que entraran sus ejércitos, la población se movilizaba a su favor y se rebelaba contra el duque.

Pero Guillermo de Orange no tenía la experiencia militar del duque de Alba ni sus conocimientos en el desarrollo de la guerra. Y las cosas no sucedieron como las había planificado. No tuvo suficiente paciencia y no supo o no pudo coordinar el ataque simultáneo de los dos ejércitos. Y la invasión no se produjo. No hubo apoyo desde el mar y quedó frustrado, antes de iniciarse, el intento de penetración de bandas de voluntarios hugonotes desde Francia. En cuanto a las tropas procedentes de Alemania que entraban por Limburgo, el duque de Alba, que ya había mandado revisar y pertrechar adecuadamente las fortificaciones de las ciudades más importantes, envió a Sancho Dávila con la compañía de lanzas de su guardia y la de caballos albaneses de Nicolao Basta, al conde de Ebestain con trescientos alemanes y a Sancho de Londoño, con varias compañías de su tercio, camino de Maastricht para detenerlas en la frontera y defender los pasos del río Mosa²⁷⁸.

²⁷⁸ Carta del maestre de campo Sancho de Londoño al duque de Alburquerque, fecha en Roermonde a 26 de abril de 1568. ACS, Estado, 538. CODOIN, XXX, p. 438; MEDDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 40-40v; BERTIVOGLIO, Guido. *Las Guerras de Flandes; desde la muerte del emperador Carlos V hasta la conclusión de la tregua de los doce años*. Amberes: Por Geronymo Verdussen, 1687, p. 62.

Cuando los soldados del duque llegaron a Maastricht, el ejército de invasión procedente de Alemania había iniciado ya una larga maniobra de retirada por Esten y Roermond para dirigirse a posiciones más seguras hacia el Norte llegando a Dalheim, en el condado de Cleves. Hasta allí fue seguido por Sancho Dávila y Sancho de Londoño, que, demostrando su experiencia y su preparación estratégica, le infligieron una severa derrota¹⁷⁹. Había fracasado la ofensiva por el Sur: los españoles habían perdido veinte hombres; los rebeldes tres mil. Era la primera victoria de las tropas españolas en Flandes. Y Sancho Dávila mereció por su actuación la felicitación personal de Felipe II:

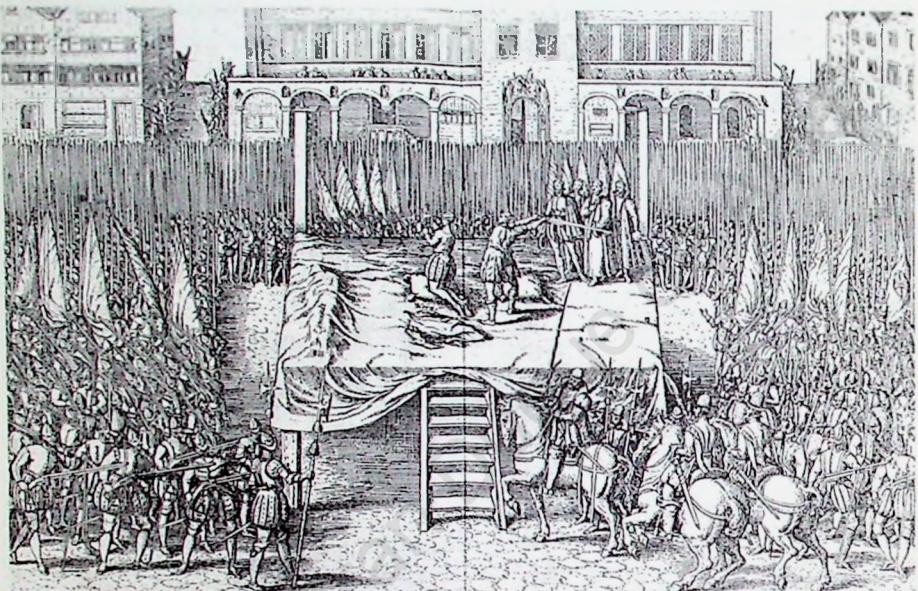
Capitán Sancho Dávila, nuestro castellano de Pavía, muchos días a que tengo particular noticia de vuestra persona y servicios; más el que últimamente me habéis hecho en la rotá de las compañías que entraron en esos estados y lo que el duque de Alba me escribe de vos me ha sido tan agradable que he querido significarlo y agradeceroslo por esta para que sepáis que lo tendré en memoria para haceros favor y merced en las ocasiones que se ofrecieren, según que os lo dirá más largo el duque, a quien me remito. De Aranjuez, a veintidós de mayo de mil y quinientos sesenta y ocho²⁸⁰.

Pero el duque de Alba apenas pudo, sin embargo, sacar provecho de la victoria. Unos días después, a comienzos de junio de 1568, los condes de Egmont y Horn y otras personalidades de Flandes, acusados de delitos de lesa majestad, fueron condenados a muerte y, traídos desde el castillo de Gante, donde habían estado presos, fueron ejecutados en la plaza Soblon de Bruselas en presencia del pueblo indignado de tanto rigor y deseoso de venganza. La ejecución produjo un escalofrío de horror en toda Europa. En los Países Bajos aumentaron, como consecuencia, los partidarios de Guillermo de Orange y la rebelión triunfó en Frisia. Con la ayuda de los rebeldes, Luis de Nassau, que había llegado allí meses antes con sus tropas, diez mil soldados de infantería y tres mil caballos, logró en Heiligerlee una inesperada victoria sobre el ejército del duque, mandado por el conde de Arenberg, estatúder de Groninga, leal al rey. El triunfo de los rebeldes fue achacado a los pantanos, al barro, al lodo y a los fosos, que dificultaban las operaciones, pero sobre todo a la precipitación y la imprudencia de los soldados del tercio de Cerdeña, mandados por Gonzalo de Bracamonte, que empujaron al ataque a las tropas flamencas del estatúder

¹⁷⁹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 416-417; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 127-128; MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 42-43v.

²⁸⁰ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 418; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 128-129; DÁVILA Y SAN-VITORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 29.

sin esperar los refuerzos previstos y sin tener asegurada su posición. La derrota de Arenberg, que murió en el combate, vino a contrarrestar el éxito conseguido por las tropas españolas en Dalheim.



Ajusticiamiento de Egmont y Horn (*De leone Belgico...*, l. 40).

Para remediar la situación, el duque de Alba salió de Bruselas y marchó hacia el Norte con su ejército. La marcha fue una nueva demostración de disciplina y organización. Quince mil hombres, entre españoles, flamencos y alemanes, recorrieron más de setenta millas y atravesaron tres grandes ríos –el Rin, el Mosa y el Isel– en menos de una semana. A mediados de julio los tercios estaban reunidos en Over-Isel y el duque dio la orden de atacar de nuevo a los rebeldes.

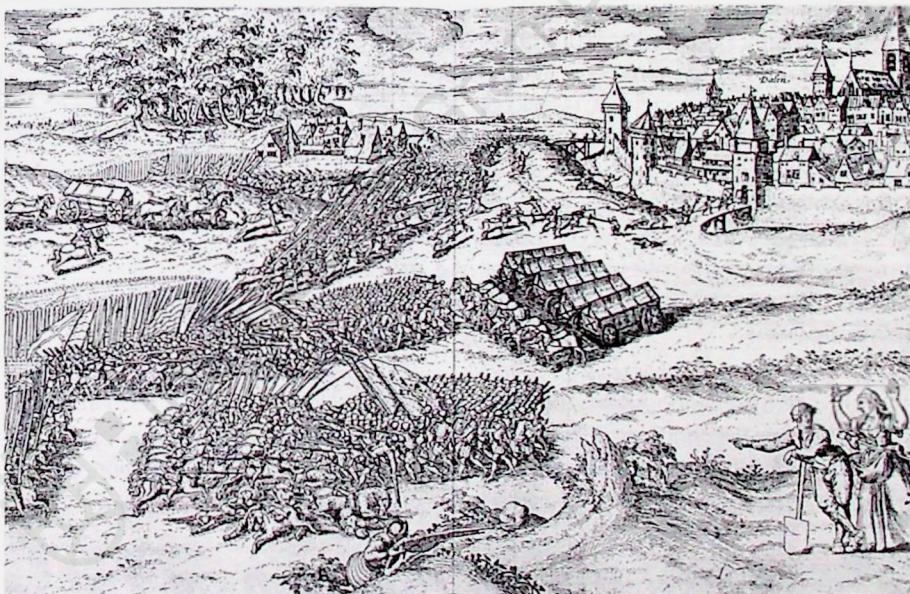
Sancho Dávila, con trescientos arcabuceros a caballo y quinientos de infantería, marchaba en vanguardia del ejército español y le seguían Julián Romero y Sancho de Londoño, cada uno con quinientos arcabuceros y trescientos mosqueteros. Escaramuza tras escaramuza, entre esclusas y canales, fueron persiguiendo al ejército de Luis de Nassau hasta que lo acorralaron en Jemmingen, en posición desventajosa, entre el estuario del río Ems y la ensenada de Dollard, donde las tropas del duque le infringieron una terrible derrota²⁸¹. Era el día 21 de julio de 1568. Al igual que en los anteriores

²⁸¹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 424; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 129-133; BERTIVOGLIO, Guido. *Las Guerras de Flandes...*, op. cit., p. 71-72.

combates, no se dio cuartel al enemigo. Los soldados españoles combatieron con denuedo, «con tanta furia que se pobló la campaña de muertos, picas y arcabuces, que no había por donde pasar atrás ni adelante», los rebeldes tuvieron que optar entre morir luchando o tratar de cruzar a nado el Ems y pocos sobrevivieron²⁸², «de manera que se tiene por cierto –según relación del propio duque– que pasaron de siete mil los muertos a cuchillo y los ahogados» y que se tomaron dieciséis piezas de artillería enemiga y veinte banderas²⁸³.

Al día siguiente el duque, orgulloso de su ejército, informaba al rey sobre el comportamiento de sus hombres y el valor de sus capitanes:

Muchos son los que han servido a S. Md. en esta jornada y han puesto sus personas donde las debían poner gente tan honrada como ellos son; y, aunque los soldados han hecho milagros, como lo harán siempre que tengan buen gobierno, esta victoria han dado a V. Md. los particulares hombres que en ellos se hallaron. Y, destos todos, los que más particularmente se han señalado han sido Sancho de Ávila, Joan de Espuche, Salazar y los maestres de campo Julián y Sancho de Londoño.



Batalla de Dalheim (*De leone Belgico...*, l. 42).

²⁸² PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 108.

²⁸³ Relación de lo subcedido en Yemecon, 21 de julio de 1568. AGS, Estado, 538. CODOIN, p. XXXI, 23; MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 279.

Entre todos, destacaba a Sancho Dávila y al capitán Lope Figueroa,

[...] al cual no hay soldado en todo el campo que al día de hoy no le tenga envia-
dia, porque a una voz dirán todos que fue el que rompió los enemigos, llegando delan-
te solos él y Sancho de Ávila, que estaban en la vanguardia de toda la gente²⁸⁴.

Había sido, sin duda, un gran triunfo. En la práctica, venía a sellar el fra-
caso en los Países Bajos de la oposición al duque de Alba.

El desastre no amilanó, sin embargo, a Guillermo de Orange. Buscó
ayuda del emperador, de los príncipes alemanes y de Isabel de Inglaterra y
entró en relaciones con los hugonotes franceses. Con la colaboración de
estos llegó a formar de nuevo un ejército formidable, de 18.000 infantes y
7.000 caballos, con el que cruzó el Mosa a comienzos de octubre y avanzó por
la llanura de Brabante. Para hacerle frente, el duque de Alba llegó a las proxi-
midades de Maastricht con un ejército de 16.000 soldados, incluidas las milicias
de Flandes, puesto bajo las órdenes de su hijo Fadrique de Toledo, que acaba-
ba de llegar de Italia. Salieron al encuentro del ejército de Guillermo de Orange
y, hostigándole hábilmente con un sínfín de escaramuzas, en una de las cuales
fue herido Sancho Dávila en un muslo de un alabardazo²⁸⁵, hicieron fracasar una
y otra vez sus planes estratégicos obligándole a buscar y atrincherar un campa-
mento distinto cada noche. Cuando por fin se encontraron frente a frente, el ejér-
cito del duque consiguió aislar la retaguardia del ejército enemigo acabando por
desbaratarla. El príncipe de Orange, desmoralizado, se internó en Francia, licen-
ció sus tropas y se retiró a Alemania. La rebelión parecía derrotada.

El duque, arrogante, hizo en Bruselas una entrada triunfal. Después mandó
que se erigiera en Amberes, en su honor, una estatua hecha con el metal fun-
dido de los cañones capturados en Jemmingen. En ella podía leerse la siguien-
te inscripción:

Don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, gobernador de Flandes por
don Felipe Segundo, rey de las Españas, fidelísimo ministro del muy buen rey. La heri-
gó porque extinguió la sedición, expelió a los rebeldes, cuydó de la Religión, adelan-
tó la Justicia y, desta suerte, aseguró la paz en las provincias²⁸⁶.

²⁸⁴ Carta del duque de Alba a Su Magestad, en Jemmingen, 22 de julio de 1568. AGS, Estado, 539. CODOIN, XXX, p. 433.

²⁸⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. I, p. 440; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 135-136.

²⁸⁶ PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 109. Tomamos la inscrip-
ción de DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 60.



5. EL CASTELLANO DE AMBERES



Institución Gran Duque de Alba

Hubiera sido, sin duda, el momento idóneo para llevar a cabo la segunda parte del plan diseñado en el otoño de 1566 en la corte de Madrid. El duque de Alba había sofocado la revuelta y había derrotado a los rebeldes en los campos de batalla; parecía, pues, llegada la hora de que el rey se trasladara a los Países Bajos con medidas de gracia que procuraran la pacificación. Pero aquel año, el de 1568, había sido en términos globales un mal año para el rey. Había muerto su hijo, el príncipe don Carlos, el sucesor de la Corona; había muerto también su tercera esposa, la reina Isabel de Valois; el monarca empezaba a estar preocupado por la falta de un heredero varón y se había iniciado en Las Alpujarras la rebelión de los moriscos. Eran todos ellos problemas graves, tan acuciantes o más que el de los Países Bajos. Es comprensible, pues, que Felipe II se sintiera agobiado por las circunstancias. Por eso, aunque hubiera estado dispuesto alguna vez a visitar aquellas tierras, lo que no es seguro, no parecía aquel el momento más adecuado para ello y los problemas citados le retuvieron en Madrid. Y, en consecuencia, el duque de Alba hubo de permanecer en los Países Bajos más tiempo de lo esperado.

Por desgracia, la situación planteada por la ausencia del rey impidió obtener los frutos deseados de la victoria militar. Y, paradójicamente, el éxito de las armas, en vez de ser la solución, se convirtió en un problema, como había pronosticado la gobernadora Margarita de Parma. Al menos, en política exterior. La permanencia del duque de Alba y de sus tropas en los Países Bajos por tiempo indefinido llegó a generar tanta o más inquietud que la que había provocado su llegada: por motivos diferentes, Inglaterra, Francia y el Imperio alemán vieron amenazada su estabilidad y empezaron a dar muestras de desasosiego.

Era un nuevo reto para el duque, que hubo de recurrir a sus experiencias y conocimientos de otros tiempos y sacar a la luz sus innegables dotes de diplomático, tantas veces demostradas en ocasiones anteriores. No podía permitir que nada viniera a perturbar aquel estado de apaciguamiento inestable

conseguido tras la victoria militar. Estaba demasiado alejado de las tierras españolas e italianas, donde se encontraban las bases de su poder, y, en circunstancias tan adversas, se propuso ante todo evitar las provocaciones provenientes del exterior, rehusar cualquier invitación a intervenir en los problemas políticos y religiosos de Francia e Inglaterra, tan complejos, y mantener abiertas las rutas hacia España por el canal de La Mancha y hacia Italia por el ya llamado «camino español» a través de los Alpes. No era tarea fácil. Pero supo maniobrar con habilidad, combinando la firmeza, la delicadeza y la moderación. Y logró mantener la paz hasta 1572. Aquellos años fueron para Sancho Dávila tiempo de relativo sosiego y de cierta tranquilidad y parecía haber llegado para él el momento del reconocimiento de sus méritos pasados.

5.1. LA CIUDADELA DE AMBERES

Tras la victoria de 1568, el duque de Alba licenció parte de sus tropas, pero decidió mantener en los Países Bajos un ejército permanente formado por 3.000 soldados valones y 4.000 españoles repartidos en las guarniciones, castillos y fuertes de las ciudades de frontera, además de los 4.000 infantes españoles y 500 soldados de caballería ligera acuartelados en las cercanías de Bruselas en calidad de reserva estratégica. Un ejército de más de 11.000 soldados dirigido por su hijo Fadrique de Toledo.

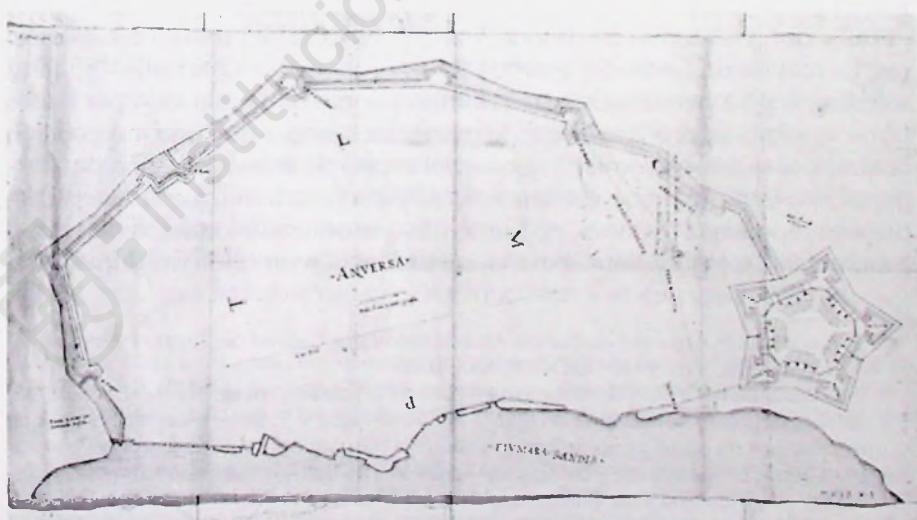
Para asegurar su dominio sobre el territorio, una buena parte de aquellas tropas quedaron asentadas como guarnición militar en los castillos o ciudadelas que el propio duque había mandado construir en Amberes, Valenciennes, Flesinga, Amsterdan, Maastricht y otras ciudades en que se habían producido los tumultos y revueltas que provocaron su venida. Al frente de cada una de ellas decidió poner a algunos de sus más destacados capitanes: al viejo soldado Julián Romero, maestre de campo del tercio de Sicilia, en Hedin; al capitán Jerónimo de Salinas, en Gante; y a Sancho Dávila, el castellano de Pavía, que tanto se había distinguido en Dalheim y en Jemmingen y que había dirigido un sinfín de escaramuzas, lo nombró de forma interina castellano de la ciudadela de Amberes²⁸⁷.

La ciudadela de Amberes se había comenzado a construir en 1567, poco tiempo después de haber llegado a los Países Bajos las tropas españolas²⁸⁸.

²⁸⁷ Sumaria relación de lo que contienen las consultas y pareceres que el duque de Alba ha enviado sobre la provisión de los gobiernos y bandas de Flandes, encomiendas, feudos y mercedes, fecha a último de enero de 1569. AGS, Estado, 540. CODOIN, XXX, p. 436.

²⁸⁸ En la descripción de la fortaleza seguimos básicamente a Maltby en MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 250.

Se levantaba en la ribera del Scalda, en la margen derecha del río, del que le separaba un pequeño dique provisto de una esclusa que posibilitaba que el agua entrara en los fosos. Incorporada a la muralla de la ciudad, pero sin confundirse con ella, entre las puertas de Kronenburg y Saint Joris, era una gran estructura pentagonal dotada de un poderoso baluarte en cada uno de sus vértices. Cuatro de dichos baluartes recibieron, en honor del duque, los nombres de «Duque», «Fernando», «Toledo» y «Alba» y el quinto se llamó «Paciotto», por el nombre del arquitecto italiano que la diseñó e inició su construcción. Sus murallas se inclinaban hacia al interior a partir del foso en un ángulo de aproximadamente treinta grados desde la perpendicular y estaban coronadas con parapetos redondeados dotados de aspilleras abiertas en la parte superior. La entrada principal, de estilo clásico, se encontraba frente a la ciudad. Al franquear sus puertas, el visitante se encontraba ante las bocas de una batería de artillería. Y en el interior, una pequeña ciudad dentro de la ciudad, capaz de albergar a ochocientos soldados y a sus familias. En el centro estaba la plaza de armas; a su izquierda, una iglesia y, a la derecha, una sólida construcción de ladrillo que servía como cuartel general; en los otros lados, adosados a muros de tierra, recubiertos en el exterior con ladrillo y piedra, se encontraban los barracones, organizados en doble fila y en número suficiente para poder cobijar a toda la guarnición. Cuando estuvo concluida, aquella ciudadelas se convirtió en una fortaleza monumental.



La ciudadel de Amberes (Domenico da Fano).

Era el orgullo del duque, la expresión de su poder, la expresión del poder del rey de España en una de las ciudades más ricas de Europa. Había estado en sus inicios bajo el mando de don Fadrique de Toledo y para sustituir a este, nombrado capitán general del ejército, el duque de Alba en enero de 1569 designó castellano a Sancho Dávila, su hombre de confianza, aquel que a lo largo de su carrera había dado tantas muestras de valor y de fidelidad, aquel de quien diría poco después tener «tan larga experiencia de haberle visto combatir un millón de veces y hecho tan buenas facciones cuanto ningún soldado de nuestra nación que hoy sea vivo»²⁸⁹.

Sin duda, el duque de Alba apreciaba sinceramente a Sancho Dávila, valoraba sus cualidades y parecía siempre dispuesto a recompensar sus servicios, su abnegación y sus demostraciones de valor. La entrega de la ciudadela de Amberes era una prueba de ello. Incluso podría interpretarse aquella merced como compensación al olvido que parecía cernirse en la corte de Madrid sobre las prometedoras palabras que le había dirigido el rey en mayo de 1568 tras el glorioso comportamiento de Sancho Dávila en la batalla de Dalheim: «que sepáis que lo tendré en memoria para haceros favor y merced en las ocasiones que se ofrecieren».

Tal vez. Aquel nombramiento, sin duda, era un honor. Y como tal lo recibió Sancho Dávila. Tuvo que pagar a cambio el alto precio sentimental que suponía para él abandonar Bruselas y alejarse físicamente del círculo de amigos y compañeros con quienes había vivido hasta entonces, con quienes había compartido experiencias, aventuras y confidencias, alegrías y tristezas: el propio duque, su hijo don Fadrique, el secretario Juan de Albornoz, el prior don Hernando de Toledo y tantos otros capitanes del ejército del rey. En más de una ocasión, estando ya en Amberes, se sintió solo²⁹⁰ y, en su soledad, llegó a pensar que aquel nombramiento, tan codiciado por tantos otros, era más un servicio que se le mandaba cumplir que una merced con la que se le quisiera premiar²⁹¹. Cosas del estado de ánimo, cuestión de interpretación. Es posible que ese sentimiento de soledad, del que se queja después en repetidas ocasiones, no fuera más que una manifestación del miedo a enfrentarse solo y en tierra extraña, sin la directa protección del duque, a su

²⁸⁹ Capítulo de carta del duque de Alba al secretario Gabriel de Zayas, 7 de junio de 1571. AGS, Estado, 546, 118. CODOIN, XXX, p. 451.

²⁹⁰ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 1 de febrero de 1569. ADA, C33/28.

²⁹¹ «[...] entiendo –decía Sancho Dávila al duque– que V. E. debe estar satisfecho, que lo que fuere por mi parte y entendiese, no faltaré a travasar como lo devo por las muchas mercedes que V. E. siempre me a hecho y me hará y así no trato de autoridad ni preminencias, que en este cargo querría y me parece conviene, ni si es buena vida o mala ser alcaide, sino en todo remitirme a la voluntad y orden de V. E.». Sancho Dávila al duque de Alba, en Amberes, 6 de febrero de 1569. ADA, C33/32.

propia responsabilidad, al ejercicio de su propio poder; es posible también que tuviera razón en sus apreciaciones y que se le hubiera designado a él para hacer aquel servicio sólo y exclusivamente porque era la persona en quien más podía confiar el duque; es posible, pues, que aquello no fuera una merced ni significara siquiera un reconocimiento expreso de sus méritos; en cualquier caso, de lo que no cabe duda es de que, como ocurría siempre, Sancho Dávila comenzó a ejercer su nuevo oficio con entusiasmo.

En realidad, era aquel un oficio comprometido, no exento de problemas de orden político y material difíciles de solucionar. En enero de 1569, cuando Sancho Dávila tomó posesión de su nuevo cargo, el castillo estaba aún a medio hacer y parecía necesario concluirlo con urgencia no sólo para «poder vivir con algún sosiego» en él sino, sobre todo, para evitar que se derrumbara lo ya construido porque, según Sancho, estaba levantado sobre un terreno tan malo que «el agua lo deshaze y el viento se lo lleva»²⁹². Y, a pesar de «ver una máquina de hobra tan grande como ay que hacen» y tomar conciencia de ello, no estaba él dispuesto a que aquella edificación monumental se quedara sin concluir o a que lo construido se cayera durante su mandato o se arruinara «mucho de lo que ia se a hecho en tiempo de otros»²⁹³. Por eso trabajó con denuedo. Y, a pesar de las dificultades a las que hubo de hacer frente, logró dar tal impulso a las obras de construcción que a comienzos de abril ya veía la posibilidad de colocar en el centro de la plaza de armas aquella denostada estatua, de dudoso gusto, con la que el duque de Alba pretendía eternizar la memoria de su triunfo. Así se lo comunicaba con orgullo a don Hernando de Toledo, el gran prior de Castilla de la Orden de San Juan: «La statua que se a de poner aquí, en la ciudadel, del duque, mi señor, dizen que a salido la mexor cosa del mundo y para Pasqua, con la ayuda de Dios, la pondremos aquí»²⁹⁴.

Y, mientras tanto, se avanzaba rápidamente en la construcción de la iglesia, la casa principal, los parapetos del foso, los baluartes con los escudos del rey y del duque²⁹⁵, las pilastras de los puentes, las puertas, el molino, los alojamientos de la tropa y la pieza que había de servir como hospital. Se instalaron las piezas de artillería, se acopieron vituallas, muebles, ropa, leña, mantenimientos, pólvora y municiones y se trabajó en el asentamiento de artilleros, oficiales y soldados, a quienes se les señaló oficios y funciones y se les asignó soldada.

²⁹² Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 1 de febrero de 1569. ADA, C33/28.

²⁹³ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 6 de febrero de 1569. ADA, C33/31.

²⁹⁴ Sancho Dávila a don Hernando de Toledo, en la ciudadel de Amberes, 5 de abril de 1569. ADA, C33/42.

²⁹⁵ «[...] los baluartes ban ya altos, abiéndose de poner en ellos las armas de S. M. y las del duque, mi señor, y en la parte principal será menester que diga adónde se quiere se pongan y cómo, porque an de ser de piedra [...].» Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en la ciudadel de Amberes, 21 de abril de 1569. ADA, C33/47.

No fue tarea fácil. Para concluir la construcción de aquella ciudadela y ponerla en funcionamiento se necesitaba dinero, mucho dinero, y el dinero sólo podía venir del rey o de la ciudad de Amberes para cuya protección, según la explicación oficial, se estaba construyendo. Pero el dinero del rey empezaba a escasear y pretender obtenerlo de los burgueses de Amberes era para Sancho Dávila una quimera porque su nombramiento llevaba aparejada una rémora que lastraba gravemente la capacidad de decisión del castellano: su condición de interinidad.

Los naturales del país, tanto los rebeldes como los partidarios de la causa del rey, tanto los protestantes como los católicos, se oponían radicalmente al hecho de que los cargos de responsabilidad política o militar de sus provincias y ciudades fueran ocupados por extranjeros. Ese había sido uno de los problemas de fondo a que había tenido que enfrentarse el duque de Alba desde el momento mismo de su llegada. Y el gobierno de Madrid lo sabía. Por eso, cuando el duque pidió la confirmación del nombramiento de Sancho Dávila como castellano de Amberes, la respuesta fue decepcionante para él: el rey apoyaba el nombramiento interino y mandaba que Sancho siguiera desempeñando las funciones de castellano, pero denegaba la confirmación pedida. Sancho Dávila no tenía, pues, nombramiento oficial y carecía de documento alguno que explicitara sus competencias y avalara su autoridad.

Con tales condicionamientos es verdad que el desempeño de aquel cargo se parecía mucho más a un servicio que se le mandaba prestar que a una merced con la que se quisieran premiar sus méritos de soldado. Carecía de autoridad para imponer en la ciudad algún tipo de contribución fiscal con que obtener el dinero que necesitaba para las obras, «los burgomaestres y xente de la villa»²⁹⁶ le ignoraban y no tenía, según él mismo confesaba, capacidad de negociación con ellos ni paciencia para aguantar sus desdene. Y eso, durante mucho tiempo, fue para el castellano de Amberes un verdadero tormento: se sentía aislado y desamparado y constantemente debía acudir al duque o a su secretario, Juan de Alboroz, y remitir «un mundo de memorias y memoriales de cosas»²⁹⁷ solicitando órdenes, consejos, ayudas e instrucciones. Y los problemas se agravaron por el empeño del duque en imponer en los Países Bajos el impuesto de la alcabala, una contribución permanente que tanto podía perjudicar a los comerciantes de Amberes.

Pero, a pesar de las dificultades, la ciudadela se concluyó. Cuando estuvo guarneída de hombres y de armas llegó a ser, al menos aparentemente, una fortaleza inexpugnable y su alcaide, Sancho Dávila, se convirtió a partir de entonces en uno de los soldados más destacados del rey, en uno de los capitanes más

²⁹⁶ Sancho Dávila a Juan de Alboroz, en Amberes, 4 de febrero de 1569. ADA, C33/28.

²⁹⁷ Sancho Dávila a Juan de Alboroz, en Amberes, 3 de febrero de 1569. ADA, C33/28.

importantes y significados del ejército español. Parecían haber llegado para él tiempos de reconocimiento y de sosiego, en palabras del propio duque, tiempos de «descanso de sus trabajos y sudores y muy mucha sangre derramada»²⁹⁸.

Sancho Dávila parecía ver colmadas de momento, como pensaba el duque, todas sus ambiciones en la carrera militar. Pero tal vez hubiera llegado ya el tiempo de iniciar y llevar a efecto nuevos proyectos vilales.

5.2. ¿Y POR QUÉ NO UN HÁBITO DE SANTIAGO?

A sus 46 años Sancho Dávila se había convertido, en efecto, en un hombre importante. Su actuación en la guerra, su fama creciente, su prestigio y su posición al lado del todopoderoso duque le permitieron conocer y relacionarse con muchas de las familias españolas establecidas desde años atrás en los Países Bajos, la mayor parte de las cuales había logrado enriquecerse con el comercio de exportación de la lana castellana. Casi todas eran burgalesas. Con el paso del tiempo se habían ido desarrollando entre ellas formas de asociación y relación que las unían, protegían y hacían fuertes para sobreponerse a la disgregación social a que les abocaba su condición de extranjeras²⁹⁹. Y en aquellos momentos de aparente tranquilidad Sancho tuvo ocasión de frecuentar la casa de Alonso López Gallo, coronel del ejército del rey nacido en Flandes, su compañero de armas, hijo del comerciante burgalés Juan López Gallo y de Catalina Pardo, hija a su vez de Silvestre Pardo, también comerciante burgalés que se había asentado y establecido en Brujas hacia ya muchos años.

Juan López Gallo, el padre del coronel, era banquero y agente comercial y en varias ocasiones había realizado misiones diplomáticas para Felipe II. Se había enriquecido en los años cincuenta con la práctica del comercio hasta el punto de que en 1558 compró en Brujas, en Hoogstraat, la casa llamada «Zeven Toren», una magnífica construcción del siglo XIV, así como la jurisdicción de la villa de Male, sobre la que el rey le concedió el título de barón en 1560, año en que compró también la villa de Viven. Era un hombre acaudillado, de gran influencia en Flandes, que, por su solvencia económica, su prestigio y su prosperidad, llegó a formar parte de la «Gilde des Archers de Saint Sébastien», importante corporación de comerciantes de Brujas³⁰⁰. Y con una de sus hijas, con Catalina Gallo, se casó Sancho Dávila, previa licencia del duque, en el verano de 1569.

²⁹⁸ Ídem.

²⁹⁹ CAUNEDO DEL POTRO, B. y SÁNCHEZ MARTÍN, M. «Menores y huérfanos en la comunidad castellana de Brujas. Una primera aproximación a su estudio». *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval, t. 11 (1998), p. 40.

³⁰⁰ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 349-350.



Retrato de Catalina Gallo, esposa de Sancho Dávila (Anónimo).

Parecía sonreírle la fortuna. Era un renombrado capitán del rey, que tenía bajo su mando la guarnición del castillo de una de las ciudades más ricas de Europa, y su matrimonio con Catalina le había llevado a emparentar con una hacienda familia de comerciantes y banqueros burgaleses asentados en Brujas desde tiempo atrás y rodeados de prestigio. Parecía llegado el momento de aspirar a que se le premiaran sus méritos militares con otro tipo de mercedes. Se trataba de lograr, no ya una distinción o un beneficio de carácter particular, tal vez económico, que posiblemente no era ya lo que más necesitaba, sino la exaltación, la promoción nobiliaria de su propio linaje. Para un hidalgos castellano que acababa de fundar una familia y pensaba, por tanto, tener descendencia, el reconocimiento social del linaje pasaba a ser un objetivo prioritario si quería que se le reconociera a él y, sobre todo, a sus hijos una posición de preeminencia en la sociedad española del siglo XVI, cada vez más estratificada.

En sus circunstancias, el medio idóneo para lograrlo era intentar que el rey le concediera la merced del hábito de una orden de caballería. Semejante distinción la habían conseguido antes que él muchos de sus compañeros de armas: don Hernando de Toledo, el hijo bastardo del duque de Alba, que, como ya hemos dicho, llegó a ser gran prior de Castilla de la Orden de San Juan; Julián Romero, que lucía en su pecho la cruz de Santiago; Sancho de Londoño; Gonzalo de Bracamonte; Bernardino de Mendoza y otros muchos con quienes había compartido esfuerzos y sentimientos y con quienes había protagonizado acciones singulares en los campos de batalla.

No era, de hecho, nada extraño que los militares pidieran tal merced ni que el rey se la concediera si los juzgaba merecedores de ella. Pertenecer a una orden militar era un signo ostensible de nobleza y, especialmente, de pureza de sangre, un valor en alza en el reinado de Felipe II. Para el linaje del caballero venía a ser, al menos, un signo de distinción, el orgullo de pertenecer a un grupo selecto de la nobleza. Por eso lo buscaba Sancho Dávila. Y, entre todas las órdenes militares, anhelaba el hábito de la Orden de Santiago, la Orden en que se había integrado a finales del siglo XII la hermandad de los caballeros de Ávila¹⁰¹, la Orden más ligada al espíritu militar, creada en la Edad Media *pro dilatanda Christi fide contra crucis eius inimicos*¹⁰². Para propagar y defender la fe de Cristo. Al fin y al cabo, ¿qué hacía él en los Países Bajos más que luchar por su rey y por la defensa de su fe? Y se lo solicitó al rey.

¹⁰¹ MOTA, Diego de la. A.L.C.R.M. del rey don Felipe III. *Libro del Principio de la Orden de la Caballería de S. Tiago del Espada y una declaración de la regla y tres votos substanciales de religión y la fundación del convento de Uclés*. Valencia: [s. n.], 1599, p. 52-55.

¹⁰² JIMÉNEZ DUQUE, Baldomero. *La Escuela Sacerdotal...*, op. cit., p. 16.

El duque de Alba abogó por él, porque, como había comentado a Felipe II, estaba convencido de que era «uno de los hombres de más servicio de cuantos tiene en sus Estados»³⁰³.

Y el rey accedió a concederle la merced, a pesar de que en aquellos años estaba intentando llevar a cabo una política restrictiva en relación con la concesión de tales hábitos según consta en una minuta de carta escrita por Felipe II al duque de Alba en la ciudad de Talavera en 22 de enero de 1570:

Habido respeto a los servicios de Sancho de Ávila y a vuestra intercesión, he tenido por bien de le dar el hábito de Santiago, como me lo pedís, aunque estaba puesto en cerrar la puerta a estos hábitos por algunos días³⁰⁴.

El duque de Alba respondió al rey transmitiendo el agradecimiento de su capitán –«Sancho de Ávila agradece el hábito que se le ha dado [...]»– y el suyo propio: «[...] Por la (merced) que Vuestra Majestad ha hecho a Sancho de Ávila del hábito, le beso muchas veces los pies [...]»³⁰⁵.

A partir de ese momento había que gestionar tal concesión. Para ingresar de hecho en la Orden de Santiago era necesario probar que los cuatro primeros apellidos del aspirante eran de hidalgo de sangre a modo y fero de España, no de privilegio; que ni sus padres ni sus abuelos habían ejercido oficios manuales ni industriales; y que no tenía raza ni mezcla de judío, musulmán, hereje, converso ni villano, por muy remoto que fuera el ascendiente. Sancho Dávila tenía que someterse, pues, a las exhaustivas informaciones genealógicas que avalaran su calidad y probaran sin asomo de sospecha que no había demérito alguno entre sus antepasados. En consecuencia, el 10 de abril de 1570 Felipe II, como «administrador perpetuo de la Horden y cavallería de Santiago», ordena a Gomes Velázquez, «caballero de la dicha Orden», y al licenciado Juan Ramírez, «freire della», que inicien el proceso:

[...] sepades que Sancho de Ávila nos a echo relación que su propósito y voluntad es de ser en la dicha orden y bivir en la oserbançia y so la regla y diciplina della, por devoción que tiene al bienaventurado apóstol señor Santiago, suplicándonos le mandásemos admitir y darle el ábito e ynsegnea de la dicha Orden o como la nuestra merçed fuese y, porque la persona que a de ser rrecibida en la dicha Orden y darle el dicho ábito a de ser hijodalgo así de parte de la madre como del padre al modo y

³⁰³ El duque de Alba al rey, 29 de febrero de 1570. AGS, Estado, I. 545. CODOIN, XXX, 437.

³⁰⁴ Minuta de carta de S. M. fecha en Talavera, 22 de enero de 1570. AGS, Estado, I. 445. CODOIN, XXX, p. 435-436.

³⁰⁵ MERINO ÁLVAREZ, Abelardo. *La sociedad abulense..., op. cit., p. 76, nota 157.*

fuero de España y tal que concurren en él las calidades que los establecimientos de la dicha Orden disponen, fue acordado en el nuestro concejo della que [...] vays a la ciudad de Abila y otras partes donde viéredes que convenga y de vuestro oficio reci-váis juramento con forma debida de derecho y sus dichos y deposiciones de los testigos que os pareciere ser necesario, que sean personas de buena fama y conciencia y conozcan al dicho Sancho de Ávila y a su linaje, y les agáis las preguntas contenidas en el ynterrogatorio que con esta nuestra carta os será dado [...]¹⁰⁶.

El interrogatorio versaba sobre las calidades de Sancho Dávila, sus padres y sus abuelos y su compatibilidad o no con las exigencias de acceso a la Orden. Y no todo estaba claro. Sancho lo sabía. Él mismo tenía dudas sobre el pasado de sus dos abuelas, una procedente de Salamanca y otra de la tierra de Segovia. ¿No saldrían perjudicados él y su linaje al hacerse público el origen de sus antepasados? ¿no habría pecado de imprudencia? En todo caso, ya no podía volver atrás. Sólo le cabía confiar en sus méritos de soldado y esperar que, en caso de que se sembrara la duda sobre la limpieza de sangre de su linaje, el rey quisiera imponer sus argumentos sobre los argumentos del Consejo de Órdenes.

Pero, de momento, la cuestión de la concesión del hábito de Santiago tendría que esperar, cualquiera que fuera la resolución del proceso. O, al menos, quedar en segundo plano. Ahora, en el verano de 1570, otros acontecimientos y otros problemas de índole familiar y profesional reclamaban su atención.

En efecto, a comienzos del mes de junio, recibió una agradable noticia de carácter económico: la Real Hacienda, por fin, había mandado pagarle el dinero que le debía de su sueldo de capitán ordinario de infantería desde el mes de julio de 1561 hasta julio de 1568. Habían pasado más de siete años, por lo que la deuda ascendía a la nada despreciable suma de 350.000 maravedíes, cantidad que le fue librada en la renta del almojarifazgo, es decir, en la renta que había producido el tráfico de los esclavos que se embarcaron con destino a las Indias en la isla de Cabo Verde en el año 1569¹⁰⁷. Por primera vez, Sancho Dávila empezaba a gozar de cierta estabilidad económica y podía vivir con cierta holgura.

Al mismo tiempo se sucedían otros acontecimientos familiares. Aquel mismo año, en 1570, nació su hijo en la ciudadela de Amberes y le puso de nombre Hernando, sin duda en honor del duque. Pero, poco después, la desgracia se cebó en su familia. Murió Catalina. Y su hijo hubo de quedar al cuidado de la familia de la madre muerta¹⁰⁸, tal vez al cuidado de su cuñada, la mujer

¹⁰⁶ En Madrid, a 10 de abril de 1570. AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

¹⁰⁷ AGS, Contaduría del sueldo, 2.^a época, I, 38. CODOIN, XXXI, p. 17-18.

¹⁰⁸ «[...] el niño queda vonito, Dios le guarde, queda más rico de aquella parte que no de su padre [...]», se lamentaba Sancho Dávila en 1571. *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en la ciudadela de Amberes, 11 de octubre de 1571*. ADA, C33/52.

del coronel Alonso López Gallo. Sancho Dávila, mientras tanto, tuvo que dedicarse por completo a preparar la guerra que de nuevo se vislumbraba en el horizonte.

Durante todo aquel tiempo, desde su victoria en 1568, el duque de Alba había sorteado los peligros procedentes del exterior y había intentado gobernar y administrar aquellas tierras en nombre del rey. Había logrado mantener cierta tranquilidad social, a pesar de que sus medidas de gobierno generaran un amplio descontento; había conseguido racionalizar, aunque no sin dificultades, la administración eclesiástica siguiendo las directrices de la bula *Super Universalis* de 1559 y nombrar obispos apropiados para las diócesis reformadas; había intentado una reforma legal para unificar el derecho en todas las provincias y, en tal sentido, había llegado a redactar una Ordenanza de Derecho Penal que fue publicada en el otoño de 1570, pero trabajó en vano porque aquellas reformas no fueron comprendidas ni estimadas entonces en su justo valor¹⁰⁹. Intentó también reformar la fiscalidad, pero fracasó por completo y su propósito de establecer nuevos impuestos a la población para financiar los gastos de su ejército acabó siendo un desastre. Ese fue el desencadenante de la revuelta de 1572.

5.3. EL PROBLEMA DEL IMPUESTO DE LA ALCABALA

Desde los momentos iniciales de su estancia en los Países Bajos el duque de Alba había tenido serios problemas de carácter económico. Para el mantenimiento de sus soldados y de su administración y para la construcción de las fortalezas que había mandado levantar en Maastricht, Groninga y Amberes se necesitaban grandes cantidades de dinero. Pero no disponía de ellas y pronto empezó a tener dificultades. En el verano de 1568 debía ya a sus tropas más de 3.000.000 de florines en sueldos atrasados, pero no disponía de más de 150.000 florines para pagarles. Y con el paso del tiempo las cosas se iban agravando.

Por eso, para solventar el problema, Felipe II, a petición del duque, decidió enviar por mar a Flandes más de cuatrocientos mil ducados que, a tal efecto, había recibido prestados de banqueros genoveses. Pero la travesía no fue fácil. Batidas en el canal de La Mancha por los fuertes vientos del otoño y perseguidas por corsarios hugonotes, que estaban al acecho, las cinco naves que transportaban el dinero buscaron refugio en los puertos

¹⁰⁹ SCHEPPER, Hugo de. «Justicia, gracia y policía en Flandes bajo el duque de Alba (1567-1573)». En: SER QUIJANO, G. del (Coord.). Congreso V Centenario del Nacimiento del III Duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo: actas. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2008, p. 461-470.

de Inglaterra. El embajador español en Londres hizo las diligencias oportunas para lograr que, calmado el mar y alejados los corsarios, las naves pudieran abandonar los puertos sin problema y navegar libremente hasta Amberes. Y así se lo prometió la reina Isabel. Pero, poco después, inexplicablemente, alegando que no era dinero del rey de España sino de banqueros genoveses y que seguiría siéndolo hasta que no se entregara en Amberes, decidió quedarse con los cuatrocientos mil ducados comprometiéndose a devolverlos a los genoveses con el pago de los intereses correspondientes³¹⁰.

El duque de Alba intentó la negociación. Pero la reina dilataba una y otra vez las conversaciones y acabó por hacerle perder toda esperanza de recuperar aquel dinero. Para presionarla, don Fernando Álvarez de Toledo decidió retener los bienes y las personas de los mercaderes ingleses que operaban en los Países Bajos y amenazó con hacer lo mismo con todos los súbditos de la reina inglesa que comerciaban en España. Pero la reina Isabel respondió con la misma moneda y las posturas se iban radicalizando cada vez más. Consecuentemente, los problemas del duque se agudizaron. Sus agobios económicos continuaban y, dado que el rey ya había indicado claramente que no quería de ningún modo que, en adelante, el dinero que se necesitara en los Países Bajos tuviera que ser enviado por vía marítima desde España, el duque de Alba no halló otro medio que imponer nuevas contribuciones a la población para arbitrar recursos con que librarse las pagas atrasadas de sus tropas.

A tal fin convocó los Estados Provinciales a una reunión conjunta en Bruselas. Y allí les propuso la imposición de nuevas contribuciones que gravaban tanto los bienes muebles como los raíces en todas las provincias: la alcabala, el vigésimo dinero y el centésimo dinero³¹¹. Nunca había habido propuesta similar en los Países Bajos. La fiscalidad se basaba en las llamadas *aides*, contribuciones de carácter temporal que solicitaba el príncipe para gastos específicos, que los Estados Generales aprobaban y que cada provincia se encargaba de recaudar en su territorio. Así se había hecho en tiempos de Carlos V y así se había hecho hasta entonces en el reinado de Felipe II. Por eso la propuesta del duque provocó desconcierto y confusión entre los diputados.

Se aceptó, aunque no sin protestas, el pago del centésimo dinero, una contribución extraordinaria del uno por ciento sobre todos los bienes muebles en concepto de «ayuda de costa», en concepto de *aide*, como era tradicional, pero la alcabala, que gravaba el diez por ciento de todas las transacciones comerciales, y el vigésimo dinero, el veinte por ciento sobre los bienes raíces, suscitaron una radical oposición, tanto por su carácter de

³¹⁰ MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 309.

³¹¹ SCHEPPER, Hugo de. «Justicia, gracia y policía en Flandes bajo el duque de Alba», op. cit., p. 467.



Retrato de Sancho Dávila, castellano de Amberes (Anónimo flamenco, siglo XVIII).

impuesto permanente, inusual en los Países Bajos, como por el valor de la imposición, tan importante en un país en que el comercio era la base fundamental de su economía. Tras un largo proceso de negociación se acordó, por fin, que la alcabala se cobrara en forma de «encabezamiento» durante dos años, en 1570 y 1571, a razón de 1.000.000 de florines cada año. En aquellos dos años el gobierno de los Países Bajos fue plenamente solvente por primera vez en mucho tiempo. Pero, cuando el duque quiso renovar el encabezamiento, la población, que había transigido en pagar la alcabala por un periodo limitado de tiempo, rechazó tajantemente aquella posibilidad.

De nuevo se reanudaron las disputas, los enfrentamientos y las negociaciones. Y una vez más las posturas se radicalizaron. Don Fernando Álvarez de Toledo estaba convencido de que la autoridad del rey en aquellas tierras dependía fundamentalmente del mantenimiento de un impuesto perpetuo que generara ingresos suficientes para sostener el coste del poder y la experiencia vivida en los dos años anteriores había venido a reforzar tal opinión³¹². Pero los ingresos obtenidos a partir de 1570 no habían sido suficientes y todavía seguía debiendo a los soldados parte de sus pagas atrasadas. Debía, pues, continuar la imposición. Por eso, cansado de las negociaciones, que los consejeros flamencos estaban interesados en prorrogar, el duque de Alba decidió actuar. Y, sin tener en cuenta el rechazo que su propuesta había suscitado en los Estados y menospreciando la oposición popular, el día 31 de julio de 1571 declaró que, a partir del día siguiente, se procedería a recaudar los impuestos de la alcabala y del «vigésimo dinero» tal y como estaban «encabezados», aunque los Estados Provinciales no hubieran aprobado su reanudación. Anunciaba además que él mismo se encargaría de nombrar recaudadores para hacerlo.

Aquellas amenazas sólo sirvieron para soliviantar los ánimos. De nada sirvió que, para intentar sosegarles, publicara en Amberes el perdón general concedido por Su Majestad a quienes habían participado en los tumultos del año 1566. Era ya demasiado tarde. La rebelión se reactivó cargada de nacionalismo, ganando cada vez más adeptos en todas las ciudades. Y, como consecuencia, volvió la guerra, cada vez más odiosa, cada vez más costosa y complicada: una guerra de asedios, de batallas campales y escaramuzas. Los soldados del duque no tenían que luchar solamente contra ejércitos regulares sino también contra ciudades y ciudadanos rebeldes y contra el frío, el agua, el barro de las llanuras inundadas por la rotura de los diques y contra la falta de dinero, imprescindible para poder cobrar sus pagas atrasadas, para poder vivir y hacer frente a sus propias necesidades.

Para ayudar a la causa nacionalista, una vez más Guillermo de Orange, sirviéndose de su propio dinero y del dinero de los rebeldes, reclutó tropas en

³¹² MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 349.

Alemania, mientras su hermano Luis de Nassau alistaba a hugonotes franceses para entrar desde Francia en el Henao. Como en otras ocasiones, diseñaron un triple plan de acción: un ataque desde el mar a los puertos de Holanda y Zelanda apoyado desde Inglaterra; un ataque desde Alemania, desde Dillemburg, dirigido por Guillermo de Orange, y otro ataque desde Francia, desde La Rochela, acaudillado por Luis de Nassau.

Su primer éxito fue la organización de una flotilla de bajeles corsarios que empezaron a navegar por el mar del Norte con patente del príncipe de Orange, a quien daban el título de «soberano de los Países Bajos». Los corsarios, flamencos huidos por herejes a Inglaterra, que se llamaban a sí mismos «los mendigos del mar», fueron expulsados por la reina inglesa de su refugio de Dover y, en su marcha hacia el Sur, vagando por los canales, tuvieron la suerte de apoderarse del pequeño puerto de Brille, en Holanda, estratégicamente situado en la desembocadura del Mosa, donde pusieron en práctica todo tipo de tropelías. Era el 1 de abril de 1572. Y aquel éxito inesperado tuvo enseguida múltiples repercusiones. Los rebeldes se hicieron con el poder en Frexelingas, en Ramua y otras ciudades próximas y al poco tiempo toda la isla de Valcheren se había pronunciado por Guillermo de Orange. Sólo Middelburg, importante capital de provincia y sede episcopal, situada a escasas millas de Flesinga, seguía declarando su fidelidad al rey. Inmediatamente los *mendigos* decidieron sitiarla y apoderarse del castillo de Rameckin, que guardaba la entrada del canal, con la intención de hacer suyas antes o después todas las tierras de la provincia de Zelanda.

5.4. LA GUERRA

El duque de Alba mandó reunir con rapidez una armada en el Scalda para socorrer a los sitiados de Middelburg y mandó a su hijo Fadrique ponerse al frente de la operación. Cada día que pasaba, la situación de la ciudad sitiada se hacía más insoportable. Pero don Fadrique de Toledo actuó con diligencia y a comienzos del mes de mayo estaba ya preparada en las proximidades de Amberes una pequeña flota formada por veintiséis charrúas ordinarias, seis de armada y un bergantín en que se embarcaron cuatrocientos diez arcabuceros, cincuenta mosqueteros, cincuenta piqueros, cincuenta alabarderos españoles y doscientos valones puestos a las órdenes del castellano de Amberes, el capitán Sancho Dávila¹¹³, que marchaba de nuevo a la guerra.

¹¹³ Relación de lo que ha sucedido en la isla de Walcheren, en Zelanda, y estado en que quedaba, de 23 de mayo de 1572. CODOIN, XXX, p. 24-29.

La experiencia adquirida en las campañas de 1568, el conocimiento de aquel terreno surcado por ríos y canales después de tres años de estancia en el país y el trato continuado con las tropas hacían de aquel soldado veterano el hombre idóneo para capitanejar la expedición. El se mostraba convencido del éxito de la misión. Pero sabía, y así se lo había comentado a los capitanes a sus órdenes, que, para conseguirlo, deberían rehusar, si era posible, el enfrentamiento en el mar y procurar luchar en tierra, donde no se peleaba «acometiéndose y retirándose un bajel con otro» ni tenían parte en la victoria «los vientos favorables ni contrarios», sino que sólo «en los braços, en los pechos y en el valor de cada uno consistirá el vencer, o el perder».

Creía firmemente que la guerra debía ser ante todo cuestión de pericia y de valor. Y Sancho Dávila sabía que ambas cosas les sobraban a sus hombres. Por eso, no dejaba de repetir que no le importaba tanto el número como la calidad de sus soldados, porque, como él sostenía, ni «con sólo el número se combate ni con la gente sin experiencia se vence» y ellos, sus soldados, aunque fueran menos, estaban curtidos en un sinsín de batallas y escaramuzas e iban a luchar contra «marineros y pescadores, que de las armas apenas saben los nombres», y que posiblemente huyeran en cuanto vieran brillar las armaduras españolas. En cualquier caso, confiaba ciegamente en la ayuda de Dios, porque combatía por la fe, porque luchaba contra gentes desleales a Dios y al Rey, y no dudaba que la Justicia Divina las pondría en sus manos para que recibieran el castigo que se merecían¹¹⁴.

Seguro de sí mismo, navegó río abajo por el Scalda; salió al mar, al otro lado del canal donde estaba situada la ciudad, para evitar el encuentro con las naves de los mendigos, aprestadas para la defensa; desembarcó a las tropas en los arenales, donde menos esperaban los enemigos que lo hiciera, «en el crepúsculo de la noche, el agua a la cintura», y los soldados, sin mayores dificultades, entraron en Middelburg al amanecer, porque los rebeldes no la tenían sitiada por el mar «por no esperar que viniera por allí ningún socorro». Inmediatamente los arcabuceros españoles empezaron a atacar a la artillería enemiga, hicieron huir a los sitiadores, «peleando toda la noche con presteza increíble y osadía», les siguieron hasta Ramua, cargaron contra sus defensores, los derrotaron, se apoderaron de su artillería, hicieron huir a los rebeldes, entraron en la ciudad y seguidamente «Sancho Dávila, victorioso, se alojó en Ramua, se apoderó de muchos navíos en el canal y ordenó su fortificación»¹¹⁵.

¹¹⁴ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 67.

¹¹⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 612; BER-TIVOGLIO, Guido. *Las Guerras de Flandes...*, op. cit., p. 88-89.

Así pues, en un par de días, Sancho Dávila había conseguido levantar el sitio de Middelburg y conservar Rameckin, se había acuartelado con cinco compañías de soldados españoles en Ramua, donde permaneció durante el mes de mayo fortificando la ciudad y el puerto, y parecía que, a pesar de las dificultades³¹⁶, podría, si se lo propusiera, recuperar pronto el dominio sobre toda la isla de Valcheren. No le faltaban ganas de marchar por la campiña y castigar a todos los rebeldes que «en casares y castillejos se hacen fuertes»³¹⁷, de atacar Frexelingas, Confer³¹⁸ y otras ciudades cercanas porque creía tener soldados y armas para ello, pero no lo hizo. Se quedó guardando y fortificando Ramua, «que es –dice– a lo que yo hago cuenta que venimos»³¹⁹, y, por ello, su expedición fue sólo una victoria parcial, de ámbito local, que no permitía más que mantener abierta la navegación por el Scalda y asegurar en la isla una base de operaciones para campañas futuras.

Personalmente fue, no obstante, un éxito importante. Pero, al mismo tiempo que él obtenía la victoria en Middelburg y Ramua, otras muchas ciudades de Holanda, Zelanda, Güeldres, Utrecht y Frisia, empezaban a reconocer como soberano a Guillermo de Orange. De ese modo, la mayor parte de la región situada al norte de la llamada Línea del Agua iba quedando en manos de los mendigos y, si el control que ejercían estos sobre muchas de aquellas ciudades era incierto e inestable, su dominio en el mar empezaba a parecer indiscutible³²⁰.

³¹⁶ «[...] la tierra es murada y buenos fosos de agua, artillería y gente, aunque sea ruin por lo que no debe emprender la conquista sin los rrecaudos que para esto convienen». *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Ramua, 13 de mayo de 1572*. ADA, C33/55.

E insiste en el mismo sentido pocos días después: «[...] la gente que está en Fregelingas y en Canfer creo debe ser alguna rraçonable, mas la mayor parte canalla como esta otra, mas tienen murallas y muy buenos fosos de agua y artillería y parece que es menester yr con consideración y mirar cómo se abenturan los soldados [...].» *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Ramua, 16 de mayo de 1572*. ADA, C33/56.

³¹⁷ *ídем*.

³¹⁸ «A Confer –escribe Sancho Dávila– se puede allegar por todas partes cubierta la gente y ay comodidades para estar y tambien alguna leña y faxinas en el parque para servirnos. Téngola por empresa que, batiéndoles alguna puerta o acomodándonos de pasar los fosos, con poca artillería, con ayuda de Dios, se acabaría presto porque ellos entiendo tienen rruin comodidad de fortificar dentro y se an cansado de trabajar [...].» *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Ramua, 13 de mayo de 1572*. ADA, C33/56.

³¹⁹ *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Ramua, 16 de mayo de 1572*. ADA, C33/56.

³²⁰ Sancho Dávila empezaba a ser consciente de ello y no veía forma de remediarlo si no venía la flota desde España: «Quanto el armar aquí navíos me parece que ay muchos inconvenientes, que los baxeles no son a propósito, que no ay dineros, que no ay marineros y esto parece que seria cosa larga si ya no biniese persona de rrecaudo que se le entendiese y atendiese a este particular. Si la flota de España biniese y le fuese necesario, entiendo podria pasar por Fregelingas apartándose lo que pudiese sin mucho peligro del artillería, aquí entre Ramickin y este lugar estaría segura de fuerça de los piratas [...].» *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Ramua, 13 de mayo de 1572*. ADA, C33/56.

Aprovechando tan favorables circunstancias, Luis de Nassau entró con sus tropas de hugonotes en el Henao, apoderándose por sorpresa de las ciudades de Mons y Valenciennes, y Guillermo de Orange, procedente de Alemania, cruzó el Rin, con un ejército de 20.000 hombres, y entró en Güeldres en julio de 1572. Bruselas no le abrió las puertas, pero se le rindieron Malinas, Termonde y Oudenarde. En consecuencia, un buen número de ciudades de los Países Bajos habían quedado en poco tiempo en poder de los rebeldes.

El duque de Alba se vio, pues, atacado por todas partes. Y para hacer frente a aquella embestida no contaba más que con el núcleo de su ejército, formado por unos 7.000 hombres repartidos por todas las guarniciones del país, a quienes se les debía la paga de muchas soldadas atrasadas, y una flota de poco más de treinta naves, la mayoría de ellas pequeñas embarcaciones tripuladas por marineros a quienes asimismo se les debían sus pagas³²¹. Todo había sido consecuencia de los problemas financieros a que el duque se había tenido que enfrentar.

Difícilmente se podía prever un año antes que las tropas españolas iban a encontrarse en circunstancias tan desfavorables. Pero don Fernando Álvarez de Toledo no se resignaba ni desdenaba la acción. Al contrario. Su coraje y su tenacidad, su astucia y su talento militar le empujaban al combate. Sin informar al rey, consiguió de Cosimo de Médicis un préstamo de 200.000 ducados con los que pudo llamar a los capitanes alemanes Frundsberg, Eberstein y el obispo de Cleves, veteranos mercenarios que estaban reuniendo sus tropas en previsión de una emergencia semejante. E inmediatamente, para recuperar la iniciativa, intentó una energética contraofensiva anteponiendo, por su importancia estratégica, la recuperación de Mons y Valenciennes, de las que se había apoderado Luis de Nassau, a la defensa de Holanda y Zelanda, en cuyas ciudades dejó, al menos temporalmente, que triunfara la rebelión. En consecuencia, mandó concentrar todas sus tropas, llamó a todos sus capitanes y a Sancho Dávila, «que combatía al enemigo desde Ramua por tierra y agua» después de liberar Middelburg³²², le encomendó que organizara la defensa de Amberes³²³ y sus inmediaciones y que se uniera después al grueso del ejército.

Organizada la fortaleza de Amberes, aunque con poca gente³²⁴, y asegurada la defensa de la ciudad, Sancho Dávila partió hacia Mons. Iba acompañando

³²¹ MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 365.

³²² CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 613; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 143.

³²³ *Ídem*, p. 623.

³²⁴ «[...] y, aunque tubiese doblada la que tengo, dice Sancho, en este tiempo es poca para tal plaça [...].» *Sancho Dávila al duque de Alba, en la Ciudadela de Amberes, 6 de julio de 1572*. ADA, C33/56.

al propio duque de Alba, al maestre de campo don Fernando de Toledo, que había traído su tercio desde Holanda, al arzobispo de Colonia y a don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, que en 1571 había sido designado por el rey como sustituto del duque de Alba en la gobernación de los Países Bajos y acababa de desembarcar en Amberes. Cuando llegaron a Mons, don Fadrique de Toledo y Chapín Vitelli³²⁵, jefes del ejército español, habían puesto sitio a la ciudad rebelde, ocupada por los hugonotes de Luis de Nassau, y Guillermo de Orange se acercaba presuroso con un gran ejército a socorrerla. Y de nuevo Sancho Dávila, actuando junto a las tropas de Julián Romero, participó activamente en la victoria. Incluso fue protagonista entonces de una famosa encamisada. Mil soldados españoles dirigidos por él, aprovechando la oscuridad de la noche, se metieron en el campamento de Guillermo de Orange. Llevaban puestas camisas blancas para evitar el brillo de las armas y para reconocerse entre sí. Manejaron la sorpresa de tal forma y crearon tal confusión que, sin correr ellos peligro alguno, dieron muerte a una gran cantidad de soldados enemigos, llegando los encamisados hasta las proximidades de la tienda de Guillermo, que estuvo a punto de ser hecho prisionero³²⁶. Al día siguiente, vista la imposibilidad de romper el cerco, Guillermo de Orange levantó el campo y Mons se rindió a los generales del duque de Alba. Era el mes de septiembre de 1572. Una vez más el duque de Alba había hecho fracasar un nuevo intento de los rebeldes de invadir los Países Bajos por el Sur utilizando soldados hugonotes procedentes de Francia.

Mons se rindió. Y las normas de la guerra fueron respetadas por ello con escrupulosidad. Las tropas de Luis de Nassau salieron de la ciudad con todos los honores llevando consigo a los ciudadanos más comprometidos con la revuelta. El propio Luis fue recibido por el duque de Medinaceli, el sustituto del gobernador, y recibió saludos de don Fadrique de Toledo, el jefe del ejército. Guillermo de Orange, por su parte, tras levantar el campamento, se dirigió hacia Holanda por Brabante, abandonando a su paso las plazas que había guarnecido con anterioridad. Marchando tras él, los españoles se apoderaron con facilidad de Malinas, de Termonde y Zutphen, que fueron saqueadas sin piedad por algunos días, en teoría por no haberse rendido antes de estar instalada la artillería dispuesta para el ataque. En realidad, porque se pensaba que la aplicación del terror serviría de lección para el resto de las ciudades rebeldes. Y así fue. Conocedoras de los efectos de los saqueos, una ciudad tras otra fueron enviando declaraciones de lealtad

³²⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 613; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 143.

³²⁶ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 148.

al rey y ruegos de perdón y, de ese modo, sin apenas entrar en combate, las tropas españolas dominaron de nuevo Maastricht y Nimega, donde el duque de Alba estableció su cuartel general. Sólo Holanda y algunas regiones de Zelanda seguían siendo leales a Guillermo de Orange. Era preciso ayudar a las ciudades que en aquellas regiones se mantenían fieles al rey y estaban aún cercadas por los rebeldes.

A Sancho Dávila se le encomendó el socorro de Torgoes, importante ciudad situada en la costa de una de las muchas islas de la provincia de Zelanda, sitiada por los rebeldes y defendida heroicamente desde tiempo atrás por el capitán Isidro Pacheco. Y, junto con el coronel Mondragón, que llevaba consigo «toda su gente y la del coronel Arrieta y una compañía de alemanes y cien españoles de los que vinieron de fuera y de los del castillo»³²⁷, marchó decidido a socorrerla. De nuevo tuvo Sancho Dávila que volver a los barcos para transportar su ejército navegando río abajo desde Amberes. Las primeras tentativas resultaron infructuosas. La tierra estaba llena de barro y lodo y en el agua eran superiores las fuerzas navales de los rebeldes. Por eso, hubieron de desembarcar al otro lado de la ribera y entonces los soldados de los tercios dieron una vez más muestras de su arrojo y valentía. Aprovechando la marea baja y conducidos por sus capitanes, organizados en hileras para ayudarse unos a otros, llevando la comida y la pólvora sobre los hombros y, cuando el agua les cubría el pecho, en la punta de las picas, vadearon un «braço de mar de tres leguas y media de distancia», en que emplearon «cinco horas». Llegaron a su destino llenos de cansancio. Pero era un camino tan increíble y una acción tan inesperada que pudieron sorprender por completo a los sitiadores, quienes, atemorizados «con hecho tal que un ejército hubiese pasado por el mar a pie»³²⁸, emprendieron rápidamente la huida y abandonaron el sitio. Cumplida la misión y liberada Torgoes, Sancho Dávila y el coronel Mondragón regresaron a la ciudad de Amberes para ponerse de nuevo a las órdenes directas del duque de Alba³²⁹.

Para este, que se había negado a ser relevado hasta no concluir lo comenzado y pacificar el territorio, había llegado el momento de intentar recuperar todas las tierras de Holanda y de Zelanda, abandonadas poco antes para acudir en auxilio de Mons. Pero tal vez fuera ya demasiado tarde. La mayor parte de aquellas ciudades se habían pronunciado por Guillermo de Orange, a quien llamaban padre de la Patria, y para poder ocuparlas, para

³²⁷ Sancho Dávila al duque de Alba, en la ciudadela de Amberes, 19 de octubre de 1572. ADA, C33/56.

³²⁸ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 630.

³²⁹ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 149.

poder vencer su posible resistencia, parecía necesario que previamente las tropas españolas dominaran el mar. Sin embargo, los puertos estaban en poder de los rebeldes y era difícil, por no decir imposible, en tales circunstancias, recuperar aquellas tierras y más aún socorrer a las pocas ciudades que se mantenían fieles al rey. El caso de Torgoes podía haber sido un hecho excepcional. No obstante, el duque de Alba lo intentó todo y, en ese contexto, a comienzos de 1573 ordenó a Sancho Dávila que armara una escuadra en Amberes y navevara una vez más río abajo para llevar de nuevo vituallas y municiones a Middelburg y otras plazas de la isla de Valckeren, en Zelanda:

Importa tanto al servicio de S. M. el que se socorra la isla de Valkaren, que he resuelto se armen luego hasta treinta bajeles gruesos de gavia, y otras charrúas y barchas de armada [...]. Y, habiendo de encargar esto a persona de calidad, para que con la diligencia y cuidado que conviene se ejecute [...] no lo he querido fiar de nadie sino es de Vm., y pedirle por esta que luego, al recibir de ella, os encargueís, señor, de hacer y aprestar y poner en orden la dicha armada, proveyendo y ordenando todo lo que fuere menester y conviniere para la provisión de ella, tanto de marineros y vituallas como de artillería, municiones y gente de guerra, y todas las cosas que a esto tocaren, librando el dinero que para lo uno y lo otro fuere menester en el pagador Francisco de Lejalde, a quien ordeno y mando cumpla las libranzas de la misma manera que si fueran mías propias³³⁰.

En aquellos momentos cumplir aquel encargo era una empresa harto complicada. Y no era el menor de los problemas a que hubo de enfrentarse el castellano de Amberes mitigar el efecto de los celos que parecían haberse despertado entre algunos capitanes y gobernadores flamencos en relación con la dirección de las operaciones. Sin el concurso de estos resultaba muy difícil adquirir pólvora, municiones, piezas de artillería, vituallas y mantenimientos, contactar con comerciantes y proveedores, armar los navíos y contratar marineros. Máxime si, como casi siempre, a pesar de las promesas, seguía escaseando el dinero³³¹ y apremiaban las

³³⁰ De Nimega, a 22 de febrero de 1573. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra....*, op. cit., p. 91; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general....*, op. cit., p. 150-151

³³¹ En aquellas fechas los capitanes que estaban en Ramua desde meses atrás se quejan, según Sancho Dávila, de que «se les ymbió poco dinero y Mos de Babues dice que, para la paga de sus diez banderas le faltan 1.900 florines y 1.000 para su persona y Osorio de Angulo inbía la memoria de las compañías biejas, conforme a la muestra pasada, y los faltan más de 3.000 escudos y más, según me cuenta los avía enviado para quinientos soldados a seis escudos y quatrocientos para dos capitanes que allí están [...]. Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 11 de enero de 1573. ADA C33/82.

necesidades³³². Pero Sancho Dávila trabajó con denuedo durante todo el invierno. Y, aunque tardó mucho más de lo deseado, poco a poco consiguió reunir un buen número de piezas de artillería, armar cerca de treinta navíos de diferentes tipos³³³, adquirir mantenimientos y abastos para las ciudades sitiadas y, lo que fue más costoso, contratar marineros, la mayor parte de los cuales hubieron de venir de Gante y de Dunquerque.

Al llegar la primavera, a mediados del mes de abril, mandó embarcar a los soldados de Mondragón y a algunos del castillo de Amberes y navegó hacia el Norte por el Scalda. Era una operación difícil y arriesgada y Sancho lo sabía: «en los marineros y en tener puestas bien sus nabes nos tienen mill ventajas» los rebeldes, había confesado³³⁴. Mas, a pesar de todo, él siempre se había mostrado optimista y decidido: «si no se abentura mucho, no se gana mucho», solía decir³³⁵. Y emprendió la marcha convencido como estaba de que era obligado realizar la misión cualesquiera fueran las dificultades a que hubiera de enfrentarse: «si conviene el socorro –había escrito a Juan de Albornoz– es menester probarlo», aunque fracase el intento, porque «el suceso se a de esperar de Dios»³³⁶. De todos modos había que intentarlo. Y añadía:

[...] a lo húltimo, si no se combate, no se puede saber cuya abía de ser la victoria y, siendo el negocio de socorrer a Balqrem de tan grande ymportancia, aunque sea de tan grande arrisco el aventurar esta armada, me parece que, si no se socorre, la armada es como perdida³³⁷.

Partió con buen tiempo. El plan era llevar tres urcas grandes delante y las demás detrás dejando en medio a los otros navíos, «también mui bien armados y artillados»³³⁸. Bien organizados, siguiendo todas las instrucciones de la nave capitana, parecía imposible que no pudieran pasar hasta la isla. Pero no tuvieron fortuna. Cuatro navíos encallaron en los arenales cerca

³³² Ya en el mes de enero escribían a Sancho Dávila hablándole de «la necesidad que tienen y que se les baya ynblando algunas probisiones y Mos de Babues» añadía que «les faltaría el trigo» en quince o veinte días. Idem.

³³³ «[...] son once hurcas, bien armadas de artillería, y cinco hurquetas, que también se armarán con soldados y con algunas pocezuelas, si hubiere, y dos filibustes y tres cronstenes y siete buipres [...]. Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 9 de abril de 1573. ADA C33/82.

³³⁴ Sancho Dávila a Juan Moreno, en Safetin, 14 de marzo de 1573. ADA C33/82.

³³⁵ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 3 de febrero de 1573. ADA C33/82.

³³⁶ Idem.

³³⁷ Idem.

³³⁸ Sancho Dávila al duque de Alba, en Amberes, 3 de febrero de 1573. ADA C33/82.

de Amberes, el tiempo se volvió «contrario y recio»³³⁹, varios barcos hundidos a tal efecto por los rebeldes dificultaban el paso y, para colmo de males, no tuvieron más remedio que aceptar el combate naval, como Sancho preveía³⁴⁰, a pesar de llevar el embarazo de las urcas cargadas de provisiones, porque no había otro camino para poder conseguir el objetivo de la expedición. Fue aquella una dura batalla. Los enemigos eran muy superiores en número de hombres y de barcos y Sancho Dávila, además de perder algunas naves, fue herido en la cabeza. Los rebeldes infringieron aquel día un duro castigo a los marineros de Sancho y a los soldados de Mondragón. Pero no por eso pudieron impedir que la armada cumpliera su cometido. Derrochando arrojo y aprovechando el silencio y la oscuridad de la noche pudieron aún desembarcar en la isla vituallas procedentes de Torgoes. Después hubieron de retirarse. Y, tras pelear denodadamente en el canal de Ramua, pudieron regresar a Amberes, donde Sancho Dávila recibió una vez más la felicitación del duque tanto «por haber quedado Vm. con la armada» como, lo que era tan importante, por «haberme avituallado la isla, que es cuanto en el mundo puedo encarecer»³⁴¹.

No era mucho más lo que podía esperar el duque de Alba en aquellos momentos. Las tropas españolas habían logrado pasar a socorrer Middelburg y Ramua y, habiendo pasado una vez, podrían seguir haciéndolo en el futuro porque se había conseguido con aquella acción que siguiera abierta la navegación por el canal. De hecho, en los meses siguientes de aquel verano, Sancho Dávila tuvo que ocuparse en más de una ocasión en apoyar desde Amberes a las armadas que se hubieron de formar para seguir abasteciendo a las ciudades leales de la isla de Valckeren.

Y, mientras tanto, por desgracia para los españoles, se multiplicaban las dificultades para poder recuperar las tierras y ciudades de Holanda. Los saqueos a que habían sido sometidas Malinas y Zutphen habían conseguido en principio su objetivo: amedrentar, amenazar, generar temor para lograr que muchas ciudades se rindieran sin ofrecer resistencia alguna. Y así ocurrió en muchos lugares. Pero no sucedió lo mismo en Naarden, la primera ciudad rebelde situada al otro lado de la frontera holandesa. Más allá

³³⁹ Sancho Dávila a Juan de Alboroz, en la nave capitana, 18 de abril de 1573. ADA C33/82.

³⁴⁰ «Yo quisiera que V. E.^a no me fiziera tanta merçed de confiar de mí este negocio, mas, pues es forçoso el aver de pasar con esta armada y si los enemigos, por tener más navíos, me lo quieren estorbar, es fuerça aver de pelear, pues el negocio no tiene otro remedio, y así la resçibiré muy grande V. E.^a me lo enviara a mandar aunque ya V. E.^a terna entendido que yo entiendo que lo tengo de azen». Sancho Dávila al duque de Alba, en Amberes, 11 de abril de 1573. ADA, C33/84.

³⁴¹ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 153-154.

del derecho de guerra entonces vigente, más allá del deseo de revancha de los soldados españoles por algunas atrocidades cometidas por algunos de los rebeldes, las tropas de don Fadrique de Toledo hicieron en aquella pequeña ciudad, «nido de los anabaptistas», una demostración innecesaria de violencia gratuita. Era el terror por el terror. Y el resultado fue contraproducente. Al contrario de lo que decían los españoles, muchos holandeses estaban convencidos de que Naarden había sido castigada después de haberse rendido y muchos llegaron a la conclusión de que a ellos, a los rebeldes, les pasaría lo mismo en cualquier lugar, se rindieran o no, y que sólo les quedaba una alternativa: luchar o morir.

Por eso, la ciudad de Haarlem, que guardaba el paso de las regiones del norte de Holanda, resistió hasta sucumbir. El asedio duró más de nueve penosos meses, a lo largo de los cuales las tropas de don Fadrique hubieron de rechazar en varias ocasiones a soldados del príncipe de Orange que intentaron socorrerla. La situación llegó a ser terrible: privados de todo auxilio desde el exterior, los sitiados, como cuenta Cabrera de Córdoba, se vieron obligados a comer durante mucho tiempo «cueros de vaca, caballos, pan de simiente de nabo y cañamo»³⁴². Y sitiados y sitiadores dieron muestras sobresalientes de arrojo y valentía. Y también de odio. Finalmente, en el mes de julio de 1573, después de ser derrotado un importante ejército formado por contingentes de holandeses, zelandeses, alemanes, ingleses y hugonotes franceses, que acudían en su auxilio, la ciudad de Haarlem se rindió con condiciones³⁴³. A sus habitantes no les quedaba nada, sólo dinero, lo suficiente para evitar el saqueo.

Había costado la pérdida de cientos de hombres, españoles y holandeses. Y muchos heridos, entre ellos el propio Fadrique de Toledo, alcanzado por una bala de arcabuz. Lo cuenta también Cabrera de Córdoba:

Este sitio de Haerlem fue el más insigne que por ventura vio aquella edad por muchas y diversas acciones, cuatro rotas o batallas; pues en la última murieron más de mil y quinientos infantes, perdieron catorce banderas y un estandarte, seis piezas de campaña, todos los carros de municiones y vituallas, con gran número de yeguas de Holanda, y no escapó persona de a caballo de la avanguardia. Las máquinas que se inventaron fueron notables y las peleas y combates en la sazón más áspera del año en puesto muy riguroso, sin cesar un punto. Murieron muchos españoles en las minas, sobre los rebelines, en los asaltos con maravillosas hazañas; y, lo que pocas veces se ha visto, fueron heridos todos los del Consejo y don Fadrique de un arcabuz³⁴⁴.

³⁴² CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., II, p. 652.

³⁴³ Ibídem.

³⁴⁴ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., II, p. 653.

Un derroche de valor. Por eso el éxito, aunque brillante, no fue completo. Y, lo que era más grave aún, a pesar del deseo de todos³⁴⁵, la rendición de Haarlem no significaba ni mucho menos la recuperación de Holanda. Si de verdad se quería recuperarla, sólo se podría conseguirlo sometiendo todo el territorio, villa por villa, ciudad por ciudad.

5.5. EL FRACASO DEL DUQUE DE ALBA

Don Fernando Álvarez de Toledo estaba dispuesto a hacerlo, pero pretendía aprovechar lo que quedaba de verano para culminar las operaciones porque las tierras de Holanda eran tan bajas y pantanosas que se llenarían de barro y lodo en cuanto llegaran las lluvias del otoño y eso dificultaría gravemente tanto el avance como el aposentamiento de las tropas.

Y en aquellos momentos Sancho Dávila pareció hacerse imprescindible en todas partes. Era la persona en quien más había llegado a confiar el duque después de haberle tenido tanto tiempo a su servicio y quería ahora tenerle a su lado porque, como le decía en la carta en que reclamaba su presencia, «no sé echar mano de otro, sino de Vm., porque tan a mi honra me sacáis de todas [mis dificultades]»³⁴⁶.

Por eso, lo llamó para que inmediatamente acudiera a la ciudad de Utrecht – «que al recibo de esta se ponga en orden y en camino a esta villa»–, permaneciera junto a él –«trayendo con vos, señor, vuestra comodidad de casa y criados, para en caso que sea necesario salir en campaña³⁴⁷»–y se uniera al ejército de don Fadrique³⁴⁸, llevando consigo desde Amberes, «con la escolta que le pareciere», el dinero que se necesitaba, hasta cien mil ducados, para poner en marcha las operaciones militares que aún estaba dispuesto a emprender. Y lo llamó don Fadrique, que también lo

³⁴⁵ Sancho Dávila recibió la noticia en Amberes. Y en carta al secretario del duque, Juan de Albornoz, manifiesta su alegría por la victoria y la esperanza de que eso suponga el final de la guerra: «¡He resçibido mucho contento con las cartas que Vm. me haze merced y regalos en ellas y muy grande con la húltima esto en entender estaba Arlem ya con nosotros, plegue a Dios, con más costa y tiempo lo seamos de toda Olanda, que espero en Dios será por aver sido la rota de aquell socorro y la toma de la villa en esta ocasión de tan gran ymportancia. Deseo ver ya acavada esta guerra por el contento del duque, mi señor, y descanso y de Vm. [...]. Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 16 de julio de 1573. ADA C33/99.

³⁴⁶ El duque de Alba a Sancho Dávila, en Utrecht, 27 de julio de 1573. DÁVILA Y SANTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 97; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 155.

³⁴⁷ Idem.

³⁴⁸ Don Fadrique de Toledo al duque de Alba, en Utrecht, 27 de julio de 1573. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 156.

quería a su lado —«sabe Dios qué tanto quisiera tener a Vm. conmigo»—, para gozar de su ayuda y su consejo a la hora de afrontar los nuevos proyectos militares, porque «no me atreviera —le escribía— a tomar sin la ayuda de Vm. tan gran carga»³⁴⁹. Y Sancho Dávila, en cuanto pudo, marchó a su lado. Pero, a pesar de todos los consejos, de todos los esfuerzos e iniciativas, las esperanzas del duque de Alba de recuperar las tierras perdidas del Norte y conseguir la paz quedaron frustradas aquel verano.

Albergaba la esperanza de que, tras la toma de Haarlem, los rebeldes se someterían. Pero no fue así. La suma de victorias particulares no dio como resultado la victoria final: la oposición había echado raíces en la conciencia y el ánimo de muchas gentes y esas raíces no se podían arrancar en los campos de batalla. Tal vez su estrategia política había fallado. El terror no había dado a la larga los resultados esperados. Pero había ido demasiado lejos y ya no era fácil volver atrás. Y, dispuesto a llegar hasta el final, impulsado por las fuerzas de la desesperación, se empeñó en imponer su autoridad a sangre y fuego. Atacó la ciudad de Alkmaar, cuyos vecinos, siguiendo el consejo de Guillermo de Orange, cortaron los diques por lo que las tropas españolas se vieron obligadas a levantar el asedio para no quedar anegadas en el fango. Fue un duro revés para el ejército español. Para colmo de males, los soldados se amotinaron por falta de pagas y, mientras se intentaba solucionar el problema, se pasó todo el verano. Y después todo fue de mal en peor. Los rebeldes se hicieron cada vez más fuertes y los españoles no pudieron hacer más que acudir en socorro de ciudades fieles sitiadas por el enemigo —Sancho Dávila en Dargus; el coronel Alonso López Gallo, su cuñado, en Bergen— y acabar, también bajo la dirección de Sancho Dávila, con los disturbios que se produjeron en el presidio de Sangtrudenbergh y en el castillo de Hostraal, que perturbaban la tranquilidad en las tierras de Brabante³⁵⁰. Pero fueron incapaces de rendir la ciudad de Leiden, que, al igual que Haarlem, se defendía heroicamente.

Para mayor desdicha, una escuadra española, formada por naves de gran envergadura —«era la capitana como un alto y móvil castillo; tan grande parecía de cuerpo, de tantas velas, de tanto aparato de soldados, artillería y chusma venía prevenida»³⁵¹—, fue derrotada por los holandeses en el golfo de Zierickzee. La mandaba un gran marino flamenco, el conde Bosu, gobernador de Holanda por el rey, pero sus catorce naves, aunque más grandes y mejor armadas, no pudieron resistir el ataque de los ochenta

³⁴⁹ Don Fadrique de Toledo a Sancho Dávila, en Utrecht, 27 de julio de 1573. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 99.

³⁵⁰ Sancho Dávila a Juan Moreno, en Breda, 6 de octubre de 1573. ADA C33/104; Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Hanamur, 23 de diciembre de 1573. ADA C33/108.

³⁵¹ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 101.

bajeles rebeldes que salieron de los canales para abordarlas. Como estaba ocurriendo en tantas otras ocasiones, durante aquellos meses, en aquella batalla naval los soldados del conde Bosu hubieron de convertir su valor en desesperación. Y fueron derrotados. Una cosa se iba haciendo cada vez más evidente: sin dominar el mar parecía imposible que las tropas españolas consiguieran en tierra una victoria definitiva.

Era el 11 de octubre de 1573. En esa situación, enfermo desde tiempo atrás, agravadas sus dolencias de gota por el clima de los Países Bajos y frustrado su ánimo por la marcha de los acontecimientos, el duque de Alba pidió al rey que le relevara de su cargo. Felipe II lo tenía ya decidido desde tiempo atrás. Un año antes, en el verano de 1572, había llegado a Bruselas don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, para reemplazarle. Don Fernando Álvarez de Toledo manifestó entonces que su honor no le permitía entregar el mando sin recobrar para el rey la ciudad de Mons, tomada por los rebeldes, y el duque de Medinaceli, después de haber permanecido a su lado durante varios meses, sin entenderse nunca con él, regresó finalmente a España y no fue su sucesor. Ahora las cosas sucedieron de manera diferente. En noviembre de 1573 Felipe II envió a Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla, para sustituirle. A finales de aquel mes el comendador mayor, que tanta gloria había adquirido poco tiempo antes en Lepanto, se hizo cargo del gobierno de los Países Bajos y el duque inició su regreso a España en los últimos días de diciembre: dos comités especiales estudiaban en Madrid un documento preparado por el secretario particular del rey, Mateo Vázquez, referente a los abusos que, según se decía, habían viciado el gobierno del duque en los Países Bajos³⁵².

Junto al duque marcharon su hijo Fadrique y otros capitanes y soldados que le acompañaron en su regreso: cinco compañías de caballos, dos de lanzas y tres de arcabuceros. Otros se habían ido antes. En 1569 había muerto Sancho de Londoño de una enfermedad incurable tras cinco meses de agonía³⁵³ y en 1570 había marchado el otro hijo del duque, el prior don Hernando de Toledo, acompañando a Ana de Austria, la hija del emperador, que pasaba a España para casarse con Felipe II. En los Países Bajos quedaban muchos de los capitanes que llegaron con él desde Italia, más viejos, más sabios, con más heridas y más experimentados: Chapín Vitelli, el maestre de campo general del ejército; el viejo soldado Julián Romero, que comandaba el tercio de Sicilia; el maestre de campo Gonzalo de Bracamonte, que mandaba el tercio

³⁵² PARKER, Geoffrey. *El ejército...*, p. 153.

³⁵³ GARCÍA HERNÁN, Enrique. «Sancho de Londoño. Perfil biográfico». *Revista de Historia Moderna, Anales de la Universidad de Alicante*, 22 (2004), p. 51.

llamado de Flandes, formado por soldados bisoños después de haber sólo reformado el tercio de Cerdeña; Hernando de Toledo, al frente del tercio de Lombardía; Rodrigo de Toledo, al frente del tercio de Nápoles; el coronel Mondragón, castellano de Gante, que había levantado en los Países Bajos más de quince compañías de infantería valona; don Bernardino de Mendoza, capitán de la caballería ligera, que acababa de regresar de Madrid después de pedir al rey más dinero, más tropas y más recursos; el coronel Alonso López Gallo, que había nacido en Brujas; el capitán Montes de Oca, gobernador de Maastricht, y tantos otros.

Y quedaba también Sancho Dávila, cuyo comportamiento en los campos de batalla había sido ejemplar. En aquellos cinco años que había permanecido al lado del duque de Alba no había parado de luchar por tierra y por mar contra los herejes. Maastricht, Dalheim, Jemmingen, Middelburg, Ramua, Mons, Torgoes, la isla de Valckeren habían sido testigos de su valor, de su preparación para la guerra y de su fidelidad. Últimamente había intervenido en Balquen, en Sangetrudenbergh y en el castillo de Hostraat. Ahora el duque marchaba a España y él hubiera querido marchar con él. «Cuanto a mi ida a España con el duque, tengo escrito a Vm. —dice al secretario Juan de Alboroz— cómo no deseo cosa tanto y que se me haría agravio en no me llevar [...]»³⁵⁴. No parecía entender su permanencia en los Países Bajos en ausencia del duque. Y en parte era comprensible.

Había sido siempre su protector y su máximo valedor. Jamás podría olvidar lo ocurrido en 1571 cuando don Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, fue llamado por Felipe II para sustituir al duque de Alba al frente del gobierno de los Países Bajos. El duque de Medinaceli manifestó entonces la posibilidad y el deseo de quitar a Sancho Dávila la tenencia del castillo de Amberes y así se lo propuso al rey. Y en aquellos críticos momentos el duque de Alba, enterado de su propósito, salió una vez más en defensa del honor de su capitán escribiendo desde Bruselas al secretario del rey, Gabriel de Zayas, una dura carta de la que Sancho guardaba copia y de cuyo contenido no podía dejar de sentirse orgulloso:

Aquí hay cartas desa Corte que scriben que el señor duque de Medinaceli suplica a S. M. quite a Sancho de Ávila el castillo de Anvers y ponga otro caballero. Y aunque hay cartas de hombres que dicen se lo han oído a él, téngolo por tan buen caballero que no puedo creer dél una monstruosidad tan grande como quitar a quien ha servido como Sancho de Ávila y de quien él aquí puede recibir tanto servicio y buena compañía [...] Vm. me la hará la merced en hablar a S. M. en esta materia de mi parte, diciéndole que, si es verdad que el duque ha tratado desto o si viniere a tratar, suplico a S. M. no

³⁵⁴ Sancho Dávila a Juan de Alboroz, en Amberes, 30 de octubre de 1573. ADA, C33/105.

consienta que tal materia se menee, siendo Sancho de Ávila con muy muchas más cualidades de las que yo podría decir a S. M. y muy muchos servicios muy relevados que le tiene hechos, y que bastara, cuando no hubiera hecho otro que la rota de Dalem, para que no solamente S. M. no consintiese que su honra se anduviese poniendo en balanzas, pero para hacerle merced como yo se lo tengo suplicado y se lo torno a suplicar [...]³⁵⁵.

A Sancho Dávila le hubiera gustado, sin duda, volver con él a España. Ya entonces, en 1571, tras haber quedado viudo y tratando de evitar ser un problema para el duque, había expresado su deseo de regresar a Ávila para atender a sus negocios³⁵⁶. Ahora lo solicitó de nuevo, pero no obtuvo respuesta alguna y quedó en Amberes, expectante como todos, ante la llegada de don Luis de Requesens y Zúñiga, comendador mayor de Castilla, nombrado gobernador.

³⁵⁵ El duque de Alba a Gabriel de Zayas, en Bruselas, 7 de junio de 1571. CODOIN, XXX, p. 451-452.

³⁵⁶ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en la ciudadela de Amberes, 11 de octubre de 1571. ADA, C33/52.



6. LA VICTORIA DE MOCK Y EL MOTÍN DE AMBERES



Institución Gran Duque de Alba

Don Luis de Requesens y Zúñiga era el segundo hijo de don Juan de Zúñiga y Avellaneda. Desde el año 1536 su padre había desempeñado en la Corte el oficio de ayo del príncipe Felipe y, por tal motivo, Luis de Requesens se crió con el futuro rey, se educó junto a él y fue su paje, su compañero y amigo durante la infancia y la juventud. Y, al igual que ocurriera con otros jóvenes de su entorno, había gozado desde muy joven del favor del rey y de honores cortesanos.

En 1546, a la muerte de su padre, cuando él no había cumplido aún los veinte años, Carlos V le nombró comendador mayor de Castilla de la Orden de Santiago. Desde entonces su vida estuvo ya ocupada siempre en el cumplimiento de importantes servicios en la Corte y en el desempeño de diferentes cargos en la guerra o en la diplomacia. En diversas ocasiones, a finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta, formó parte del cortejo que acompañaba al emperador en sus desplazamientos por el Imperio; estuvo presente junto a él en el sitio de Metz y en los años siguientes capitaneó en el Mediterráneo las cuatro galeras fletadas por la Orden de Santiago para enfrentarse a los turcos y a los corsarios berberiscos. En 1561 Felipe II lo envió a Roma como embajador ante el papa, donde dio pruebas, en el cumplimiento de dicha misión, de estar dotado de excelentes cualidades para el ejercicio de la diplomacia y la negociación. Y, después, en 1569, por su capacidad de mando y su experiencia marinera, lo nombró capitán general de la Mar y lo designó consejero para actuar al lado del joven Juan de Austria en la guerra de Las Alpujarras contra los moriscos y en el enfrentamiento con los turcos en el Mediterráneo. Tras la victoria de Lepanto, en 1572, fue nombrado gobernador de Milán y un año después, en 1573, Felipe II le encomendó el gobierno de los Países Bajos.

Tenía una larga trayectoria política y militar y el rey había pensado que era la persona idónea para relevar al duque de Alba. Muchos consejeros en la corte de Madrid no dudaban en achacar la situación de rebeldía generalizada a

que se había llegado en los Países Bajos al rigor con que había actuado el duque, a la insistencia de este en cobrar impuestos destinados a pagar tropas que los naturales consideraban extranjeras y a las insolencias y abusos de los soldados. Felipe II, apremiado por serias dificultades económicas, buscaba ahora mantener, al menos, la adhesión de los católicos del país, descontentos con las políticas del duque, y salvaguardar su legítima soberanía en todo el territorio por medio de la negociación. Por eso, encargó a Luis de Requesens, diplomático experimentado y hábil negociador, nombrado gobernador y capitán general, que, sin necesidad de interrumpir la intervención militar contra los rebeldes en las provincias de Holanda y Zelanda, tratara de llevar a cabo una política conciliadora para lograr la paz y evitar que se repitieran en aquellas tierras las calamidades y daños padecidos hasta entonces.

6.1. LA PÉRDIDA DE MIDDELBURG

Era una complicada misión. Habían transcurrido cinco años desde que las tropas españolas llegaron a los Países Bajos. Y, aunque había habido prolongados períodos de aparente tranquilidad, había habido también momentos de graves enfrentamientos. Y la represión, la guerra, el hambre y los saqueos habían generado mucho odio y habían dejado una profunda huella entre la población. Después de tanto tiempo, después de haber sucedido tantas cosas, no era fácil lograr la paz porque no era fácil lograr los objetivos políticos del rey: mantener la adhesión de los católicos y salvaguardar en aquel territorio su soberanía legítima.

Pero Luis de Requesens lo intentó todo una y otra vez a lo largo del año 1574. Reunió en Bruselas los Estados Generales para buscar posibles soluciones; cambió algunos ministros del Consejo y trató de refrenar y castigar los abusos de los soldados; restituyó los privilegios tradicionales; concedió indultos; suprimió oficialmente los impuestos creados por el duque de Alba; anuló el Tribunal de los Tumultos, remitiendo las causas en él pendientes a los fiscales de las antiguas audiencias; y prometió a los representantes de cada una de las provincias que serían gobernados como era costumbre hacerlo en tiempos de Carlos V³⁵⁷. No podía hacer mucho más. Pero no obtuvo más que fracasos. Los rebeldes de las provincias del Norte lo menospreciaron a él y despreciaron sus propuestas. Disponían de una fuerte armada, dominaban la mayor parte de la isla de Valckeren y demás tierras de Holanda y Zelanda, estaban a punto de rendir el castillo de Rameckin, plaza importante

³⁵⁷ Relación de cartas del comendador mayor de Castilla a Su Magestad, en Anvers, a 25 de enero de 1574. ACS, Estado, 557.

con que impedir el socorro de Middelburg y Ramua, y tenían gran número de partidarios en Frisia, en Güeldres y en Bramante. Además esperaban ayudas de Inglaterra, Escocia, Francia y Alemania, donde el conde Luis de Nassau se esforzaba de nuevo en reunir tropas con que apoyar la causa de Guillermo de Orange, para apoderarse por completo de Holanda y Zelanda y fortificar sus ciudades. Estaban envalentonados.



Middelburg, 1574 (*De leone Belgico...*, l. 77).

Cuando los rebeldes se apoderaron por fin del estratégico castillo de Rameckin y cerraron el paso a los navíos preparados para socorrer a la ciudad de Middelburg que, defendida por el coronel Mondragón y carente de todo sustento, estaba tratando de resistir para no rendirse a Guillermo de Orange, Luis de Requesens no tuvo más remedio que volver a la guerra. Y, paradójicamente, Sancho Dávila, hombre de don Fernando Álvarez de Toledo, adquirió entonces, en la época de la gobernación del comendador mayor, aún más protagonismo en los campos de batalla que en los tiempos del gobierno del duque de Alba.

En efecto, tras la marcha del duque, de su hijo Fadrique y del secretario Juan de Albornoz, Sancho Dávila había empezado a sentirse desprotegido y abandonado. Tal vez por eso, reaccionó reclamando nuevas mercedes por los servicios prestados al rey durante más de treinta años: licencia para ir a España, concesión de una encomienda o, al menos, la confirmación

del hábito de Santiago, la alcaidía del castillo de Milán o –si debía permanecer en Amberes– una renta perpetua por la tenencia de la ciudadela, aumento de sueldo y voz y voto en el ejercicio de la justicia y en el nombramiento de oficiales del gobierno de la ciudad³⁵⁸. Quizás buscara seguridad económica y cierta estabilidad, pero no obtuvo respuesta alguna a sus reivindicaciones. Sin embargo, no cambió por ello de actitud respecto a los años anteriores y siguió manifestando siempre su fidelidad al duque. No cayó, como tantos otros, en la tentación de criticar el pasado ni adular al nuevo gobernador con el propósito de mejorar su situación³⁵⁹. Siempre fue sincero y nunca ocultó su forma de pensar ni de sentir. Eso fue, sin duda, lo que le hizo merecedor de la confianza de don Luis de Requesens³⁶⁰.

Enseguida recibió el encargo de capitanejar una de las dos armadas que, para intentar retomar la iniciativa política y militar, se habían formado en Amberes. En principio no parecía que fuera él, como no lo había sido en ocasiones anteriores, la persona más indicada para dirigir una misión marítima, porque no se había formado en la mar, pero, para desgracia de la causa del rey, «a falta de hallar otro hombre» en aquellas tierras que tuviera más experiencia de la guerra en los canales³⁶¹, tal vez fuera la mejor opción. Porque «aunque no sea marinero, es muy cuerdo soldado y de mucho ánimo y ha ido ya algunas veces en estas armadas», explicaba el comendador mayor tratando de justificar el nombramiento³⁶².

Y Sancho Dávila salió de Amberes con cuarenta navíos, navegando por tercera vez río abajo por el Scalda, llevando hacia la ciudad cercada de Middelburg soldados de la coronelía de Alonso López Gallo y del tercio de Julián Romero. A pesar de algunas dificultades, pudo llegar hasta Vlissingen y empezó a intercambiar disparos de cañón con los enemigos, pero

³⁵⁸ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Hanamur, 23 de diciembre de 1573. ADA, C33/108.

³⁵⁹ El propio Sancho Dávila criticaba esa actitud tan generalizada en aquellos momentos entre los españoles que habían permanecido en los Países Bajos, y por otra parte tan humana, comentándolo irónicamente en una carta dirigida a Juan de Albornoz: «[...] todavía digo que acá an quedado tantos amigos que si hallan escotaduras las buscarán porque cada uno piensa congratularse con poner defecto en todo lo pasado, más presto conocerá el señor comendador mayor la verdad y bellaquería en todos los más géneros de negocios que trataré». Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 14 de enero de 1574. ADA, C33/109.

³⁶⁰ «El señor comendador mayor me hace mucha merçed y casi conosco que tiene voluntad de haçer más en lo secreto si no que le debe de parecer que debe de aver muchos que me quieren mal, muestra asta ahora tener en gran beneraçion las cosas del duque, mi señor». Ídem.

³⁶¹ Don Luis de Requesens a Francisco Montes de Oca, gobernador de Mastrique, enero de 1574. AGS, Estado, 557/57.

³⁶² Ídem.

inmediatamente recibió orden de retirarse porque la otra armada, con base en Bergen, mandada por monsieur Beauvoir, había sido derrotada. El último esfuerzo por salvar aquella ciudad había fracasado. No se pudo romper el cerco, se perdieron muchos navíos de la armada real y quedó frustrado el intento de socorrer a los sitiados. A mediados de febrero de 1574, Middelburg y Ramua cayeron en poder de los rebeldes, que se hicieron dueños del mar y de toda la provincia de Zelanda. El territorio de las provincias del Norte, a excepción de la ciudad de Torgoes³⁶³, se había perdido para Felipe II.

A su regreso, Sancho Dávila logró evitar una emboscada y llegar a Amberes con algunos de los barcos que se pudieron salvar. Después participó aún en el fracasado intento de recuperar Leiden, también sin éxito, pero consiguió apoderarse, junto con otros capitanes, de Zierickzee, en Duiveland, dirigiendo una expedición a través del canal desde San Philipsisland, y más tarde, en el mes de abril, obtuvo la gran victoria de Mock, en las riberas del Mosa, derrotando con ocho compañías de caballos al ejército de Luis de Nassau, que de nuevo había intentado invadir los Estados de Flandes por el Sur para acudir en apoyo de los rebeldes.

6.2. LA VICTORIA DE MOCK

En efecto, el día 19 de febrero de 1574, en el rigor de aquel invierno especialmente duro, llegó el conde Luis de Nassau a la frontera de los Países Bajos procedente de Alemania. Venía previsiblemente para unir sus tropas a las de su hermano Guillermo de Orange con el propósito inicial de distraer la atención del ejército real que asediaba a la ciudad de Leiden. Le acompañaban «dos hermanos suyos y dos hijos del elector palatino y otros muchos señores y caballeros principales de Alemania, sus confederados, todos herejes como él»³⁶⁴. Traía «un gran golpe de infantería y caballería», unos tres mil caballos y siete u ocho mil infantes, y acampó cerca de Maastricht, junto al Mosa³⁶⁵.

Luis de Requesens sabía desde tiempo atrás que Luis de Nassau estaba haciendo levas de soldados en Alemania, pero, a pesar de todo, le conturbó la prontitud de su llegada, en pleno invierno. Sospechaba que el conde pretendía sorprender a los españoles en Brabante, en el corazón de aquel país, cogerlos desprevenidos, estando como estaban tan preocupados por el estado

³⁶³ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 672; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 163-164.

³⁶⁴ Relación de la rotta que se dio al conde Ludovico de Nasao y a los que le seguían a 14 de abril de 1574. AGS, Estado, 557.

³⁶⁵ Relación de cartas del comendador mayor a S. M., en Anvers, 23 de marzo de 1574. AGS, Estado, 557.

de su armada y por el enfrentamiento en el mar y en los canales, y provocar de ese modo el levantamiento definitivo de sus partidarios, que creía que eran muchos, en las tierras del interior. Tal vez por eso llegaron aparentemente con cierta precipitación, sin apenas «artillería ni bagajes ni carros ni otros impedimentos y aun con pocas armas»³⁶⁶. Pero pronto se pudo comprobar cómo paulatinamente durante todo el mes de marzo fueron llegando las armas, los cañones y las vituallas y se iban sumando más soldados.

Aquella nueva amenaza de invasión procedente de Alemania hacía que la situación del comendador mayor se tornara cada vez más angustiosa. Acababa de perder la importante ciudad de Middelburg, Guillermo de Orange aparecía como dueño y señor de las provincias del Norte y, si Luis de Nassau se apoderaba de Brabante, controlaría el puerto, el trato y el comercio de Amberes y se acabaría para los españoles toda posibilidad de disponer de dinero y de municiones. Por lo demás, estaba ya convencido de que en aquellos momentos no podía derrotar ni en el mar ni en los canales a la armada de los rebeldes y, lo que era aún más grave, de que, para poder mantener el control del resto del territorio, tenía que tener repartidos en presidios y castillos de un gran número de ciudades a la mayor parte de sus soldados porque, según sus palabras, había que tener «más cuidado de los enemigos de dentro de casa que de los que venían de fuera en campaña»³⁶⁷.

Para colmo de males, estaba, como siempre había estado el duque de Alba y siempre estaría él, lleno de deudas y falto de dinero. «Se hallaba –decía– sin forma de juntar fuerzas ni dinero para poder sacar de los presidios y plazas tanta gente como en ellos está empeñada»³⁶⁸.

Tenía, pues, serias dificultades para concentrar las tropas y formar un ejército que fuera capaz de repeler la invasión. Pero tomó la decisión de hacer frente de inmediato a Luis de Nassau y envió contra él, para vigilar y controlar sus movimientos, a trescientos arcabuceros españoles, seiscientos soldados valones y cuatrocientos caballos puestos todos bajo el mando de Sancho Dávila.

Sancho Dávila, era, sin duda, un capitán experimentado. Con tan escasas tropas logró, a base de escaramuzas, dominar los vados, apoderarse de los puentes y de las barcas de las riberas e impedir el paso del Mosa al ejército de Luis de Nassau. Y, mientras tanto, preparaba la artillería, las municiones, vituallas y bagajes a la espera de refuerzos. En una encamisada, en que participó de forma destacada la compañía del alférez Juan del Águila³⁶⁹, sus

³⁶⁶ Idem.

³⁶⁷ Idem.

³⁶⁸ Puntos de cartas del comendador mayor a S. Mag., en Anvers, 13 de enero, 1574. AGS, Estado, 557.

³⁶⁹ D. Juan del Águila era un hidalgo abulense, cuarto hijo de don Miguel del Águila, señor de Villaviciosa, que más tarde llegaría a ser maestre de campo del ejército de Flandes en tiempos

soldados lograron dar muerte a quinientos o seiscientos enemigos y a un buen número de caballos. El propio Sancho Dávila se lo contaba por carta al duque de Alba:

Estando tan vecinos como estavan desta villa (Mastrique) y porque entendiesen que avía quedado aqui algún criado de V. E.[¶], acordamos de una noche dalles una encamisada en un lugar que se llama Mosse, que está tres quartas de legua desta villa, donde tenían aloxadas nueve banderas y alguna caballería y a los 18 deste se la dimos. Matáronselos más de quattrocientos hombres y desbarrigáronseles muchos caballos [...]¹⁷⁰.

Tras ella, Luis de Nassau se fortificó en Jalquemon y Golpen, donde sus tropas, según se quejaba el comendador, eran

[...] proveydas de lo que han menester del paýs de Lieja y del de Cleves y Aquisgrano y de otros vecinos y aún de algunos súbditos de vuestra magestad, que unos les proveen por la affición que les tienen y otros porque anda entre ellos mucho dinero y de miedo que no les quemen sus casas¹⁷¹.

Sancho Dávila le siguió a distancia, sin perderle de vista, y, cuando consideró que había llegado la ocasión, escribió a Luis de Requesens pidiéndole refuerzos para organizar el ataque y licencia para «yr a pelear con los enemigos con la esperanza de romperlos»¹⁷² antes de que se les sumara más gente de la que esperaban que viniera de Francia y Alemania.

Era una decisión arriesgada porque, si «ocurría cualquier desgracia», si fracasaba el ataque, los enemigos pasarían el río y se apoderarían de todo el Brabante. La derrota tendría consecuencias desastrosas para la causa del rey. Pero, seguro de obtener la victoria, confiando en sus fuerzas, el comendador mayor reclutó más soldados alemanes y valones y sacó tropas de infantería, caballería y herreruelos de las guarniciones de Bruselas, Tilemont, Ruremunda, Lovaina y otras ciudades y mandó a sus capitanes ponerse a las órdenes de Sancho Dávila. Sumaban en total seis mil soldados de infantería y ochocientos de caballería. Eran sus capitanes el coronel Mondragón, que tan heroicamente había defendido Middelburg, con sus regimientos valones; el coronel Alonso López Gallo, el cuñado de Sancho Dávila; Francisco Montes de Oca, gobernador

del gobierno de Alejandro Farnesio. MERINO ÁLVAREZ, Abelardo. *La sociedad abulense...*, op. cit., p. 64ss.

¹⁷⁰ Sancho Dávila al duque de Alba, en Mastrique, 26 de marzo de 1574. ADA, C33/110.

¹⁷¹ Descifrada del comendador mayor de Castilla a Su Magestad, en Bruselas, 9 de abril de 1574. AGS, Estado, 557/113.

¹⁷² Ídem.

de Maastricht³⁷³; Juan Bautista del Monte; Juan Osorio de Ulloa; el barón de Chereau; monsieur de Hierge, gobernador del ducado de Güeldres; don Bernardino de Mendoza, que mandaba la caballería ligera³⁷⁴; don Gonzalo de Bracamonte, que había venido con su tercio desde Holanda, y el maestre de campo don Fernando de Toledo que, aunque faltó de salud para el servicio, había acudido por propia iniciativa. Don Luis de Requesens se trasladó a Amberes para permanecer en la retaguardia, acompañado de Chapín Vitelli, el maestre de campo general. Y a principios de abril, reunido el ejército y vigilados los diques y vados del río, Sancho Dávila pasó el Mosa con sus tropas por un puente de barcas para enfrentarse al enemigo³⁷⁵.

A los pocos días descubrieron al ejército de Luis de Nassau, que quería acampar en las cercanías de Mock, lugar del duque de Cleves, y se iniciaron las primeras escaramuzas. El día 14 de abril se produjo la batalla.

Cabrera de Córdoba, que conocía sin duda los textos de don Bernardino de Mendoza, testigo presencial de los hechos, describe en su crónica la disposición de los ejércitos³⁷⁶. Las veinticinco banderas de soldados españoles se distribuyeron «en cuatro escuadrones de picas y arcabucería, siguiendo uno a otro, por la estrechura del sitio, guiados por el maestre de campo don Fernando de Toledo y por don Gonzalo de Bracamonte». Tenían «a su diestra el dique del río. Y en los prados que había desde el dique hasta el agua iba el coronel Mondragón con sus dieciséis banderas en un escuadrón». Los cuatro escuadrones estaban formados por «cuatro mil infantes, con la arcabucería valona que había quedado en guardia de algunos pasos». A la izquierda estaban «los herreruelos y caballos ligeros en cuatro escuadrones, y las lanças» en tres, todos dispuestos en forma de media luna, «por haber de estar guarneidos con dos mangas grandes de arcabucería, con orden de» convertirse «en vanguardia cualquiera escuadrón de los cuernos, donde viniese a atacar el enemigo. Pegada a la manga izquierda de la arcabucería estaba la corneta de Schenck, de doscientos raytres, y sobre la diestra tres cornetas, que tenían 170 lanças», y detrás otra de 115... y «ordenóse que de cada escuadrón saliesen 25 para que al tiempo de cerrar embistiesen por el costado del enemigo, con que se formaba una como manguilla, aprendido del duque de Alba [...]».

³⁷³ Sancho Dávila dice de él que «sirve y gobierna tan bien y con tanto cuidado y solicitud quanto jamás yo he visto soldado, que cierto Su Merced no le pagaría con darle esta villa». *Sancho Dávila al duque de Alba, en Mastrique, 26 de marzo de 1574*. ADA, C33/110.

³⁷⁴ Igualmente Sancho Dávila se deshace en elogios hacia don Bernardino de Mendoza: e «aseguro a V. E.^a –dice al duque de Alba– que asiste con tanto cuidado y tan buen entendimiento a servir que yo no aría aquí ninguna falta [...]. Idem.

³⁷⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 675.

³⁷⁶ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 675-676; MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 240v-242r.

El ejército de Luis de Nassau tenía el Mosa al Mediodía y al Norte una pequeña montaña a tiro de cañón de Mock y, entre ellos, su caballería para pelear en número de 1.800 en cuatro escuadrones. A las espaldas tenía un gran escuadrón de infantería, de 25 banderas, en número de 6.000 soldados, la mayor parte arcabucería, arriamado casi a la aldea, y daba calor a 10 banderas que guardaban una alta trinchera en la frente della; y encima de la montañuela puso una manga de infantería gascona y armó una casa con arcabucería para que se rehiciesen y hiciesen pie los que fuesen rotos y desbaratados.

Sancho Dávila, pensando que era más ventajosa la posición de sus soldados, decidió atacar al enemigo. Y, «echa su oración a su usanza, como era costumbre de la nación española siempre que combatía en esquadrón, hincando las rodillas en tierra el espacio de un Paternoster y un Avemaría»³⁷⁷, los capitanes Montes de Oca, Benavides, Lorenzana, Pichichuelo, Francisco de Salazar y otros muchos dirigieron valientemente a sus soldados a la victoria, peleando en campo abierto «infantería con infantería y caballería con caballería, escuadrón con escuadrón», como si de la actuación de cada uno de ellos dependiera directamente la victoria o la derrota. Todos lucharon con denuedo. Y la victoria fue aplastante. Murieron más de 3.000 soldados del ejército rebelde, desaparecieron Luis y Enrique de Nassau, y los vencedores, sin apenas bajas, se apoderaron de treinta banderas, tres estandartes, todo el bagaje del ejército enemigo y gran cantidad de moneda francesa³⁷⁸.

Fue la de Mock una gran victoria. Luis de Nassau y sus capitanes habían planeado la batalla como buenos estrategas: habían colocado a su ejército en el lugar idóneo y habían distribuido la caballería, la artillería y la infantería de la forma adecuada para tener la ventaja del número y la posición al entrar en combate. Y se habían comportado como valientes caballeros, «peleando por sus personas como tales»³⁷⁹, hasta entregar su vida. Pero fueron derrotados. Los soldados de Sancho Dávila pelearon aquel día «con tan gran concierto y orden como se ha visto raras veces o ninguna en tales ocasiones», según contaba Bernardino de Mendoza, uno de los protagonista de la batalla,

[...] sin oírse voz de soldado que pidiese escaramuçando pólvora, picas ni caballería ni arcabucería, que es cosa muy ordinaria en qualquiera facción, atendiendo cada uno a combatir y guardar su lugar con tanto cuidado como si supiera de cierto que del hacerlo cada soldado de por sí era sólo con lo que se avía de ganar la jornada³⁸⁰.

³⁷⁷ MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 242r.

³⁷⁸ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 675-676.

³⁷⁹ MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 244v.

³⁸⁰ Idem, p. 245.



Batalla de Mock (*De leone Belgico...*, l. 78).

El mérito fue de todos, soldados y capitanes. Pero Bernardino de Mendoza lo atribuía especialmente a la intervención de Dios, a la dirección de Sancho Dávila y a la diligencia de Luis de Requesens:

Y eso fue de suerte que yo no podría decir otra cosa, sino sólo el aver sido particular disposición del que todo lo puede ordenar [...] para lo qual tomó por instrumento un soldado tan bueno y ejecutivo como Sancho Dávila y la mucha diligencia y cuidado que el comendador mayor puso en juntar la gente que lo vino a ejecutar por entender bien de quánta importancia era el romperse estos rebeldes¹⁸¹.

Fue la de Mock, en efecto, una gran victoria del ejército español, rotunda y definitiva, «de mucha importancia y de gran reputación para todos»¹⁸², una victoria que, «por ser en tal coyuntura –explicaba don Luis de Requesens al rey– se debe estimar en más que otras que al mundo habrán parecido mayores»¹⁸³. Su resultado venía a dibujar de nuevo un horizonte de esperanza. Había impedido la invasión y ocupación de Brabante, había evitado la conjunción del

¹⁸¹ Ibídem.

¹⁸² Sancho Dávila a Luis de Requesens, 14 de abril de 1574. ACS, Estado, 555/120.

¹⁸³ Luis de Requesens a Su Magestad, 17 de abril de 1574. ACS, Estado, 557/119.

ejército de Luis de Nassau con el ejército de Guillermo de Orange, aseguraba a Felipe II la posesión de los Estados de Flandes y significaba la posibilidad de establecer sobre nuevas bases las vías de solución de los problemas de la gobernabilidad de aquellas tierras. Ofrecía la oportunidad, decía el propio comendador mayor, de que «las cosas de estos Estados tomaran muy diferente término del que agora tenían»³⁸⁴.

Lógicamente el desenlace de la batalla produjo en España el natural alborozo: «Muy particular contentamiento se recibió en todos estos reinos con la buena nueva de la victoria que, por medio de Vm., fue Nuestro Señor servido de dar a Su Majestad contra esos sus rebeldes», informaba Gabriel de Zayas, secretario del rey, a Sancho Dávila³⁸⁵.

Especial satisfacción sintió el duque de Alba cuando supo la noticia. Y se alegró con ella de tal modo que inmediatamente escribió a Sancho Dávila para decirle que sentía la victoria como si hubiera sido un triunfo de su propio hijo, «como si las facciones que Vm. después que yo partí ha hecho, hubieran sido por mano de don Fadrique, porque yo nunca os tuve en otro lugar», para confesar su orgullo de que los capitanes que habían llevado a los soldados a la victoria habían servido todos con él, habían sido muchos de ellos hechura suya, porque «todos los que os hallásteis en la batalla de Mough, puedo decir que os he criado a mis pechos, especialmente vuesa merced, que ha tantos años que andamos juntos en este oficio [...]», y para reclamar parte de la gloria, hasta el punto de decir que recibía la enhorabuena por el éxito de Dávila sin ningún rubor, porque «a nadie –añadía– se le puede dar mejor que a mí»³⁸⁶.

El propio rey Felipe II, que mostraba abiertamente su agrado, escribió desde Aranjuez a Sancho Dávila felicitándole personalmente por la victoria:

[...] Aunque ha muchos días que tengo de vuestra persona noticia y satisfacción que vuestros servicios merecen, el último que me habéis hecho en la rota del conde Ludovico, que me lo escribió y envió a decir en particular el comendador mayor de Castilla, mi gobernador y capitán general en esos Estados, don Juan Osorio de Ulloa, me ha sido tan agradable, como la importancia dél lo requería, habiendo

³⁸⁴ Ídem.

³⁸⁵ Gabriel Zayas, secretario del Rey, a Sancho Dávila, en Madrid, 20 de mayo de 1574. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 173-174.

³⁸⁶ El duque de Alba a Sancho Dávila, en Madrid, a 31 de julio de 1574. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 176-177.

sucedido en tal coyuntura y en tanto beneficio de esos Estados, que he dado a Nuestro Señor las gracias que se deben y a vos os doy las que merecéis. Y en demostración de lo que lo he estimado, os he hecho la merced que entenderéis del dicho comendador mayor, encargándoos mucho hagáis siempre lo que él os ordenare de mi parte, con la voluntad, cuidado y diligencia que hasta aquí, que de aquello seré yo muy servido³⁸⁷.

La merced que el rey prometía a Sancho Dávila era darle en propiedad el oficio de castellano de Amberes, que estaba ejerciendo de forma interina desde años atrás. Así se lo comunicó al comendador mayor. Pero, una vez más, por razones políticas, «por respeto a la pretensión que tienen los de Brabante en este caso de no dar oficios a extranjeros», Felipe II explica a don Luis de Requesens que no le parecía bien «despacharle este título» por escrito de forma oficial y le pide que comunique a Dávila de palabra el nombramiento y le recomienda que «lo calle hasta su tiempo»³⁸⁸, es decir, hasta que hubiera un momento propicio para hacerlo. Añadía el rey que, además del castillo, tenía intención de hacerle merced también de dos mil florines de renta perpetua en bienes confiscados, pero que tampoco se había hecho el despacho de ellos porque, «estando tan malparados y habiendo sobre ellos tantas deudas y consignaciones forzosas, no sé –decía el rey– si habrá lugar donde quepan»³⁸⁹. «La renta –explica Felipe II en otra carta posterior– se le consignará cuando a los otros, a quienes hicimos semejantes mercedes en bienes confiscados y, entretanto, ordenaréis –dice al comendador mayor– que, si se le paga a los demás, se le pague a él también de la misma manera que a ellos»³⁹⁰.

Esa era, al fin y al cabo, la paga más común para tantos soldados como combatían en Flandes: promesas para el futuro. Poco más que eso, la gloria, el honor y... las promesas. Según el propio rey, Sancho Dávila, el héroe de la batalla de Mock, no sólo supo comprender aquella decisión sino que tuvo en gran estima las promesas y supo agradecerlas³⁹¹. Posiblemente. Y tal vez sintieran lo mismo sus descendientes. Muchos años después uno de ellos, Jerónimo

³⁸⁷ Felipe II a Sancho Dávila, en Aranjuez, 12 de mayo de 1574. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 173.

³⁸⁸ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 174.

³⁸⁹ *Idem.*

³⁹⁰ Felipe II a Luis de Requesens, en Madrid, 10 de agosto de 1574. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 175.

³⁹¹ Felipe II a Luis de Requesens, en Madrid, 10 de agosto de 1574. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 175.



SANCIUS AVILA, ARCIS ANTVERPIANÆ PRÆ-
FECTVS, MOKENSIS EXPEDITIONIS DVX.
Iacobus Neefs fecit.

Vitus Cribbiori excudit.



Retrato de Sancho Dávila, vencedor de Mock (Jacobus Neefs, 1640).

Dávila y San Vítores, comentaba orgulloso la actuación de su antepasado y proclamaba a los cuatro vientos sus virtudes. Sancho Dávila, escribía, se mostró en la batalla como un consumado capitán y dio muestras de

[...] gran valor en procurarla, prudencia y maestría de guerra en la disposición de su gente, supliendo con infantería la falta de caballería, y deteniendo a los soldados en el alocamiento que avían ganado, hasta que también estuviese deshecha la caballería enemiga; suma presteza en acudir a todas partes, piedad con los rendidos, no permitiendo los degollasen; circunstancias todas que en pocas ocasiones se han visto juntas, y atendidas, y que le acreditaron en todas las naciones por fiel, zeloso y ejecutivo en lo que estaba a su cargo, no de menos monta que la defensa de la religión y dominios de su rey¹⁹².

Sin duda, a Sancho Dávila le hubiera gustado leer tan bellas palabras escritas sobre él tantos siglos después. Así como todos los panegíricos que se escribieron tras su muerte. Tal vez ese era el único premio: la gloria, la fama, el honor..., el reconocimiento de su esfuerzo y de su valor, el reconocimiento de la *virtus*, que él tanto estimaba. Pero en aquellos momentos, después de tantos retrasos en las pagas y de varias promesas incumplidas, siguiendo el consejo del duque de Alba –«según están las cosas, es mejor tomar lo que se da y pleitear después por el cumplimiento»¹⁹³–, tuvo que empezar a pedir confirmación escrita de las mercedes que con tal ocasión le había concedido el rey¹⁹⁴ para poder vivir de su soldada. Pero, a pesar de sus peticiones, los dos mil florines prometidos ni los cobró él¹⁹⁵ ni los cobró su hijo Hernando ni ninguno de sus

¹⁹² DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 123.

¹⁹³ *El duque de Alba a Sancho Dávila*, en Madrid, a 31 de julio de 1574. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 176-177.

¹⁹⁴ *Certificación de Domingo de Zabala, secretario de don Luis de Requesens, en Amberes a 24 de enero de 1575*. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 175-176.

¹⁹⁵ Si no logró cobrarlos Sancho Dávila en vida, más difícil sería que los cobrara su hijo. Lo demuestra la carta que escribe Felipe II a Alejandro Farnesio, entonces gobernador de los Países Bajos, en 9 de julio de 1590:

«Don Hernando Dávila, hijo heredero de Sancho Dávila, difunto, me ha representado que el año pasado de setenta y cuatro hize merced al dicho su padre de dos mil florines de renta perpetua en cada un año en bienes confiscados en esos Estados y que nunca se le consignaron ni pagó nada de los corridos dellos, suplicándome fuese servido consignárselos en parte donde pueda gozarlos y mandarle satisfacción de lo corrido ó otra equivalencia por todo ello. Y yo he querido remitíroslo allá y encargaros, como lo hago, para que, pues sabéis la razón que ay, al dicho don Hernando se le dé la satisfacción que fuere justo por lo bien que me sirvió su padre, veáis la forma que podrá aver para dársela en lo de la renta que pretende en los mismos bienes confiscados donde fue mi voluntad consignarle los dichos dos mil florines, que a él se le a respondido que acuda allá a procurarlo. Y así holgaré mucho de todo lo que en esto en su favor hiziéredes [...].» DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 130.

descendientes hasta que en el reinado de Carlos II, más de cien años después, el duque de Medinaceli, que se encontraba al frente del gobierno de la Monarquía, mandó asentarlo en las medias anatas de juros del mayorazgo que fundó el propio Sancho Dávila al final de su vida¹⁹⁶.

En cuanto a la importancia objetiva de aquella acción de guerra, sin duda fue la de Mock una gran victoria. Era evidente. Parecía venir a garantizar la fidelidad de las provincias meridionales de los Países Bajos a Felipe II y dejaba prácticamente sin defensa a las provincias del Norte. Todos lo veían así. Permitía a Luis de Requesens seguir acosando a los rebeldes e intentar de nuevo recuperar las tierras y las ciudades perdidas de Holanda así como acelerar los trámites administrativos para publicar, por fin, el tan anunciado perdón general que tantas esperanzas generaba. Pero, para desgracia suya y de la causa que defendía, no pudo aprovechar las oportunidades que parecían vislumbrarse tras la consecución de la victoria. Aquella misma noche, pocas horas después de la batalla, las tropas vencedoras, entre las que había soldados flamencos, alemanes y españoles, sobre todo españoles, decididas a cumplir las amenazas tantas veces repetidas, empezaron a juntarse sin hacer caso de las órdenes de sus capitanes y dos días después se amotinaron por falta de pagas, echando a perder todo lo ganado en el campo de batalla y poniendo en peligro el proceso de pacificación puesto en marcha por el gobernador¹⁹⁷.

6.3. EL MOTÍN DE LAS TROPAS ESPAÑOLAS

Luis de Requesens comprendía perfectamente las razones que aducían las tropas españolas para quejarse: se les debían no menos de treinta y siete pagas. El problema era que él no tenía dinero para satisfacer la deuda. Ni lo había recibido del rey de España ni de los Estados de los Países Bajos ni había logrado que se lo prestaran los mercaderes de Amberes a quienes había acudido en busca de numerario. Estaba convencido de que el verdadero camino para conseguirlo de unos y de otros y solucionar el problema era que los soldados continuaran «con orden y obediencia el servicio» que prestaban y trataran de «executar la victoria, porque, si desta manera se redujeran los rebeldes a su obediencia y a la del rey», encontraría, sin duda, «ayuda en los Estados para pagar la gente de guerra»¹⁹⁸. El camino, en definitiva, era la pacificación. Pero el motín había venido a frustrar esa

¹⁹⁶ Idem, p. 132-133.

¹⁹⁷ MARTINEZ RUIZ, Enrique. «El gran motín de 1574 en la coyuntura flamenca». En: *Miscelánea de Estudios dedicados al profesor Marín Ocete*. Granada: Universidad : Caja de Ahorros y Monte de Piedad, 1974, p. 637-659.

¹⁹⁸ Copia de carta... AGS, Estado, 557/127.

posibilidad. Y, a falta de dinero, sólo podía ofrecer a los soldados el compromiso de su persona, su propia palabra, que presumía haber cumplido siempre, y su reputación y la promesa de pagarles lo más pronto posible, de no dejar que creciera más la deuda y de enviarles, mientras tanto, «un socorro y algún paño y seda que queda en Anvers de los asientos pasados, con que puedan vestirse»³⁹⁹. Sólo eso. Y, por eso, el motín no se apagó y siguió adelante.

Sancho Dávila se encontró entonces en una situación difícil y comprometida: eran sus soldados, aquellos a quienes tanto alababa, aquellos que tan bien se habían batido en el campo de batalla frente al enemigo y a quienes había conducido a la victoria, los que se habían amotinado. Él conocía mejor que nadie sus problemas y su necesidad y comprendía perfectamente su malestar y su inquietud. Tal vez compartiera sus reivindicaciones, pero no podía compartir sus métodos y de ningún modo podía consentir que se amotinaran.

Por eso, desde el principio, por propia iniciativa, intentó contener y aquietar a la gente con la ayuda de los maestres de campo Hernando de Toledo y Gonzalo de Bracamonte. Habló a los soldados reunidos en Grave de la gloria que habían conseguido en la batalla y también del deshonor y vergüenza del motín; les ofreció, por indicación de Requesens, el pago de parte de la deuda para remediar sus necesidades más urgentes y les prometió que, si se retractaban, les perdonaría su error. Pero no consiguió nada. Y los amotinados, a quienes se unieron soldados del tercio de Sicilia, hasta sumar entre todos unos cinco mil hombres, desobedecieron a sus capitanes, nombraron a sus propios oficiales y estos a su jefe o electo y decidieron dirigirse a la ciudad de Amberes a reclamar el pago íntegro de su deuda o, si no se les pagaba, a cobrarse ellos por sí mismos de los vecinos de la ciudad.

Sancho Dávila era el castellano de Amberes, el jefe de la guarnición de su fortaleza, que en teoría había sido construida y guarneída para proteger a la ciudad de ataques exteriores. Por tanto, Sancho Dávila hubiera debido hacer lo imposible para impedir la entrada de los soldados amotinados. E intentó hacerlo, pero no pudo. Inmediatamente, tras comprobar la obcecación de los amotinados, dio aviso del problema al comendador mayor, que se hallaba en Bruselas, donde había convocado a los Estados Generales para la publicación del perdón. Le pedía al mismo tiempo que hiciese todas las gestiones necesarias para «proveer con brevedad» dinero con que «acomodarlos»; le prevenía de que, si no lo conseguía y los amotinados persistían en su resolución de entrar en Amberes, él no sabía cómo «se les pudiese estorbar la entrada sin grandes ynconvenientes» y le confesaba su

³⁹⁹ Ídem.

sospecha de que los soldados de la guarnición del castillo, aunque no les abrieran sus puertas, no les impedirían la entrada en la ciudad⁴⁰⁰. Seguidamente abandonó la región de Maastricht, donde se había iniciado el motín, y marchó a Amberes a organizar la ciudadela.

En aquellos momentos la opción prioritaria era evitar la entrada de los amotinados en la ciudad. Todos estaban de acuerdo. Sancho Dávila, que conocía a los soldados, pensaba, sin embargo, que, si no se les pagaba y persistían en su actitud, sería imposible evitar que entraran y, en ese caso, lo mejor sería negociar con ellos y ofrecerles alojamiento en la ciudad para tratar en ella los problemas planteados, a pesar de los daños y las molestias que, como consecuencia de ello, tuvieran que sufrir los ciudadanos⁴⁰¹.

En aquellas circunstancias, en medio del pánico que empezaban a sentir los habitantes de Amberes y que enervaba sus ánimos, aquellas declaraciones reflejaban una actitud que, cuando menos, resultaba ambigua y, para muchos, parecía sospechosa de connivencia con los amotinados, como la de otros capitanes españoles. Y no sólo para los vecinos y comerciantes de Amberes: «Estoy sospechoso –decía al respecto Luis de Requesens, refiriéndose a los capitanes– que

[...] aun todos estos tienen harta culpa en él [el motín] y que lo pudieran haber estorvado y parésceme que estos y aun los españoles más principales huelgan dello o, a lo menos, les paresce que no an tenido sin razón⁴⁰²».

No parece que el comendador mayor quisiera incluir a Sancho Dávila entre los sospechosos. «Él es tan buen caballero –decía este refiriéndose a Requesens– que él no dará culpa a quien no la tubiese»⁴⁰³. Y Sancho no se sentía culpable. En ningún modo. No era un ignorante ni un atolondrado ni un advenedizo ni alguien que tratara de sacar provecho personal de aquel problema. Al contrario. Su fidelidad a la causa del rey estaba garantizada aun a costa de su sacrificio personal. Eso sí lo sabía el comendador y estaba seguro de ello. Por eso respetaba al castellano. Y, al fin y al cabo, era la suya una actitud razonable, posiblemente la más inteligente de cuantas se atrevieron a contemplar algún tipo de solución al problema. Porque, tal vez, lo que de verdad pretendiera Sancho Dávila, aun a riesgo de parecer sospechoso de favorecer el motín, era controlar la situación sin enfrentarse a sus soldados, impedir que estos se enfrentaran con otros soldados del rey

⁴⁰⁰ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 26 de abril de 1574. ADA C 33/114.

⁴⁰¹ Ídem.

⁴⁰² Copia de carta... AGS, Estado, 557/127.

⁴⁰³ Ídem.

o con los habitantes de Amberes, evitar, en último extremo, el saqueo de la ciudad. Y, en definitiva, su actuación a lo largo del proceso fue impecable y resultó ser un acierto.

No todos lo comprendieron. Y hubo problemas. Federico Perrenot, señor de Champagni, gobernador de Amberes, avisado de la posible llegada de los amotinados, se aprestó a defender la ciudad con las seis banderas de soldados valones y tudescos que estaban en ella de guarnición, mandó cerrar todas las puertas de la muralla e impedir la entrada a todo soldado que viniera del exterior y advirtió a los dos burgomaestres y al superintendente de la Cámara de Cuentas que tuviesen preparadas y en orden a las gentes de las cofradías y gremios para organizar la defensa «cuando fuera menester»⁴⁰⁴. El día 22 de abril, ocho días después de la victoria de Mock, llegó Sancho Dávila a Amberes, a la puerta de San Jorge, procedente del campo con una compañía de arcabuceros a caballo. Los guardias de la ciudad, que estaban allí comisionados por el gobernador, le permitían entrar a él con sus criados, «pero no a la gente de guerra» si no traían licencia del señor de Champagni. Sancho Dávila mostró su indignación, se negó a pasar sin los soldados y, para resolver el conflicto, los guardias mandaron aviso al gobernador, que finalmente dio su conformidad siempre que aquellos demostraran traer permiso del comendador mayor.

Pero, cuando llegó el recado a la puerta de San Jorge, ya Sancho Dávila había entrado con toda su compañía en el castillo por otra de las puertas de la villa y, sin decir nada al gobernador, permitió después entrar en la ciudad por el castillo a todos los arcabuceros a caballo, «los cuales anduvieron por los barrios de la villa que bien les pareció, tocando las trompetas y arrastrando las banderas que habían ganado en la rota de Moquem»⁴⁰⁵. Con actitud desafiante, amenazaban que aquella noche o a la mañana siguiente llegarían otros cinco mil españoles decididos a entrar y a quedarse allí hasta que se les pagara y, «si se les estorvava, que se apoderaría de las vituallas de la comarca, sin dejar entrar ni salir persona ni cosa alguna de la villa»⁴⁰⁶.

Fue, sin duda, una demostración de fuerza innecesaria. Venía a reflejar la existencia de un enfrentamiento patente entre el gobernador de la ciudad y el gobernador del castillo. Y este aquel día se permitió un desahogo. A partir de entonces Sancho Dávila se negó a recibir a los emisarios del gobernador Champagni y a entrevistarse personalmente con él, a pesar de las peticiones de este, porque desde tiempo atrás le consideraba enemigo de los españoles, vendido a los intereses de los rebeldes.

⁴⁰⁴ Relación de lo que pasó... AGS, 557.

⁴⁰⁵ Idem.

⁴⁰⁶ Idem.

Ante la gravedad de la situación, y aunque el motín se propagaba cada día entre los soldados españoles que servían en otras tierras, el comendador mayor abandonó la ciudad de Bruselas, donde se encontraba, y marchó a Amberes a toda velocidad. Hizo oídos sordos al enfrentamiento entre Sancho Dávila y Champagni⁴⁰⁷: para este, el castellano español apoyaba, sin duda, a los amotinados y les facilitaría la entrada por el castillo; para Sancho, el gobernador estaba vendido a los rebeldes y desde tiempo atrás facilitaba la estancia de estos en la ciudad. Don Luis de Requesens no quiso reparar ni insistir en un problema que podría acabar agravando más aún la situación. E inmediatamente quiso intensificar el proceso de negociación y apaciguamiento de las tropas españolas. A tal fin, siguió sirviéndose de Sancho Dávila para hacer funciones de mediación entre él mismo y los amotinados, acampados en el camino entre Mock y la ciudad de Amberes. En los días siguientes la vida del castellano no fue más que un continuo ir y venir. Llevaba promesas y recibía negativas. Finalmente, el día 28 de abril, los amotinados le comunicaron su ultimátum: si a las nueve de la mañana del día siguiente no les había llevado respuesta puntual a sus peticiones de parte de su excelencia, el comendador mayor, en ese mismo instante ellos se pondrían en camino hacia la ciudad.

Así lo hicieron. Sancho Dávila salió a su encuentro con sus soldados y con soldados de la guardia del comendador mayor y, para evitar desórdenes, como había querido hacer desde que se inició el motín, los acompañó hasta la misma ciudad de Amberes donde esperaban ser recibidos por Requesens para negociar con él sus reivindicaciones. El propio Sancho Dávila da cuenta de su actuación:

El señor comendador mayor me embió a encontrar los soldados con una carta suya y para que los ablase de acuerdo y hiziese lo que pudiese por escusar la venida a esta villa. Yo les encontré caminando y les dije cómo les quería dar la carta y ablarles. Dixeron que aquel día no querían, que estaban repartidos, que me ablarían otro día a las nueve en un village allí cerca donde se juntarían. Y aquella misma noche, a las dos, caminaron la buelta de

⁴⁰⁷ Sancho Dávila no deja de mostrar cierto disgusto por el trato que Luis de Requesens dispensaba a Champagni y la frialdad con que en aquellos momentos le trataba a él. Y así se lo confiesa a Juan de Alboroz: «[...] es tan amigo de complacer a Champagni que, aún esotro día, quando vino de Bruselas, no le aviendo besado las manos, después de la jornada llegando a besárselas allí al pasaje donde se desembarcara, no me habló palabra sino sólo quitarse un poco el sombrero y entiendo que fue la causa que Champagni le enbió a decir cómo él entendía que benían los soldados amotinados a Amberes y que los soldados del castillo decían que les darían entrada [...].» *Sancho Dávila a Juan de Alboroz, en Amberes, 26 de abril de 1574*. ADA, C33/114.

Amberes y yo, como lo entendí, fui siguiéndolos y alcancélos en Burgosot. Escondieron al electo, que nunca quisieron que aparesciera para que yo le hablare. Así hice con el tercio de Flandes y parte del de Lombardía y tres compañías del de Sicilia que venían en la vanguardia que leyeron la carta y me oyeron, lo qual ellos hicieron por amistad y no por boluntad pues que, leída, dixerón que era menester viniese el tercio de Nápoles y el electo para responder y, aunque dixerón que estaba bien, empeçaron a levantar la voz que suele: ¡Amberes! ¡Amberes! y así caminaron hacia la puerta de Santiago y yo con ellos casi con deseo que me matasen por la burla y diciéndoles que juraría que ellos no entrarían en Amberes, sino que les harían mil pedaços y prometo que creí que se la defendieran porque yo avía avisado al señor comendador mayor con el teniente Falconeta para que pusiera el remedio que le pareciese así en la villa como en el castillo [...]⁴⁰⁸.

Llegados a Amberes, recorrieron el foso y empezaron a entrar en la ciudad por un portillo abierto entre la muralla y el castillo. Nadie les opuso resistencia, ni los españoles de la fortaleza, tan deseosos de cobrar sus pagas como los amotinados, ni los valones ni tudescos de la guarnición ordinaria de la ciudad, tal vez por miedo a tener que enfrentarse con los soldados de la fortaleza. El propio Luis de Requesens, que les esperaba en la plaza, comentaba que había visto con sus propios ojos cómo los soldados del castillo «estaban mirando la fiesta desde sus baluartes, como de ventana, sin que les tirasen ningún arcabuzazo ni pieça»⁴⁰⁹.

Pero Sancho Dávila justificó su actuación. Y cuenta:

{...} Con todo esto me dijo el señor comendador mayor que cómo el castillo no se lo defendía y les tiró; yo le digo que creía no les debían de aber tirado, visto que en la tierra no se lo defendían ni avía puesta gente para ello y que yo le avía dicho a S. E.^a que, aunque yo estuviese dentro y se lo mandase, los soldados de la ciudadela me parecía no querían tirar a los otros soldados españoles [...]⁴¹⁰.

Comenzaron entonces a inquietarse los habitantes de la ciudad y a tomar las armas y llegaron a formar algunas compañías de soldados valones. Pero Luis de Requesens, «viendo que, si pasasen adelante, los degollaran los españoles a todos y saquearan y pegaran fuego a la tierra»⁴¹¹, mandó a los vecinos de Amberes y a los soldados valones y tudescos de la guarnición ordinaria de la ciudad que se retirasen y depusieran las armas y se quedaran en sus casas

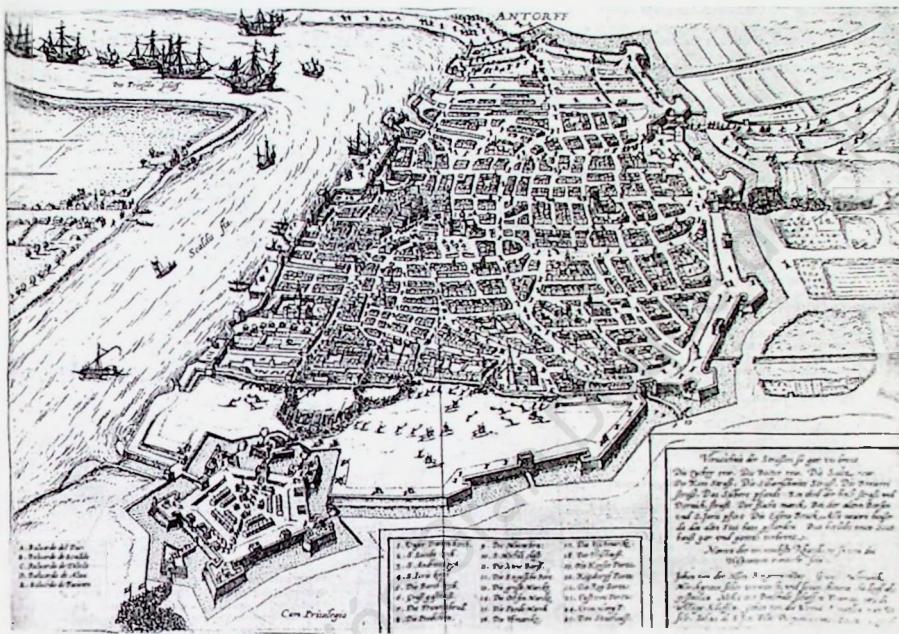
⁴⁰⁸ Sancho Dávila a Juan de Alboroz, en Amberes, 26 de abril de 1574. ADA, C33/114.

⁴⁰⁹ AGS, Estado, 557/123.

⁴¹⁰ Sancho Dávila a Juan de Alboroz, en Amberes, 26 de abril de 1574. ADA, C33/114.

⁴¹¹ AGS, Estado, 557/123.

sin provocar alteración alguna mientras él trataba de negociar directamente con los amotinados. El pueblo se aquietó y Luis de Requesens intentó efectivamente hablar con los soldados españoles en la plaza, «delante del castillo, donde todos los amotinados se habían puesto en escuadrón»⁴¹².



Amberes, con la ciudadela en primer plano (De leone Belgico..., I. 90).

Pero no le escucharon. Una vez formados, sin hacer caso a las órdenes del comendador, comenzaron a marchar con absoluta disciplina «sin hacer daño a nadie ni otro desorden alguno», abandonaron la plaza en que se encontraban y llegaron en formación por una calle muy ancha que llamaban *La Mera* hasta la plaza mayor de la ciudad. Y allí, formados de nuevo todos en escuadrón, mandados por el electo y sus consejeros se dispusieron a oír las propuestas de Requesens. En vano trató este de convencerles para que declinaran su actitud. A caballo ante ellos, les reprochó el daño que ocasionaban a la causa del rey, les emplazó para hacer las cuentas de lo que se debía a cada uno y les prometió pagarles si salían de la ciudad y permitían que con la pacificación del territorio pudiera llegar desde España el dinero que se necesitaba para hacerlo. Tampoco entonces obtuvo resultado alguno porque, como diría él después,

⁴¹² Idem.

«no me podían oír sino cincuenta o ciento de los que estuvieren más cerca»; los demás era imposible que lo hicieran por el murmullo y la distancia y, como no podían entender lo que decía, en el momento en que alguien gritaba un «no», todos le seguían y le coreaban y ya no había medio de hacerles entrar en razón ni siquiera de que quisieran seguir escuchándole⁴¹¹. Sólo consiguió que los amotinados prometieran no cometer ningún desmán en Amberes ni reclamar de la ciudad otra cosa que su alimento. Nada más.

Y los amotinados se quedaron alojados en la ciudad. Lo refería el propio Luis de Requesens:

Están alojados a discreción, aunque hasta agora no han comenzado a saquear ni a maltratar a nadie, fuera de comerles insolentemente sus haciendas, y ha llegado su vergüenza a términos que no sólo se han alojado en la villa, pero en el mismo quartel donde yo estoy y en las posadas de mis criados y gentiles hombres y frontero a la mía han puesto a su electo y a mi puerta echan cada hora cien bandos en su nombre y toda esta noche han pasado tocando arma y tirando arcabuzazos y dando gritos por sus pagas⁴¹⁴.

Requesens logró, no obstante, mantener una relativa calma y evitar todo enfrentamiento armado con la población. Incluso convenció a Champagni para que abandonara todo intento de oposición armada y saliera de la ciudad con sus soldados. Y es verdad que poco a poco los amotinados se sosegaron, se fueron calmado las voces y disminuyendo los disparos y llegaron a pedir formalmente a los burgomaestres y furrieles de la ciudad de Amberes que los alojaran con orden y les dieran sus boletas para no causar tanto daño. Pero con el paso del tiempo la situación se iba haciendo insostenible. El comendador mayor temía que acabaran saqueando la ciudad o que abandonaran sus banderas y se alistarán con el enemigo si este les pagaba. Y se mostraba cada vez más dispuesto a acceder a sus peticiones:

[...] en fin, para sacar a estos de aquí antes que suscedan más inconvenientes y los enemigos se aprovechen de tan ruin ocasión como estos bellacos les dan, se han de venir a perdonar y a pagarlos lo que quisieran⁴¹⁵.

Pero, para pagarles, debería Requesens hacer cuentas, saber cuántos eran en realidad y conocer a ciencia cierta las cantidades que se les adeudaban. Habló con ellos y, después de muchos intentos de negociación frustrados,

⁴¹¹ *El comendador mayor a Su Magestad, 21 de mayo de 1574. ACS, Estado, 557/144.*

⁴¹⁴ *ACS, Estado, 557/123.*

⁴¹⁵ *Ídem.*

llegaron al acuerdo de «dar la muestra y de tomar cinco pagas en ropa, con que todo lo demás de sus quentas se les diera en dinero»⁴¹⁶. Pero la muestra, la revista de las tropas, acarreó aún más problemas, más dificultades y dilaciones, soliviantó a los capitanes, sospechosos de haber estado falseando el número de soldados de cada compañía, y alteró de nuevo el ánimo de los amotinados. Cuando el comendador mayor y Sancho Dávila trataron de convencer a los soldados de la fortaleza de que, a cambio del perdón, se contentaran de momento con unas cuantas pagas, «ofreciéndoles el cumplimiento de las demás en un breve término, para que con esto dieran ejemplo a los otros», estos se negaron a traicionar los acuerdos de sus compañeros, se revolvieron contra Sancho Dávila, se rebelaron y comenzaron a tirar «algunas piezas de artillería y muchos arcabuzazos» hasta que el propio Sancho Dávila pudo lograr apaciguarlos.

En la ciudad, mientras tanto, el motín persistía, los electos se sucedían unos a otros, cada vez más radicalizados, continuamente aparecían carteles provocadores⁴¹⁷ y se echaban bandos a los amotinados y, cuando estos se alborotaban, que cada vez era con más frecuencia, disparaban sus arcabuces por calles y plazas. Empezaban a faltar las vituallas. Sólo concluyó cuando los propios habitantes de Amberes, cada vez más aterrorizados ante la actitud amenazadora de los soldados y tratando de librarse de males mayores, si las alteraciones continuaban, ofrecieron prestar, «por seys meses y con muy buen interés», doscientos mil escudos. Con ese dinero pudo Luis de Requesens hacer frente en parte al pago de las deudas. Y, una vez pagados, los soldados, tal y como habían prometido, volvieron a sus banderas. Habían estado casi dos meses amotinados.

6.4. LOS PROBLEMAS DE LA GUERRA EN EL MAR

Los soldados amotinados, tras abandonar Amberes, volvieron a integrarse en sus unidades al comenzar el verano de 1574 y Chapín Vitelli formó con ellos un pequeño ejército con el que marchó hacia Holanda para intentar hacer frente a la fuerza militar de los rebeldes, que se estaban recuperando

⁴¹⁶ AGS, Estado, 557/144.

⁴¹⁷ «Si la rrazón que tenemos para pedir nuestro sudor y trabajo se juntase con el derramamiento de sangre y la muerte de tantos amigos y buenos soldados, no sosegariamos ora ni momento en nuestras casas hasta alcançar aquello que con tanta hambre y frío emos ganado, suplicoos, señores, por la honrra que toca a tan buenos soldados no sean parte los ruynes (que ansí lo quiero dezir) a perturbar los coraçones de leones que en nuestra nación ha avido, porque, si lo que toca a nuestras personas con diligencia no lo sabemos solicitar con razon daremos que reýr de nuestras cosas y dirán que nuestro entendimiento y valor es nada, pues començamos cosa tan justa y de lanta razón y la dexamos. Aya gran justicia entre nosotros,

con presteza después de la batalla de Mock aprovechando el desorden provocado por el motín. Aquellos soldados, capaces de lo mejor y de lo peor, que habían prometido a Sancho Dávila, cuando este les recriminaba su actitud durante el motín, que, si el enemigo se rehacía, volverían al instante a sus banderas, pero que, mientras tanto, querían que se les pagase íntegramente lo que se les debía, volvían a estar de nuevo dispuestos para la guerra. El propio Luis de Requesens decía de ellos que eran «los mejores soldados» que había tenido nunca el rey y añadía que «no se ha visto jamás tal arcabucería y que con ellos se podría pelear con diez tantos»⁴¹⁸. Y una vez más volvieron a las provincias del Norte a luchar durante el tiempo que fuera necesario para intentar recuperar las ciudades que habían caído con anterioridad en manos de los rebeldes.

Pero paralelamente el comendador mayor decidió insistir, tal y como había prometido, en la vía de la pacificación. Y para ello, con el fin de aplacar los ánimos de los naturales del país, cada vez más exaltados y más humillados por los últimos acontecimientos, encargó a Sancho Dávila, por orden del rey⁴¹⁹, que

venga todo el mundo a la guardia, recójanse a los parlamentos, pidamos lo nuestro con discreción y seamos entendidos, pónganse seys soldados de guardia a cada puerta de la villa por saber quién entra y sale y, pues piezas de artillería de tierras y campaña ni granizo de arcabucería no perturbaron nuestros coraçones ni de nuestros antepasados, no nos lo enflaquezcan falsas promesas ni encarecidás amenazas, no piensen que an de hacer justicia secretamente con decir que no se sabrá, téngase gran quenta con todos y que passe la palabra porque se execute la misma pena en los oficiales y que miren que hagan los pactos como conviene a tal negocio, y que no salga hombre de la villa sin primero ver quién falta y cobrar lo suyo sin que falte blanca y que, a más de perder la vida, será reputado por traydor y rompedor del juramento que hizo, y pues la sangre nuestra y muerte de nuestros amigos nos consta a que demandemos lo nuestro todo, todo y, si no quieren todo, retodo. Y ojo a Julián y a Valdés para quando se ofrezca, pues sus obras lo merecen. Y tengamos gran quenta que nos an avisado que los alféreces llaman a sus posadas a los soldados de dos en dos y que los sobornan. Velemos y havramos los ojos. Y 37 pagas y más los servicios». *Relación de un cartel que fizieron los soldados españoles amotinados, en Anvers, 13 de mayo de 1574.* AGS, Estado, 557.

⁴¹⁸ AGS, Estado, 557/144.

⁴¹⁹ «Muy magnífico señor Sancho Dávila, castellano de Amberes: El rey, nuestro señor, me ha embiado a mandar por carta de su mano propia de onze de mayo que, por algunas justas consideraciones convenientes a su servicio y al bien público, haga quitar luego la estatua que está en medio de la plaza de ese castillo. Por tanto, ordeno y mando a Vm., en nombre de Su Magestad, que en toda la semana primera que viene haga quitar la dicha estatua y su vasa, de manera que en la dicha plaza no quede señal de ella, y la haga guardar en una de las cámaras de dicho castillo hasta que por mí le sea ordenado otra cosa y esto se haga con el menor que se pudiere y, pareciéndole a Vm. publicar que el señor duque de Alva le ha escrito que la haga quitar, o tomar otro color semejante, lo podrá hacer, que en quanto a esto yo le remito que lo haga en la forma que mejor le parezca con que en efecto esté quitada y puesta a recaudo en el tiempo que he dicho. Y no haga Vm. otra cosa por quanto tiene cara la gracia y mandamiento de Su Magestad y míos, en su nombre [...].» *D. Luis de Requesens a Sancho Dávila, en Amberes, 4 de junio de 1574.* MIRAFLORES, Manuel

hiciera desaparecer del patio del castillo de Amberes, en el plazo de una semana, la estatua del duque de Alba que este había mandado erigir para perpetuar la memoria de sus victorias iniciales y poco después convocó una reunión de compromisarios de las provincias rebeldes y de representantes del rey para intentar buscar puntos de acuerdo, concordia y reconciliación.

La reunión se celebró en la ciudad de Breda, pero no fue posible conseguir la paz. Las pretensiones de ambas partes eran incompatibles. Los plenipotenciarios de las provincias rebeldes presentaron como exigencias irrenunciables la salida inmediata de los Países Bajos de las tropas españolas y, en cuestión de religión, la aceptación incondicional de la decisión que en tal materia adoptase la asamblea de las provincias. Los representantes de Felipe II no aceptaron ninguna de las exigencias. Prometieron a los diputados flamencos que las tropas extranjeras saldrían de Flandes cuando se hubiera pacificado el país y, en cuanto a la libertad de religión que pedían, les recordaron que en la Dieta de Augsburgo que se celebró en Alemania en 1555, se acordó que los vasallos tuviesen la religión de su príncipe, «acomodando su conciencia con él», cosa que había aceptado el rey, y que, siendo el «rey superior a todos en grandeza y poder, con mucha más razón quería siguiesen los súbditos de Flandes la religión católica en que (él) nació y había de morir y por su defensa había guerrado hasta entonces»⁴²⁰. Así pues, la reunión acabó sin acuerdos en julio de 1575 e inmediatamente se reanudaron las hostilidades con renovada intensidad.

Una vez más los enfrentamientos se iniciaron en Holanda y en Zelanda, donde ya Chapín Vitelli, Julián Romero y Alonso de Valdés habían recuperado varias plazas y construido nuevas fortificaciones en el verano de 1574. Ahora, un año después, en el verano de 1575, el señor de Hierges ganó para el rey la ciudad de Buren y su castillo, y también Audebater, y los dos fuertes de Cripen, en Holanda, y el coronel Mondragón recuperó la isla de Finaert. En todas partes se luchaba por recuperar las ciudades perdidas. Pero Luis de Requesens, como el propio Sancho Dávila y tantos otros, sabía muy bien que, a pesar de aquellos éxitos, no sería tarea fácil ganar aquella guerra.

Sancho Dávila, mientras tanto, había permanecido durante todo aquel tiempo en la ciudadela de Amberes. Concluido el motín, había procedido a retirar de la plaza del castillo la estatua del duque de Alba,

Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general..., op. cit., p. 184-185; DÁVILA Y SAN-
VÍTORES, Jerónimo M. El Rayo de la Guerra..., op. cit., p. 144-145.*

⁴²⁰CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II..., op. cit., vol. II, p. 680.*

bien a su pesar⁴²¹, y poco tiempo después se casó por segunda vez⁴²². Sólo sabemos de su nueva mujer que se llamaba Violante, que no era hermosa, que no pudo quedarse embarazada, como hubiera sido su deseo, y que enfermó enseguida y permaneció en cama durante mucho tiempo. El personalmente seguía, como casi siempre, preocupado por el pago de su soldada, que no llegaba a ser efectivo, y por la gestión de la merced del hábito de Santiago, asunto del que no tenía noticias desde tiempo atrás, y reprimiendo las ganas de «yr a España, aunque fuese para volver, si Su Magestad quisiere»⁴²³. Pero poco a poco fue recobrando la autoestima y la seguridad que consiguió en Mock. Incluso parecía que le gustara hacer gala de una cierta dosis de arrogancia. Y no dudaba en exponer, cuando tenía ocasión, su posición contraria a la doctrina pactista de Requesens:

[...] estos de los Estados están hartos desbengonçados y entiendo que con tales pretensiones déveles de parecer que nos aogamos en poca agua, aunque yo pienso, con la ayuda de Dios, sería el postrero porque este castillo después del motín tiene soldados y que parecen buenos... y, teniendo de comer y municiones, [...] no nos moriremos de miedo ni dexaremos de sustentar la Sancta Fe Católica Romana hasta que cresca la generación que agora hacemos [...]⁴²⁴.

Obviamente no era partidario de la política de acuerdos y concesiones. Decía al respecto que era cosa que no podían soportar algunos soldados y proponía que el rey adoptara la determinación de castigar a los rebeldes y acabar de una vez con ellos volviendo a la guerra. Estaba convencido además de que, si fuera evidente dicha determinación, «algunos hombres y villas destos Estados que parece que nos estiman agora en poco nos tendrían en mucho

⁴²¹ A mediados de junio Sancho Dávila se lo comunica al secretario Juan de Albornoz: «Ya he escrito a Vm. –dice Sancho Dávila– cómo la estatua del duque, mi señor, estaba ya quitada y está en un aposento en esta casa. Yo desearía en todo extremo que el duque, mi señor, embiase horden de cómo se la pudiese llevar a España porque memoria como esta no se avía de acavar ni avía para qué la tener aquí sino llevarla allá y sería lástima desazerla». *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, 16 de junio de 1574.* ADA, C33/115.

Días después insistía sobre lo mismo, esperando que «viniese orden para que se llevase a España, a Alba o a La Abadía, y que no se hundiese pues es tan linda pieza [...]». *Sancho Dávila a Juan de Albornoz. ADA, C33/118.*

⁴²² Así comunicaba a Juan de Albornoz su decisión: «[...] ya Vm. sabrá cómo me he resolvido de casarme y está acordado que sea dentro de diez o doce días. Dicen que la dama no es hermosa, que yo no la he visto muy bien, será virtuosa, que tampoco tiene hacienda, Dios nos dé buena dicha y nos aparte de pecado [...].» *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 20 de junio de 1574.* ADA, C33/117.

⁴²³ *Ídem.*

⁴²⁴ *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 10 de agosto de 1574.* ADA, C33/117.

y nos mostrarían más amistad y nos harían más asistencia de la que hazen»⁴²⁵. Pero sabía a ciencia cierta que para ganar aquella guerra era necesario que el rey enviara de una vez una potente armada desde España sin tener en cuenta los gastos ni los fracasos que, en tal sentido, pudiera haber habido con anterioridad:

[...] Bastaría que S. M. enviase una harmada que, quando fuese de muchos menos navíos que los que dizen tenía la pasada, seria muy más fuerte que la que podrían tener estos erejes, pues la cosa no ha consistido sino en la fidelidad de los marineros, y no le faltaría puerto o puertos a la harmada biniendo en buen tiempo [...]»⁴²⁶.

En eso coincidía plenamente con Luis de Requesens. Este estaba igualmente convencido de que sin dominar el mar era imposible recuperar de forma efectiva las provincias del Norte y de que se corría el riesgo de perder en cualquier momento todas las tierras de Flandes y Brabante. Por eso, desde su llegada a los Países Bajos, había pedido una y otra vez la formación en los puertos españoles de una gran armada que diera cobertura naval adecuada al ejército de tierra.

Pero las iniciativas habidas en tal sentido siempre fracasaron. La armada de Pedro Menéndez de Avilés, el que fuera adelantado de La Florida, que había sido aprestada en Santander durante el verano de 1574, quedó detenida en el puerto por la escasez de marineros y de dinero y por la lentitud en el abastecimiento, sufriendo antes de poder zarpar el azote de la peste⁴²⁷. Y entonces pudieron oírse las quejas amargas, casi desesperadas, de Requesens: «si no viene armada de España –había escrito al rey, a finales de 1574– [...] no solamente no se cobrará lo que los enemigos tienen ocupado, pero creo que se perderá lo demás [...]»⁴²⁸. En aquellos momentos los españoles sólo podían disponer en los puertos de Flandes de ciento veintitrés navíos: cuarenta y tres en Amberes y ochenta en Bergen.

Eran insuficientes. Y, ante las reiteradas peticiones de Requesens, en abril de 1575 Felipe II proyectó de nuevo la creación en el puerto de Santander de otra flota formada inicialmente por cuatro naos gruesas, seis pataches, cuarenta y dos zabras y dieciocho pinazas, con dos mil quinientas personas y provisiones para tres meses, en la que iría como comandante don Pedro de Valdés. Sus objetivos eran desembarcar en los Países Bajos

⁴²⁵ Sancho Dávila al duque de Alba, en Amberes, 25 de enero de 1575. ADA, C33/128.

⁴²⁶ Idem.

⁴²⁷ PAZZIS PI CORRALES, Magdalena de. «Pedro de Valdés y la Armada de Flandes». *Cuadernos de Historia Moderna*, 9 (1998), p. 37.

⁴²⁸ AGS, Estado, 558/57.

los 150.000 ducados que habían de transportar para pago de las tropas y los 2.000 soldados destinados a reforzar el ejército de Requesens, mantener abiertas las comunicaciones marítimas con España y proteger la costa de los territorios de Flandes. Su salida estaba prevista para finales de agosto, pero no pudo hacerlo hasta finales de septiembre. Finalmente partió sin dinero, por los riesgos de perderlo en el viaje, y en la travesía hubo de hacer frente a tormentas y tempestades y a todo tipo de dificultades, hasta el punto de no poder efectuar el desembarco, aunque pudieron salvarse la mayor parte de los hombres y las municiones¹²⁹. Un fracaso. Pero Requesens insistió. Y todavía a finales de noviembre de ese mismo año se proyectó el envío de una nueva armada, ahora al mando del capitán Sancho de Archiniega, marinero vasco que ya había dado muestras de pericia y habilidad en el mar en otras ocasiones, pero corrió la misma suerte que las armadas anteriores y no logró pasar del golfo de Vizcaya¹³⁰. Era una realidad incuestionable. Los esfuerzos realizados en aquellos años por Felipe II para enviar ayuda naval a las tropas españolas destacadas en Flandes no lograron nunca el resultado apetecido.

Y, mientras tanto, se agravaban cada vez más los problemas económicos que padecía la Monarquía. El día 1 de septiembre de 1575, Felipe II había mandado publicar el decreto por el que se suspendía el pago de los intereses de la deuda pública en Castilla y eso significaba indefectiblemente la desaparición automática de los medios por los que se enviaba dinero al ejército de los Países Bajos mediante el recurso tradicional al asiento o la letra de cambio¹³¹. En ese contexto, el 28 de diciembre de 1575, en presencia del Consejo de Guerra, Felipe II tomó la decisión de no volver a enviar dinero ni flota de barcos a Flandes, a pesar de las peticiones constantes del comendador mayor¹³². Así pues, al intensificarse las hostilidades, tras el fracaso de los intentos de negociación en Breda, Luis de Requesens se encontraba en Flandes sin armada española y sin dinero.

6.5. LA MUERTE DE LUIS DE REQUESENS

Pero los problemas no habían impedido al comendador mayor actuar con decisión. «Quando S. M. no hubiere otra cosa que estos Estados con que se ayudar, se avía de determinar a castigar estos erejes, quanto más

¹²⁹ PAZZIS PI CORRALES, Magdalena de. «Pedro de Valdés y la Armada de Flandes», op. cit., p. 40-43.

¹³⁰ Ídem, p. 44.

¹³¹ PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 165.

¹³² PAZZIS PI CORRALES, Magdalena de. «Pedro de Valdés y la Armada de Flandes», op. cit., p. 45.

teniendo aquí tantos buenos soldados y hombres particulares que, puestos en obra, se avía de esperar darían buena cuenta de qualquiera cosa», había dicho Sancho Dávila pocos meses atrás⁴³³. Lo mismo debía pensar Luis de Requesens. Y, decidido como estaba a intentar recuperar todas las tierras del Norte, en 1575, a la vez que esperaba la ayuda naval que pudiera llegar desde España, reforzó la defensa de las plazas de Brabante, intensificó las campañas para recuperar las ciudades de Holanda y mandó formar una armada en Amberes y en las riberas de Zelanda, Brabante y Flandes con el fin de recuperar para el rey las islas de Philisphidant, Duvelant y Escouven, donde está la villa de Zierickzee, y apoderarse de Flesinga y de Middelburg, en la isla de Valckeren⁴³⁴.

Para dirigir las operaciones, a falta de hombres experimentados en la mar y «considerando la calidad y el valor de la persona de Sancho Dávila [...] y la larga experiencia que tiene de estos canales y armadas, por aver gobernado algunas de ellas»⁴³⁵, había nombrado superintendente y capitán general al castellano de Amberes. Ya había asistido Sancho Dávila a varios consejos, llamado a Bruselas por el comendador, para tratar de la posibilidad de hacer aquella campaña. En principio no le entusiasmó la idea: no se le ofrecía el título de almirante de la mar ni se le asignaba sueldo como a tal y además era consciente de la debilidad y de las escasas posibilidades de aquella armada. Pensaba que no podría tener éxito si no contaba con ayuda de los barcos que vinieran de España. Pero, tras vencer algunas de aquellas reticencias⁴³⁶, aceptó el nombramiento.

Y durante la primavera de 1575 Sancho Dávila hubo de ocuparse una vez más en gestionar los preparativos, conseguir barcos, aprestar cañones y municiones y contratar marineros para cuando estuviera todo a punto, navegar río abajo por el Scalda y tratar de desembarcar en las costas de Zelanda. Preveía que, como en las ocasiones anteriores, sería, sin duda, una empresa llena de dificultades, que sólo podrían ser superadas por la osadía y la determinación de los soldados españoles. Y así ocurrió.

⁴³³ Sancho Dávila al duque de Alba, en Amberes, 25 de enero de 1575. ADA, C33/128.

⁴³⁴ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 192.

⁴³⁵ Amberes, 25 de marzo de 1575. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 155-156.

⁴³⁶ «Conmigo –escribió Sancho Dávila– ha tratado el señor comendador mayor estos días que yo me encargase destos navíos que están aquí en Amberes y de los que dice piensa hacer. Yo he hecho mucha dificultad en ello visto el poco efecto y servicio que al presente se puede hacer y tanvién porque no me la daría con nombre de almirante y sueldo y provecho y el cargo no me lo dexarían en paz sino en guerra y peligro y, no allando otro que le quisiere, con todo esto an ido tratando conmigo de suerte que al fin he ofrecido, si viene que conviene al servicio de S. Mg., yo me encargare [...].» Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 25 de marzo de 1575. ADA, C33/129. op. cit., p. 192.

En el desempeño de su misión Sancho Dávila se reservó para sí la dirección de las operaciones navales y encargó a Mondragón, nombrado gobernador de Zelanda, la dirección de las terrestres, mientras que Chapín Vitelli desempeñaba funciones de maestre de campo general. Embarcaron los soldados y navegaron río abajo hasta la isla de Tolen, que se convirtió en la base de operaciones. Allí desembarcaron parte de las tropas y exploraron las posibilidades de los vados y estrechos que separaban las islas de Philisphidant, Duveland y Escouven, donde se encontraba Zierickzee, que era el objetivo fundamental de la expedición.

El paso hacia la isla de Duveland era un vado de cuatro millas, formado por una reciente inundación del mar que había dejado en el fondo escollos y bajíos que hacían el camino prácticamente intransitable. Por si fuera poco, la costa estaba fuertemente guarnecida de soldados enemigos. Pero una vez más los capitanes españoles despreciaron el peligro. Especialmente el capitán Juan Osorio de Ulloa, que dirigió la expedición. A cada uno de los mil quinientos soldados que habían de acompañarle se le entregaron

[...] un par de çapatos, unas alforjuelas que colgasen al cuello con dos libras de pólvora en la una y otras tantas de queso y vizcocho en la otra, con que poderse entretener tres días⁴¹⁷.

Y el día 28 de septiembre, de noche y en silencio, aprovechando la marea baja, vadearon «un braço de mar de un cuarto de legua»⁴¹⁸ acosados por el fuego de la artillería y arcabucería de los rebeldes. Al final, protegidos por los cañones de los barcos de Sancho Dávila, lograron su propósito apoderándose de varias fortalezas y castillos desde los que facilitaron el desembarco del resto de las tropas, que recuperaron las islas de Duveland y Philisphidant.

Faltaba apoderarse de la isla de Escouven. Con ese fin, desembarcaron en ella y se apoderaron de varios fuertes y aldeas, que se defendieron bien y ofrecieron una denodada resistencia. La toma del fuerte de Bomen ocasionó en ambos bandos una mortandad horrible⁴¹⁹. Después, pusieron sitio

⁴¹⁷ MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios...*, op. cit., p. 282v.

⁴¹⁸ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 717.

⁴¹⁹ Lo narra el propio Sancho Dávila: «[...] Avía de ser el asalto a la tarde, a la baja marea, y no estando en las trincheras sino la guardia, levantóse una voz y cayeron un desorden de manera que nos mataron mucha gente y buena y nos hicieron retroceder como Vm. habrá entendido. Y, aunque quedó parte de la gente como Vm. sabe suele quedar destas cosas, otros quedaron con cólera, aunque había poca gente, y así se siguió la otra con dos compañías más que embió el señor comendador mayor, que tenían hasta ciento veinte soldados, y así el domingo, de mañana adelante, con ayuda de Dios, les dimos el asalto y se tomó la villa y se degollaron todos los de dentro aviéndose combatido en la batería más de tres horas, por

a la villa de Zierickzee, la única ciudad que les quedaba a los rebeldes en aquellas islas. Y de nuevo los soldados hubieron de derrochar esfuerzos y valentía por la tenaz resistencia que pusieron los rebeldes en defensa de la ciudad durante todo aquel largo invierno. Estos rompieron las esclusas de los diques, anegaron la llanura y las aldeas y reforzaron las fortificaciones. La toma de Zierickzee parecía haberse convertido en la clave de la guerra⁴⁴⁰ y continuó el asedio hasta conseguir su rendición.

Durante el desarrollo de las operaciones enfermó gravemente el marqués Chapín Vitelli, el maestre de campo general. Aquel soldado italiano, que había participado en tantas guerras en toda Europa, había venido a Flandes con el duque de Alba y había servido con don Luis de Requesens y, durante su estancia en los Países Bajos, a las órdenes de uno y otro había demostrado siempre, sobre todo, su fidelidad a la causa del rey. Ahora, en esta expedición, cada día había dispuesto todo lo necesario para conseguir el éxito y había luchado con valentía. Cuando se sintió enfermo, quiso regresar a Amberes para curarse, pero murió en el camino, en el barco que le transportaba. Se perdía para la causa española un hombre de buen juicio y de dilatada experiencia: «[...] demás de ser su voto el mejor del Consejo –decía don Luis de Requesens–, no sé quién pueda hacer como él lo del alojamiento y contribuciones, que se lo tenía cometido, y había visto particularmente todas las tierras destos países y sabe la carga que cada una puede llevar y les tenía menos lástima que los naturales, como es menester para tiempo de tanta necesidad y aprieto [...]»⁴⁴¹. Y el comendador mayor, apenado, mandó enterrarlo en Amberes con toda solemnidad.

lo qual podrá entender Vm. que los de dentro y los de fuera debían de hacer lo que podían de su parte, así españoles como alemanes y balones. Y los de dentro quedaron muertos en la misma batería y, aunque sea esta larga historia y tarde, Vm. la tenga por verdadera [...]. Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 4 de diciembre de 1575. ADA, C33/131.

⁴⁴⁰ [...] una de las cosas –decía Sancho Dávila– que al presente más pudieran ympor tar al servicio de Dios y de S. Mg. y a nuestra reputación sería tomar esta villa de Zieriq̄cea y así ellos procuravan hacer todas las diligencias para socorrerla porque, si se pierde esta villa, tienen por perdidas todas las islas destos canales de Holanda [...]. Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 4 de diciembre de 1575. ADA, C33/131.

⁴⁴¹ El comendador mayor a Su Majestad, en Sant Annaland, 4 de noviembre de 1575. AGS, Estado, 575.

Poco después, a principios de marzo de 1576, enfermó también gravemente, de unas «caleturas perniciosas», don Luis de Requesens. Desde Amberes comunicaron la noticia a Sancho Dávila, que, dejando al coronel Mondragón al frente de las tropas, marchó hacia Bruselas a toda prisa, a pesar de lo cual sólo pudo llegar a la ciudad el día después de la muerte del comendador. Un mes después moría también doña Violante, la segunda esposa de Sancho Dávila, que estaba enferma desde tiempo atrás⁴⁴².

⁴⁴² «[...] las cartas me llegaron a tiempo que abía menester consuelo y contento porque la fortuna parece que se a ydo bolviendo en este mes de abril porque a sido Dios servido, estando yo en las islas de Zieriqçea, de llevarse a doña Violante al cielo que, aunque a muchos días que yo la tenía por muerta, lo he sentido y lo siento como se puede pensar, abienddo procurado tomar tan buena y principal compañía, posponiendo todas cosas e yntereses por honrarme [...] pero por todo se a de dar gracias a Dios [...].» *Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 21 de abril de 1576.* ADA, C33/134.



7. LA FURIA ESPAÑOLA

Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Luis de Requesens murió el día 5 de marzo de 1576 después de cinco días de grave enfermedad. Había embarcado en la armada de Sancho Dávila, había formado parte de la expedición y había permanecido en la isla de Tolen vigilando el desarrollo de las operaciones hasta que, temeroso de que, una vez tomada Zierickzee, se amotinaran de nuevo los soldados por falta de pagas, regresó a Amberes. Desde allí marchó a Bruselas donde convocó una reunión de los Estados Generales para tratar sobre la evolución de los acontecimientos, ver la forma de proveer dinero para pagar a las tropas y evitar el motín.

Estando en Bruselas le sobrevino la muerte inesperadamente, sin haberle dado tiempo a proponer un sucesor. Por su demostrado buen hacer y su experiencia política y militar, su desaparición significaba en sí misma una gran pérdida para la causa del rey. Pero vino a plantear, además, un problema añadido: la ausencia de una cabeza visible que representara a la Monarquía.

Inmediatamente los miembros del Consejo de Estado en los Países Bajos se hicieron cargo del gobierno y se dispusieron a ejercerlo hasta recibir órdenes del rey. A pesar de la importancia del caso, Felipe II se tomó las cosas con su acostumbrada calma, consultó al Consejo de Estado en Madrid y tomó la decisión de dar por buena momentáneamente la solución adoptada. En consecuencia, escribió a los Estados Generales de cada una de las provincias, a los miembros del Consejo de Flandes y a los capitanes del ejército mandándoles que «obedeciesen al Colegio y Cuerpo del Consejo de Estado a quien tenía hasta nueva orden por su gobernador y lugarteniente general»⁴⁴³. Formaban aquel Consejo su presidente Viglius, el conde de Mansfelt, Berlaymont, Cristóbal de Assumville, el duque de Ariscot y un español, Jerónimo de Roda, letrado de Valladolid, destinado en los Países Bajos en 1570 para servir a las órdenes del duque de Alba en el Tribunal de los Tumultos, que se había convertido con el tiempo en el consejero de

⁴⁴³ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 723.

confianza de don Luis de Requesens⁴⁴⁴. Era un buen administrador y se revelaría después como un político eficaz, pero carecía de partidarios entre los naturales del país.

De ese modo, inesperadamente, se había producido la aparición de una situación imprevista: los Países Bajos pasaban a ser gobernados, en nombre del rey, de forma colegiada por sus autoridades naturales, aunque fuera con carácter provisional, hasta que Felipe II encontrara la persona de confianza que juzgara conveniente para desempeñar el cargo. En tales circunstancias, al quedar el gobierno y la representación del rey en manos de los flamencos, se acentuaba, por contraposición, la condición extranjera de los soldados españoles que, para los habitantes de aquellas tierras, adquirían cada vez más el carácter de fuerzas de ocupación. Un foso de recelos, de incomprendión y desconfianza, cada vez más profundo, se abría entre los miembros del Consejo y los capitanes de las tropas. Y el riesgo de una guerra civil entre súbditos leales al rey, unos naturales de los Países Bajos y otros extranjeros, españoles, empezaba a vislumbrarse en el horizonte.

Y, sin embargo, a pesar de los problemas que generaba, la provisionalidad del gobierno colegiado se prolongó aún durante algún tiempo. Los capitanes españoles recelaban que la dilación en el nombramiento de gobernador provocase graves perjuicios a la causa del rey y que se estuviera dando oportunidad a los naturales del país para «arraygarse con algunos fines» y para que, basándose en algunas leyes o privilegios que decían tener, procedieran a convocar sin permiso regio Juntas de Estados o a elegir «cabeza, o cosas semejantes, de que», según decían, «ya anda alguna sospecha»⁴⁴⁵. Finalmente, después de muchas dudas y forzado por la inquietud existente entre los capitanes del ejército, Felipe II, cumpliendo la vieja promesa de enviar a Flandes a un miembro de la familia real, nombró gobernador de los Países Bajos a don Juan de Austria, su hermano natural, que había alcanzado fama y prestigio en toda Europa por su victoria en Las Alpujarras, frente a los moriscos, y en Lepanto, contra los turcos.

Pero don Juan de Austria, que recibió la noticia de su nombramiento cuando estaba en Milán, no emprendió de inmediato el camino hacia los Países Bajos sino que se embarcó en Génova rumbo a España y marchó a Madrid para entrevistarse con Felipe II. Sancho Dávila sospechaba que tanta tardanza acabaría por poner en grave riesgo la seguridad de las tropas españolas no sólo por estar expuestas a los ataques de los rebeldes, como siempre, sino, sobre todo, por la política que temía pusieran en práctica los miembros

⁴⁴⁴ PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 168.

⁴⁴⁵ Sancho Dávila a Felipe II. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 173-174.

del Consejo de Estado, de los que sospechaba que querían expulsarlas del país. Por eso, para minimizar los riesgos y garantizar la subsistencia del ejército en caso de dificultad, procedió decididamente a aprovisionar de alimentos –arroz, hortalizas, tocino salado, queso, trigo, cebada, sal, manteca, vino, cerveza, aceite, vinagre...–, de cera para antorchas y velas, de leña, de carbón de piedra «para cozer la cerveza» y de armas y municiones el castillo de Amberes⁴⁴⁶, adonde había vuelto desde Bruselas tras la muerte de don Luis de Requesens.

7.1. LOS AMOTINADOS DE ALOST

Mientras tanto, el coronel Mondragón, tras nueve meses de duro asedio, tomó la plaza de Zierickzee el día 2 de julio de 1576. Sancho Dávila propuso entonces aprovechar los meses del verano para tomar la isla de La Plata, «que es –decía– de mucha comodidad para la armada y gente de los herejes y della se resibe gran daño en Brabante y, con barcos que pescan poco agua que al presente tenemos», pasar a La Brille y apoderarse de las islas de Holanda y quitar a los rebeldes el dominio sobre los canales⁴⁴⁷. El memorial escrito al efecto pone de manifiesto el profundo conocimiento que había adquirido de la geografía de aquellas tierras, su clara percepción de la evolución de la situación y su dominio de la estrategia⁴⁴⁸. Pero para llevar a cabo su propuesta hacían falta hombres, barcos y dinero. Y, como casi siempre, faltaba dinero. Y, tal vez, faltara, sobre todo, voluntad para buscarlo y para gastarlo.

Por eso, tal y como había presagiado don Luis de Requesens y como temían sus capitanes, en cuanto se consiguió la victoria de Zierickzee, los soldados empezaron de nuevo a reclamar sus pagas atrasadas. Y una vez más amenazaron con amotinarse. Se les ofrecieron 100.000 de los 200.000 florines que se exigieron a los vecinos de Zierickzee tras su rendición y se les prometió satisfacerles otras tres pagas utilizando para ello el primer dinero que llegara desde España. Pero no fue suficiente. Para contentarlos haría falta emplear además todos los fondos que desde hacía meses había ido recaudando para tal fin y había ido juntando en Amberes don Luis de Requesens. Pero, a instancias del gobernador de esta ciudad, el señor de Champagni, el Consejo decidió emplear aquel dinero para pagar a los soldados alemanes del coronel Aníbal Altemps, que estaban allí de guarnición, licenciarlos y hacerles abandonar

⁴⁴⁶ Relación de todas las piezas de artillería de toda suerte y calibre que ay en el castillo de Anvers, 23 de abril 1576. AGS, Estado, 567.

⁴⁴⁷ Sancho Dávila a Su Magestad, en Amberes, 26 de junio de 1576. Idem, 1 de julio de 1576. AGS, Estado, 567.

⁴⁴⁸ Relación del recuerdo que dio Sancho Dávila a los del Consejo de Estado de los Países Bajos. AGS, Estado, 567/106.

Amberes⁴⁴⁹. Muchos capitanes españoles, y entre ellos Sancho Dávila, vieron en la decisión del Consejo una estratagema para justificar la falta de dinero con que pagar a los españoles y de ese modo provocarles para que se amotinasen y desobedecieran a sus capitanes debilitando «de ese modo las fuerzas y la causa del rey».

Así fue. Los soldados que habían tomado Zierickzee, empezando los del tercio de Francisco de Valdés, se sintieron defraudados. Aunque había ya quienes formulaban teorías en contrario, la mayor parte de los expertos militares de la época aceptaban el hecho de que las ciudades pudieran ser legítimamente saqueadas si rehusaban rendirse antes de que los sitiadores emplazasen la artillería; una vez que esto ocurría, si la ciudad era conquistada, los habitantes perdían su derecho a la libertad, a la propiedad e incluso a la vida⁴⁵⁰. Y así se hacía normalmente. Así había ocurrido de hecho en muchas ciudades de las provincias del Norte. Pero en Zierickzee se prohibió a los vencedores el saqueo y, a cambio, para que se contentaran, se les prometió pagarles lo que se les adeudaba. Pero pasaba el tiempo y las pagas no llegaban. Cansados del frío y la humedad que habían padecido durante los largos meses de invierno, agraviados y furiosos, sin pagas y sin destino, si no era la isla de Valkeren, donde quedarían a merced de los enemigos⁴⁵¹, echaron a sus oficiales, detuvieron a Mondragón y eligieron a sus propios dirigentes. Eran más de mil quinientos veteranos. Y, con su «electo gobernador» a la cabeza, pasaron a Brabante dejando sin defensas las islas y los fuertes en que estaban de guarnición⁴⁵², marcharon hacia Herentals y llegaron a Esche, cerca de Bruselas. A partir de entonces su conducta era impredecible y, si se decidían a atacar, resultarían prácticamente irresistibles: eran las tropas mejor entrenadas y con mayor experiencia de toda Europa⁴⁵³. Trató de apaciguarlos el conde de Mansfeldt, uno de los miembros del Consejo, hombre respetado por los soldados, intentando negociar con ellos para ver el modo de encontrar algún tipo de satisfacción a sus demandas, pero no pudo convencerles, como tampoco pudieron Julián Romero ni el capitán Francisco Montes de Oca. Y Bruselas se llenó de miedo.

Muchos de los habitantes de los Países Bajos, «así abades como nobles y todo el pueblo», cansados de aquella situación, vieron en el motín de los veteranos españoles la ocasión de armarse para luchar contra la causa del rey y a favor de los rebeldes y de justificar que se armaban para defenderse de los amotinados. Así, al menos, lo pensaba Sancho Dávila. Y, en tal

⁴⁴⁹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 727.

⁴⁵⁰ PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 189.

⁴⁵¹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 729.

⁴⁵² Jerónimo de Roda a Su Magestad, en Bruselas, 15 de julio de 1576. AGS, Estado, 567.

⁴⁵³ PARKER, Geoffrey. *España y la rebelión de Flandes*, op. cit., p. 170.

sentido, informaba a Jerónimo de Roda que en Amberes, por orden del gobernador Champagni, sin motivo aparente, la guarnición de la villa había puesto gente de guardia a la boca de las calles que salían del castillo, «lo qual –decía– es negocio de muy mala consecuencia» que no podía permitir, porque hacerlo sería tanto como «tener cercada la ciudadela y hacer acabar de desvergonçar el país»⁴⁵⁴. Se decía además que el duque de Ariscot, que se había convertido en el hombre fuerte del Consejo, no se cansaba de repetir que iba a abandonar Bruselas y dejar de asistir al Consejo para marchar al Henao y levantar gente «con quien defender que los soldados no entren en sus tierras»⁴⁵⁵. Por todas partes, tanto en el campo como en las ciudades y aldeas, se empezaba a ver gente armada y muchos españoles empezaban a ser conscientes de que eran odiados y considerados enemigos por toda la población y sentían miedo de moverse sin protección por el país. El propio Jerónimo de Roda confesaba que había llegado a temer por su vida y mostraba una honda preocupación por la evolución de los acontecimientos. «Yo pienso –escribía alarmado al rey–, según es nuestra necesidad y lo que pasa entre la gente de guerra, que estamos al fin y remate de lo de aquí y que estos países se perderán con todos los ministros y gente que V. M. tiene en ellos»⁴⁵⁶.

En ese clima de animadversión generalizada y de enfrentamiento larvado los soldados amotinados entraron y se fortificaron en la villa de Alost. Según Sancho Dávila, lo habían hecho «por algunas causas de no poco fundamento que para ello dicen haber tenido», pero no habían hecho en dicha villa «ningún desorden ni enojo más que tomar su comida ordinaria y moderada»⁴⁵⁷. Sin embargo, el duque de Ariscot denunciaba que los amotinados entraron en Alost por la fuerza, que se habían apoderado de la ciudad y «habían muerto mugeres y niños»⁴⁵⁸. Eran puntos de vista diferentes sobre una misma realidad. Ambos empezaban a utilizar la información como arma de guerra. Y eso se repetiría en adelante con frecuencia. En todo caso, era un signo más de cómo poco a poco se iba agravando el problema: porque las diferencias en la apreciación de la realidad no se establecían ya entre los rebeldes de las provincias y los partidarios

⁴⁵⁴ Jerónimo de Roda a Su Magestad, en Bruselas, 16 de julio de 1576. ACS, Estado, 567.

⁴⁵⁵ Ídem.

⁴⁵⁶ Jerónimo de Roda a Su Magestad, en Bruselas, 15 de julio de 1576. ACS, Estado, 567.

⁴⁵⁷ Sancho Dávila al Consejo de Estado, de Amberes, 5 de agosto de 1576. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 202-203.

⁴⁵⁸ El Consejo a Sancho Dávila y capitanes de los tercios, en Bruselas, 7 de agosto de 1576. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 209-210.

del rey, como había ocurrido hasta entonces, sino entre los políticos que representaban a dicho rey y los capitanes de sus tropas.

La entrada de los amotinados en Alost era lo peor que podía haber ocurrido. Con razón o sin ella, los burgueses de Bruselas no dudaron en aprovechar la oportunidad que se les brindaba para armarse, para hacerse dueños del gobierno de la ciudad y levantarse contra los españoles, cualesquiera que fuesen, pretendiendo justificarse con la excusa de que lo hacían contra los amotinados, a quienes declararon en rebeldía. Inmediatamente el levantamiento de Bruselas se extendió por todo el país y en Flandes, Henao, Lieja y Brabante los gobernadores de las provincias comenzaron a reclutar gentes de infantería y caballería y por todas partes se formaban compañías de soldados bien armados y bien pagados. Lo explicaba después don Jerónimo de Roda:

Toda la nobleza del país está muy alborotada y armada y con muestra de gran contento por poder hacer alguna facción contra los españoles y así en sus banquetes y comidas hablan y blasfeman contra ellos y creo que esta causa que toman contra nuestra nación es tan común que nadie se puede exceptuar della⁴⁵⁹.

Sancho Dávila, bien pertrechado de hombres y de armas en la ciudadela de Amberes, la más fuerte del país, desde la que se «podía acudir a todas partes», se convirtió entonces, en medio del desánimo y el desconcierto generalizado, en el paladín de la causa de las tropas españolas. Para analizar la situación y, sin duda, para estrechar lazos de fraternidad frente a tantas amenazas, convocó en Amberes, por iniciativa propia, a los coroneles alemanes Polveyder, Fransbergue, Carlos Fúcar y Cornelio Banende y al maestre de campo Francisco de Valdés, al coronel Francisco Verdugo y a Antonio de Olivera, comisario general de la caballería; después, cuando pudieron salir de Bruselas, se les unirían Alonso de Vargas y el maestre de campo Julián Romero. Y desde allí mandaron que inmediatamente se incorporaran a sus destinos todos los soldados que estuvieran fuera de sus presidios y que se juntaran las compañías alemanas y españolas y toda la caballería española, tanto para protegerse del peligro que corrían estando tan divididas y dispersas en sus alojamientos como para estar preparadas para intervenir en caso de necesidad. Al mismo tiempo pusieron en orden la artillería y las municiones e incluso entraron en contacto con los amotinados de Alost, que manifestaron su disposición a acudir a su llamada cuando

⁴⁵⁹Jerónimo de Roda a Su Magestad, en Amberes, 15 de agosto de 1576. AGS, Estado, 567.

fuerza menor⁴⁶⁰. A todo el mundo pidió consejo y a todo el mundo dio cuenta de su actuación⁴⁶¹.

Seguro en tales circunstancias de estar defendiendo los intereses del rey, no dudó en acusar de traición a los habitantes de Bruselas porque, «conforme a la ley divina y humana», todos los reinos, provincias y ciudades «son obligados a respetar y obedecer» no sólo a sus reyes, «cuyos súbditos son», sino a sus lugartenientes y gobernadores, entre ellos a Jerónimo de Roda, aunque fuera español, cosa que no habían hecho, a pesar de que

[...] los burgeses y habitantes de esa villa de Bruselas saben y entienden desde el día en que nacieron, y por relación de sus padres y antepasados y escrituras auténticas, que les han sido y son públicas y comunes, que la majestad del rey católico D. Felipe, nuestro señor, a quien Dios dé larga vida, guarde y ensalce, como toda la cristiandad y, en particular, sus súbditos y vasallos y buenos servidores le han menester, es señor natural de todos estos Estados del País Bajo no por la vía de la fuerza ni tiranía, sino por sucesión hereditaria de la felicísima memoria de Carlos V, emperador semper augusto, y de sus padres y abuelos y antecesores de tiempo inmemorial a esta parte y que, por el mismo caso, es duque de Brabante y señor de esa dicha villa y tiene puestos y nombrados por gobernadores generales a los ilustrísimos y excelentísimos señores del Consejo de Estado en el mismo país, que al presente y después de la elección de Su Majestad hecha en ellos residen en esa villa de Bruselas hasta de pocos días a esta parte libremente el dicho oficio de gobernación, conforme es la facultad y poder que para ello tienen de Su Majestad católica⁴⁶².

⁴⁶⁰ Sancho Dávila a Zayas, en Amberes, 10 de agosto de 1576; Sancho Dávila a Su Magestad, en Amberes, 10 de agosto de 1576. AGS, Estado, 567/141.

⁴⁶¹ «Estos renglones servirán solamente para dar cubierta a la copia de algunas cartas que los del Consejo de Estado y Gobernación me an escrito e yo a ellos desde los 13 de julio a esta parte en que fue quando empezaron a suceder estos negocios, y sus dependientes; también la de las cartas que yo escreví en primero deste a los condes de Reulx, Lalain y La Roche y barón de Hierges y otros caballeros particulares del paýs y a los duques de Bransvic y Cleves, obispo de Lieja y arçobispo de Cambray como por otras se advierte a V. Magd. lo abia hecho; y así mesmo las copias de otras que los coroneles de alemanes y los ministros del exército de V. Magd. que aquí nos hallamos hemos escrito al dicho Consejo y gobernadores y las que nos an respondido desde los cinco de agosto hasta hoy, para que, siendo V. Magd. servido de entender el particular de todo lo que por ellas se trata, mande se le haga relación dellas [...].» Sancho Dávila a Su Magestad, en Amberes, 17 de agosto de 1576. AGS, Estado, 567.

⁴⁶² Sancho Dávila al magistrado de Bruselas, Amberes, 5 de agosto de 1576. DÁVILA Y SANTÍVORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 180-182; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 204.

Les acusó igualmente de perseguir a los españoles, de dar muerte a uno de ellos, «tumultuosa y facinerosamente, sin ocasión alguna», y de tener retenidos e incomunicados en la ciudad, sin poder entrar ni salir, a los miembros del Consejo de Estado, representantes de Su Majestad, y prisioneros en palacio al licenciado Jerónimo de Roda, miembro del dicho Consejo de Estado, a Alonso de Vargas, del Consejo de Guerra del rey y gobernador de su caballería ligera, y al maestre de campo Julián Romero, también del Consejo de Guerra, sin dejarles «escribir ni recibir cartas», abriendo las que recibían, y sin permitir que fueran «vistos y visitados de los que han tenido necesidad de visitarlos»¹⁶³. Por todo ello, les pide y requiere que

[...] sin dilación alguna, pongan en libertad a los dichos señores y les den la dicha superintendencia de la guardia y conservación de la villa, llaves y puertas de ella, para que todo se ponga en poder de quien sus excelencias mandaren; y puedan entrar y metan en ella, tanto para la seguridad de sus personas y de la misma villa, como de todos los que en ella están, la cantidad de soldados de la nación o naciones que quisieren, de tal manera que los dichos señores del Consejo de Estado y D. Alonso de Vargas y Julián Romero tengan entera libertad para salir y entrar en esa villa, estar e ir donde bien visto les fuere sin poner ni consentir que les sea puesto a ninguno de ellos obstáculo ni impedimento alguno¹⁶⁴.

Les promete que, si así lo hicieran, los capitanes intercederán «por el perdón de su delito y de sus excesos» y que no recibirán «maltratamiento, daño ni molestia» por parte de los soldados amotinados. Para comprobar sus intenciones, les da un plazo de tres días para dejar en libertad a los miembros del Consejo o para poner en la ciudad una guarnición de soldados españoles escogidos entre los que no estaban amotinados¹⁶⁵. Si no lo hicieran, Sancho Dávila les amenaza con ir a Bruselas con sus tropas «a procurar su libertad y la de la villa, lo cual pensamos acabar, con el favor de Dios, brevemente y a mucha satisfacción de Su Majestad y de todo el mundo»¹⁶⁶.

¹⁶³ Ídem.

¹⁶⁴ Sancho Dávila a la ciudad y magistrados de Bruselas, en Amberes, 5 de agosto de 1576. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 208.

¹⁶⁵ Sancho Dávila al Consejo de Estado, en Amberes, 5 de agosto de 1576. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 203.

¹⁶⁶ Ídem.

Inmediatamente le contestó el duque de Ariscot. Decía en su carta, dirigida a los capitanes de los tercios, que los miembros del Consejo de Estado no estaban retenidos en la ciudad; que Jerónimo de Roda, Alonso de Vargas y Julián Romero no estaban prisioneros, sino que se alojaban en palacio por indicación del Consejo para estar protegidos de las iras del populocho; y que su principal y única preocupación era «dar contentamiento y apaciguar a los soldados amotinados en Alost y reducir todas las cosas en tranquilidad y quietud». Aprovechaba la carta para acusar a Sancho Dávila de «hacer juntas de gente de guerra, sacándolas de sus presidios», sin orden directa del rey y sin parecer ni orden de los miembros del citado Consejo, que eran los representantes del rey en los Países Bajos⁴⁶⁷.

7.2. EL SAQUEO DE AMBERES

Evidentemente era aquella una difícil situación para los capitanes de los tercios, que no sabían muy bien qué hacer ni qué pensar. ¿Eran los miembros del Consejo de Estado los capitanes generales del ejército del rey? ¿Cada uno de ellos? o ¿sólo cuando actuaban como órgano colegiado? ¿Acaso lo era el duque de Ariscot, que era sin duda cada vez más poderoso y se mostraba cada vez más prepotente? Echaban en falta la presencia de un capitán general que marcará directrices y diera órdenes concretas, hasta que se efectuara la llegada del nuevo gobernador.

Especialmente difícil era la situación de Sancho Dávila, el castellano de Amberes, que se había convertido durante aquellos meses en el objeto de la animadversión de todos los rebeldes, de los diputados de los Estados Generales de las provincias y de los miembros del Consejo del Rey; en el centro de todos sus ataques, sus diatribas y acusaciones, hasta ser considerado por todos un obstáculo insalvable para la paz. «Sería muy agradable –llegó a decir Hopperus, el presidente del Consejo– no sólo a los de la villa de Amberes y estados de Brabante, pero generalmente a todo el país, remover a Sancho Dávila de aquel castillo», de la ciudadela de Amberes, aunque luviera que quedar en ella «un español con cargo de la gente de guerra y nombre de capitán»⁴⁶⁸.

⁴⁶⁷ El duque de Ariscot a Sancho Dávila, en Bruselas, 7 de agosto de 1576. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 209-210; CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 730; DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 186-188.

⁴⁶⁸ Relación de un scripto de Hopperus sobre la castellanía de Amberes. AGS, Estado, 567.

Él, por su parte, justificó siempre todas sus actuaciones. Nunca, como explicaba a Gabriel de Zayas, secretario del rey, había buscado su propio beneficio o su interés personal y era consciente de que todo lo que tenía y lo que era se lo debía sólo a Dios y a los amigos que le querían y protegían:

[...] si Dios fuese servido que se acabase esta guerra, tengo hasta agora poco que me contentar, sino sólo dar muchas gracias a Dios por las muchas mercedes y buenos sucesos que me ha dado y al duque, mi señor, y a Vm. y a otros mis señores por la mucha voluntad que han mostrado y muestran de hacerme mercedes y acrecentarme [...]⁴⁶⁹.

Siempre, continuaba, había actuado dejándose guiar por su mejor saber y entender buscando en todas las ocasiones servir lo mejor posible al rey, como añadía en su carta al secretario Zayas, porque, decía «[...] no pretendo otra cosa ni deseo sino servir a Su Magestad y acertar en ello en esta ocasión y en todas las que me he hallado»⁴⁷⁰.

Y, en idénticos términos y con las mismas intenciones, escribió al propio rey pidiendo que comprendiera sus decisiones, porque

[...] todo lo que se a hecho hasta aquí a sido con el zelo del servicio de Vuestra Magestad y de prevenir los inconvenientes de que parecía se podía temer y asegurar la gente, lo qual se conoce no aver dañado nada, como esperamos lo entenderá Vuestra Magestad así [...]⁴⁷¹.

Las justificaba él y las justificaban los demás. Especialmente quienes en aquellos momentos compartían en Bruselas o en Amberes los problemas a que tenían que enfrentarse cada día los soldados españoles. «Su deseo y proceder –explicaba Jerónimo de Roda– al tratar de nuestra libertad» y de la de los señores del Consejo de Estado

[...] fue sincero, sancto y bueno y digno de ser agradesçido por ellos como tal y no juzgado como malo y escandaloso como lo han querido dar a entender y persuadir al mundo para indignarle contra ellos y toda nuestra nación sin razón ni justicia alguna⁴⁷².

⁴⁶⁹ Capítulos de carta de Sancho Dávila a Gabriel de Zayas, en Anvers, 15 de agosto de 1576. AGS, Estado, 567.

⁴⁷⁰ Ídem.

⁴⁷¹ Sancho Dávila a Su Majestad, 16 de agosto de 1576. AGS, Estado, 567.

⁴⁷² Jerónimo de Roda a Su Majestad, en Amberes, 30 de septiembre de 1576. AGS, Estado, 567.

En cualquier caso, Sancho Dávila y todos los reunidos en Amberes, los jefes de los tercios y los coroneles alemanes, acudieron poco después a Villebruch, villa próxima a Bruselas, a celebrar una entrevista con representantes del Consejo, entre ellos Jerónimo de Roda, ya liberado, para tratar de buscar una salida a la situación. Allí se acordó que las tropas de Sancho Dávila no marcharan contra Bruselas, que los correos y los mercaderes pudieran entrar y salir libremente de la ciudad, que se hicieran todos los esfuerzos posibles para llegar a un acuerdo con los amotinados y que los Estados de Flandes y de Brabante no siguiesen haciendo por su cuenta levas de soldados⁴⁷³ con la excusa de prevenir y reprimir los motines.

Fueron, en realidad, sólo acuerdos momentáneos, con los que simplemente se pretendió salir del paso y evitar un enfrentamiento inminente, pero el problema de fondo subsistía: los soldados seguían reclamando sus pagas, pero no había dinero con que pagarles, entre otras razones, porque el dinero que llegaba desde España se empleaba en pagar a todos menos a los españoles amotinados en Alost. Decía Jerónimo de Roda que parecía como si los miembros del Consejo quisieran provocar a los españoles para que causaran desórdenes y alborotos. Por eso, los motines continuaron y continuaron las levas de soldados por parte de los Estados de Flandes; el Consejo de Estado mandaba que no hubiera concentraciones de tropas españolas y los capitanes españoles, temerosos de que hubiera un levantamiento general, se mantenían unidos alegando que, si dispersaban sus tropas por el territorio, serían fácilmente derrotadas. Y no veían otra salida que la llegada inmediata del nuevo gobernador⁴⁷⁴. Pero de momento no llegó más que una misiva de don Juan de Austria, escrita desde Milán, pidiendo a los soldados que depusieran su actitud:

[...] A Sancho Dávila escribo que os hable de mi parte y os aconseje lo que os conviene: oídle y creedle lo que os dijere, como a mí mismo; pacifícaos y volved con brevedad a vuestras banderas que, aunque el delito que habéis cometido sea de la calidad que se ve, la clemencia y bondad del rey, mi señor, es tanta que puedo yo con mucha razón asegurarme que os haya de perdonar y mandar satisfacer vuestras pretensiones de manera que no solamente no os quede justa causa de quejaros, pero que la tengáis de estar muy satisfechos y contentos [...]⁴⁷⁵.

⁴⁷³ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p., 212; CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 730.

⁴⁷⁴ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 213-214.

⁴⁷⁵ Milán, 9 de agosto de 1576. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 191; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 214-215.

Pretensión inútil. Sancho Dávila decidió hacer la muestra de los soldados amotinados para calcular lo que en realidad se les adeudaba y los soldados se mostraron de acuerdo con el procedimiento y estuvieron apaciguados, aguardando el dinero. Pero el dinero que se esperaba para ellos seguía sin llegar. Y en Brabante y en otras partes, mientras tanto, los Estados no cesaban de hacer levas de gente pagando soldadas de seis meses con la excusa de defenderse de los amotinados, luchar contra ellos, reducirlos y expulsarlos del país. «Las cosas de por acá me parece que se tornan muy de veras», escribía por entonces Sancho Dávila al capitán Francisco Montes de Oca. Y añadía que en el estado de Lieja se estaban reclutando «veinte banderas con boz que son para Flandes y se derrama el dinero muy liberalmente y dan por un arquebuz todo lo que piden»⁴⁷⁶ y que se decía sin recato por todas partes que «desta vez los españoles an de salir de los Estados»⁴⁷⁷.

El mejor medio que tenían para conseguirlo era, al parecer, apoderarse cuanto antes del castillo de Gante, defendido por Antonio de Álamos, teniente del coronel Mondragón, y de la ciudadela de Amberes, que Sancho Dávila, temiendo lo peor, había abastecido como había podido desde tiempo atrás para que pudiera soportar un largo asedio y las tropas del rey pudieran tener un lugar seguro donde refugiarse. Tenía la ciudadela cincuenta y siete piezas de artillería de toda «suerte y calibre»: diez cañones de bronce y seis «medios cañones»; una culebrina de hierro y tres de bronce y ocho «medianas culebrinas», también de bronce; dos sacres; diecinueve falconetes de bronce; siete «pasamuros» de bronce y «media serpentina». Disponían de más de veinte mil balas, también de toda suerte y calibre, y trescientos cincuenta quintales de pólvora y había allí permanentemente más de quinientos hombres entre soldados, oficiales mayores y menores, artilleros y alabarderos, muchos de los cuales estaban casados «con mujer e hijos y algunos criados y criadas de servicio», por lo que, «según el libro de confesiones de la parroquia de la ciudadela», vivían en la fortaleza «más que nuevecientos confesados, demás de las criaturas que no son de edad de confesión»⁴⁷⁸.

Es verdad que algunos cañones tenían defectos, que parte de la munición no servía para la artillería que había en el castillo y que para garantizar la defensa de «baluartes, cortinas, surtidas y puertas» se necesitaban, al menos, ochocientos hombres armados, pero eran carencias que se podían remediar sin mucho esfuerzo y no parecía empresa fácil apoderarse de él. Y, sin embargo, los flamencos lo intentaron.

⁴⁷⁶ *Respuesta de Francisco Montes de Oca a Sancho Dávila, en Maastricht, 12 de agosto de 1576. AGS, Estado, 567.*

⁴⁷⁷ *Idem.*

⁴⁷⁸ *Relación de las piezas de artillería de toda suerte y calibre que ay en el castillo de Anvers, 23 de abril de 1576. AGS, Estado, 567.*

En efecto, al acabar aquel verano, se había producido, por fin, en Flandes la insurrección general que tanto temían los capitanes españoles. Y, a partir de entonces, los enfrentamientos se sucedieron. Casi siempre, es verdad, con resultado favorable para las tropas españolas. En septiembre, un grupo de más de tres mil personas, naturales del país, cargó con rabia cerca de Amberes contra la compañía de caballos ligeros del capitán Falconeta que se dirigía hacia la ciudad, y los soldados, apoyados por la gente que envió Sancho Dávila para socorrerlos, sin perder ni un solo hombre, dieron muerte a más de doscientos atacantes¹⁷⁹. Poco después, Alonso de Vargas, que se dirigía con sus tropas a Alost para intentar convencer a los amotinados que depusieran su actitud y se unieran a él, derrotó a varias compañías de soldados flamencos reclutados por el Consejo de Estado y dirigidos por el señor de Glimes que le atacaron en el camino¹⁸⁰. Pero, seguidamente, en Maastricht los alemanes de la guarnición se rebelaron contra el capitán Montes de Oca y, de acuerdo con los vecinos, intentaron expulsar a los españoles de la ciudad. Al mismo tiempo, algunas compañías armadas en Bruselas y otras levantadas en todo Brabante atacaron a la caballería española alojada en Tilimond, pero fueron derrotadas, perdieron gran cantidad de hombres y acabaron por huir¹⁸¹. Mas no por eso cesaron en su empeño. Y continuaron las levas.

Finalmente, el conde de Reulx, gobernador de Flandes, logró juntar un gran ejército por orden del duque de Ariscot y puso sitio al castillo de Gante, que sólo pudo resistir durante varios días. A continuación se dirigió hacia Amberes con el propósito de rendir su ciudadela sitiándola con gran número de soldados. Contaba para ello con la colaboración de los vecinos de la ciudad, con las tropas del gobernador Champagni, siempre intrigante, y con los soldados del conde de Ebestain, que durante tanto tiempo habían luchado al lado de los españoles y que ahora, por orden del Consejo, habían entrado en Amberes para fortalecer su guarnición.

En un primer enfrentamiento, Julián Romero, con quinientos arcabuceros y la compañía de lanzas de Bernardino de Mendoza, hizo retroceder a los atacantes¹⁸². Eran los últimos días de septiembre. Pero durante todo el mes de octubre continuaron llegando soldados del país que entraban en la ciudad y se iban alojando en los lugares que tenían asignados de antemano. Y se pusieron a fortificar las calles que conducían a la plaza del castillo levantando en ellas

[...] altas trincheras con sacas de lana, pipas llenas de tierra, maderos y con fosos hondos atravesaron con reparos todas las murallas que venían sobre las calles

¹⁷⁹ Jerónimo de Roda a Su Magestad, 30 de septiembre de 1576. AGS, Estado, 567.

¹⁸⁰ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 197.

¹⁸¹ Jerónimo de Roda a Su Magestad, 30 de septiembre de 1576. AGS, Estado, 567.

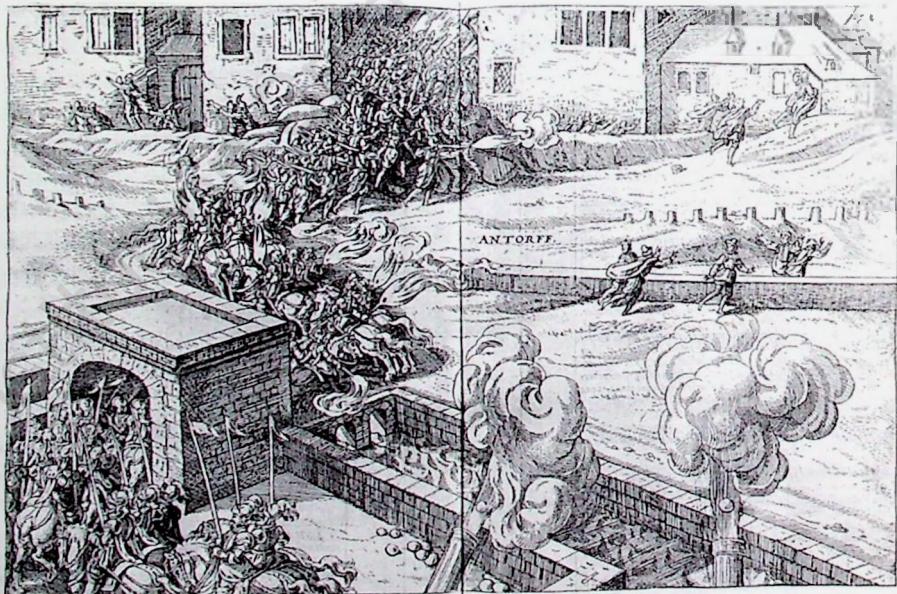
¹⁸² CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 740.

y plazas del castillo y las armaron con gran número de arcabucería y artillería que dispara reciamente⁴⁸¹.

Incluso plantaron sus baterías artilleras en la iglesia de San Jorge apuntando a la ciudadela. Y empezaron a disparar.

Es posible que el estruendo de la artillería que batía la ciudadela de Amberes llegara hasta los oídos de los soldados amotinados de Alost, los más veteranos y tal vez los más esforzados, los que más aversión mostraban contra los Estados Generales. Sancho Dávila les pidió ayuda y entonces cayeron en la cuenta del peligro que todos corrían si se perdía aquella ciudadela. Inmediatamente,

[...] movidos de furia, el denuedo natural les puso las armas en la mano [...], tocaren caxas y a tres horas de la noche salieron llevando Juan de Navarrete, su alférez, un guión o estandarte con la figura de Jesu Cristo crucificado en la una haz y en la otra la de su Madre santísima.



Los amotinados entran en Amberes (*De leone Belgico...*, l. 91).

⁴⁸¹ Ídem.

Eran pocos más de tres mil. Llegaron al río, lo pasaron en barcas como pudieron y se concentraron de nuevo a una legua de la ciudad. Y el día cuatro de noviembre, a las ocho de la mañana, llegaron a marchas forzadas hasta la muralla y, por la puerta abierta a la campiña, «entraron en el castillo, donde estaban sus capitanes», para unirse a la guarnición. Allí coincidieron con la caballería de Alonso de Vargas, las compañías de infantería expulsadas de Maastricht y la gente que había tenido Julián Romero en Liere. Sancho Dávila podía contar con un pequeño ejército para hacer frente al ataque de los flamencos.

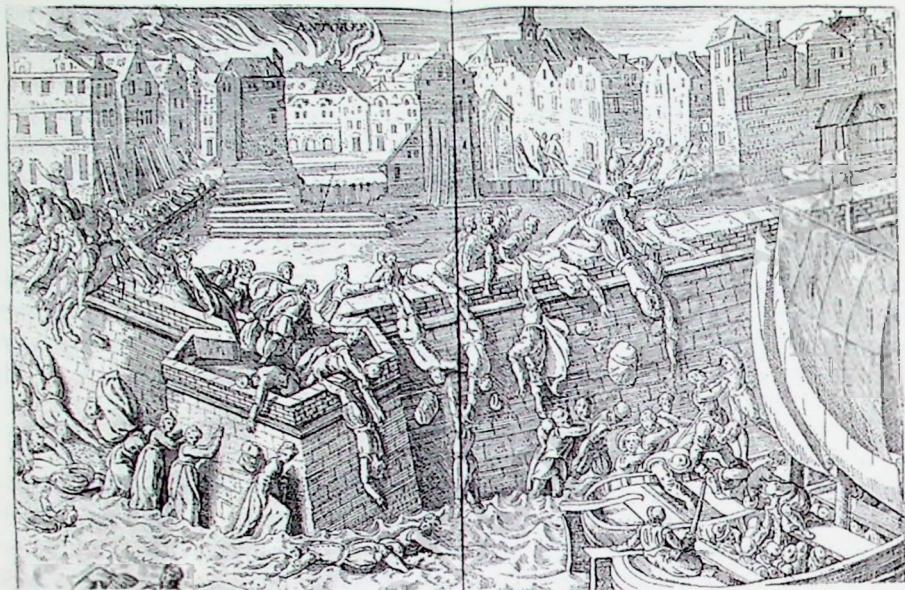
Ni siquiera quisieron descansar. Enfervorizados, pareciendo querer lavar la mancha del motín, tampoco se detuvieron a comer y se dice que fue entonces cuando se pronunció aquella famosa frase de que «había de ser la comida en el cielo o la cena en Anvers». Y se lanzaron al ataque. El cronista Cabrera de Córdoba narra lo ocurrido:

Igualando a la ferocidad de palabras y semblante intrépido el valor, tomando hachones de paja y fuego sus moços para echarle donde fuere menester, pasando el puente del castillo en la contraescarpa, hecha su oración acostumbrada, arremetieron con sus capitanes apellidando ¡Santiago! ¡España!, contra la calle de San Miguel y Abadía, reforzadas y defendidas con mucha gente de los condes de Egmont y Capres y Goignies; y se combatió porfiadamente. Con increíble presteza asaltaron y subió en los reparos el primero el alférez Navarrete con el estandarte, y lo fue en morir en lo alto [...] Julián Romero con su gente combatió hasta ganar la calle de San Miguel y por todas partes huyeron los flamencos, dando lugar a que fuese mayor la matanza que la pelea, hasta que llegaron a la plaza⁴⁸⁴.

Allí acudieron las tropas de Alonso de Vargas, que hicieron rendirse a gran cantidad de soldados alemanes, aseguraron el control de las calles con sus picas, sus tiros de mosquete y sus espadas y pegaron fuego a muchos de los edificios en que se había refugiado la población para evitar la masacre. Muchos vecinos huyeron de la ciudad saltando al río desde la muralla, muchos se arrojaban por las ventanas de las casas y muchos murieron o perdieron aquel día todas sus pertenencias hasta el punto de que, según el mismo Cabrera de Córdoba, «murieron heridos y ahogados del fuego y agua en los canales más de siete mil personas»⁴⁸⁵.

⁴⁸⁴ Ídem.

⁴⁸⁵ Ídem.



La furia española (*De leone Belgico...*, l. 92).

Tres días duró el saqueo. La fecha en que se inició sería conocida después en la historia de la ciudad como el día de la furia española. Aquel día Amberes,

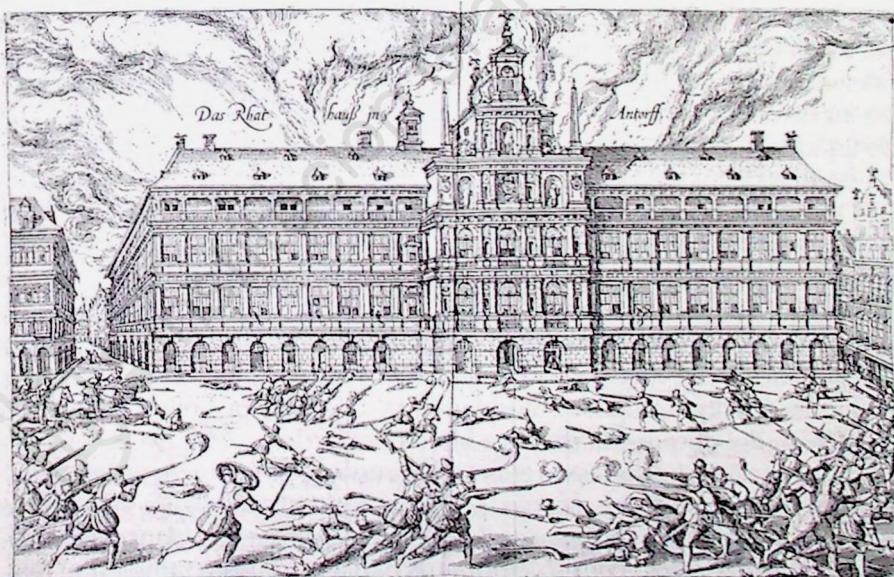
[...] la más noble ciudad de Europa y la de más trato fue con fuego, con muerte, con hierro y saco castigada. A la ira y codicia de los vencedores no pusieron fin la razón o la obediencia, sino el cansancio y la hartura, no perdonando alguna cosa de las que con derecho de la victoria y licencia militar se suelen en la guerra contra enemigos, sino el violar las mujeres, el rescatar las personas, prohibido por bando, y que los bienes no se sacasen de la villa, con que los dieron a sus dueños los soldados por poco dinero, embarazada y empalagada su miseria con la abundancia⁴⁸⁶.

Un hartazgo de violencia. Algo horrible: más de mil edificios destruidos, más de ocho mil muertos y los supervivientes maltratados, robados y violados⁴⁸⁷. Lo sucedido llenó de terror a la población de los Países Bajos y poco

⁴⁸⁶ Ídem.

⁴⁸⁷ PARKER, Geoffrey. «Soldados del Imperio. El ejército español y los Países Bajos en los inicios de la Edad Moderna». En: THOMAS, W.; VERDONK, R. A. (Eds.). *Encuentros en Flandes. Relaciones e intercambios hispano-flamencos a inicios de la Edad Moderna*. Leuven: Leuven University Press ; Soria : Fundación Duques de Soria, 2000, p. 275.

a poco se fue extendiendo por todas partes la idea de que era necesario poner fin a la guerra y a la violencia, negociar la paz entre realistas y rebeldes, entre católicos y protestantes, olvidando todos las injurias y los daños causados y recibidos. Con tal propósito, el Consejo de Estado, que seguía asumiendo las tareas de gobierno, convocó en Bruselas una reunión de los Estados Generales, a la que concurrieron diputados de casi todas las ciudades, y a la que asistieron también representantes de los estados de Holanda y Zelanda. En aquella reunión se acordaron y fijaron las condiciones preliminares de paz entre las provincias católicas, de una parte, y el príncipe de Orange y las provincias de Holanda y Zelanda, por otra: la no agresión, el olvido de las ofensas y el restablecimiento de relaciones amistosas entre las partes; la reunión de una asamblea general, a la manera que se hacía en tiempos de Carlos V, para tratar de arreglar todas las diferencias civiles y religiosas y fijar la restitución de las villas, plazas y fortalezas que debieran devolverse al rey; la liberación de presos de ambas partes; la devolución de los bienes particulares confiscados a sus dueños legítimos; y, lo que parecía irrenunciable, la salida de los Países Bajos de los soldados españoles y sus aliados¹⁸⁸. Esas fueron las bases acordadas que servirían para la firma de la después llamada pacificación de Gante.



Saqueo de Amberes (*De leone Belgico...*, l. 94).

¹⁸⁸ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 217-218.

7.3. EL CAMINO DE REGRESO

Don Juan de Austria llegó finalmente a Flandes a comienzos de 1577. Tras haber viajado de incógnito desde España a través de Francia, se presentó repentinamente en Luxemburgo e hizo saber su llegada al Consejo de Estado de los Países Bajos. Acudieron a cumplimentarle varios representantes del Consejo y de los Estados Generales, a quienes recibió con cordialidad y confió sus propósitos de olvidar las políticas de fuerza y represión y de optar por la concordia, la conciliación y el acuerdo. Los miembros del Consejo de Estado no dejaron de aprovechar de inmediato la oportunidad que les brindaban las palabras de don Juan de Austria y, antes de reconocerle como gobernador, decidieron elevar a escritura pública, firmada por todas las provincias, menos Luxemburgo, y por todos los magistrados, los criterios de pacificación que se habían acordado en Gante, declarar traidores e infames a todos los que no respetasen los acuerdos y juntar tropas entre Bruselas y Namur para garantizar su cumplimiento.

Presionado por las circunstancias, don Juan de Austria no tuvo más remedio que reconocer los términos de la pacificación. En consecuencia, el 17 de febrero de 1577 hizo publicar el llamado *Edicto Perpetuo* por el que se obligaba a respetar todos los privilegios y libertades de aquellas provincias, a devolver los prisioneros, a entregar a los flamencos las plazas y fortalezas de las ciudades y a hacer salir de Flandes a todas las tropas españolas y a los demás soldados extranjeros en un plazo de cuarenta días⁴⁸⁹. El Consejo de Estado se comprometía, a cambio, a entregar 600.000 florines para pagar las deudas de los soldados al marcharse.

Habían llegado los últimos momentos de la estancia de Sancho Dávila en los Países Bajos. Sus méritos y su valor habían sido hasta entonces su tabla de salvación y su salvaguarda en los tiempos difíciles. Ya en 1571 el duque de Medinaceli había proyectado su relevo como castellano de Amberes, por la oposición que despertaba el hecho de que desempeñara un cargo de tal relevancia y de tanta importancia estratégica, pero entonces el duque de Alba se opuso rotundamente a aquella posibilidad. El apoyo manifiesto del duque y la decisiva intervención de Sancho Dávila en multitud de batallas y acciones de guerra durante aquellos años le valieron después la confirmación en su cargo, pero, por todo ello, su figura siempre fue vista con recelo por los flamencos. Llegó a convertirse en el blanco de la animadversión de todos. Por eso Hopperus había propuesto también su relevo tiempo atrás y el rey había aceptado la propuesta en secreto: «Su Magestad está resuelto en sacar de Anvers a Sancho D'ávila, mas que se tenga muy

⁴⁸⁹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 773.

secreto», habían contestado a la propuesta del presidente del Consejo desde la corte de Madrid⁴⁹⁰.

Y en el mes de noviembre de 1576, inmediatamente después del saqueo de Amberes, Felipe II escribió personalmente al propio Sancho Dávila para comunicarle que dejara el cargo de castellano de la ciudadela de Amberes cuando don Juan de Austria se lo ordenara, mandándole que

Cumpláis todo lo que él, en mi nombre y de mi parte, os ordenare y mandare en cualesquier casos y cosas que tocaren a mi servicio, como si yo mismo os lo mandase, y particularmente si os ordenare que dejéis el cargo de esa ciudadela, lo haréis sin poner en ello duda ni dificultad alguna ni esperar otra orden ni mandamiento mío, que, haciéndolo por el de mi hermano, yo, desde ahora para entonces, os alzo por la presente el juramento que por razón de la tenencia y cargo de la dicha ciudadela tenéis hecho y os doy por libre y quito dél para siempre jamás⁴⁹¹.

Debió de ser un duro golpe para él. La entrega del castillo de Amberes era reconocer su fracaso después de tantos años de lucha, de entrega, de esfuerzos y de riesgos personales. Había expresado muchas veces su deseo de regresar a España por asuntos personales y no había conseguido licencia para ello; ahora tenía que marcharse de verdad, obligado por los acuerdos políticos firmados en aras de la ansiada pacificación. Sancho Dávila leyó la carta, la puso sobre su cabeza en señal de respeto y sumisión, como era costumbre, y dijo obedecerla como era su obligación, pero, en cuanto al cumplimiento de lo que en ella se mandaba, no dudó en quejarse y en responder al rey recordándole la importancia de la ciudadela, que estaba bien provista de gente de guerra, de vituallas y municiones, y en reclamar una orden y mandamiento expreso para hacer efectiva dicha entrega.

No debieron sorprender a nadie la respuesta y las exigencias de Sancho Dávila, conocidos como eran su pensamiento, su temple y su decisión. Por eso, inmediatamente, Felipe II le escribió de nuevo en carta fechada el día 31 de enero, en que le repetía la orden

[...] por la presente os ordeno y mando expresamente de nuevo que entreguéis el dicho castillo y artillería y municiones y todo lo demás que en él hubiere al dicho Ilmo. D. Juan de Austria, mi hermano, o a quien él ordenare, no embargante cualquier orden o contraseña que el duque de Alba o el comendador mayor de Castilla, nuestros

⁴⁹⁰ Las cosas que Su Magd. ha mandado que se digan al presidente Hopperus. AGS, Estado, 567.

⁴⁹¹ En Madrid, a 6 de noviembre de 1576. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 222-223.

gobernadores y capitanes generales que fueron de nuestros Estados, os hayan dado [...] y que lo que en esta os mando y ordeno se cumpla al pie de la letra, sin réplica ni contradicción alguna, que yo os doy por libre y quito de cualquier juramento y pleito homenaje que nos hubiéredes hecho a nos o a los dichos nuestros gobernadores y capitanes generales por razón del dicho castillo⁴⁹².

Un mes después, el día 3 de marzo, don Juan de Austria le comunicaba el nombre de su sucesor: don Carlos de Croy, duque de Ariscot, del Consejo de Estado de Su Majestad⁴⁹³. Si el abandono de la ciudadela lo consideraba un fracaso, su entrega al duque de Ariscot, con el que no hacía tanto tiempo había cruzado cartas amenazadoras y acusaciones graves, era una humillación. Algunas órdenes resonarían seguramente durante mucho tiempo en su cabeza:

[...] ordenamos al Consejo de Guerra de Su Majestad, que en aquella villa resida, al castellano Sancho Dávila, a los maestres de campo, coroneles, capitanes de caballos o infantería, tenientes y alfereces y otros oficiales y soldados del exército de Su Magestad de qualquiera calidad, grado, Nación o condición que sean, a nuestra jurisdicción sujetos, que no solamente no le pongan dificultad, estorvo ni impedimento alguno en la entrada de la dicha ciudadela; pero le reciban con la honra y demostración que a la calidad de su persona y a ser ministro tan principal de Su Magestad se deve, y le asistan para que, con la seguridad que se requiere, pueda entrar y apoderarse de la dicha ciudadela [...]⁴⁹⁴.

El día 20 de marzo el secretario Juan de Escobedo, apesadumbrado⁴⁹⁵, se presentó ante él, le presentó las órdenes del rey y de don Juan de Austria y las credenciales de este como capitán general y gobernador. Le recordó que Su Majestad, a petición de los Estados Generales de los Países Bajos, había ordenado que saliesen de ellos todos los soldados extranjeros y que todos

⁴⁹² Dada en Madrid, a último día de enero de 1577. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 212-215; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 224-225.

⁴⁹³ *Don Juan de Austria, en Lovaina, 3 de marzo de 1577.* DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 216-217; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 226-227.

⁴⁹⁴ *Don Juan de Austria, en Lovaina, 16 de marzo de 1577.* DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 217-218.

⁴⁹⁵ «No puedo dejar de decir a V. Md. que ha sido cosa lastimosa entregar a los traidores esta plaza y quitarla a los leales y que Sancho Dávila y Mondragón y otros interesados en esta tierra debieran ser recompensados antes que desposeídos; por todo han pasado obedeciendo a V. Md., y esto le obliga de nuevo a hacerles más merced [...].» *Juan de Escobedo a S. M., en Amberes, 21 de marzo de 1577.* CODONI, L, p. 332ss.

los oficios políticos y militares pasasen a los naturales de dichos países, conforme a sus privilegios, que el cargo de castellano de aquella ciudadela estaba entre tales oficios y que, por lo tanto, don Juan de Austria le mandaba que la entregase al duque de Ariscot. Seguidamente le requirió que cumpliera las órdenes, «so pena de caer en mal caso y ser tenido por inobediente a los mandamientos de Su Majestad»⁴⁹⁶.

No podía, en efecto, negarse Sancho Dávila a cumplir las órdenes del rey. Pero rehusó entregar el castillo personalmente. Su honor no se lo permitía. Por eso, decidió ausentarse y que fuera su teniente, Martín del Hoyo, quien hiciera la entrega. Y ese mismo día, en la puerta llamada de la Ribera, Martín del Hoyo entregó las llaves del castillo de Amberes al duque de Ariscot, que llegó para recibirlas acompañado de los embajadores del Imperio, de muchos gentilhombres de los Países Bajos, del secretario de don Juan de Austria, Juan de Escobedo, y de la infantería valona que había de quedar allí de guarnición, según orden de los diputados de los Estados Generales⁴⁹⁷.

Había quedado atrás el tiempo de la victoria, del reconocimiento de los servicios heroicos prestados al rey y de las viejas promesas, la mayor parte de ellas incumplidas aún. Se imponía la razón de la política. No parece que Sancho Dávila lo comprendiera. Ni que quisiera comprenderlo. Tenía que abandonar Amberes definitivamente. Allí, en Flandes, en un monasterio próximo a la ciudad de Brujas, quedaba enterrada la mujer que había sido su esposa durante poco más de un año, Catalina Gallo, hermana del coronel Alonso López Gallo, la madre de su hijo Fernando. Allí quedaba enterrada también su segunda esposa, Violante. Y allí también quedaban abandonados los intereses económicos y la hacienda que tanto él como, sobre todo, su hijo Fernando tenían en Amberes, en Malinas y en Brujas⁴⁹⁸. Pero tenía que marchar. Y, acompañado de los maestres de campo, coroneles, capitanes de caballería e infantería, tenientes y alfereces y otros oficiales y soldados del ejército de Su Majestad, emprendió camino hacia Maastricht donde don Juan de Austria había ordenado que se concentrase el ejército para disponer su regreso a Italia. Cuentan que al despedirse le dijo a don Juan de Austria: «Vuestra Alteza nos hace salir de Flandes; acuérdate que bien pronto se verá obligado a llamarnos»⁴⁹⁹.

⁴⁹⁶ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 217-218; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 225.

⁴⁹⁷ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 776.

⁴⁹⁸ Sancho Dávila a S. M., en el Puerto de Santa María, 19 de diciembre de 1581. CODONI, XXXV, p. 339ss.

⁴⁹⁹ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 221; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 230.

Pocos días después las tropas españolas se concentraron en Maastricht, donde, como les ocurriera tantas veces, tuvieron que esperar durante algún tiempo la liquidación de las pagas prometidas. El problema de siempre. No era fácil hacer efectivas dichas pagas por el poco dinero con que se negociaaba desde que Felipe II decretara la bancarrota, porque la plata del rey que beneficiaba en Génova don Juan de Idiáquez no se había remitido para Flandes, como se esperaba, por no haberse acabado de vender. Finalmente, Juan de Escobedo, el secretario de don Juan de Austria, logró convencerles para que aceptaran cobrar en Italia pólizas avaladas por comerciantes y banqueros italianos y los soldados se pusieron en marcha.

Muchos llevaban diez años en los Países Bajos y habían participado en multitud de asedios de ciudades, escaramuzas y acciones de guerra que en tierra generalmente habían ganado los españoles y en el mar y en los canales habían ganado los rebeldes. En todo caso, allí dejaban una buena parte de su vida⁵⁰⁰. Lo reflejan perfectamente las palabras que en junio de 1574, casi tres años atrás, escribía Julián Romero, que ahora marchaba hacia España, solicitando infructuosamente licencia a don Luis de Requesens para retirarse a su casa pues –decía–

[...] ha que sirvo a Su Magestad 40 años la Navidad que viene sin apartarme todo este tiempo de la guerra y de los cargos que se me han encomendado y en ellos he perdido tres hermanos y un brazo y una pierna y un ojo y un oído y lo demás de mi persona tan fatigado de heridas que me resiento mucho dellas y agora, últimamente, un hijo en quien yo tenía puestos los ojos⁵⁰¹. –Y continuaba–: [...] ha nueve años que me cassé, pensando poder descansar, y después acá no he estado un año entero en mi casa y della he dado y gastado la mayor parte de lo que me dieron con mi mujer y tengo una hija en ella y otra en estos estados de hedad de casalla y para la una ni para la otra no me hallo con que podellas remediar si no es con lo poco que ha quedado a mi mujer⁵⁰².

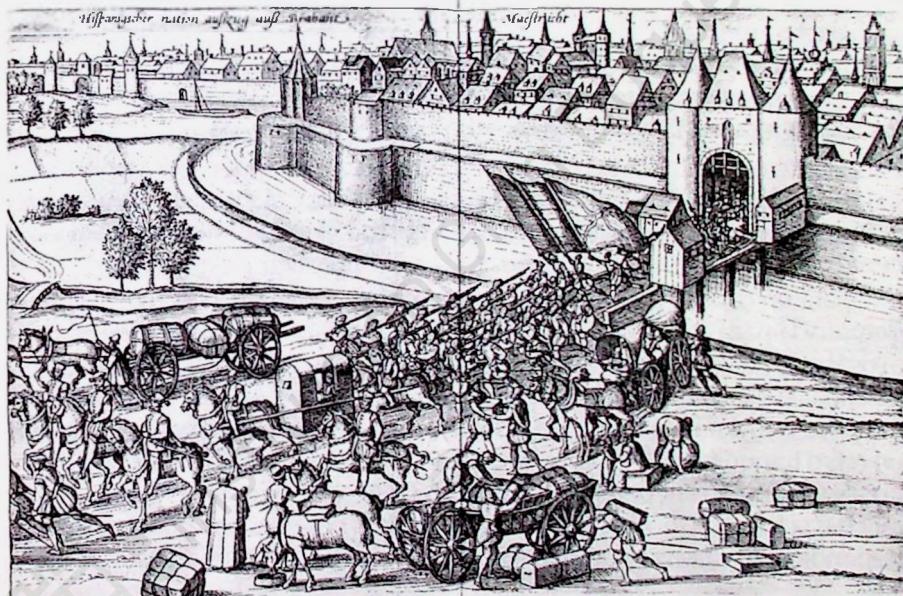
La salud, la fortuna, la familia sacrificadas en el servicio del rey: era la vida de los soldados de los tercios en los Países Bajos, las tierras que ahora abandonaban por orden del mismo rey.

⁵⁰⁰ El secretario Escobedo explicaba al rey lo dificultoso que había resultado sacar de Flandes a la gente de los tercios por «estar ya –dice él– muy arraigada y llegarles el dolor de la salida a las entrañas [...]. Juan de Escobedo a S. M., en Amberes, 21 de marzo de 1577. CODOIN, L, p. 332.

⁵⁰¹ Copia de carta del maestre de campo Julián Romero al comendador mayor de Castilla, 21 de junio de 1574. AGS, Estado, 558/89.

⁵⁰² Ídem.

La organización de la retirada se encomendó al conde de Manzfeldt tratando de evitar las discordias que por cuestiones de mando hubieran podido surgir entre los españoles don Alonso de Vargas, Sancho Dávila, Julián Romero y Francisco de Valdés⁵⁰³. El camino resultó largo e incómodo. Llegaron a Lombardía y el marqués de Ayamonte, gobernador y capitán general de Milán, les mandó acampar cerca de la costa de Génova con la intención de que embarcaran cuanto antes por miedo a que pudieran propagar la peste que entonces amenazaba a la ciudad. Pero una vez más los soldados tuvieron que reclamar que se les pagara y se negaron a embarcar y a marchar a otro destino o a regresar a España hasta que los embajadores del rey aseguraron que se aceptaban las pólizas que traían desde Flandes y que el pago se haría efectivo con el primer dinero que llegara a Génova para ponerlo a disposición de don Juan de Austria.



Las tropas españolas salen de Maastricht con destino a Italia (*De leone Belgico...*, l. 103).

Pero, llegado el verano, el marqués de Ayamonte, en Milán, y don Juan Idiáquez, en Génova, recibían sendas cartas de don Juan de Austria, firmadas en Namur, en las que les confesaba que los flamencos no habían cumplido con lo capitulado, por lo que convenía que las tropas no embarcasen

⁵⁰³ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 776.

sino que se las pagase convenientemente para que estuviesen satisfechas y dispuestas a volver a los Países Bajos en cuanto el rey se lo mandase⁵⁰⁴. Uno y otro se reunieron con los maestres de campo y con los capitanes e hicieron todas las gestiones necesarias para pagar rápidamente a los soldados. Y poco tiempo después, seis mil soldados de infantería y caballería emprendían de nuevo el camino hacia Flandes.

Ya no volvía con ellos Sancho Dávila. A su llegada a Milán, el marqués de Ayamonte le había presentado una carta en la que el rey mostraba su satisfacción por los servicios que el capitán le había prestado a lo largo de su carrera. Se sospechaba que la reina de Inglaterra pudiera estar tentándole para que aceptara un elevado cargo militar en su ejército para hacer frente a las revueltas en Escocia⁵⁰⁵. Y, tal vez por eso, el rey le halaga y reclama sus servicios:

[...] he resuelto en lo que a vos toca lo que entenderéis del dicho marqués, a quien escribo, os lo diga de mi parte y la satisfacción que tengo de vuestra persona y servicios, para tener con ellos la cuenta y memoria que es razón; y así holgaré que, conforme a lo que él os dijere, os dispongáis a servirme con el cuidado y diligencia que hasta aquí lo habéis hecho en lo que se os ha encomendado [...]⁵⁰⁶.

Lo que el rey ofreció a Sancho Dávila, por medio del marqués de Ayamonte, era el gobierno de Alessandria, ciudad situada en el Estado de Milán, en el centro de un triángulo cuyos vértices eran Turín, Milán y Génova.

Para un capitán que había llegado a mandar el ejército del rey no parecía demasiada paga. No era un cargo superior al que había tenido antes de marchar a los Países Bajos. Él, sin duda, creía merecerse más. ¿O no? ¿Es posible que su persona resultara incómoda después de lo ocurrido en Amberes, que de algún modo se estuviera pensando en castigarle, que se estuviera preparando para él un retiro tranquilo lejos de la corte del rey? ¿Por qué Alessandria? ¿Y por qué no un pueblo cualquiera perdido en los Alpes? ¿No sería lo mismo? Muchas dudas, muchas sospechas rondaban en esos momentos por su cabeza. Tal vez por eso, respondió con cinismo y desdén a la sugerencia del marqués de Ayamonte:

La merced que Sancho Dávila suplica a V. E. es que, escribiendo a S. M., V. E. se la haga en significarle que ha estimado en mucho la merced que S. M. le hace en

⁵⁰⁴ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 801.

⁵⁰⁵ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 233.

⁵⁰⁶ *Felipe II a Sancho Dávila, en Aranjuez, 13 de mayo de 1577*. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 224; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 230.

haberse acordado dél en lo del gobierno de Alejandría y que, no solamente en Alejandría, pero en cualquier otra cosa en este Estado, aunque fuese en Domodosola, servirá a S. M. mandándoselo [...]»⁵⁰⁷.

Y rehusó la merced con la excusa de querer venir a España a besar las manos del rey y a «significalle sus servicios y algunas otras pretensiones que tiene»⁵⁰⁸.

El marqués de Ayamonte justificó la respuesta, porque «a los soldados –decía– cumpliendo con el pelear se les puede pasar que falten con la cortesanía»⁵⁰⁹, desechó todo tipo de sospecha sobre sus actuaciones en los Países Bajos y abogó por él ante el rey:

[...] es hombre benemérito y de mucho servicio pues concurren en él ánimo y discreción y ha mostrado ser esto así por muchas pruebas. De las que yo he tratado con él quedo muy satisfecho porque me da muy buena razón de lo pasado y discurre muy bien en lo que se puede esperar en el porvenir de aquellos países [...]»⁵¹⁰.

En consecuencia, le dio licencia para trasladarse a España. Sancho Dávila llegó a Madrid a finales de verano de 1577 y se aposentó en la Corte con su hijo y sus sirvientes. Allí fue recibido por Felipe II. Un año después, en octubre de 1578 el rey le otorgó el nombramiento de capitán general de la costa del reino de Granada.

⁵⁰⁷ Memorial de Sancho Dávila incluido en la carta del marqués de Ayamonte a S. M., en Vegaven, 5 de julio de 1577. AGS, Estado, 1246. CODOIN, XXXI, p. 158-159.

⁵⁰⁸ El marqués de Ayamonte a S. M., en Vegaven, 5 de julio de 1577. AGS, Estado, 1246, CODOIN, XXXI, p. 157.

⁵⁰⁹ El marqués de Ayamonte a Antonio Pérez, en Vegaven, 8 de julio de 1577. AGS, Estado, 1246. CODOIN, XXXI, p. 159-160.

⁵¹⁰ El marqués de Ayamonte a S. M., en Vegaven, 5 de julio de 1577. AGS, Estado, 1246, en CODOIN, XXXI, p. 157.



Institución Gran Duque de Alba



8. LA ANEXIÓN DE PORTUGAL



Institución Gran Duque de Alba

En 1569, tras la intervención de las tropas mandadas por don Juan de Austria, había quedado sofocada definitivamente la rebelión de Las Alpujarras. Considerándolos un peligro para el futuro, todos los moriscos, tanto los que habían tomado las armas como los que no, fueron expulsados de aquellas tierras y dispersados por diferentes ciudades y pueblos de Castilla. Y para repoblar las tierras abandonadas por los moriscos, Felipe II escribió a los concejos de las ciudades y villas prometiendo mercedes a todas aquellas personas que «quisieran hir al rreino de Granada a poblar en lo de Las Alpujarras»⁵¹¹. Miles de vecinos respondieron a la llamada –en Ávila, para hacer un alto en el camino, se aposentaron durante algunos días, en julio de 1572, «quarenta y tres casas de gallegos»⁵¹²– y marcharon hacia el Sur.

Pacificadas Las Alpujarras, Felipe II decidió suprimir el cargo de Capitán General del Reino de Granada, porque ya no parecía necesaria la presencia de gente armada en las tierras del interior, y redujo la circunscripción de la jurisdicción militar sólo a la zona de costa⁵¹³. En consecuencia, para adaptarse a la nueva situación, creó el cargo de Capitán General de la Costa del Reino de Granada con la función específica de gobernar a la gente de guerra y a los «requeridores, atajadores, escuchas y atalayas» que hubiera en el litoral.

Se trataba de asegurar la defensa de las ciudades, villas y aldeas de la costa oriental de Andalucía de posibles ataques de turcos y berberiscos. Es verdad que el éxito obtenido en Lepanto parecía haber alejado definitivamente aquel peligro, pero, en realidad, el efecto de la victoria había sido sólo momentáneo. Dos años después, en 1574, los turcos reconquistaron la ciudad de Túnez y se apoderaron del fuerte de La Goleta y, a partir de ese momento, aumentó de nuevo ostensiblemente la presencia amenazante

⁵¹¹ AHPAv, Ayto., Actas, L 15, fls. 115-115v.

⁵¹² ídem, fls. 216-218v.

⁵¹³ JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio. *Poder, ejército y gobierno en el siglo XVI. La Capitanía General del reino de Granada y sus agentes*. Granada: Universidad, 2004.

de corsarios berberiscos en el Mediterráneo occidental. Ya se pensaba entonces en la corte española que la solución al problema pasaba por firmar truces con los turcos, como se hizo en 1577, y por la intensificación de la actividad diplomática en Berbería, pero seguía pareciendo necesario mantener activas las defensas militares de las costas levantinas y andaluzas. Más aún a partir de 1577 en que empezó fraguarse el proyecto de don Sebastián, el joven rey de Portugal, de desembarcar con un fuerte ejército en el norte de África e intervenir militar y políticamente en el reino de Marruecos. Si aquella empresa se llevaba a efecto, se corría el riesgo de que se produjera de nuevo la desestabilización de la costa occidental del Mediterráneo y de que los pueblos del litoral andaluz volvieran a padecer las amenazas, los enfrentamientos y las incursiones de los corsarios.

En ese contexto se explica la relevancia del cargo de Capitán General de la Costa del reino de Granada. Poco tiempo antes dicho cargo había quedado vacante por renuncia de don Francisco de Córdoba y el rey, en octubre de 1578, nombró para sustituirle al capitán Sancho Dávila, señalándole un salario anual de dos mil ducados, equivalentes a setecientos cincuenta mil maravedíes, pagaderos desde el mismo día en que comenzara su servicio⁵¹⁴. Era una forma de disculpar sus errores, si los había tenido, de reconocer sus méritos y de pagar, también económicamente, los servicios prestados durante tanto tiempo en los Países Bajos. En todo caso, Sancho Dávila, llegado de Flandes, se veía empujado una vez más a servir al rey en lugares de frontera.

8.1. CAPITÁN GENERAL DE LA COSTA DEL REINO DE GRANADA

Sancho Dávila había llegado a la corte de Madrid a finales del verano de 1577 y fue recibido inmediatamente por Felipe II. Explicó al rey su versión de lo ocurrido en Amberes y sus puntos de vista sobre la situación de los Países Bajos, le expuso sus méritos, los servicios «tan grandes y tan continuos» que había prestado a la Monarquía a lo largo de su vida de soldado y le pidió le concediera las mercedes que tantas veces le habían prometido y que creía merecer porque las necesitaba, porque había abandonado todo cuanto tenía para servir y obedecer al rey —«siguiendo la voluntad y mandamiento de Vuestra Majestad», le había dicho—, porque no tenía «otra hacienda» más que esa para «sustentarse»⁵¹⁵.

⁵¹⁴ Dada en Madrid, a 29 de octubre de 1578. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 225-229; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 234-237.

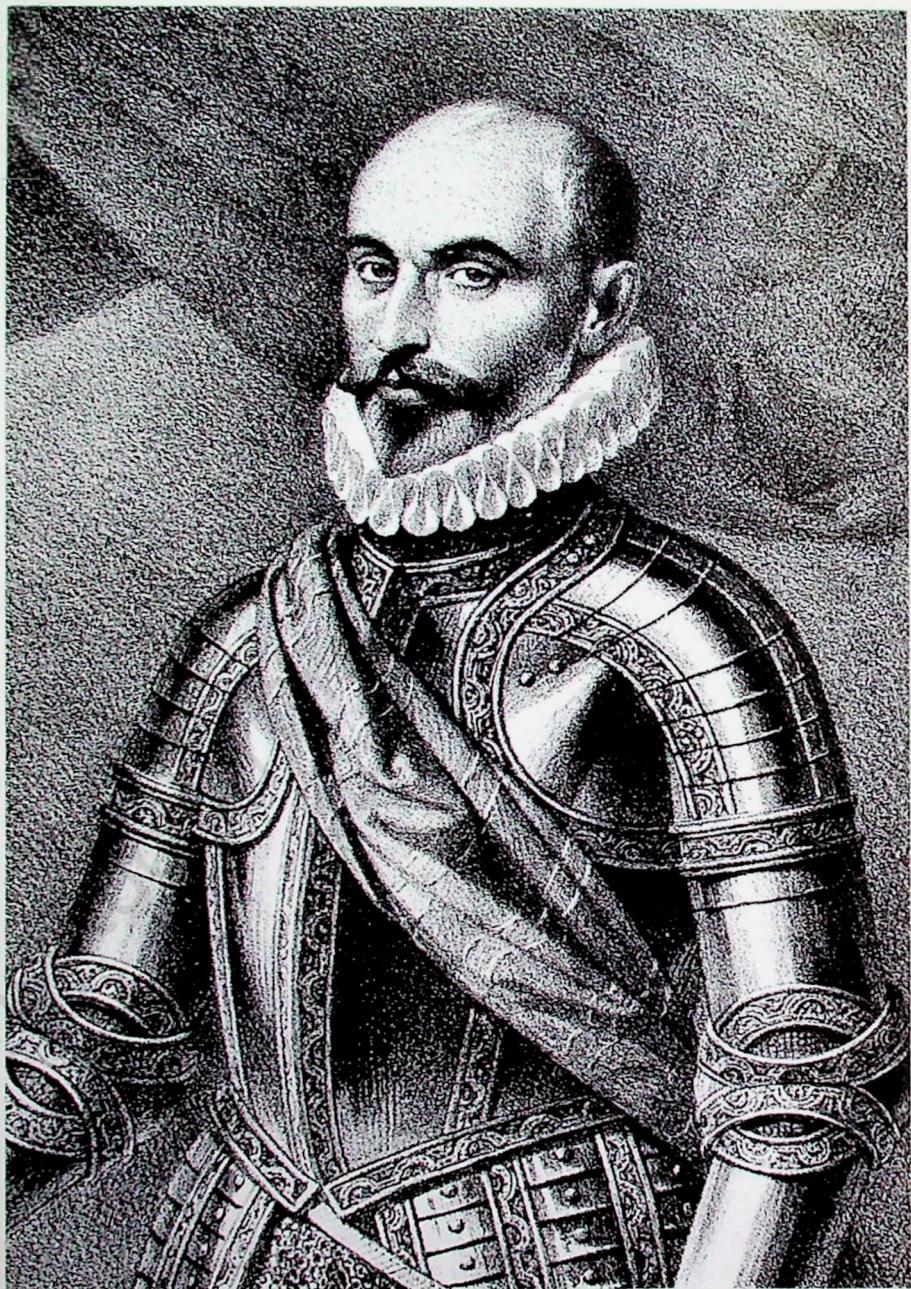
⁵¹⁵ Copia de la carta de Sancho Dávila a S. M., en Madrid, 4 de septiembre de 1577. AGS, Estado, 1410. CODOIN, XXXI, p. 160.

No fueron tiempos fáciles para Sancho Dávila. Llegó a la Corte y fue recibido por Felipe II, pero no obtuvo de inmediato respuesta alguna a sus demandas y durante algún tiempo, mucho más de lo esperado, hubo de permanecer en Madrid, tal vez en casa del duque de Alba, tratando de asegurar su futuro y el de su hijo y de gestionar lo mejor posible sus viejas reivindicaciones. Sólo un año después de su llegada, el rey respondió directamente a sus peticiones de merced y, por fin, en octubre de 1578, le otorgó el nombramiento de capitán general de la costa del reino de Granada, nombramiento que quedó asentado en los libros de sueldo de la Contaduría Mayor el día 7 de noviembre de aquel mismo año.

El nuevo cargo conllevaba la obligación de residir de continuo en la costa andaluza, tanto en invierno como en verano, y la de recorrerla toda ella con su guardia, visitando e inspeccionando las fortalezas de Almería, Marbella, Almuñécar, Salobreña, Adra, Mojácar, Bentomiz, Nerja, Castillo de Ferro, Buñol, Fuengirola, Vélez-Málaga, Estepona, Torrecautar, Cártama y Tabernas, que quedaban bajo su autoridad, sin poder permanecer más de dos meses en ninguna de ellas y sin poder ausentarse de aquellas tierras sin licencia de Su Majestad.

Habían de servir bajo su mando más de quinientos soldados, doscientas treinta y siete de caballería y trescientos de infantería, distribuidos en diez compañías, incluida la de su guardia personal, formada por treinta lanceros. Habían sido reclutados por capitanes prestigiosos y eran pagados con el dinero de «la farda» con que servían al rey los nuevamente convertidos de aquel reino. De momento debían estar a sus órdenes otros doscientos cincuenta jinetes de las guardias de Castilla que, distribuidos en cuatro compañías, tenían destino en aquella costa y cincuenta soldados que residían en la alcazaba de Almería y los cuadrigüeros que aún buscaban moriscos rebeldes en las sierras de Las Alpujarras. Todos ellos formaban la guarnición de las fortalezas de la costa y servían como guardias, en turnos de día y noche, en las torres de vigía para descubrir naves enemigas, cuando las hubiere, y dar de inmediato cuenta de ello para tocar a rebato, impedir el desembarco y organizar la defensa.

En las instrucciones que recibió junto con el nombramiento se le encendaba la realización de una serie de misiones concretas para mejorar y hacer más eficaz el sistema de defensa: alistar nuevos soldados para completar las compañías, especialmente arcabuceros a caballo; reparar las torres de vigía que tuvieran necesidad de ello y construir otras nuevas si hiciesen falta; acabar el fuerte que se estaba levantando en Almería conforme a la planta diseñada por el capitán general de artillería D. Francés de Álava, miembro del Consejo de Guerra; y proveer de pólvora, leña, agua y abastos la alcazaba de la dicha ciudad; estudiar el estado de los castillos de Bentomiz y Sedella, la Caravanda y Cártama, en las tierras de Málaga y Vélez-Málaga, deshabitados desde tiempo atrás, y ver la posibilidad de su acondicionamiento o, si fuera necesario, de su reconstrucción.



Retrato de Sancho Dávila (José Vallejo y Galeazo, 1855).

Aquellas responsabilidades traían a la memoria de Sancho Dávila recuerdos de tiempos pasados, cuando, siendo más joven, a comienzos de los años sesenta, poco después de ser nombrado capitán de las guardas de Su Majestad, recibió el encargo de inspeccionar las defensas de la costa del reino de Valencia y propuso la construcción del castillo de Bernia. Ahora era un soldado de larga e intensa experiencia. Y las guerras le habían enseñado la importancia de los recursos económicos y de la organización. Por eso, debía revisarlo todo antes de partir. Necesitaba saber las tropas y las armas que de verdad necesitaba así como los recursos con que podía contar. En consecuencia, redactó un largo informe en que explicaba la necesidad de pagar las deudas atrasadas a los soldados y de pagarles convenientemente y en el tiempo estipulado; la dificultad de disponer de suministros y abastos para las tropas y los caballos en una zona de escasa producción agrícola; y la necesidad de que se nombrase un lugarteniente que hiciera sus funciones en la parte del territorio donde, por la extensión de la costa, él no pudiera llegar a tiempo de solucionar los problemas urgentes que se pudieran presentar⁵¹⁶. Esperaba una respuesta adecuada para ponerse en camino hacia Andalucía, pero el asunto no parecía urgente y la respuesta no llegó hasta el mes de julio de 1579⁵¹⁷.

Él, sin embargo, no partió de inmediato hacia su nuevo destino. El cargo lo estaba desempeñando perfectamente, aunque de forma interina, Arévalo Zuazo. Y, tal vez por eso, durante los meses siguientes, hasta acabado el verano de 1579, él permaneció en Madrid, recibiendo información e instrucciones sobre su nuevo oficio, ocupándose de sus asuntos personales, disfrutando de la Corte después de tantos años de guerra y haciendo los preparativos necesarios para marchar a la costa. Tuvo que ocuparse de su hijo, de nueve años, que había venido con él desde Flandes, preocuparse por su educación y su futuro y resolver su situación, hasta que logró colocarle como paje en la Corte en las mismas condiciones en que estaban los hijos de otros nobles y caballeros. Y, al mismo tiempo, volvió a retomar la cuestión pendiente de su hábito de la Orden de Santiago.

La investigación preceptiva llevada a cabo en Ávila en 1570 por los comisionados del Consejo de Órdenes para conocer el origen y calidad de sus antepasados había planteado algún tipo de dudas sobre el origen de su abuela paterna, Bernardina de Solís, natural de Salamanca, y, sobre todo, había dejado entrever sospechas fundadas de que su abuela materna, Andresa del Espinar, estuviera emparentada en grado muy próximo con conversos segovianos. Ante tal sospecha la concesión del hábito había quedado indefinidamente en suspenso. Pero ahora Sancho Dávila insistió

⁵¹⁶ DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 251-254.

⁵¹⁷ AGS, Guerra, Mar y Tierra, 84. CODOIN, XXXI, p. 164.

de nuevo. Escribió cartas a sus parientes, buscó papeles y escrituras sobre sus antepasados y los presentó en el Consejo de Ordenes. Incluso reclamó ante el Consejo de Estado⁵¹⁸. Felipe II intentó darle largas y más largas⁵¹⁹, pero, al final, accedió a sus peticiones, tal vez para liberarse de su insistencia, y, con la mediación del Consejo de Ordenes, encargó al licenciado Pero Hernández, *freile* de la Orden de Santiago, persona de «mucha confianza, retitud y buena conciencia», una investigación secreta sobre «quién fue y de dónde descendía por línea recta» la dicha abuela de Sancho, Andresa del Espinar⁵²⁰.

⁵¹⁸ «Hoy ha habido Consejo de Estado –comunica el secretario Antonio Pérez a Felipe II– [...] envió a decir el duque antes que se comenzase que pensaba venir a el Sancho de Ávila [...]. *Billete de Antonio Pérez a Felipe II y respuesta de su mano al margen de él...* PIDAL, Pedro José Pidal y Carniado Fernández y Tuero, marqués de. *Historia de las Alteraciones de Aragón en el Reinado de Felipe II*. Madrid: Imprenta de J. Martín Alegria, 1862, Apéndice VI, p. 15.

⁵¹⁹ «[...] no hice sino leer cartas y más cartas –explica Antonio Pérez– y alargar el Consejo para que con esto la echase del cuerpo» (la pretensión). Ante tal actitud, protestó Sancho Dávila, pero Antonio Pérez le replicó «que no diese prisa».

El rey anota al margen del billete: «[...] Muy bien ha sido que hubiese Consejo [...] y mucho mejor fue todo lo que en él hicisteis y respondisteis al duque y a Sancho Dávila, que cierto debió herir lo que decís y no hay duda en ello [...]. Y si Sancho llevase adelante el camino que ha tomado, lo entretened como decís y no se haga [...]». Ídem.

⁵²⁰ «El rey, licenciado Pero Hernández, freile de la Orden de Santiago, cuya administración perpetua yo tengo por autoridad apostólica, sabed que, habiendo Nos hecho merced del hábito de la dicha Orden a Sancho de Ávila, vecino de la ciudad de Ávila, se hízo la información de sus qualidades y, segund somos informado, las personas a quien se cometió no acertaron a hazer la averiguación de una abuela suya y, siendo como es nuestra voluntad que se sepa y entienda verdaderamente quién fue y de dónde descendía por linea recta y si concurrian en ella las qualidades que los establecimientos de la dicha Orden disponen, para que el dicho Sancho de Ávila, su nieto, pueda tener el hábito della, a parecido embiar a hazer esta averiguación secretamente una persona de la Orden de mucha confianza, retitud y buena conciencia y, por concurrir estas partes en vos y la entera satisfacíon que tenemos de vuestra persona, por la presente os nonbramos para lo susodicho y os mandamos que, tomando los papeles que se os entregarán por los del mio Consejo de las Órdenes, vays luego con todo secreto a la dicha ciudad de Ávila y a otras qualesquier partes que viéredes que convenga y hágais por vuestra persona y por los medios que os parecieren convenir todas las diligencias y averiguaciones que fueren nescesarias para saber y entender la verdad de lo que pasa cerca y en razón de lo susodicho de manera que en ello no aya dubda. Y mandamos a qualesquier personas que, para lo aquí dicho es, fueren por bos llamadas que bayan y cumplan lo que les ordenáredes so las penas que de nuestra parte les pusíeredes, las cuales Nos, por la presente, les ponemos y havemos por puestas y por condenados en ellas a los que remisos e inobedientes fueren y, so las dichas penas, mandamos así mismo a qualesquier mis juezes e justicias que os den y hagan dar el favor e ayuda que para lo que dicho es les pidiéredes y ovíeredes menester, que para todo lo susodicho y lo a ello anexo y dependiente os damos poder cumplido qual al caso convenga. Hecha en San Lorenzo el Real a XXII de mayo de mil e quinientos y setenta y ocho años. Yo, el rey. Por mandado de Su Majestad, Mateo Vázquez». AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

Y Pero Hernández, el freile de la Orden de Santiago, marchó a Ávila a evaluar su comisión. Y trabajó duro. Visitó la capilla de la Piedad de la clausura de la catedral de Ávila, fundada por el arcediano Pedro Daza, hermano de Andresa, para indagar sobre los nombres de los antepasados enterrados allí; exigió la presentación de testamentos y escrituras de todo tipo de contratos y de fundaciones, y se entrevistó con decenas de personas en la ciudad. Las informaciones obtenidas de dichas fuentes le llevaron a Fuente Saúco, Peñafiel, Curiel, Cuéllar, la villa de El Espinar y la ciudad de Segovia para comprobar afirmaciones, desechar dudas y confirmar la veracidad de lo averiguado. Y en Segovia, finalmente, en el monasterio de El Parral, quedó demostrado que un fraile que había habido en dicho monasterio, hermano del padre del abuelo de Andresa del Espinar, era judío converso. Por lo tanto, también lo era el padre del abuelo⁵²¹. La investigación había sido exhaustiva y había dado sus frutos: el padre del abuelo de la abuela de Sancho Dávila había sido judío converso y, por consiguiente, Sancho Dávila, a pesar de la lejanía del grado de parentesco, estaba manchado en su ascendencia y no podía demostrar pureza de sangre porque no parecía existir duda alguna de que su abuela materna, Andresa del Espinar, era descendiente de confesos⁵²².

En consecuencia, le fue comunicada la imposibilidad de confirmar la merced del hábito de la orden de caballería de Santiago que le había sido concedida por el rey. Sancho Dávila sintió una profunda frustración. Desde el año 1571 había estado solicitando licencias para venir a España para encargarse personalmente de tal asunto. Pero nunca se las habían concedido. Y, mientras tanto, fue pidiendo a sus amigos y conocidos, entre ellos Arias Montano y el duque de Alba, que hicieran en su favor las gestiones pertinentes ante el Consejo de Órdenes. Pero fue en vano⁵²³. Y la resolución final fue negativa. De nada le habían servido sus méritos de soldado. Tremenda paradoja. El origen del padre del abuelo de su abuela, de quien no había oído hablar jamás, había sido mucho más determinante. No podría olvidarlo nunca.

En aquella sociedad de la segunda mitad del siglo XVI en que la tendencia a diferenciarse en castas era cada vez más acusada, semejante reprobación podía ser tenida como deshonor. Más aún en el caso de Sancho Dávila, por haber sido tan pública y tan conocida su pretensión. Hasta tal punto se podía ver resentido su buen nombre que algunos de sus allegados en Ávila acabaron denostando aquel empeño suyo por lucir en su pecho la cruz de

⁵²¹ AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

⁵²² GUTIÉRREZ NIETO, Juan Ignacio. *Inquisición y culturas marginadas, conversos, moriscos y gitanos*. Madrid: Espasa-Calpe, 1986, p. 697-698.

⁵²³ «[...] No me puedo acostumbrar de que el duque, mi señor, no tenga más fuerza para valerme en esto [...]», se queja Sancho Dávila a Juan de Alboroz desde Amberes el 1 de enero de 1575. ADA, C33/126.

la Orden de Santiago sin haberse detenido a calcular el riesgo que tal pretensión conllevaba. «Yo no sé por qué se a puesto en ello Sancho Dávila porque, siendo tan buen soldado, ¿quién le mandaba de ponerse en esto?» decía doña Isabel de Mendoza, mujer de Francisco de Valderrábano, hija del marqués de Velada⁵²⁴. Tal vez había sido, en efecto, una apuesta innecesaria. Son comprensibles, pues, el dolor y la frustración que le produjo aquella reprobación. «Ha venido muy sentido por no conseguir lo que pretendía de un hábito», comentaba el marqués de Aguilar a uno de los secretarios del rey⁵²⁵. Tan sentido y enfadado, que estuvo decidido a dejarlo todo, a retirarse de la milicia para siempre, porque aquello era una cuestión de honra y «sin honra», explicaba el marqués en defensa del soldado, «no se puede servir a Su Magestad»⁵²⁶. El propio Sancho Dávila se lo había explicado personalmente al rey comunicándole su intención de no ir a la costa del reino de Granada, porque, según él mismo decía,

[...] no me bastaría el ánimo a acertar a servir a S. M. en este cargo, ni en otro ninguno de guerra, porque entendería que me faltaría la espada y ventura en todo y que así le suplicaba se sirviese de pensar desde ahora en quien proveerlo [...]!⁵²⁷

La resolución trascendía, no obstante, el ámbito de los intereses, los sentimientos y las frustraciones personales. Venía a ser una bofetada al espíritu militar. ¿Cuánto valían los méritos de los soldados que arriesgaban su vida defendiendo al rey y a la religión en el campo de batalla? ¿Tanto como la sospecha de algún atisbo de ascendencia conversa? ¿Menos? Todo aquello resultaba ser una tremenda paradoja. El mejor soldado del rey, capaz de presentar una hoja inmejorable de servicios militares, capaz de jugarse la vida por la Monarquía en las fronteras de la cristiandad tantas veces como fuera preciso, había sido reprobado en un proceso sobre un hábito de caballería porque, según declaraciones de algunos testigos, había habido judíos conversos entre sus antepasados. La letra se había vuelto en contra del espíritu de la norma.

La culpa había que atribuirla a la creciente burocratización y anquilosamiento del sistema. Parecía claro que, entre los letrados de los consejos, había pocos que supieran o quisieran «hacer excepción de personas ni tener consideración a las obligaciones de servicios, ni a la consecuencia de dar gusto o desdeñar a los hombres que son para servir, sino antes paresce que

⁵²⁴ AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

⁵²⁵ Copia del marqués de Aguilar a Juan Delgado, secretario de Su Magestad, en Madrid, 24 de agosto de 1579. AGS, Guerra, Mar y Tierra, 82. CODOIN, XXXI, p. 166.

⁵²⁶ Idem.

⁵²⁷ Memorial de Sancho Dávila. CODOIN, XXXI, p. 168.

gustan de hacer oficio contrario»⁵²⁸. Es verdad que las calidades que habían de poseer los aspirantes a un hábito de una orden de caballería estaban especificadas en una bula papal, y a ellas solían atenerse los dictámenes del Consejo de Órdenes, pero no es menos verdad que, entre dichas calidades, se contemplaba la de ser o haber sido un *extremus miles*⁵²⁹, un soldado extraordinario, y esa calidad, si alguien la tenía en el siglo XVI, ese era Sancho Dávila. En última instancia, el responsable era el rey, gran maestre de la Orden. Por consiguiente, el rey, que era «poderoso de honrar a los que le sirven y levantar hombres del polvo de la tierra, porque esos son los poderes y las grandeszas de los reyes»⁵³⁰, podía aún remediar la situación.

Obviamente no era buen negocio para el rey perder a Sancho Dávila, «un gran capitán y un soldado que, en todas las cosas que ha puesto las manos, ha tenido ventura»⁵³¹. En la Corte se sabía lo que eso podía significar: la sensación de menosprecio a los valores militares. Y aquello no parecía conveniente. Menos aún en la situación que en aquellos momentos empezaba a vislumbrarse en el panorama internacional. Por eso, actuó en consecuencia y prometió a Sancho Dávila intervenir para ver si podía hacerle «la merced y honra» que pretendía⁵³². De nuevo, nada más que promesas. Tiempo tendría aún Sancho Dávila de recordárselas al rey una y otra vez y tiempo tendría también el rey de dar largas a Sancho Dávila. Lo mismo de siempre. Pero en aquellos momentos la situación internacional imponía sus urgencias. Tal vez por eso, Felipe II ordenó de inmediato que los 2.000 ducados que le habían sido señalados como soldada anual, y que deberían ser satisfechos a partir del día en que empezara a servir de forma efectiva el oficio de capitán general de la costa del reino de Granada, empezaran a contarse desde el día en que se hizo el nombramiento.

Aquella decisión del rey posiblemente ayudara a Sancho Dávila a sublimar su frustración. Eso pasaba por convencerse a sí mismo de que los hábitos de las órdenes militares no premiaban el mérito propio, que sólo reconocían la importancia social del linaje y eran expresión de un poder heredado en una sociedad de castas que, por serlo, daba tanto valor al factor de pureza de sangre. Era preciso buscar, o construir, otros valores sociales. Si los méritos eran individuales, el premio sólo debería ser individual y tal vez no hubiera recompensa mayor que el reconocimiento social de la *virtus*, la

⁵²⁸ Idem.

⁵²⁹ Copia del marqués de Aguilar a Juan delgado, secretario de Su Magestad, en Madrid, 24 de agosto de 1579. AGS, Guerra, Mar y Tierra, 82. CODOIN, XXXI, p. 166.

⁵³⁰ Memorial de Sancho Dávila. CODOIN, XXXI, p. 168.

⁵³¹ Copia del marqués de Aguilar a Juan Delgado, secretario de Su Magestad, en Madrid, 24 de agosto de 1579. AGS, Guerra, Mar y Tierra, 82. CODOIN, XXXI, p. 166.

⁵³² Memorial de Sancho Dávila. CODOIN, XXXI, p. 168.

valentía, la virtud entendida como esfuerzo por superar los obstáculos que a cada uno le plantea la vida, los esfuerzos por superar, en su caso, los peligros y las dificultades del campo de batalla. Algo identificable con el honor. Y pronto tendría de nuevo oportunidades sobradadas de luchar por alcanzarlo. Porque lo consiguió, sus descendientes recibirían, al fin y al cabo, el reconocimiento social en forma de hábitos de órdenes militares que a él ahora se le negaba. Mientras tanto, aquel mismo verano regresó a Ávila, su ciudad natal, para preparar su retiro.

8.2. LA DEHESA DE VILLAGARCÍA, UNA TIERRA PARA UN MAYORAZGO

En realidad, no tenía ya en aquella ciudad a nadie que le esperara. No le quedaban allí más que sus recuerdos y sus raíces: la casa de sus padres, sus escasos bienes patrimoniales y el linaje de sus antepasados. Pero ni siquiera podía presumir de su grandeza. Le habían denegado la merced del hábito de la Orden de Santiago y no había podido lograr su enaltecimiento como hubiera sido su deseo. Sólo tenía el futuro. Había conseguido colocar a su hijo como paje en la corte de Madrid, pero él sabía que en la Corte la suerte era mudable y caprichosa. Necesitaba bienes raíces con los que asegurar su porvenir. Y para asegurar su futuro y el de su hijo volvió a Ávila.

En los últimos tiempos Sancho Dávila se había convertido en un hombre rico. Sus salarios de capitán del rey y de castellano de Pavía, además de otras ganancias que había podido conseguir en los Países Bajos⁵³³, le habían permitido acumular una pequeña fortuna. Como otros muchos capitanes, que, mientras estaban en Flandes o en Italia, se servían de agentes comerciales, de banqueros y de amigos o familiares para colocar sus ganancias en España, Sancho Dávila, mientras estuvo en Amberes, se sirvió a tal fin del licenciado Jerónimo Daza, también abulense, pariente suyo por ser hijo natural del arcediano Pedro Daza, de quien había heredado el vínculo fundado por este, que incluía la dehesa del Pinar y la casa cercana al palacio episcopal. Jerónimo Daza le recomendó que invirtiera su dinero comprando hacienda en tierras castellanas. Sancho Dávila en un primer momento se mostró remiso: «Yo lo deseo si tuviera dinero harto –dice

⁵³³ El coronel Mondragón se quejaba amargamente al cardenal Granvela por no haber sido tratado como Sancho Dávila, a quien se habían señalado «mil escudos perpetuos, habiéndose aprovechado en sacos y deservido», y decía al rey, refiriéndose a Sancho Dávila, que, mientras «otros ganaban saqueando Anvers y otras plazas, él se estaba con el agua hasta la garganta peleando y sirviendo [...]. El cardenal Granvela al secretario Delgado, 26 de octubre de 1579. AGS, Mar y Tierra, 89. CODOIN, XXXI, p. 179.

Sancho— aunque se me hazen muy caras las haciendas de España o él no save comprar barato»⁵³⁴. Pero, cuando al fin se decidió, Jerónimo Daza, bien relacionado en Ávila, en cuyo concejo había desempeñado en varias ocasiones el oficio de procurador general del común, no tuvo dificultades para entrar inmediatamente en tratos con don Cristóbal Rengifo y su mujer para comprarles la dehesa de Villagarcía, en el término de Muñana, aldea perteneciente a la jurisdicción de la ciudad.

Después de que Sancho regresara a España y tras haber sido nombrado capitán general de la costa de Granada, mientras estuvo residiendo en la Corte, se formalizaron las negociaciones. El resultado fue la adquisición «en venta real de juro e por juro de heredad de la dehesa e término» de Villagarcía que, por herencia de Nuño Rengifo, pertenecía a don Cristóbal Rengifo y a su mujer, doña Estefanía de Contreras y de la Cerda. Rendía entonces la dehesa más de 180.000 maravedíes, que era la cantidad que pagaban cada año sus renteros, y Sancho Dávila la compró por 18.000 ducados: 4.000 fueron pagados al contado mediante un pagaré firmado por Jerónimo Daza en 1577 y los 14.000 restantes «se obligó a se los pagan» después, en el plazo de un año, «que se cumplió el 1 de mayo de 1578», pero no fueron pagados, con los correspondientes intereses, hasta agosto de 1579⁵³⁵.

Para depositar ese dinero y conocer la dehesa que había adquirido, Sancho Dávila viajó a Ávila a finales de aquel verano. Habían transcurrido casi veinte años desde la última vez que había estado en aquella ciudad. No conservaba de ella más que una imagen imprecisa, difuminada, en la que sólo la muralla, la mole inmensa de la catedral, el ambiente de las plazas en los días de mercado y algunas calles formaban en sus recuerdos el armazón de un ambiente urbano en el que habían tenido lugar sus experiencias vitales de infancia y juventud. Los detalles se perdían. Por eso mantenía aún la posibilidad de sorprenderse, porque muchas casas, muchas calles, muchos lugares le parecían nuevos, como si nunca hubieran existido antes, como si nunca los hubiera visto con anterioridad.

Llegó a la plazuela del monasterio de Santa Ana por el camino que, procedente de Madrid, discurría junto al humilladero del Santo Cristo de la Luz. No recordaba que a partir de allí alcanzaran tanta altura los arcos del acueducto que traía el agua desde las fuentes de Las Hervencias hasta el interior de la ciudad. Sí percibió de inmediato cómo había crecido por aquel extremo el espacio urbanizado: a uno y otro lado del acueducto, del «edificio de las aguas», como lo llamaban en Ávila, había desaparecido el campo abierto y proliferaban las tapias de espacios cerrados y las edificaciones de

⁵³⁴ Sancho Dávila a Juan de Albornoz, en Amberes, 19 de diciembre de 1575. ADA, C33/132.

⁵³⁵ AHIPAv, Sección A-579.

viviendas. Antes solamente estaba allí, en el límite oriental de la ciudad, y alejado de ella, el monasterio de monjas bernardas de Santa Ana. Ahora había venido a cerrar el límite por aquel lado el monasterio de Santa María de Jesús, que se extendía desde las proximidades de la plazuela de Santa Ana hacia el Sur, hacia el «barrio del señor San Roque», y se había construido para albergar a las monjas clarisas que habían venido a la ciudad tras abandonar el antiguo convento del monte de Las Gordillas.

Y en el espacio comprendido entre aquellos monasterios y los arrabales situados a espaldas del Mercado Grande habían aparecido dos nuevos conventos. Uno era el convento de monjas carmelitas descalzas de San José, fundado por la madre Teresa de Jesús que tantas otras fundaciones había realizado por toda España y de quien tanto y tan bien se hablaba en la Corte. La tapia norte de aquel convento llegaba hasta el «edificio de las aguas» y había tenido que ser rebajada pocos años antes para evitar el riesgo de hielos provocados por la sombra que dicha tapia proyectaba en invierno sobre el acueducto. Más allá, caminando hacia el Mercado Grande, al otro lado de la conducción de agua, se alzaba la casa de los padres del «Nombre de Jesús, en la iglesia del señor San Gil». Según había oído Sancho Dávila, aquellos jesuitas tenían cada vez más presencia y más influencia en la vida de la ciudad, especialmente en la vida cultural, y, para difundir la doctrina cristiana, enseñaban de balde a «los hijos de vecinos della y a los hijos de los nobles e de los particulares desta ciudad»⁵³⁶ y a los hijos de los vecinos de la tierra»⁵³⁷. Loable labor, sin duda. No obstante, le costaba aceptar, como algunos sugerían, que las monjas de la madre Teresa, rezando, y los jesuitas, enseñando doctrina, estuvieran haciendo por la fe cristiana tanto como había hecho él, luchando con las armas por defenderla en los Países Bajos y en el Mediterráneo.

Apenas se detuvo en la ciudad. Fue, sin embargo, tiempo suficiente para darse cuenta de que la población había aumentado de forma considerable. Al menos parecían mucho más concurridos los mercados, las plazas y las calles. Se alojó en la casa de Jerónimo Daza, en la vieja casa que fuera del arcediano Daza, situada junto al palacio episcopal y que él, Sancho, siendo niño, tantas veces había visitado en compañía de su madre, cuando vivía en ella su abuela Andresa del Espinar. Jerónimo Daza era también el patrono de la capilla de La Piedad, fundada por su padre, el arcediano, en el claustro de la catedral. Ambos, Jerónimo y Sancho, fueron un día a visitarla. La llamaban la capilla del Arcediano. Alrededor de ella había un letrero escrito en memoria del fundador: «esta capilla fundó y dotó el ilus-

⁵³⁶ AHPAv, Ayto., Actas, C6 L14, fls. 31-33.

⁵³⁷ AHPAv, Ayto., Actas, C6 L14, fls. 38-40v; fls. 55v-59v.

tre don Pedro Daça, arcediano y canónigo de Ávila, en honor de Nuestra Señora de la Piedad y del señor Sant Jerónimo y del señor Sant Pedro Mártir, año de MDX [...]» y no se podía ya continuar la lectura. Allí estaba enterrado el arcediano Pedro Daza y allí estaban enterrados, junto a él, muchos de los antepasados de Sancho Dávila por parte de su madre. Entre otros, «los honrados Diego del Espinar, alférez que fue de las hermandades de Aliste y su tierra por los católicos reyes don Hernando y doña Ysabel [...] y Beatriz Aguado Daza, su mujer», los padres de la abuela Andresa. Y la misma abuela Andresa. Y los hijos de esta, hermanos, por tanto, de su madre: los canónigos de la catedral Melchor y Juan Daza. Y su propia madre, Ana Daza, enterrada en el suelo, a mano izquierda del sepulcro del arcediano. En la losa, las letras ya un poco gastadas sólo permitían leer: «doña Ana Daça, muger de Antón Vázquez»⁵³⁸. Sólo eso. Allí, en aquella capilla, estaba en gran medida la causa de la reprobación de su hábito. Cada vez lo comprendía menos. ¡Era gente tan honrada...! Todos habían puesto su vida al servicio de los reyes y de la iglesia. Y, a pesar de ello, sin culpa alguna, eran portadores de la causa de reprobación.



Capilla del Arcediano en el claustro de la catedral. Exterior.

⁵³⁸ AHN, Órdenes Militares, Santiago, 8581.

Salieron de la iglesia mayor por la puerta del Poniente. Y Sancho Dávila seguidamente fue a visitar a Gonzalo de Bracamonte, su compañero de armas durante tantos años, que, tras su regreso de Flandes, estaba viviendo en la casa palacio de los Valderrábano, situada al otro lado de la plaza, a los pies de la catedral. Ambos pudieron recordar los viejos tiempos de Italia, del Mediterráneo, del camino de Flandes, de la guerra en los Países Bajos. En esos momentos a Sancho Dávila le parecía que Gonzalo era, ante todo, un hombre afortunado. Pertenecía al linaje de los Bracamonte, uno de los más ilustres de la ciudad, era hijo de Mosén Rubí, el que fuera conocido patrón de la capilla de La Anunciación, y el Consejo de Órdenes no había tenido problema alguno para confirmarle la merced de un hábito de Santiago que, como había ocurrido con otros abulenses a lo largo del siglo XVI, le había concedido el rey en recompensa a sus méritos de soldado. El valor de los linajes, pensaba Sancho Dávila. Y además, tras regresar a España, el propio rey le había otorgado la encomienda de Bastimetre, en La Mancha. Aquella encomienda y sus ganancias como maestre de campo en los Países Bajos le permitían vivir con cierta holgura y, sobre todo, le habían valido para casarse en Ávila con una dama de la nobleza media abulense, doña Teresa de Valderrábano Dávila, descendiente como él del gobernador Gonzalo Dávila. Tal vez por eso se habían casado. Cuando Sancho Dávila les visitó tenían ya un hijo, Rodrigo de Valderrábano, a quien correspondía heredar, además del mayorazgo de los Valderrábano, el mayorazgo del gobernador Gonzalo Dávila, por acabar en él sus dos líneas de sucesión. Él no había tenido evidentemente tanta suerte como Gonzalo de Bracamonte.

Al otro lado del palacio de los Valderrábano comenzaba la calle Aldrín, que conducía a la plaza del Mercado Chico. Era, sin duda, una de las más concurridas de la ciudad. Pero no la reconocía. Recordaba una calle oscura y angosta, en la que cuando él era joven había aún gran número de voladizos, poyatas y balcones saledizos a pesar de que varios decretos reales de comienzos de siglo habían ordenado su destrucción. Tan estrecha era que en algunos puntos se hacía difícil el tránsito de carretas y de acémilas y resultaba peligroso para los viandantes el paso de cabalgaduras³³⁹. Para paliar la oscuridad y remediar la angostura, el concejo había ordenado tiempo atrás que se derribaran las poyatas y saledizos. Ahora la medida adoptada

³³⁹ «[...] por ser como es –explican los regidores en concejo en 1562– la dicha calle de cal de Aldrín por la parte de la dicha casa tan estrecha y angosta que con cualquier carga dificultosamente pueden pasar, y una carreta de bueyes muy dificultosamente, y porque por la dicha calle corren muchas veces los cavalleros de la dicha ciudad e hijosdalgo della y algunas veces an recibido daño y peligro y porque por la dicha calle por la dicha parte oscurece por ser angosta las casas de aquel comedio y, ensanchándose aquella calle como se ensancha derribándose lo que se derriba, quedarán claras». AHPAv, Ayto., Actas, C6 L12, fls. 50-51.

había sido más radical. Considerando que era «cosa útil y muy necesaria a toda la república de la dicha ciudad y gran hornato della»⁵⁴⁰, el concejo había comprado varias casas, había hecho derribar otras y obligado a construirlas de nuevo retranqueando sus fachadas para dar más anchura a la calzada. Y el resultado le había parecido sorprendente.

Por la calle Aldrín un día de finales del mes de agosto salieron Sancho Dávila y Jerónimo Daza acompañados de sus criados. Continuaron por el Mercado Chico y la calle de la Rúa, salieron de la ciudad por la puerta del Adaja y, tras descansar un poco en uno de los mesones situados «al cabo de la puente»⁵⁴¹, se pusieron en camino por el Valle Amblés en dirección a Muñana. Allí estaba la dehesa de Villagarcía que Sancho había comprado, por mediación de Jerónimo, a don Cristóbal Rengifo. Era una dehesa de gran extensión. Lindaba con los términos de Muñana y Grajos, aldeas de la ciudad de Ávila, y con el término de la villa de Vadillo. Abarcaba tierras del llano, de la ladera y de la cima de la sierra. Era término redondo, cerrado, adehesado, en el que «ningún concejo» ni ningún particular podía entrar sin licencia «a pastar con ningún género de ganado ni de día ni de noche ni a cortar ni a tener otro aprovechamiento alguno»⁵⁴². En los días siguientes lo recorrieron todo. Abundaban el pasto, los robles y las encinas, los prados y las tierras de sembradura. Producía hierba para el ganado, centeno, trigo y productos de huerta y rentaba al año 180.000 maravedíes.

El único problema que podía tener estaba relacionado con la molienda de los granos. De ordinario había suficientes molinos en los arroyos del otro lado del Valle Amblés, que descendían de La Serrota o de la sierra de los Baldíos, y en la propia ciudad de Ávila. Es verdad que en los años de sequía los molinos del Adaja tenían dificultades para mover sus ruedas por falta de agua y había que cargar el grano en bestias e ir a moler a los molinos del Alberche, lo que generaba un importante costo de tiempo y de dinero⁵⁴³. Por fortuna desde hacía algunos años estaba funcionando un molino de viento de dos ruedas en las cercanías de la fuente de El Pradillo, en el camino hacia Cardenalosa, y ese molino podía paliar el problema en caso de necesidad. Esperaba, pues, no tener demasiados problemas en tal sentido. Y quedó convencido de que la adquisición de aquella dehesa era una buena inversión económica y podía llegar a ser una buena inversión social.

Satisfecho, regresó a Ávila y puso en manos de don Francisco Guillamas, maestro de cámara de Su Majestad y depositario general de rentas de la

⁵⁴⁰ AHPAV, Ayto., Actas, C6 L12, fls. 41v-44.

⁵⁴¹ AHPAV, Ayto., Actas, C6 L13, fls. 92v-95; AHPAV, Ayto., Actas, C6 L13, fls. 169-171v.

⁵⁴² AHPAV, Sección A-579.

⁵⁴³ AHPAV, Ayto., Actas, C6 L13, fls. 85-87v.

ciudad, el dinero que le faltaba que pagar a don Cristóbal Rengifo del precio de la dehesa. Inmediatamente marchó a la Corte y, sin pérdida de tiempo, pidió licencia al rey para fundar mayorazgo a favor de su hijo, Fernando Dávila, y de sus descendientes. Pero la licencia regia no llegó, en este caso, hasta un año después⁵⁴⁴. En realidad, hubiera dado lo mismo si hubiera llegado antes, porque, tras su estancia en Ávila, no tuvo ya nunca tiempo para formalizarlo por estar de nuevo ocupado continuamente en servicio del rey, que, una vez más, lo reclamó con urgencia.

En efecto, en una larga carta, fechada a comienzos de octubre en San Lorenzo de El Escorial, Felipe II ordenaba a Sancho Dávila que se incorporara cuanto antes a su destino en la costa, que pasara por Granada para inspeccionar la marcha de las obras de reparación de la torre de La Alhambra y conocer la calidad y organización de la gente de guerra que había en ella y que, con «disimulación y destreza», hiciese «poner en orden tres compañías de caballos», los alojara en Marbella y Estepona y los tuviera dispuestos y preparados para entrar en combate cuando el rey se lo ordenase⁵⁴⁵. Sancho Dávila, a pesar de todo, se dispuso, como siempre, a cumplir las órdenes del rey e hizo los preparativos necesarios para el viaje, pero antes de partir pasó a Uceda, un pequeño pueblo situado a unas treinta millas al norte de Madrid, donde vivía, desterrado de la Corte desde el mes de enero de aquel mismo año de 1579, don Fernando Álvarez de Toledo, el III Duque de Alba.

La causa del destierro del duque había sido la boda, en terceras nupcias, de su hijo don Fadrique, el que fuera capitán general de las tropas del rey en los Países Bajos hasta finales de 1573. El matrimonio era en el siglo XVI una estrategia fundamental para crear o mantener redes de relación y de poder y el duque de Alba la había utilizado siempre para fortalecer la posición social y política de los miembros de su linaje. Pero, por su trascendencia política, las alianzas matrimoniales entre miembros de la alta nobleza eran refrendadas por el rey y sólo él tenía potestad suficiente para impulsar o prohibir un matrimonio. Don Fadrique, viudo en dos ocasiones, había estado cortejando a una dama de la reina y se vio comprometido a casarse con ella por razón de honor. Pero al mismo tiempo su padre, el duque de Alba, haciendo caso omiso de tal compromiso, concertó su matrimonio con María de Toledo de Colonna, hija de García de Toledo, conde de

⁵⁴⁴ Badajoz, a 10 de octubre de 1580. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra..., op. cit., p. 286-291.*

⁵⁴⁵ De San Lorenzo el Real, 6 de octubre de 1579. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra..., op. cit., p. 256-257; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. Vida del general..., op. cit., p. 240-241; MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. «Sancho Dávila y la anexión de Portugal». *Chronica Nova*, 2 (1968), p. 18.*

Villafranca, el que fuera capitán general de las galeras del Mediterráneo. Don Fadrique, para evitar problemas, hubiera estado dispuesto a continuar viudo o a casarse con quien el rey dijera, pero el padre no era de la misma opinión y, poniendo en práctica una política de hechos consumados, le obligó a casarse con su prima María. En un rápido golpe de mano, el duque convocó en Alba de Tormes a los parientes más próximos y allegados para celebrar el enlace con la mayor discreción posible en su residencia palaciega. Cuando el rey lo supo, azuzado por los enemigos políticos de los Alba, descargó su ira contra los asistentes y ordenó confinar al duque en el castillo de Uceda⁵⁴⁶.

Allí le visitó Sancho Dávila y ambos, aunque no quede constancia de ello, hablarían largamente sobre el pasado, sobre Flandes, para ellos un tema siempre recurrente; y sobre el presente, sobre la denegación del hábito de Santiago a Sancho y el destierro del duque; y también sobre el futuro, sobre su nuevo destino en la defensa de la costa del reino de Granada y sobre la política general en el Mediterráneo. Y tal vez también sobre Portugal, cuyo rey había desaparecido en el norte de África en el año 1578 tras la batalla de Alcazarquivir.

8.3. LA CUESTIÓN PORTUGUESA

Desde el verano de 1578 estaba planteado, en efecto, en el panorama de la política internacional europea el problema de la sucesión a la Corona del reino de Portugal. El joven rey don Sebastián, sobrino carnal de Felipe II, menospreciando las recomendaciones de este, había organizado, tal vez sin la suficiente previsión y preparación logística, una expedición militar en el norte de África contra el nuevo monarca saadí de Marruecos, Abd al-Malik, y en favor del monarca depuesto por él, Muhammad al-Mutawakkil. Y la expedición acabó en desastre. En Alcazarquivir, en la llamada batalla de los Tres Reyes, murió Abd al-Malik, pero la batalla se perdió, desapareció don Sebastián y desapareció con él lo más granado de la nobleza portuguesa, que le había acompañado en aquella aventura norte africana. Muerto el rey, el trono de Portugal recayó en el hermano de su padre, el cardenal-infante don Enrique, que fue proclamado y jurado en Lisboa el 28 de agosto de 1578.

Viejo y achacoso don Enrique, no podía durar mucho tiempo su reinado. Y, por no tener descendencia directa ni posibilidades de tenerla, inmediatamente se planteó en Portugal el problema de su sucesión. Aspiraban al trono Felipe II, rey de España; Catalina, duquesa de Braganza; don Antonio, prior de Crato,

⁵⁴⁶ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago. *El marqués de Velada...*, op. cit., p. 173.

hijo bastardo del infante don Luis; Rinucio Farnese, príncipe de Parma, y Catalina de Médicis, la reina madre de Francia. Había quien sostenía que en tales casos el reino tenía potestad para elegir al rey como había ocurrido ya en ocasiones anteriores. Pero todos los candidatos empezaron a recabar informes de diversas universidades y de los más famosos juristas y teólogos de la época para justificar y avalar en derecho sus pretensiones⁵⁴⁷. Entre todos ellos, Felipe II, hijo de la emperatriz Isabel y nieto, por tanto, de Manuel I el Afortunado, parecía tener más derechos dinásticos que ninguno. Pero la sucesión del reino de Portugal era un problema de gran envergadura y no parecía fácil que se pudiera resolver por la simple aplicación mecánica de los derechos sucesorios. Tal aplicación implicaba la unión de las dos Coronas peninsulares y de sus respectivos imperios ultramarinos y eso acarreaba inevitablemente la oposición de Francia y de Inglaterra, incluso del papado, y el rechazo de buena parte de la sociedad portuguesa, que temía caer bajo la dominación directa de la Corona de Castilla. La operación tenía sus riesgos y exigía la puesta en marcha de una ambiciosa ofensiva diplomática.

En ese contexto, para tratar del asunto e intentar manejarlo en su favor, Felipe II envió embajadores a Lisboa y encomendó la dirección de la defensa de su causa a don Cristóbal de Moura, noble portugués que estaba al servicio de la corte castellana desde los años finales de la década de los cincuenta, desde la época en que la infanta doña Juana, hermana de Felipe II y madre del rey don Sebastián, ya viuda, vino de Portugal para hacerse cargo de la gobernación del reino de Castilla durante la ausencia de su hermano. Y don Cristóbal de Moura, desplegando toda su influencia y todas sus dotes diplomáticas, negoció con el cardenal-infante don Enrique y alcanzó con él un acuerdo sobre la transferencia a Felipe II de la Corona portuguesa bajo ciertas condiciones que venían a garantizar la permanencia, integridad e independencia de las instituciones portuguesas. La cesión contaba con el apoyo de la mayor parte de la nobleza. Pero no parecía ser aceptada por las capas inferiores de la población, que no estaban dispuestas a pasar por alto el hecho de que Felipe II era el rey de España y temían que la unión de las dos coronas implicara en realidad la supeditación de los intereses de Portugal y de su Imperio colonial a los intereses de Castilla y del Imperio castellano. Ni tampoco por parte del clero. Por eso, Felipe II, bien conocedor de la situación política, empeñado en hacer valer a toda costa sus derechos dinásticos, aunque fuera

⁵⁴⁷ GARCÍA VILAR, José Antonio. «Maquiavelismo en las relaciones internacionales. La anexión de Portugal a España en 1580». *Revista de Estudios internacionales*, Vol. 2, n.º 3 (julio-septiembre 1981), p. 602-648.

por la fuerza, mientras practicaba la diplomacia empezó a preparar tropas para la guerra⁵⁴⁸.

Obviamente, una intervención militar en Portugal no era una cuestión menor⁵⁴⁹. Y, aunque sólo hubiera una posibilidad remota de que se llevara a cabo, había que prepararla con tiempo, con detenimiento y minuciosidad. Sobre todo, con discreción y, si era posible, en secreto. Así se explica la orden dada a Sancho Dávila a comienzos de octubre de 1579, ya comentada, de que marchara a su destino en la costa del reino de Granada y reuniera en Marbella o en Estepona tres compañías de caballos preparadas para intervenir donde y cuando el rey lo mandase. Por el mismo motivo y al mismo tiempo, estaba empezando a juntarse en la bahía de Cádiz, en el puerto de Gibraltar y en otros lugares de la costa andaluza «una armada de naos y galeras y otros bajeles», con capacidad para embarcar a «catorce mil soldados españoles y nueve mil italianos y cinco mil alemanes» más los doscientos caballos de la costa de Granada preparados por Sancho Dávila, otros doscientos de Jerez de la Frontera y otros treinta o cuarenta de Gibraltar, cuatro mil gastadores y la artillería y las municiones necesarias⁵⁵⁰. El rey puso al frente de dicha armada al marqués de Santa Cruz, capitán general de las galeras de España, y poco después nombró a Sancho Dávila su capitán «para el gobierno y manejo de la caballería y maestre de campo general de toda la infantería», con la misión de señalar los sitios y alojamientos de toda la gente embarcada, «habiéndose puesto y sacado en tierra en cualquier parte que fuere»⁵⁵¹.

Ese mismo mes de octubre marchó Sancho Dávila por fin hacia su destino en la costa de Andalucía. En los meses siguientes recorrió aquella costa, comprobando las dificultades que tenía para su defensa por ser tan extensa y tener tantas «calas y ladronezas»⁵⁵², pasó revista a las tropas, revisó el estado de las fortalezas, habló con los alcaldes de algunas de ellas, avisó en varias ocasiones

⁵⁴⁸ Ver SUÁREZ INCLÁN, Julián. *Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de don Felipe II*. 2 v. Madrid: [s. n.], 1897-1898; RUBIO, J. M. *Felipe II y Portugal*. Madrid: Voluntad, 1927; DANVILA, Alfonso. *Felipe II y la sucesión de Portugal*. Madrid: Espasa-Calpe, 1956.

⁵⁴⁹ THOMPSON, I. A. A. «La última jornada: el duque de Alba y la conquista de Portugal». En: Congreso Centenario del Nacimiento del Gran Duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo: actas. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2008, p. 17-38.

⁵⁵⁰ Felipe II a Sancho Dávila, en Aranjuez, 20 de octubre de 1579. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 242-243.

⁵⁵¹ Ídem; Patente para Sancho Dávila, en El Pardo, 20 de octubre de 1579. AGS, Guerra, I. 93. CODOIN, XXXI, p. 173-175; MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *Sancho Dávila y la anexión de Portugal...*, op. cit., p. 21-22.

⁵⁵² Despacho de S. M. a Sancho Dávila, 19 de noviembre de 1579. AGS, Mar y Tierra, I. 105. CODOIN, XXXI, p. 185-186.

al marqués de Santa Cruz de la presencia de barcos argelinos en el mar y se ocupó en cumplir las órdenes del rey y formar las tres compañías de caballos, que provisionalmente quedaron alojadas en Marbella.

En ese tiempo supo ya de los planes militares de Felipe II en relación con Portugal, donde había ido gestándose un movimiento popular de oposición al rey de Castilla y de apoyo a don Antonio, prior de Crato. El prior era un bastardo de la casa real portuguesa, de personalidad atractiva, pero escasamente preparado para la política, y la gente que le respaldaba estaba bastante desorganizada. A pesar de todo, y aunque su debilidad era manifiesta, aquella oposición venía a significar, si Felipe II quería tener garantizado su acceso al trono portugués, la necesidad de una intervención armada para sofocar la previsible revuelta y apaciguar al país. Y eso era una cuestión sumamente compleja. Habría que derrotar al ejército que pudiera levantar la oposición, capturar al prior de Crato o hacerle desaparecer y hacerlo todo de modo tal que el ejército español, al fin y al cabo un ejército extranjero de ocupación, pudiera controlar fácilmente los centros de poder sin hacer sufrir a la población y sin alienarse las simpatías del pueblo. Y de esas cosas, para bien o para mal, tenía experiencia Sancho Dávila.

Tal vez por eso, el rey le consultó personalmente sobre las prevenciones que habían de tenerse en cuenta y sobre la estrategia que se debería seguir si finalmente había que hacer la guerra para ocupar el reino de Portugal. Y Sancho Dávila respondió a la consulta. En un extenso informe, en que demostraba sus conocimientos y su experiencia, recomendaba proyectar una guerra corta, algo que, según él, sólo sería posible si se lograba ocupar rápidamente la ciudad de Lisboa. Para conseguirlo proponía organizar una doble intervención, una por mar y otra por tierra, de modo que ambas convergieran sobre la capital de Portugal. El daba prioridad al ataque marítimo porque consideraba esencial dominar el mar para evitar la llegada a la ciudad de auxilios desde el exterior, para posibilitar el desembarco de tropas españolas en la costa portuguesa, entre Cascaes y San Juan de Belén, y para apoderarse de los castillos de la desembocadura del Tajo desde los que se podría batir con artillería las defensas de Lisboa. Parecían suficientes para ello las cincuenta y nueve galeras y las cincuenta naos que sabía que estaban preparadas a tal fin. Para la operación terrestre bastaba, según Sancho Dávila, un ejército de veinticuatro mil o veinticinco mil hombres, de infantería y caballería, que, partiendo desde Extremadura o desde Ciudad Rodrigo, se dirigiera en el menor tiempo posible hacia Lisboa para realizar la conjunción con la armada. Otros dos ejércitos, de cuatro mil o cinco mil hombres cada uno, deberían completar la operación entrando respectivamente en Portugal por Galicia y Andalucía. Proponía además que las tropas que estaban llegando

desde Italia se entretuvieran en la ocupación de las ciudades de Larache o Argel, en el norte de África, hasta que llegara el momento de intervenir en Portugal y, finalmente, pedía que se encomendase la dirección de la empresa portuguesa al duque de Alba, «por las razones que hay y por la opinión tan general que tiene en todas partes»⁵⁵³.

8.4. LA INVASIÓN DE PORTUGAL

Muchas otras personas consultadas por Felipe II pensaban de igual modo. En consonancia con todo ello, Sancho Dávila y el marqués de Santa Cruz, con el fin de tener entretenidas las tropas venidas desde Italia, empezaron a estudiar la posibilidad de un desembarco en la costa atlántica africana para apoderarse de Larache. Pero el día 31 de enero de 1580 murió el rey don Enrique, y Felipe II, actuando «con la oliva en la una mano y la espada en la otra»⁵⁵⁴, mandó que tales fuerzas se emplearan en Portugal para sustentar con las armas sus derechos de sucesión al trono frente a las pretensiones dinásticas del prior de Crato.

Don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, fue nombrado capitán general del ejército de ocupación. Tenía ya setenta y dos años. Un sin-fín de peticiones habían avalado, sin embargo, el nombramiento. Y las circunstancias del momento habían acabado convenciendo al rey. El duque de Alba no sólo era un hombre de capacidad incuestionable, sino que era enormemente popular y su presencia al frente de las tropas españolas podía facilitar la anexión de Portugal: los embajadores de Felipe II se habían asegurado ya el respaldo de la mayor parte de los nobles portugueses y poner el ejército bajo el mando de un general tan afamado en toda Europa podía proporcionar a tales nobles un pretexto para rendirse sin excesiva merma de su prestigio. En consecuencia, el duque de Alba, aunque viejo y achacoso, abandonó su cómodo destierro en la sierra de Madrid y, aunque no sin reticencias, aceptó el nombramiento.

No parece que el viejo duque tuviera demasiada participación en el planteamiento de la estrategia ni en los preparativos militares. Muchas cosas estaban ya previstas de antemano. Y muchas realizadas. Inmediatamente el rey le dio orden de ponerse en camino y dirigirse a Llerena, en Extremadura, para concentrar allí al ejército de tierra que, si finalmente fuera necesario, habría de intervenir en Portugal. Así lo hizo. Y enseguida reclamó a su lado

⁵⁵³ Respuesta que dio Sancho Dávila a la consulta que se le hizo de parte de Su Magestad sobre la guerra probable con Portugal a la muerte del rey don Enrique. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...* op. cit., p. 287-293.

⁵⁵⁴ Zayas a Rodrigo de Castro, en Guadalupe, 13 de abril de 1580. CODOIN, XL, p. 308.

a Sancho Dávila, con quien había estado intercambiando correspondencia sobre el proyectado desembarco de las tropas en tierras africanas. Las consultas que, con tal motivo, le había hecho Sancho habían contribuido a incrementar aún más el aprecio en que el duque tenía al capitán abulense y habían servido para ratificar la opinión que aquel tenía sobre su saber, su buen entender y su experiencia. Y, como había ocurrido siempre, don Fernando Álvarez de Toledo no tenía reparo alguno en proclamar sus virtudes:

[...] quien sabe preguntar tantas cosas, tan buenas y tan bien dichas, y tan acaecidas en todos los casos que se pueden ofrecer en el discurso de la jornada, lo sabrá mucho mejor obrar cuando se ofrezcan las ocasiones; tanto más sabiendo yo que la mayor parte de ellas os han pasado por las manos muchas veces, y las que demás desto se pueden ofrecer [...]⁵⁵⁵.

Cuentan que el rey preguntó al duque de Alba cuánta gente necesitaria para la empresa de Portugal y que Alba le contestó que veinte mil hombres, pero que, si le acompañaba Sancho Dávila, tal vez con diez mil bastara⁵⁵⁶. Fueran estos u otros los motivos, inmediatamente el rey ordenó al capitán general de la costa del reino de Granada que se olvidara de momento de la armada de Santa Cruz y acudiera cuanto antes a Llerena para estar, a partir de entonces, al lado de don Fernando Álvarez de Toledo⁵⁵⁷. En cumplimiento de tales órdenes, Sancho Dávila sale de Marbella a comienzos de abril llevando consigo a los doscientos jinetes que se le había encargado formar para la intervención militar que se preparaba y dejando organizada en manos de su lugarteniente, Arévalo de Zuazo, y del duque de Arcos la defensa de la costa del reino de Granada para responder «en caso que la dicha armada del Turco o los navíos de Argel o otras partes en cantidad viniesen a envadir dicha costa o a querer emprender algo en ella»⁵⁵⁸.

⁵⁵⁵ El duque de Alba a Sancho Dávila, en Uceda, 27 de diciembre de 1579. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 244-245.

⁵⁵⁶ MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 47.

⁵⁵⁷ Felipe II a Sancho Dávila, en Aranjuez, 10 de marzo de 1580. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 247-248.

⁵⁵⁸ El duque de Alba a Sancho Dávila, en Llerena, 27 de marzo de 1580. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 248-249; Felipe II a Sancho Dávila, en Guadalupe, 8 de abril de 1580. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 248-249.

Las compañías de caballos de Sancho Dávila fueron las primeras tropas que llegaron a tierras de Badajoz. Comenzaba el mes de mayo de 1580. En los días siguientes, con más lentitud y más dificultades de las esperadas, el duque de Alba consiguió concentrar en Extremadura un importante ejército formado por 14.000 soldados de infantería, españoles, italianos y alemanes; un contingente de caballería de 1.300 arcabuceros; más los caballos ligeros, los jinetes de la costa de Granada y varios cientos de hombres de armas. Había logrado formar, una vez más, un importante ejército mandado por capitanes experimentados.

Al frente de dicho ejército coincidieron de nuevo, después de muchos años, Sancho Dávila y el hijo natural del duque de Alba, don Hernando de Toledo. A Sancho Dávila le nombró el rey, cuando estaba en Medellín camino de Badajoz, a comienzos del mes de mayo, su maestre de campo general, con la función de organizar los lugares y los sitios «en que se hubiera de alojar, estar y residir toda la dicha infantería y caballería en cualesquier partes donde fuera el dicho ejército» y hacer y ordenar todas las cosas que correspondía «hacer, ordenar y proveer» a los maestres de campo generales⁵⁵⁹. A don Hernando de Toledo, su padre, el duque, le encargó el mando de toda la caballería. Ambos habían estado en Italia en los años cincuenta cuando la guerra contra el papa y los franceses del duque de Guisa; ambos habían coincidido después en el camino hacia Flandes a través de los Alpes, y en Bruselas, cuando se produjo la detención de Egmont y Horn, y en la guerra de 1568 por tierras de los Países Bajos. Sancho había visto embarcar a Hernando el 22 de octubre de 1569 en Vlissingen, en la armada del almirante Bossu, acompañando a la archiduquesa Ana de Austria que, procedente de Viena, pasaba por los Países Bajos rumbo a España para contraer matrimonio con el rey Felipe II. Después don Hernando de Toledo había sido nombrado virrey de Cataluña para sustituir al duque de Francavilla y se había destacado allí por su energética lucha contra el bandolerismo y por la colaboración que prestó a la construcción del canal del Segre hacia la Plana de Urgell. Había desempeñado el cargo desde 1571 hasta 1580, hasta el momento en que su padre volvió a llamarle para que estuviera a su lado en la invasión de Portugal.

Junto a ambos, formando parte del estado mayor del ejército, otro viejo conocido, hermano del II Marqués de Velada y sobrino del duque de Alba, que le había prohijado en su orfandad, don Fernando Dávila Toledo, que había formado parte de la corte del desgraciado príncipe Carlos, que había

⁵⁵⁹ Felipe II a Sancho Dávila, en Medellín, 1 de mayo de 1580. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 282-284; MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 252-253.

destacado después por su valentía en Flandes y que se encargaría ahora de establecer y coordinar durante la campaña la correspondencia necesaria entre el duque y el rey⁵⁶⁰. Y don Gabriel Niño; don Pedro Enríquez; don Pedro González de Mendoza, maestre de campo del tercio de Nápoles; don Pedro de Sotomayor; don Pedro de Médicis, hermano del duque de Florencia y general del tercio de italianos; Próspero Colonna, coronel de dicho tercio; el conde Jerónimo de Lodron, coronel del tercio de alemanes tuedescos; Francés de Álava, capitán general de artillería, y tantos otros capitanes ilustres⁵⁶¹.

En los últimos días del mes de mayo llegaron los reyes a Badajoz⁵⁶². Poco tiempo después, el día 13 de junio, pudieron contemplar, junto al duque de Alba, desde un altozano acondicionado al efecto⁵⁶³ en la dehesa de Cantillana, en las inmediaciones de la ciudad, el alarde del ejército dispuesto por el maestre de campo Sancho Dávila. Abría el desfile la compañía de «doscientos ginete del reino de Granada, que venía en cuatro estandartes, de que era capitán» el propio Sancho Dávila y, «por andar él haciendo su oficio de maese de campo general, pasó con ella D. Pedro Venegas, su teniente», demostrando su preparación: «Escaramuzaron un rato son sus lanzas y adargas, que dieron contento al ver cuán bien lo hacían»⁵⁶⁴.

Seguían una compañía de arcabuceros a caballo, las compañías de los hombres de armas, el tercio de Sicilia y Lombardía, la compañía de continuos, el tercio de bisoños, el de Nápoles, los de Pedro de Ayala y Gabriel Niño y, finalmente, los trenes de mulas que tiraban de las piezas de artillería y los carros que transportaban las municiones. El cronista Cabrera de Córdoba describe entusiásticamente el orden de aquel ejército,

[...] lucido por armas y vestidos, por divisas, colores y bordados, que harían florido el campo verde, y tal lustre el sol que hería en los arneses que nunca hiço tan vistoso lienço pintor de Flandes⁵⁶⁵.

⁵⁶⁰ MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago. «El servicio del rey. De la milicia a la Corte: don Fernando de Toledo y Dávila (c. 1538-1602)». En: MARTÍNEZ RUIZ, Enrique (Dir.). *Madrid, Felipe II y las ciudades*, op. cit., p. 123-133; MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago. *El marqués de Velada...*, op. cit., p. 133-134, 173.

⁵⁶¹ ESCOBAR, Antonio de. *Relación de la felicíssima jornada...*, op. cit., p. 12.

⁵⁶² CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 923.

⁵⁶³ «[...] donde estaba hecho un cadalso cubierto con ramas y entapizado en el aposento que hacía debajo de él con cueros y tapices. Sentáronse S. M. y la reina, nuestra señora, y el cardenal en el tablero en tres sillas y las infantes delante en almohadas y allí junto la condesa de Paredes y de Barajas con las damas [...]. *Relación de las compañías de infantería y caballería que llegaron al Real, una legua pequeña de Badajoz, Junes a 13 de junio de 1580*. CODONI, XL, op. cit., p. 316.

⁵⁶⁴ Ídem.

⁵⁶⁵ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 934.

Seguidamente el rey quedó en Badajoz y el ejército expedicionario comenzó a marchar hacia Portugal⁵⁶⁶. Cuando el prior de Crato, que se hallaba en Santarem, supo de la concentración y los movimientos de las tropas de Felipe II, marchó a Lisboa, se hizo proclamar rey y organizó la resistencia⁵⁶⁷. A falta de capitanes experimentados, la mayor parte de los cuales habían muerto en Alcazarquivir al lado del rey don Sebastián, recomendó al joven e inexperto Diego de Meneses dirigir a sus partidarios para hacer frente al ejército español.

Durante los días y las semanas siguientes las tropas del duque de Alba avanzaron por el Alentejo sin apenas resistencia. Como en campañas anteriores, todo estaba cuidadosamente preparado: la logística, las provisiones, los transportes, la disciplina... Sus mayores enemigos fueron el asfixiante calor de aquel verano, el mal estado de los caminos y el peligro de las epidemias y de la peste, que había hecho aparición en algunos lugares. Por lo demás, encontraron pocas tropas, castillos o ciudades que entorpecieran su avance. Elvas, a pocas millas de Badajoz, se rindió sin incidentes⁵⁶⁸. Y lo mismo sucedió en Olivenza, Portoalegre y Villaviciosa, de cuyo castillo se apoderó personalmente Sancho Dávila al frente de seiscientos soldados «de a caballo y otros tantos peones en las ancas»⁵⁶⁹. En Estremoz el alcaide de la fortaleza quiso resistir, pero los vecinos no le hicieron caso alguno y la ciudad fue tomada el día 3 de julio sin derramamiento de sangre. Después el duque, eludiendo la villa de Évora, infectada de peste⁵⁷⁰, se apoderó de Montemor Novo, encrucijada de la región, e inmediatamente mandó a los soldados dirigirse hacia Setúbal. La ciudad estaba defendida por dos mil o dos mil quinientos hombres del prior de Crato, pero llegaron don Hernando de Toledo y Sancho Dávila al frente de la caballería y de los tercios de Lombardía, Nápoles y Sicilia y la pusieron sitio. Era a mediados del mes de julio. Al día siguiente, los vecinos se rindieron y las tropas españolas se aposentaron en Setúbal⁵⁷¹.

Allí se produjo la conjunción del ejército de tierra con la armada del marqués de Santa Cruz, que llegaba desde el Puerto de Santa María. El duque de Alba organizó las compañías de soldados que habían de quedar de guardia en aquella ciudad, se embarcó con la mayor parte de sus tropas y el

⁵⁶⁶ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 936.

⁵⁶⁷ Proclamación de D. António, prior de Crato, en Santarem y Lisboa, 20 de junio de 1580. CODON, XL, p. 324-325.

⁵⁶⁸ ESCOBAR, Antonio de. *Relación de la felicíssima jornada...*, op. cit., p. 14.

⁵⁶⁹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis. *Historia de Felipe II...*, op. cit., vol. II, p. 941.

⁵⁷⁰ Idem, p. 17.

⁵⁷¹ MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *Sancho Dávila y la anexión...*, op. cit., p. 28; *Relación de la toma de Setúbal por las tropas de Felipe II...* CODON, XL, p. 353ss.

día 28 de julio comenzó a navegar hacia el Norte. Tres días después desembarcaron por sorpresa en las proximidades de Cascaes. Tomaron la plaza, que fue saqueada, y, tras apoderarse de San Julián de Oeiras, que tenía el castillo «más fuerte y artillado que había en todo Portugal»⁵⁷² y de la torre de Belén, «fundada sobre una gran roca dentro del mar y a tiro de ballesta de la orilla»⁵⁷³ se dirigieron hacia Lisboa.

Aquella ciudad era demasiado grande y su emplazamiento era demasiado bueno para poder someterla de inmediato. Por eso, el duque de Alba intentó por todos los medios que se rindiera sin luchar para evitar el sitio y los posibles desmanes de las tropas. La población era profundamente antiespañola y la perspectiva de un saqueo parecía terrible. Pero no lo logró. El prior de Crato había reunido un importante ejército y se aprestó a defender la ciudad en el puente de Alcántara, al amparo del río y de fuertes trincheras que mandó construir para tal fin. Los portugueses estaban preparados y decididos a luchar por su capital. Pero eran, en general, soldados inexpertos, obreros, artesanos, vecinos unidos sólo por el deseo de defender aquella ciudad frente a los españoles.

Y el duque de Alba desplegó contra ellos toda su capacidad estratégica. El día 24 de agosto situó a los italianos, mandados por Próspero Colonna, frente al puente, cubiertos por dos baterías de artillería; desplegó en el centro a todo el grueso de la artillería española; y a continuación, se colocó Sancho Dávila con sus arcabuceros. Mientras tanto, Hernando de Toledo, al frente de la caballería, pasó hasta la cabecera de la corriente, y cruzó el río para acechar desde el lado contrario al campamento enemigo. Al caer la noche de aquel día de finales de agosto los portugueses habían quedado cercados sin necesidad de disparar un solo tiro⁵⁷⁴.

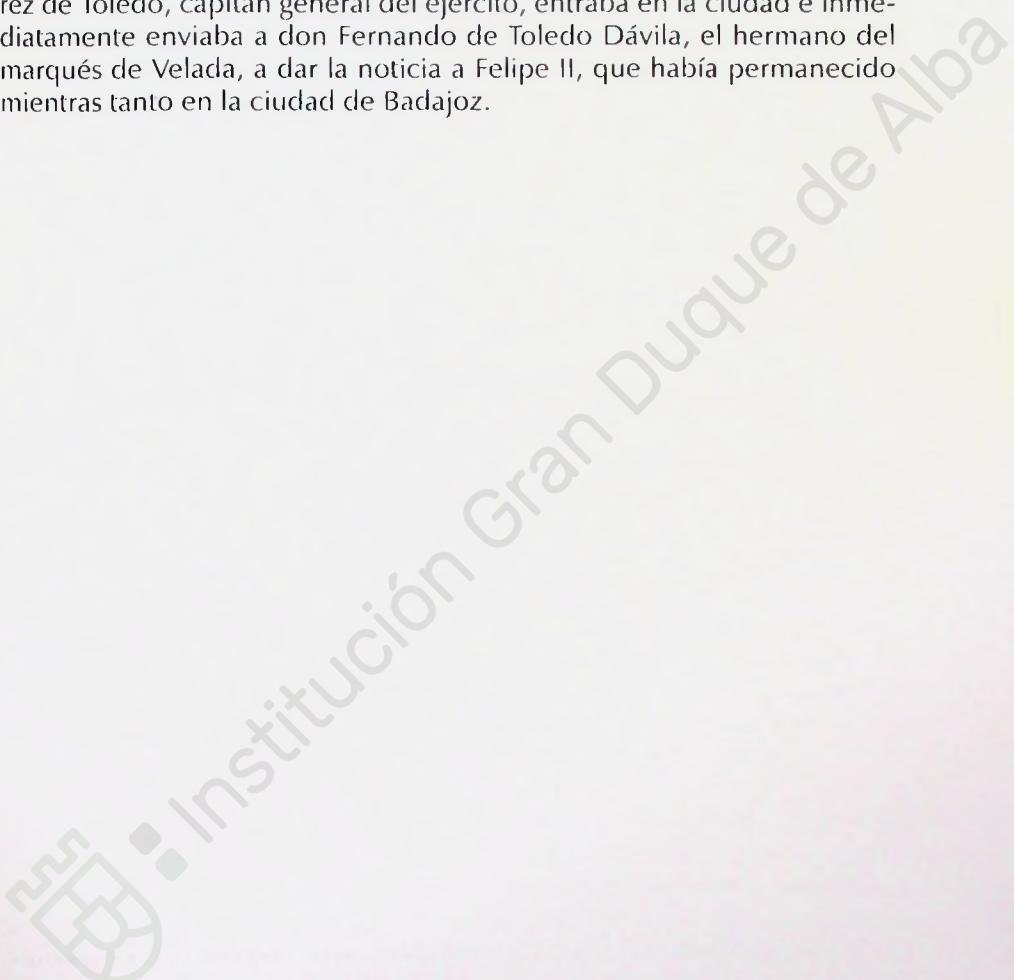
Al día siguiente el duque de Alba dio las órdenes oportunas y Sancho Dávila, Próspero de Colonna, el marqués de Santa Cruz, desde el mar, y Hernando de Toledo, al frente de la caballería, las ejecutaron con puntualidad. Cuando la atención de los portugueses se centró por completo en la defensa del puente de Alcántara, atacado por Próspero Colonna, Sancho Dávila, con dos mil arcabuceros, entró en acción atravesando el río por un vado para asaltar las series de trincheras del ala derecha del enemigo, consiguiendo rápidamente desordenar a los defensores, que huyeron buscando amparo en las casas de la ciudad. Al mismo tiempo, don Hernando

⁵⁷² «[...] porque de un lado le bate el mar y tiene la muralla muy gruesa y de buen edificio, está terrapleno de una banda a otra que parecía inexpugnable y por la parte más alta rodeado de cestones junto a las almenas». ESCOBAR, Antonio de. *Relación de la felicíssima jornada..., op. cit.*, p. 33.

⁵⁷³ *Ídem*.

⁵⁷⁴ MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*, op. cit., p. 461-462.

se aproximó con la caballería desbaratando la retaguardia, capturando el equipaje y esparciendo el pánico. Todo había concluido en una hora. Casi dos mil hombres habían muerto entre los defensores portugueses y el resto desapareció entre las calles de los arrabales de la ciudad. Lisboa no tuvo más remedio que capitular. Al día siguiente don Fernando Álvarez de Toledo, capitán general del ejército, entraba en la ciudad e inmediatamente enviaba a don Fernando de Toledo Dávila, el hermano del marqués de Velada, a dar la noticia a Felipe II, que había permanecido mientras tanto en la ciudad de Badajoz.





Institución Gran Duque de Alba



9. MUERTE EN LISBOA



Institución Gran Duque de Alba

El día 26 de agosto de 1580 don Fernando Álvarez de Toledo entró en Lisboa. La batalla del puente de Alcántara había precipitado los acontecimientos, había abierto las puertas de la ciudad y había puesto fin a la guerra: «con la jornada de ayer –escribía el duque de Alba a Felipe II– se ha acabado lo de aquí»⁵⁷⁵. Se había conseguido la victoria sobre el ejército portugués.

La campaña había durado menos de dos meses, no había generado gastos excesivos⁵⁷⁶ y apenas había provocado derramamiento de sangre. Tanto la planificación estratégica como la dirección y realización de la campaña militar habían sido modélicas. Y el duque se enorgullecía del triunfo:

[...] yo siempre, aunque no dudé que se habría de acabar, temí la longura dél y que se hubiera de invernar con las armas en la mano, y vello esto todo acabado en un día, y que hoy se está en este reino tan sin poder imaginar que sea menester dispararse un arca-buz en todo él para tener V. M. posesión dél y obediencia entera, y que esto se haya hecho en dos días menos de dos meses, que a 27 de junio salió este ejército de V. M. de Cantillana y a 25 de agosto a mediodía era todo de V. M., que aun para llegar acá sola-mente de hacer el camino parece que era menester todo este tiempo [...]⁵⁷⁷.

Todo un éxito. Al menos, en términos militares. Y también en términos políticos. Aunque el rey no llegará hasta meses más tarde, retenido primero por la peste que se propagaba por las ciudades portuguesas y después por la muerte de la reina en Badajoz, la conquista de aquella ciudad significaba la anexión a la Corona de Felipe II de todo el reino de Portugal y de su Imperio de ultramar.

⁵⁷⁵ El duque de Alba a Felipe II, en Belem, 27 de agosto de 1580. CODOIN, XXXII, p. 471.

⁵⁷⁶ «El duque lo ha sabido tan bien encaminar que ha ahorrado a S. M. y a los que venimos con él muchos dineros que se gastaran si no se acabara en tan breve tiempo». Sancho Dávila, al secretario Delgado, en Lisboa a 2 de septiembre de 1580. CODOIN, XXXI, p. 215.

⁵⁷⁷ El duque de Alba a Felipe II, en Lisboa, 30 de agosto de 1580. CODOIN, XXXII, p. 489.

Había sido un triunfo incuestionable de don Fernando Álvarez de Toledo. Pero a ese triunfo habían contribuido en gran medida el prior Hernando de Toledo, Próspero Colonna, el marqués de Santa Cruz y otros muchos capitanes. Entre ellos, como tantas otras veces, Sancho Dávila, el maestre de campo general de aquel ejército, el que había mandado a los arqueros en el momento decisivo de la batalla de Alcántara.

Ahora, conquistada Lisboa, la misión del ejército había de concluir. Sancho pensaba que, llegado aquel momento, parecía conveniente «despedir» al grueso de las tropas y «particularmente a los doscientos caballos que vinieron de la costa», porque en Portugal ya no servían de nada y, sin embargo, allá, en la costa andaluza, «podrían ser menester»⁵⁷⁸. Él mismo, dolido como estaba aún por la revocación de la merced del hábito de Santiago, pedía inmediatamente al secretario del Consejo de Guerra, Juan Delgado, licencia para marchar y la concesión de alguna gracia en pago de sus servicios:

[...] aunque no hubiera hecho otros que los que aquí hize en esta jornada de Portugal, me parecían, en otro sujeto o ventura que la mía, haber merescido una gran honra y acrecentamiento [...]⁵⁷⁹.

No aspiraba a detentar más cargos militares, que ya el rey le había dado todos los que podía haber deseado a lo largo de su vida, «levantándome de ser un pobre hombre soldado a darme en la guerra tan buen lugar». Pero no desdeñaba el dinero ni las riquezas. Y no le vendría mal un honroso y acomodado retiro. Por eso, tal vez, pedía ahora tierras y honores en Portugal, preferentemente algún cargo y alguna quinta con su hacienda cerca de Lisboa:

[...] alguna memoria y propiedad en este reino, y aquí me dicen que, por muerte de Martín Váez Zernache, viene a la Corona cierta hacienda y jurisdicción de aquí de Gaya y asimismo una hacienda que llaman los Regengos de Maya, que fueron de un tal Mena, que murió, y la alcaldía y gobierno de Ponte de Limia, que también entiendo que está agora a proveer de Vuestra Majestad [...]⁵⁸⁰.

Pero una cosa era la gloria militar y otra la conveniencia política. «No me contenta mucho su papel», escribía de su mano el propio rey en el margen de «la consulta» del secretario del Consejo de Guerra, refiriéndose a la

⁵⁷⁸ Sancho Dávila a Juan Delgado, en Lisboa, 2 de septiembre de 1580. CODOIN, XXXI, p. 215.

⁵⁷⁹ Sancho Dávila a S. M., en Gaya, 29 de agosto de 1580. CODOIN, XXXI, p. 217.

⁵⁸⁰ Idem.

carta citada de Sancho Dávila⁵⁸¹. Obviamente no había llegado aún la hora de las recompensas. ¿Cómo no lo sabía? ¿Cómo un soldado tan experimentado como él no había aprendido la lección en los Países Bajos? ¿Cómo no era capaz de comprender que no convenía dar a los vencedores los bienes y los honores de los vencidos si se quería gobernar en paz y tranquilidad aquella tierra? El rey habría de ganar allí nuevas voluntades, las voluntades de los portugueses. La voluntad de Sancho Dávila, su fidelidad, estaba asegurada desde siempre. Había dado pruebas de ello durante toda su vida. Y, a pesar de su decepción y de su enfado, a pesar de todas las negativas que había recibido y pudiera recibir en el futuro, no cabía duda de que estaría siempre dispuesto a renovar su lealtad y a hacer ostentación de ella a cada momento. Sólo sería necesario que el rey se lo ordenara. Él mismo, lleno de franqueza, incapaz de doblez, no tenía empacho alguno en confesarlo:

[...] nunca se ha cansado mi voluntad de desear emplear lo que me queda de la vida en todas las ocasiones que fuere bueno y me mandare servir, como siempre lo he hecho, sin pensar otra cosa sino en la honra [...]⁵⁸².

Y nunca le faltarían ocasiones para demostrarlo, para servir al rey y poner en práctica el valor de la fidelidad, aunque no recibiera a cambio merced alguna. Todavía quedaban muchas cosas por hacer en Portugal. Y Sancho Dávila parecía la persona más indicada para hacerlas.

9.1. LA CAMPAÑA DE OPORTO

Don Fernando Álvarez de Toledo entró con su ejército en Lisboa. Sometió a la ciudad, aunque la población se siguió mostrando hostil, impuso una disciplina ferrea entre los soldados para frenar los desórdenes y evitar el saqueo e hizo prestar juramento al nuevo rey. Pero no todo había acabado. Don Antonio había conseguido huir con parte de su gente después de la batalla de Alcántara y era bien sabido que aún le quedaban al prior de Crato partidarios en Portugal, especialmente «a la parte de Coimbra, Monte Mayor el Viejo y Aveiro»⁵⁸³.

⁵⁸¹ Consulta del secretario del Consejo de Guerra, Juan Delgado, de 10 de septiembre de 1580. CODOIN, XXXI, p. 219.

⁵⁸² Sancho Dávila a S. M., en Gaya, 29 de agosto de 1580. CODOIN, XXXI, p. 217.

⁵⁸³ Don Fernando Álvarez de Toledo a Sancho Dávila, Lisboa a 21 de septiembre de 1580. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 256-258.

Para apresar a don Antonio, rendir a sus partidarios y seguidores, prevenir la insumisión y evitar todo posible levantamiento armado el duque de Alba decidió enviar parte de su ejército a las tierras del Norte con el fin de «reducir las ciudades, villas y lugares que no estuvieren a la obediencia de Su Majestad». Él se instaló en Lisboa y propuso poner las tropas expedicionarias a las órdenes de Sancho Dávila, a quien nombró su lugarteniente en la región del Duero. Con aquel nombramiento pretendía el duque, según sus propias palabras, «premiar» en aquel viejo soldado «el deseo que siempre había mostrado de servir al rey», reconocer sus virtudes —«fidelidad, prudencia, ánimo»—, tantas veces probadas y, sobre todo, manifestarle su agradecimiento por «el amor y afición que a mí particularmente me tenéis», por lo cual —continuaba diciendo— «yo os amo y estimo tanto»⁵⁸⁴. Confiaba plenamente en su buen hacer. Y Felipe II, que aún permanecía en Badajoz, aceptó la propuesta y confirmó el nombramiento⁵⁸⁵.

Inmediatamente, con cuatro mil soldados de infantería y cuatrocientos de caballería, reforzados por otros mil quinientos conducidos posteriormente por don Diego Venegas de Córdoba, Sancho Dávila salió hacia el Norte en busca de don Antonio. No era empresa exenta de dificultades por la precariedad y el mal estado de los caminos y por la cantidad de catarros y calenturas que en aquel tiempo, al finalizar aquel verano, afectaron a los soldados, muchos de los cuales enfermaron gravemente. Además, el prior de Crato se había convertido durante la guerra en un mito que simbolizaba las aspiraciones de independencia de los portugueses, muchos de los cuales parecían dispuestos a arriesgarlo todo por salvarle. Le ocultaban, le curaban las heridas, le trasladaban de un lugar a otro. Y todo en secreto, sin dejar huella, sólo rumores vagos. Siguiendo su pista, Sancho Dávila llegó a Coimbra, que, inesperadamente, tal vez por las pesadas cargas que intentaron poner en la ciudad los partidarios del prior para garantizar su defensa, se entregó sin resistencia. Desde Coimbra marchó hacia Aveiro, donde fue recibido como libertador después de que, por presión de sus propios vecinos, hubiera salido de ella don Antonio, que marchó a refugiarse en Oporto. Y hacia Oporto marcharon las tropas españolas.

⁵⁸⁴ *Ídem*.

⁵⁸⁵ «[...] Sancho de Ávila, mi capitán general de la costa del reino de Granada: Mucho contentamiento he tenido de la elección que el duque de Alba hizo de vuestra persona para la empresa que lleváis entre manos, porque estoy muy confiado que (mediante vuestra industria y buena diligencia) ha de tener el buen suceso que han tenido las otras que se os han encargado; y porque yo escribo al duque lo que en respecto della se me ofresce, os encargo y mando que vos hagáis y cumpláis puntualmente lo que él os ordenare [...].» *Minuta de despacho del rey a Sancho Dávila, en Badajoz, 8 de octubre de 1580*. AGS, Estado, 422. CODOIN, XXXI, p. 220.

Trató don Antonio de fortificar la ciudad y defender el paso del río Duero, requisando todas las barcas de los alrededores y reclutando gentes en Oporto, Guimarães, Lamego, Barcelos, Viana y Ponte de Limia. Llegó a reunir un ejército de casi nueve mil hombres. Pero casi todos eran campesinos, artesanos, menestrales..., soldados inexpertos, incapaces de hacer frente a los soldados españoles. Estos, actuando con audacia y astucia, se apropiaron de cuantas barcas necesitaban. Sancho Dávila hizo entonces el amago de cruzar el río por Piedra Salada y atrajo hacia aquel punto a todos los defensores. Fue una simple maniobra de distracción. Duró sólo el tiempo necesario para que sus ingenieros tendieran un puente de barcas en lugar cercano a la ciudad por donde el grueso del ejército logró pasar a la ribera opuesta. Vadeado el Duero, las tropas españolas se dirigieron hacia Oporto, desbarataron a los enemigos frente a la puerta del Olivar e inmediatamente la ciudad se rindió sin apenas ofrecer más resistencia. Era el 22 de octubre de 1580.

Sancho Dávila se apoderó de Oporto y el rey hubo de expresarle su contento y felicitarle una vez más por su proceder⁵⁸⁶. Pero don Antonio escapó de nuevo. Sus partidarios abrieron una puerta en la marina y por allí lo sacaron y lo condujeron a Barcelos y después a Viana, donde embarcó. Naufragó el barco que lo llevaba y regresó a la costa, pero el prior iba, al parecer, tan bien disfrazado que no fue reconocido por los soldados que perseguían su rastro, más ocupados en apoderarse del botín que naufragó con él que en ocuparse de la misión que tenían encomendada⁵⁸⁷. A partir de entonces se le perdió la pista.

Con la conquista de Oporto y el sometimiento inmediato de las tierras portuguesas comprendidas entre el Duero y el Miño concluía definitivamente la campaña militar. Por la frontera de Galicia entraban al mismo tiempo trescientos gallegos y otros tantos portugueses huidos con anterioridad, todos al mando del conde de Lemos⁵⁸⁸, que quedaron aposentados en Viana. El territorio parecía, pues, controlado por completo por el ejército español. «Todo este reino queda por S. M. sin que haya lugar de quatro casas que ose alçar la cabeza», decía el prior de Castilla, don Hernando de Toledo, al secretario Zayas⁵⁸⁹. Y su padre, el duque de Alba, se congratulaba una vez más porque las cosas de la guerra hubieran acabado «con tan buen fin

⁵⁸⁶ Felipe II al duque de Alba, en Badajoz, 10 de noviembre de 1580. CODOIN, XXXV, p. 113.

⁵⁸⁷ Sancho Dávila al duque de Alba, en Barcelos, 30 de octubre de 1580. CODOIN, XXXV, p. 119.

⁵⁸⁸ Sancho Dávila al duque de Alba, en el monasterio de Palmela, 28 de octubre de 1580. CODOIN, XXXI, p. 226.

⁵⁸⁹ El prior don Hernando de Toledo al secretario Zayas, en Lisboa, finales de octubre de 1580. CODOIN, XXXI, p. 230.

como era quedar S. M. en posesión, obedecido, acatado y reverenciado dende el Algarbe hasta el Miño y en tan poco tiempo como en quatro meses que ha que partí del alojamiento de Cantillana»⁵⁹⁰.

El país estaba definitivamente sometido. Poco después, en los primeros días de diciembre, pasado el peligro de la peste y apaciguada la gente, Felipe II salía de Badajoz y entraba en Portugal por Elvas para tomar posesión del reino. En la primavera de 1581 convocó Cortes en Thomar y seguidamente, ya en el verano, se aposentó en Lisboa. Previamente había ordenado hacer residencia al duque de Alba, que había estado hasta entonces desempeñando interinamente funciones de gobierno, y a los demás jefes del ejército de ocupación.

Era en verdad un ejército victorioso, que había ganado un reino para su rey. Pero había dejado escapar al prior de Crato, los soldados habían cometido ciertos desmanes en los arrabales de Lisboa y los portugueses elevaban continuas quejas al rey sobre la actuación de los españoles. Y el rey necesitaba ganarse el corazón de los portugueses. Por eso, ordenó al doctor Francisco de Villafaña, del Consejo Real, «visitar» en Lisboa el ejército del duque y al doctor Juan Francisco Tedaldi, alcalde mayor de la Audiencia del reino de Galicia, hacer lo mismo con el ejército de Sancho Dávila, desplegado entre el Duero y el Miño. Era una práctica común en el ordenamiento jurídico español del siglo XVI: la visita y la residencia eran protocolos que en ningún caso se debían pasar por alto al acabar el mandato de cualquier gobernador. Pero nunca antes se habían aplicado a ningún ejército y menos aún a un ejército vencedor.

Tenían aquellos jueces la misión de evacuar cuantas «informaciones» y «averiguaciones» juzgaran necesarias sobre «los excesos y desórdenes, cohechos y otros agravios» que la gente de guerra y «los cabos, capitanes y oficiales della» hubieran causado a los nuevos súbditos del rey en el reino de Portugal⁵⁹¹. Su sola presencia y el inicio de sus actuaciones provocaron la ira y el resquemor de los soldados. Y de sus jefes. «Visitar los soldados que ganan batallas y reinos es disciplina nueva y yo, como soy de la vieja, no valgo sino para dar que reír de mis impertinencias a los nuevos legisladores de esta nueva milicia», decía el duque de Alba con sarcasmo⁵⁹². En el mismo sentido se expresaba Sancho Dávila: «Yo doy a Dios las guerras» en que, para pagar «los buenos sucesos, se envían jueces pesquisidores, que es la cosa más nueva que se ha visto», principalmente porque «hasta agora no

⁵⁹⁰ *El duque de Alba al secretario Zayas, en Lisboa, 10 de noviembre de 1580.* CODOIN, XXXV, p. 113.

⁵⁹¹ *Copia de cédula de Felipe II al licenciado Antolínez sobre la comisión del alcalde Tedaldi, en Lisboa, 5 de noviembre de 1581.* CODOIN, L, p. 517.

⁵⁹² *El duque de Alba al secretario Zayas, en Lisboa, 17 de febrero de 1581.* CODOIN, XXXIV, p. 517.

se nos han conocido villas ni castillos» que hayamos hecho con «las ganancias desta»⁵⁹³. Y don Hernando de Toledo, el gran prior de Castilla, sorprendido, casi escandalizado, por los criterios con que se juzgaba el éxito o el fracaso del ejército, se quejaba amargamente de que «amigos y enemigos, tan contra razón, nos han querido cargar no los buenos subcesos y victorias que en la conquista deste reino se han tenido, sino las desventuras que se han imaginado podían subceder de haberse escapado don Antonio [...]»⁵⁹⁴.

En cumplimiento de su misión, los jueces oyeron quejas, revisaron cuentas de gastos, tomaron la muestra a las compañías y juzgaron actuaciones. En Oporto el alcalde Tedaldi no pudo concluir sus investigaciones, pero se nombraron otros jueces pesquisidores que actuaron en su lugar. Y Sancho Dávila tuvo que dar explicaciones sobre ciertas acusaciones hechas contra él: el robo de barchas que hicieron sus soldados para pasar el Duero con su ejército; sobre haber ocupado y desalojado la casa del obispo para instalarse en él con sus oficiales, por haberle parecido «fuerte y acomodada para la guardia»; sobre haber tomado a los *recibidores* de las rentas ordinarias de aquellas tierras algunas partidas para «socorrer la gente de su cargo y evitar desórdenes»⁵⁹⁵; sobre no haber permitido a determinadas personas abandonar Oporto cuando la ciudad empeataba a ser azotada por la peste; y sobre cierto dinero, dos mil ducados, que, según denuncia, había cobrado personalmente de los vecinos de Guimarães a cambio de no enviar soldados a alojarse en la ciudad⁵⁹⁶. Su principal problema era, sin embargo, el no haber logrado aún capturar a don Antonio.

⁵⁹³ Sancho Dávila a Gabriel de Zayas, en Oporto, 29 de abril de 1581. AGS, Estado, 420. CODOIN, XXXI, p. 413.

⁵⁹⁴ Don Hernando de Toledo a Gabriel de Zayas, en Lisboa, octubre de 1580. AGS, Estado, 419. CODOIN, XXXI, p. 228.

⁵⁹⁵ El rey comunica al duque de Alba que ordene a Sancho Dávila devolver a los receptores las cantidades tomadas para que estos pudieran hacer sus cuentas como debían. *El rey al duque de Alba*, en Abrantes, 16 de marzo de 1581. CODOIN, XXXI.

⁵⁹⁶ Sancho Dávila no niega haber recibido aquel dinero, pero dice que lo había recibido gratuitamente de parte de los vecinos de Guimarães, sin nada a cambio, simplemente en agradecimiento por el comportamiento que había tenido con ellos cuando entró en Oporto. Su versión se la explica el propio duque de Alba al secretario Zayas: «Escríbeme –dice el duque– que lo que pasa en ello es que, cuando llegó a Oporto, los de Guimaraes tenían allí tres mil hombres en ayuda de D. Antonio con sus banderas y capitanes, los cuales él no quiso que se degollasen, sino dejálos volver a sus casas, quitándoles solamente las armas. Por esta buena obra y habélos recibido luego, como ellos enviaron a dar obediencia a S. M. sin condición ninguna, más de a voluntad suya, les pareció que podían hacerle un presente, el cual fue enviarle nueve o diez mil reales para compra de plata, y él la tomó pública y francamente, pareciéndole que en conciencia y en justicia lo podía hacer, queriéndoselo dar (como se lo dio) la villa por su voluntad, sin pasalle por pensamiento acordarse de que «pudiesen

¿Y qué decir de la actuación de los soldados? Habían estado sometidos a una disciplina férrea para evitar desmanes con penas que acarreaban la pérdida de la compañía para el capitán, de la bandera para el alférez, de la jineta para el sargento y, para los soldados, de cualquier condición o calidad que fueran, azotes de cuerda por la primera infracción que cometieran y condena a galeras por las siguientes o más graves. Como consecuencia, los desórdenes habían sido escasos y de escasa importancia: algunos intentos de saqueo en los arrabales de Oporto y de Lisboa, algunos robos de azúcar y algodón en casas y barcos, algunos excesos en Oporto, en Salvatierra, en Magen y otros lugares, algunos desórdenes en calles y monasterios..., en fin, disturbios inevitables provocados por la presencia de la soldadesca en toda guerra. Poco más. ¿Dónde estaba el problema? No era diferente a lo que había ocurrido o pudiera ocurrir en otras campañas militares. ¿Por qué se magnificaba lo ocurrido en Portugal?⁵⁹⁷ ¿La decisión de hacer aquella residencia al ejército del rey respondía, en realidad, a cuestiones de supervisión militar o a cuestiones de interés político? ¿Se trataba acaso de un intento de hacer desaparecer retrospectivamente, como por encanto, los males y desgracias consustanciales a toda guerra, a toda ocupación militar? ¿Es posible que la cuestión de fondo fuera querer ocultar que la anexión de Portugal se había producido gracias a la intervención del ejército y no hubiera sido posible sin dicha intervención? Pero es que eso era ya un hecho irreversible. Porque lo

entender que él ni nadie por él se lo pedía, que si fuera sobre pensado y por condición de que no se les echase allí gente, bien supiera él encaminarlo de manera que no se la echaré; pero que él ha procedido tan sencillamente en este particular y sin entender que debía dejar de hacelio, que no se le dio nada que todo el mundo lo viese y entendiese, pues cuando a S. M. le pareciere no puede recibir este presente, aunque no se halle ahora con el dinero, lo buscará y entregará al oficial del pagador para que se gaste en socorrer la gente y que esta hacienda no es de S. M. sino que los de la propia tierra se lo dieron de la suya voluntariamente [...].» *El duque de Alba al secretario Zayas, en Lisboa, 10 de marzo de 1581.* CODOIN, XXXIV, p. 106.

A pesar de que su actuación estuviera más o menos justificada, el rey ordena a Sancho Dávila que «restituya a los de dicha villa todo lo que recibió dellos y que envíe aquí el testimonio para que yo sepa y entienda cómo se habrá cumplido». *El rey al duque de Alba, de Abrantes, 16 de marzo de 1581.* CODOIN, XXXIV, p. 127.

⁵⁹⁷ «Yo, señor –decía el duque de Alba–, soldados he visto y reyes he visto a quien sirven; pero consejeros que aconsejan al rey que sindiquen los soldados a sacallos del mundo, la primera vez que lo veo en mi vida es a los que han conquistado este reino y que no se vea otra merced en todos los que han servido con las armas en la mano sino perseguílos con pesquisidores y ponellos por culpas cosas que, aunque las hiciese un zapatero de Madrid sentado en su banqueta, no lo fueran y achacalles el saco de lo que ganan combatiendo a los enemigos, cosas son para hacer aborrecer la facultad a cualquiera que las vea y quien aconseja a S. M. estas mal considerados son, que deberían mirar que las hacen con hombres que acaban de dar el reino a S. M. y verter su sangre y aventurar sus personas sobre él [...].» *El duque de Alba a Zayas, en Lisboa, 25 de marzo de 1581.* CODOIN, XXXIV, p. 174.

cierto era que el ejército había intervenido, que estaba allí, que no se podía hacer invisible y era inevitable que su presencia hubiera generado problemas, disturbios y malestar. Ese intento de ocultar al ejército, de intentar hacerlo invisible, como si no existiera, lo denunciaba don Hernando de Toledo:

[...] el mal es, señor, que los que profesan esta facultad, y los que no la profesan, todos quieren ser generales, que el ejército sea encantado, siempre invencible, que viva del aire, sin hacer cuenta de ninguna falta ni necesidad, que en ninguna cosa haya contrarios, ni desgracia; y no solamente quieren esto, pero que también las victorias y los reinos se ganen por el camino que a ellos les parece y no por el que conviene, que aun desta libertad quieren privar al que lleva a cuestas la máquina de estos trabajos y se desvela días y noches en ellos [...]⁵⁹⁸.

Lo que sucedía, en realidad, era que en el proceso de anexión de Portugal, una vez obtenida la victoria militar, había pasado el momento de la actuación de los soldados. Había llegado la hora de los consejeros, de los gobernadores, de los políticos. Una sola cosa le quedaba por hacer al ejército: intentar apresar a don Antonio, el prior de Crato. Para ello se había quedado Sancho Dávila con sus tropas en Oporto, para evitar que los pueblos de la comarca se volvieran a levantar contra el rey y para organizar la captura de don Antonio, vivo o muerto, según decían las órdenes del rey; la del obispo de La Guardia, que había sido su mentor y consejero; la del conde de Vimioso y la de otros notables que le acompañaban en su huida.

9.2. ENTRE EL DUERO Y EL MIÑO, EN BUSCA DE DON ANTONIO

A tal fin Sancho Dávila mandó de inmediato vigilar los puertos del Norte, tratando de evitar que don Antonio embarcara y escapara del país o que arribaran en las costas portuguesas barcos extranjeros que vinieran en su busca, y envió soldados de caballería e infantería a controlar los caminos, a interrogar a campesinos y mercaderes y a patrullar pueblos y ciudades. Pero no era mucho más lo que podía hacer al respecto⁵⁹⁹.

⁵⁹⁸ *íd*em.

⁵⁹⁹ El duque de Alba contaba al secretario Zayas cómo desde el principio Sancho Dávila había hecho, lo posible e imposible por encontrar a don Antonio: «y no solamente –le dice– con lo que se puede hacer en la tierra, con los hombres, pero también con los diablos, que tomó una hechicera y la conjuró que le dijese dónde estaba don Antonio y la hechicera le dijo que estaba en casa de una viuda rica muy bien tratado y regalado; pero nunca le quiso declarar quién era esta viuda ni dónde estaba; de manera, señor, que no le queda diligencia que hacen». *El duque de Alba a Gabriel de Zayas, en Lisboa, 13 de noviembre de 1580*. CODOIN, XXXV, p. 139-140.

No parecía que aquella fuera una misión ideal para un ejército. Sancho había ido allí, como él decía, «de guerra y contra rebeldes»⁶⁰⁰, había luchado contra ellos en el campo de batalla y los había derrotado, pero detener a un personaje huido, que contaba con el apoyo y la colaboración de todas o de la mayor parte de las gentes que vivían entre el Duero y el Miño, era otra cuestión. «Don Antonio no está ya en término que se ha de buscar ni con ejército ni con soldados, sino con podencos conejeros del país», decía el duque de Alba⁶⁰¹. Y así era, en efecto. Pero Sancho Dávila carecía de una red de espionaje eficaz, de cuya información pudiera fiarse plenamente, y no tenía más opción que dejarse guiar por avisos de informadores ocasionales⁶⁰² y por rumores. Algo inútil. Los rumores no servían más que para llevar a los soldados de unos lugares a otros, de una parte para otra, sin resultado alguno. «Cada día nos dicen aquí mil noticias dél y no se puede dar con él», confesaba Sancho Dávila. Y continuaba:

[...] débenle tener enterrado vivo frailes o monjas, pues no han bastado promesas y amenazas a descubrirle y las diligencias que por acá se hacen y allá se deben de haber hecho, Dios lo encamine, que de mi parte he hecho lo posible⁶⁰³.

Era como perseguir a un fantasma. A pesar de sentirle siempre cerca, siempre se escabullía y nunca pudo dar con él. Era algo desesperante.

Para colmo de males, muchas veces se encontró sin dinero disponible para pagar a sus soldados. Y nadie sabía mejor que él los peligros que tal circunstancia podía acarrear. Por eso, fue prudente en grado sumo y sus actuaciones y las actuaciones de sus tropas, en general, fueron impecables. Consiguió imponer una disciplina ejemplarizante para evitar desórdenes que desbarataran la operación. «Prometo a Vm. –decía al secretario Zayas– que costó más sangre de soldados castellanos de mi

⁶⁰⁰ Sancho Dávila al secretario Juan Delgado, en Oporto, 1 de marzo de 1581. AGS, Mar y Tierra, 119. CODOIN, XXXI, p. 272.

⁶⁰¹ El duque de Alba al secretario Zayas, en Lisboa, 10 de noviembre de 1580. CODOIN, XXXV, p. 113.

⁶⁰² Un ejemplo es la siguiente carta escrita por un supuesto espía a Sancho Dávila: «Muy ilustre señor: Después de haber escrito la que va con esta llegó aquel hombre que esperaba y me dijo cómo había estado donde le mandó mi hermana y no halló allí al mayoral [se entiende que es don Antonio] que era ido a la sierra. Habló con el compañero y le dijo que no respondía a su marido de mi hermana por ser noche y no tener recaudo; que él se lo mandaría por todo mañana si no podía por hoy. Dícmese este hombre que espera en Dios que el ganado llegará a buen puerto; de lo que más hubiese siempre le avisaré [...], a 11 de febrero de 1581». CODOIN, XXXI, p. 258.

⁶⁰³ Sancho Dávila a Gabriel de Zayas, en Oporto, 27 de diciembre de 1580, AGS, Estado, 420. CODOIN, XXXI, p. 236/237.

mano y de los capitanes por estorbarlo (el desorden) que no de portugueses»⁶⁰⁴. Pero los problemas eran inevitables. Los desplazamientos continuos, los alojamientos y la manutención de los soldados acarreaban necesariamente gastos al rey y malestar y daños económicos a los vecinos de pueblos y ciudades.

Como consecuencia, aumentaron las quejas de los portugueses. A veces, con razón. Los alojamientos de soldados ocasionaban incomodidades, vejaciones y gastos excesivos; los comerciantes se sentían agobiados por la presencia de tropas y por las retenciones y controles de mercancías en puertos y mercados y los soldados cometían en ocasiones desmanes imprevisibles: robaron cajas de azúcar en casas particulares en Oporto; se apropiaron de suministros de trigo sin licencia y cometieron abusos y tropelías en pueblos y monasterios. Pero hubo ocasiones en que muchos vecinos se quejaron aparentemente sin motivo alguno: por la presencia de las tropas, por las incomodidades, por el simple hecho de quejarse al rey y denunciar a los españoles. Crecía con ello la incomprendición de Sancho Dávila: «suplico a Vm. —decía al secretario Juan Delgado— esté advertido para pedilles con qué fundamento se quejan, o de qué en particular, o si han acudido a mí, si son cosas que yo les podía remediar o castigar si no lo he hecho»⁶⁰⁵. Y se disculpaba ante el propio rey: «Yo no entiendo —confesaba— de qué se pueden quejar en particular sino es de tenernos alojados en sus casas y no dan otra cosa que casa y lumbre y no tienen la mitad de la gente que sería menester»⁶⁰⁶. Y sólo encontraba explicación refiriéndose al victimismo de los portugueses, «tan sensibles para quejarse, de puro regalados»⁶⁰⁷, una impresión que repetiría en más de una ocasión con posterioridad.

Lo peor era que la situación se prolongaba en el tiempo de modo indefinido. Y Sancho Dávila llegó a la conclusión de aquel problema tal y como estaba planteado no tenía solución posible: ningún castellano lograría jamás capturar a don Antonio sin ayuda de los portugueses y los portugueses jamás lo detendrían ni lo entregarían ni ayudarían a los castellanos porque, en aquellas tierras, el nacionalismo que encarnaba el prior de Crato había prendido de tal modo entre la gente que lo llevaban todos «en el corazón y se dejarían hacer pedazos antes que descubrirlo»⁶⁰⁸. Sólo veía dos caminos para zanjar definitivamente la cuestión: uno, ofrecer a don Antonio

⁶⁰⁴ Ídem.

⁶⁰⁵ Sancho Dávila a Juan Delgado, en Oporto, 17 de marzo de 1581. AGS, Mar y Tierra, 119. CODOIN, XXXI, p. 356-357.

⁶⁰⁶ Sancho Dávila a S. M., en Oporto, 18 de marzo de 1581. AGS, Mar y Tierra, 119. CODOIN, XXXI, p. 358.

⁶⁰⁷ Sancho Dávila a Gabriel Zayas, en Oporto, 25 de enero de 1581. AGS, Estado, 420. CODOIN, XXXI, p. 245-246.

⁶⁰⁸ Ídem, p. 287.

el perdón y la clemencia y convencerle para que lo aceptara, lo que no parecía previsible; otro, batir la tierra palmo a palmo y tomar todas las sierras y todos los caminos hasta encontrarlo. El segundo implicaba registrar las casas una a una, prenderlas fuego si era necesario, ahorcar a los sospechosos de haberle ayudado a esconderse, permitir el saqueo y los desmanes de los soldados⁶⁰⁹. Y, tal vez, todo por nada, porque a aquellas alturas, en la primavera de 1581, ya nadie creía en ninguna parte que el antiguo prior de Crato tuviera posibilidad alguna de acceder al trono de Portugal.

En cualquier caso, ambas posibilidades sobrepasaban su capacidad de decisión. Y él jamás recibió instrucciones al respecto en uno u otro sentido. Mientras tanto, pasaba el tiempo y seguía en Oporto ocupado en solucionar los problemas de manutención y alojamiento de las tropas, en acondicionar los castillos y fortalezas de los puertos y ciudades de la costa y en organizar las patrullas de soldados que recorrían continuamente las tierras de las comarcas situadas entre el Duero y el Miño, al norte de Portugal. Hacía cuanto podía, pero seguía sin apresar a don Antonio. Estaba cansado de la situación. «Ya ha muchos días que no hay aquí en qué poder servir a S. M. sino perder de lo servicio y crédito», decía⁶¹⁰. Y empezó a pedir el relevo⁶¹¹.

Le hubiera gustado tener éxito y acabar apresando a don Antonio. Hubiera sido para él un timbre de gloria en su carrera. Incluso le habría permitido la osadía de pedir al rey el título vacante de prior de Crato. «Me han dicho que, aunque don Antonio se fue, he ganado el priorato de Crato, mejor fuera que lo dijera S. M.», había comentado con sarcasmo en alguna ocasión⁶¹². Pero no lo consiguió. Don Antonio desapareció y Sancho Dávila no volvió a tener noticias de él. Y, a la hora de solicitar mercedes, tuvo que conformarse con pedir menos: una casa en Lisboa, de las del conde de Portoalegre; una hacienda en Oporto, que rentaba mil ducados anuales⁶¹³ y licencia de cuatro a seis meses para dedicar algún tiempo a sus asuntos⁶¹⁴.

⁶⁰⁹ Ídem, p. 260.

⁶¹⁰ Ídem, p. 378.

⁶¹¹ «Yo tengo suplicado a V. E. sobre mi salida de aquí porque me conviene mucho por algunos particulares míos y, aunque S. M. no me hiciera otra merced, yo tendría esta por grande, por poder atender un poco a mis cosas [...].» *Sancho Dávila al duque de Alba, en Oporto, 29 de marzo de 1581*. AGS, Estado, 414. CODOIN, XXXI, p. 368.

⁶¹² *Sancho Dávila al duque de Alba, en Oporto, 22 de octubre de 1580*. AGS, Estado, 414. CODOIN, XXXI, p. 291.

⁶¹³ *Sancho Dávila a Gabriel Zayas, en Oporto, 30 de marzo de 1581*. AGS, Estado, 420. CODOIN, XXXI, p. 378.

⁶¹⁴ *Sancho Dávila a Gabriel Zayas, en Oporto, 18 de abril de 1581*. AGS, Estado, 420. CODOIN, XXXI, p. 359.

Entre tales asuntos particulares estaba el deseo de casarse de nuevo. Había intentado hacerlo en varias ocasiones cortejando a las damas de la corte del rey, pero no lo había

Tampoco logró nada de eso en aquellos momentos. El rey estaba demasiado ocupado entonces con las reuniones de las Cortes en Thomar como para preocuparse de cuestiones particulares y tomar decisiones sobre mercedes y peticiones de soldados y capitanes. No obtuvo, pues, respuesta alguna. Y Sancho Dávila hubo de permanecer en Oporto aún todo el verano del año 1581 soportando el miedo a la peste que venía azotando a la población de aquella ciudad desde la pasada primavera. Al finalizar el verano, el rey le encomendó una nueva misión, la fortificación de la plaza de Larache, situada en la costa atlántica de Marruecos.

9.3. MUERTE EN LISBOA

Felipe II entró en Portugal por Elvas a comienzos de diciembre de 1580 procedente de Badajoz y en el mes de marzo de 1581 llegó a Thomar, donde convocó a las cortes portuguesas, que lo proclamaron rey. Desde ese momento, el territorio peninsular de Portugal y su extenso Imperio ultramarino quedaban incorporados oficialmente a la Corona de la Monarquía hispánica.

Era indudablemente un hecho de gran trascendencia política. Entre otras cosas, implicaba la aparición de nuevos compromisos y la puesta en marcha de nuevos planteamientos en política exterior. La unión de las coronas de Portugal y España influía necesariamente sobre las relaciones de la Monarquía de los Austria con Francia, con Inglaterra, con el papado, incluso con los rebeldes de los Países Bajos, porque venía a cambiar de nuevo en su favor el equilibrio de los sistemas de fuerzas en Europa. Y, por otra parte, al ampliarse tan exageradamente el ámbito de actuación de la Monarquía, exigía con urgencia de los súbditos del rey un sobreesfuerzo político, económico y militar para mantener e impulsar las comunicaciones de la metrópoli con las colonias de las Indias Orientales, dotar de personal necesario a las flotas, proteger las rutas del Atlántico de posibles ataques corsarios, fortificar las islas y ocuparse de los viejos problemas de la costa africana. En todos los ámbitos hubo problemas y en todos hubo de actuar Felipe II con mayor o menor fortuna y dedicación. En Berbería se iniciaron contactos con el nuevo sultán maadí, al-Mansur, para intentar rescatar a los nobles apresados en

conseguido. Ahora, en la primavera de 1581, «conociendo –decía presuntamente– los muchos años que he vivido ofendiendo a Dios, me ha parecido debía pensar en penitencia y entiendo que la mayor de todas es ser casado, y más viejo con moza», estaba dispuesto a intentarlo de nuevo. Y pensaba hacerlo con una de las hijas del señor don García Sarmiento de Sotomayor, cosa que no veía difícil, porque, según él, «suelen tener los padres ganas de echarlas de casa con poco dinero». Pero tampoco esta vez parece que lo lograra. *Sancho Dávila a Gabriel Zayas, en Oporto, 29 de abril de 1581. AGS, Estado, 420. CODOIN, XXXI, p. 415.*

Alcazarquivir, para proteger los intereses costeros portugueses y para evitar posibles intromisiones de ingleses y turcos en aquellas tierras. La actuación más espectacular se centró en el proyecto de permutar la fortaleza portuguesa de Mozagán por la plaza de Larache.

Con la batalla de Alcazarquivir no habían concluido los problemas ni las luchas internas en el reino de Marruecos lo que seguía planteando la posibilidad de intervención de potencias extranjeras. Para protegerse de la amenaza de los turcos el Xarife buscó el apoyo de Felipe II, estableciendo relaciones con este por medio del embajador Pedro Benegas de Córdoba. Se presentó entonces una oportunidad única de apoderarse de la plaza de Larache, en la costa atlántica de Marruecos, ciudad de gran interés para Felipe II, tanto por estar situada en un lugar estratégico en la ruta del Cabo, rumbo a las Indias Orientales, como porque una leyenda que negaba la muerte de don Sebastián, y que se extendía cada vez más por Portugal, decía que en ella el joven rey portugués estaba aún prisionero de los moros. Y se establecieron negociaciones. Al Xarife no le importaba entregar Larache al rey español si sólo se ocupaba la ciudad, si no se ocupaban las tierras del interior, si se respetaban sus rentas y derechos y si se convertía en un mercado al que acudieran comerciantes y mercaderes a negociar con los naturales. A Felipe II le interesaba adquirirla por las razones expuestas: nada consolidaría más sus derechos de soberanía sobre el trono portugués que la repatriación a Portugal de los restos del rey don Sebastián. El problema se planteaba sobre el modo de hacer la entrega. El Xarife proponía desmantelar sus defensas y sacar su gente y que la ocuparan soldados españoles para simular que no había podido resistir el ataque de las tropas españolas, que había sido derrotado y no tenía culpa alguna de su pérdida⁶¹⁵. A Felipe II, sin embargo, no le importaba cambiarla por Arcila o Mozagán, «que como sabéis –dice al duque– no nos hacen al caso teniendo a Larache»⁶¹⁶.

Las negociaciones avanzaron con rapidez en la primavera de 1581 y llegaron a estar tan adelantadas que Felipe II designó al duque de Medina-Sidonia, capitán general de Andalucía, para tomar posesión de la ciudad, recibirla del sultán y entregársela a Pedro Benegas de Córdoba, nombrado alcaide y capitán de los soldados que quedaran en ella de guarnición. Para fortificarla, el rey acudió de nuevo a Sancho Dávila:

[...] no sabiendo persona de quien la confiar (la empresa) ni echar mano sino es de la vuestra por la satisfacción que tenemos della y por estar muy confiado que os emplearéis y me serviréis en ello con el celo, voluntad y diligencia que acostumbráis en

⁶¹⁵ Felipe II al duque de Alba, en Thomar, 6 de mayo de 1581. CODOIN, XXXV, p. 202.

⁶¹⁶ Ídem.

todas las cosas que se os encomiendan y encargan, de que tenemos tanta prueba, y que tomándolo vos a vuestro cargo, puedo perder el cuidado y estar cierto del buen suceso de ello, os he elegido para ello⁶¹⁷.

A finales de septiembre el rey le ordenó que dejara los asuntos pendientes en Oporto a cargo del maestre de campo don Rodrigo Zapata y en Viana a cargo de don Pedro Enríquez y se dirigiera de inmediato a Cádiz o a Gibraltar, donde recibiría nuevas instrucciones. No aceptó Sancho Dávila la orden de buen grado porque de ningún modo un soldado tan experimentado como él debía servir a las órdenes del duque de Medina-Sidonia, que no había dado jamás muestras de saber mandar en un campo de batalla⁶¹⁸; un problema de honor, de prestigio y preeminencias, planteado entre un viejo soldado que lo había dado todo y había conseguido numerosas victorias para el rey y uno de los miembros más destacados de la alta nobleza castellana. Para evitar tensiones y enfrentamientos entre ambos, el rey pidió la intervención del duque de Alba y sólo la mediación de este hizo posible que Sancho Dávila aceptara con resignación el cargo de consejero del duque de Medina-Sidonia en la campaña africana.

Poco después, cumpliendo la orden, aunque bien a su pesar, Sancho Dávila salió de Oporto y pasó por Lisboa, donde visitó al duque de Alba, sin sospechar que sería esa la última vez que le vería con vida. Después marchó hacia su nuevo destino. Pasó por Sevilla, por Gibraltar, por Cádiz, donde le precedió la fama de su heroísmo y su valor⁶¹⁹, y, tras un largo viaje que resultaba económicamente ruinoso para él⁶²⁰, recaló finalmente en el Puerto de Santa María, donde se encontraba el duque de Medina-Sidonia, dispuesto a embarcarse rumbo a las costas africanas.

Era su misión específica «ver el sitio en que convendrá hacer la fortificación que se huviera de hacer en la plaza africana, así para su guarda de presente como la que después ha de quedar para siempre y haga hacer la

⁶¹⁷ Felipe II a Sancho Dávila, en Lisboa, 25 de septiembre de 1581. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 261-162.

⁶¹⁸ Consulta del secretario Delgado a Su Majestad, 14 de octubre de 1581. CODOIN, XXXI, p. 515-530.

⁶¹⁹ Consistorio de Cádiz a Sancho Dávila, de Cádiz a 25 de enero de 1582. MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general...*, op. cit., p. 264.

⁶²⁰ «[...] me cuesta más que el sueldo de un año la salida desde Lisboa hasta llegar aquí». Sancho Dávila a Juan Delgado, en Gibraltar, 14 de diciembre de 1581. CODOIN, XXXI, p. 338. Y, cuando fue consciente de que la misión se prolongaría más tiempo del esperado, añadía: «yo no soy tan rico que podría esperar con más de ciento veinte reales de mulas de alquiler cada día, y todo lo pasaría si yo viero que sirvo o puedo servir». Sancho Dávila a Juan Delgado, en el Puerto de Santa María, 19 de diciembre de 1581. CODOIN, XXXI, p. 338.

planta de lo uno y de lo otro [...] y designio de la fortificación que se huviese de hacer para de perpetuo [...] y orden para lo que luego se huviere de hacer para de prestado, para que conforme a ello se prosiga [...]»⁶²¹. En definitiva diseñar las defensas y fortificaciones y poner las obras en ejecución. Le acompañaban para ello el capitán Juan Venegas Quijada, Juan Bautista Cayralo, Arsenio de Corfú y otros ingenieros. El duque de Medina-Sidonia debía embarcarlos en sus galeras y trasladarlos a Larache.

Pero la conclusión de las negociaciones se fue retrasando a partir del verano de 1581. Consolidada la anexión de Portugal y centradas sus preocupaciones esenciales en la solución de diferentes problemas europeos –en Flandes, en Francia, en Inglaterra, sobre todo–, más urgentes y cruciales que las cuestiones africanas, Felipe II estaba relegando paulatinamente a un segundo plano el escenario magrebí. Y empezó a disminuir su interés por Larache. Por eso, Sancho Dávila nunca embarcó con destino a la plaza africana y se vio obligado a permanecer inactivo en el Puerto de Santa María, mientras el duque de Medina-Sidonia, a quien respetuosamente fue a besar las manos, al día siguiente de su llegada marchó a Sanlúcar, «a su casa», sin avisarle, sin comunicarle nada. Él hubo de quedarse allí, sin permiso para abandonar su encargo, sin licencia para ir, como deseaba después de tanto tiempo ausente, a atender sus asuntos particulares⁶²², disgustado por «la obligación y gastos que traen los cargos y causas mal gobernadas»⁶²³ y por no recibir respuesta a sus repetidas peticiones de merced, sin apenas dinero y soportando frecuentes dolores de reúmas⁶²⁴.

Desilusionado, desesperanzado, escribió un extenso memorial de servicios prestados, de mercedes incumplidas y de agravios y se lo remitió al secretario Juan Delgado con la clara intención de que lo conociera el rey. Recordaba en él especialmente la batalla de Mock, donde obtuvo una victoria tan gloriosa como pobemente recompensada⁶²⁵, así como su decidido y arriesgado comportamiento tras la muerte del comendador mayor, don

⁶²¹ S. M. al duque de Medina-Sidonia, en Lisboa, 18 de noviembre de 1581. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 315-316.

⁶²² Sancho Dávila a Juan Delgado, en el Puerto de Santa María, 30 de diciembre de 1581. CODOIN, XXXI, p. 525, 526.

⁶²³ *ídem*.

⁶²⁴ Sancho Dávila a Juan Delgado, en el Puerto de Santa María, 7 de febrero de 1582. CODOIN, XXXI, p. 530.

⁶²⁵ «[...] S. M., conforme al tiempo –escribe Sancho Dávila–, me hizo merced de dos mil florines de renta perpetuos por ello, aunque hasta ahora no me están consignados. Así mismo escribió que me hacía merced del castillo de Amberes en propiedad, que tampoco esto se me ha recompensado, que me parecen deudas de razón y de justicia [...]. Sancho Dávila a Juan Delgado, en el Puerto de Santa María, 19 de diciembre de 1581.

Luis de Requesens⁶²⁶ y la controvertida defensa que hizo entonces en la ciudad de Amberes⁶²⁷ de lo que él creía honestamente que era el interés del rey, la pérdida económica que le ocasionó la salida de Flandes de las tropas españolas, las cantidades de dinero que tantas veces se le habían prometido en pago de sus servicios y que aún se le adeudaban⁶²⁸ y, en fin, su valiosa actuación en Portugal por la que no había recibido aún merced alguna. Se sentía dolido, sobre todo, por la falta de consideración y de reconocimiento que había manifestado el rey respecto a su actuación en la campaña portuguesa. Y se quejaba de ello, porque

[...] cuando no hubiera hecho ninguno destos notorios servicios sino el de Portugal, tan a los ojos de S. M., pasando a Duero y rompiendo a D. Antonio y recobrando a Oporto con tan poca gente y tan mal recaudo y con tanta brevedad, excusando a S. M. de mucho gasto que se le pudiera ofrecer y gran cuidado que tenía, se me debía por esto una gran merced en propiedad, como lo suelen hacer los príncipes por menores servicios, y los soldados a quien Dios da esta suerte y ventura en tales sucesos han dejado memoria dellos y yo, hasta agora, no puedo de cosa ninguna ni aun cumplir con la obligación del gasto que traen los cargos que S. M. me da [...].⁶²⁹

⁶²⁶ «[...] Ansí mesmo en el levantamiento general que los Estados hicieron después de la muerte del comendador mayor es notorio el servicio que hice sin tener orden, conociendo la necesidad, con buen celo conservé el ejército de S. M. y la reputación y atraje, de los cinco regimientos que avía de alemanes, a que sirviesen a S. M. los cuatro sin dinero y proveché de vituallas y municiones al castillo con lo que yo busqué de mis amigos e hice poner en libertad a Jerónimo de Rojas, D. Alonso de Vargas, al maestre de campo Julián Romero y a todas las demás personas particulares y oficiales españoles que tenían presos en Bruselas [...].» Ídem.

⁶²⁷ «[...] Y después, cuando los Estados entraron en Amberes y empezaron a trinchar para combatir al castillo con toda diligencia y resolución, procuré traer la gente y salir a ellos, con lo qual se recobró Amberes dentro de tres días con tanta autoridad y prendí al conde de Agamón, y se prendió Mons de Guni y Mons de Capre, los cuales tuve en el castillo hasta la llegada de don Juan, y con ellos se recobraron Robles, gobernador de Frisa, y la mujer e hija del coronel Mondragón y otros muchos oficiales de S. M., por lo cual podría yo decir que sustenté todo el peso, pues casi todo el Consejo y cabos en aquellos Estados en aquel tiempo estaban presos, y fueron servicios los que hice en particular muy señalados y notorios en Francia, Alemania, Inglaterra y todos los Estados de Flandes y en España; y, si se me hubiera dado más mano, sabe Dios lo que se pudiera hacer». Ídem.

⁶²⁸ «[...] Vino el señor don Juan y, obedeciéndole, significando lo que me parecía, facilité todo lo que se me ordenó de parte de S. M. con mucha pérdida de hacienda mía y de mi hijo, que tenía en Amberes, Malinas y Brujas, aventurando por ello la vida muchas veces por algunas conjuraciones que los soldados hacían contra mí y después, fuera del castillo, dio orden el señor don Juan para que se me dieran seis mil ducados de renta en España cada año, de que no se me han dado hasta ahora, ni recompensa, sino es dos mil ducados de Nápoles, que aún no se me pagan, aunque parece que todo esto se puede tener por deudas habidas». Ídem.

⁶²⁹ Ídem.

De nada sirvió la mediación del secretario Delgado. Como en tantas otras ocasiones, su peticiones de merced no tuvieron respuesta inmediata. Y, esperándola, pasó el invierno en el Puerto de Santa María, haciendo con sus ayudantes –Arsenio de Corfú– el plano del fuerte de Larache lo mejor que pudo «entender por relación de personas muy pláticas»⁶³⁰ gastando mucho de su dinero, esperando aún embarcar hacia Larache. Finalmente, a comienzos del mes de marzo, a través del duque de Medina-Sidonia, recibe carta del rey en que este le ordena que olvide su participación en el proyecto magrebí y vuelva a tierras de Andalucía a desempeñar de nuevo su oficio de Capitán General de la Costa del Reino de Granada.

Sancho Dávila se sintió desolado. Había contribuido a ganar un reino para el rey y era como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera hecho nada. Después de haber estado al frente al ejército en la pasada campaña militar, después de haber triunfado, no podía volver a ejercer el mismo cargo que había ejercido con anterioridad. De nuevo se queja con amargura:

[...] a cabo de haberme hallado a ayudar a ganar un reino a S. M. y con tantas esperanzas como yo tenía, no podía volver a servir el cargo de la costa sin gran vergüenza, sino fuese haciéndome una gran merced, cuanto más quitádomela, y para haber de padecer vergüenza y pobreza, aunque con sentimiento, mejor se pasará en una aldea un hombre viejo que ha probado su fortuna [...]⁶³¹.

Y decide marchar inmediatamente a su tierra de Ávila.

Pero no llegó a su ciudad de origen. Cuando iba camino de Sevilla, recibió carta del rey para que volviera a Lisboa con los doscientos jinetes de la costa⁶³². Allí estaba ya en el mes de mayo. Durante algún tiempo siguió inactivo, sin función ni quehacer alguno, rumiando la necesidad que tenía de que el rey le hiciera merced, no ya para mejorar su situación económica sino «por la honra, por quitar opiniones –porque la gente no me vea por aquí desta manera, habiendo servido como es notorio»⁶³³–, para evitar suspicacias,

⁶³⁰ Sancho Dávila al secretario Juan Delgado, en Gibraltar, 14 de marzo de 1582. CODOIN, XXXI, p. 530.

⁶³¹ «Y continúa: «no digo quel cargo de la costa no sea muy honrado y, cuanto a cargo, yo no pretendería otro de S. M. si me diera con qué poder vivir en él; mas aquel cargo para mí es como las mercedes que suele hacer un señor de nuestra España a unos hidalgos vecinos suyos pobres, que les da un caballo manco para echarlos a perder, obligándolos que tomen un mozo y gasten en darle de comer y que le guarnezcan y sirvan dél y que no le puedan vender, y así me ha acaecido a mí [...]». Ídem.

⁶³² Sancho Dávila a Juan Delgado, en Sevilla, 1 de abril de 1582. CODOIN, XXXI, p. 533.

⁶³³ Sancho Dávila a Juan Delgado, en Sevilla, 26 de mayo de 1582. CODOIN, XXXI, p. 535-536.

pues había habido tantos «pesquisidores en Lisboa y entre Duero y Miño para averiguar mi vida», decía Sancho, que muchos, que pensaban que debía estar entre los más agraciados, al verle así, sospecharían que había habido causa fundada para que el rey no premiara sus servicios con la concesión de mercedes nuevas. Después se pensó en él para embarcar con parte de los hombres que estaban aún desplegados entre Duero y Miño en una armada creada para defender las costas portuguesas y dirigir una expedición a las islas Terceras para garantizar su defensa⁶³⁴. Y así se pasó el resto del año.

En el mes de diciembre, el día 12, murió don Fernando Álvarez de Toledo, el III duque de Alba. Poco tiempo después, a comienzos de 1583, Felipe II decidió abandonar Lisboa y regresar a Madrid. Para regir el reino de Portugal, nombró a su sobrino, el archiduque Alberto, como gobernador general; al duque de Gandía, como capitán general, y a Sancho Dávila, «por la aprobación y satisfacción que tengo de vuestra persona»⁶³⁵, como maestre de campo general de toda la gente de guerra que quedaba en el país, con competencia «assí en lo que toca a la justicia, ejecución y administración de ella como al alojamiento y otras cosas al dicho cargo anexas y concernientes»⁶³⁶. El cargo llevaba aparejado el salario de doscientos escudos de a diez reales al mes para sí y para los oficiales que hubiere de tener para el desempeño de dicho cargo, compatible con la conservación del salario que tenía como capitán general de la costa de Granada. No era lo que Sancho Dávila esperaba, ya que por entonces estaba solicitando al rey la concesión de una encienda, pero, a pesar de sus quejas, tan reiteradas, aquello parecía, sin duda, la culminación de su carrera militar.

Apenas pudo ejercer el nuevo cargo de maestre de campo general durante más de tres meses. Un día de principios de junio, cuando estaba viendo herrar un potro, recibió una patada del caballo en un muslo. El golpe no parecía nada grave y apenas quiso hacer caso de él. Se le aplicaron algunas hierbas y poco más: «comenzóse a curar con ensalmo; a los tres días se cerró con medicinas; estaba ya con calentura; sangráronle tres veces y purgáronle y, como los remedios fueron tarde, no aprovecharon y murió al noveno»⁶³⁷. Paradojas del destino. Después de haber hecho frente a tantos riesgos y afrontado tantos peligros en todos los campos de batalla de Europa, aquel golpe, por no curarlo o por curarlo mal, le condujo inesperadamente a la

⁶³⁴ Consulta del secretario Juan Delgado, en Lisboa, 16 de septiembre de 1582. CODOIN, XXXI, p. 536ss.

⁶³⁵ Évora, 23 de febrero de 1583. DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo M. *El Rayo de la Guerra...*, op. cit., p. 323-325.

⁶³⁶ Ibídem.

⁶³⁷ Luis de Barrientos al secretario Juan Delgado, en Lisboa, 10 de junio de 1583. CODOIN, XXXI, p. 556.

muerte. Era el día 8 de junio de 1583. No contaba aún los sesenta años de edad. Su cadáver fue llevado a hombros por sus soldados y depositado en la iglesia de San Francisco en Lisboa desde donde su hijo, Fernando Dávila, lo hizo trasladar a la capilla mayor de la iglesia de San Juan, en la ciudad de Ávila.

9.4. LA CAPILLA MAYOR DE LA IGLESIA DE SAN JUAN

El día 7 de junio de 1583, un día antes de su muerte, Sancho Dávila comenzó a ordenar su testamento:

Estando como estoi enfermo, pero en mi seso, memoria y entendimiento natural qual Nuestro Señor fue servido de lo dar, confieso que creo fiel y cathólicamente en el mesterio de la Santísima Trinidad, Padre e Hijo y Espíritu Santo, tres personas y una sola esencia divina, y creo todo aquello que tiene y confiesa la Santa Yglesia de Roma y protesto bivir y morir en esta santa fee cathólica y, si en el artículo de la muerte, por dolencia o falta de juiicio o en otra qualquier manera, alguna cosa contra esto dixere o mostrare lo revoco delante mi Criador y Redemptor [...]⁶³⁸

Era, claro está, una fórmula usada por los escribanos para encabezar el testamento de cualquier persona, pero, si alguien podía sentirla como propia, era, sin duda, Sancho Dávila, que había pasado toda su vida luchando por su rey y, al luchar por su rey, había luchado por su religión: en el Mediterráneo, contra los infieles; en Alemania y en los Países Bajos, contra los herejes. Por desgracia, no pudo concluir su testamento. La enfermedad se agravaba por momentos hasta el punto de morir al día siguiente. Y los amigos y compañeros que estaban junto a él se convirtieron en sus testamentarios: el coronel Alonso López Gallo, señor de Fuente Pelayo; Luis de Barrientos, del Consejo de Guerra de Felipe II en el reino de Portugal; y Antonio del Río, del Consejo de Hacienda. El primero, Alonso López Gallo, cuñado de Sancho Dávila y su compañero de armas en Flandes y Portugal, se convirtió también, a petición del propio Sancho Dávila, en tutor y curador del hijo de este, Fernando Dávila Gallo, aún menor de catorce años.

⁶³⁸ AHPAv, Protocolos Notariales, 117, p. 403.



Altar mayor de la iglesia de San Juan.

En una de las cláusulas de su testamento inconcluso, completado después por los testamentarios el 5 de octubre de aquel mismo año, mandaba que se fundara y construyera una capilla en un monasterio o iglesia de la ciudad de Ávila a la cual se trasladasen sus restos y los de doña Catalina López Gallo, la madre de su hijo, que estaban depositados en un monasterio de los Países Bajos, cerca de la ciudad de Brujas. Para edificar la capilla, fundar la capellanía y comprar los ornamentos y plata necesarios para su servicio dejó ordenado que se gastaran quince mil ducados, sacados de sus bienes:

[...] que de lo más bien parado de mis bienes se saque luego la suma de seis mil ducados, moneda castellana, y nueve mil ducados más que se harán sacando de los frutos y rentas del mayoradgo que dexo yndstituido, en cada un año mil ducados, comenzando el primero año desde el día que yo falleciere en un año, por manera que los primeros mil ducados que de la renta del dicho mayoradgo se an de cobrar del día de mi fallecimiento en un año, y así suscesivamente se an de cobrar y cumplir los dichos nueve mil ducados cada año⁶³⁹.

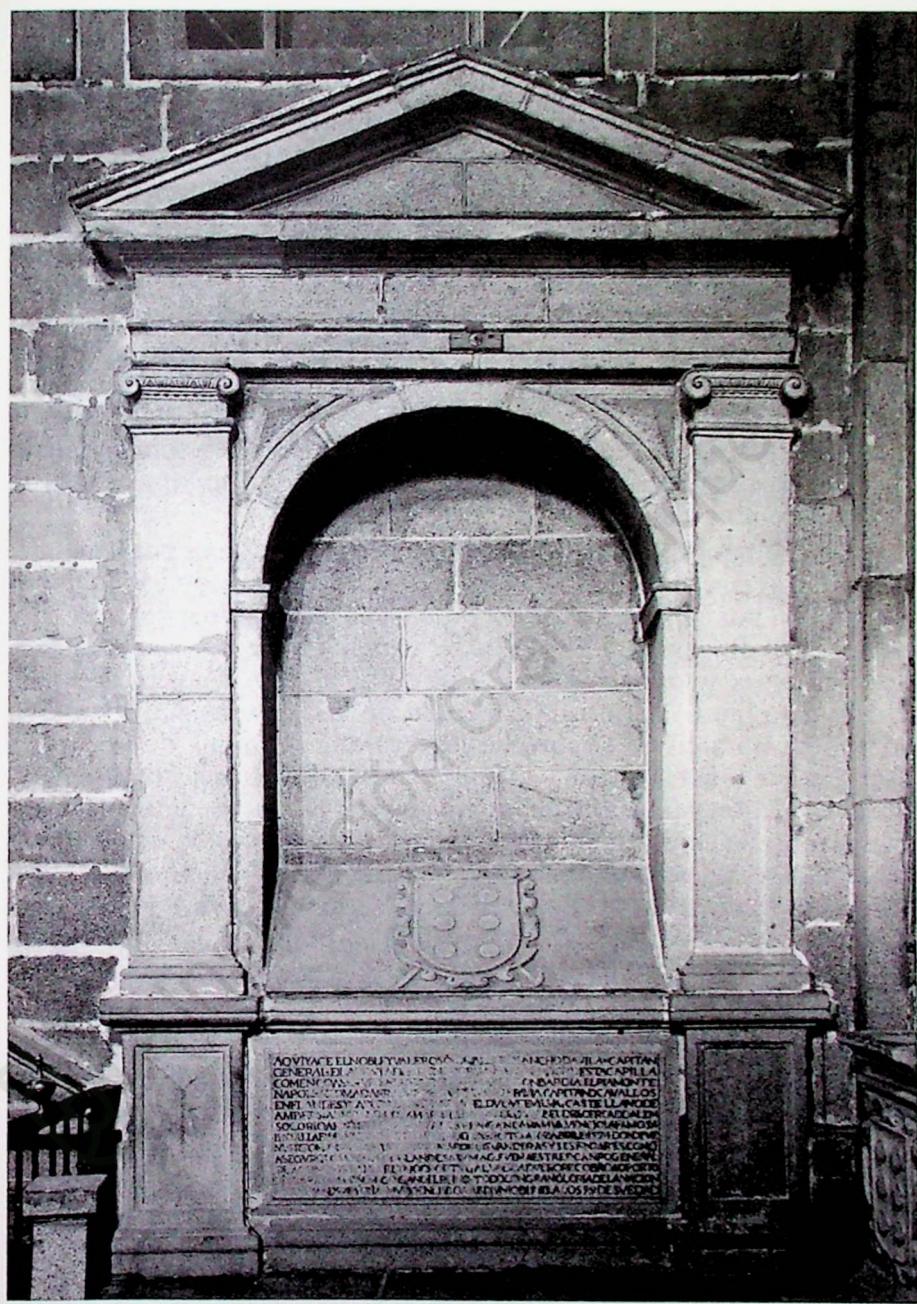
⁶³⁹ idem, p. 404.

Disponía que se pusieran en la capilla las armas de su linaje y descendencia: dos escudos con seis roeles y un bastón de capitán general y una áncora, «significación de general de la mar». Mandaba fabricar para su altar mayor un retablo con «la ymagen de Nuestra Señora y figuras de los bienaventurados santos san Matheo y san Lucas y san Marcos y de la Piedad y Misericordia». Y ordenaba, finalmente, que cada año, perpetuamente, se dijera cada día una misa de réquiem por su alma y por la de su mujer y se hicieran anualmente tres fiestas cantadas: una, el día de Nuestra Señora de Septiembre; otra, el 16 de junio, por ser ese el día en que falleció Catalina López Gallo y otra, en el aniversario de su propio fallecimiento. Su hijo, Fernando Dávila, y los descendientes de este, por la orden del mayorazgo, serían los patronos de la capellanía.

No fue fácil para los testamentarios hacer cumplir las disposiciones últimas de Sancho Dávila. No sólo porque se hallaban en Portugal, ocupados en el servicio del rey, a tanta distancia de la ciudad de Ávila, sino también por el tiempo que se necesitaba para juntar el dinero necesario para ello, por estar muy desparramados y separados los bienes que formaban la hacienda del general. Por eso delegaron en el coronel Alonso López Gallo, en cuyo poder, como tutor y curador de don Fernando Dávila, estaba «el montón y grueso de la dicha hacienda», el cumplimiento y ejecución de lo dispuesto en el testamento.

Poco a poco Sancho Dávila había ido ocupando cargos importantes: capitán de los tercios, castellano de Pavía, castellano de Amberes, capitán general de la costa de Granada, maestre de campo general del ejército de Felipe II en Portugal. Paralelamente había ido aumentando su salario y se habían ido incrementando sus rentas. Y, aunque muchas veces no había logrado cobrar a tiempo su soldada ni todas las soldadas que en algún momento se le debían, había logrado juntar a lo largo de su vida una regular hacienda. El valor de sus alhajas, joyas, vestidos, caballos, armas y demás bienes muebles se calculó en treinta y cinco cuentos de maravedíes. El quinto de esa cantidad, «que, según el tanteo que se ha hecho de los dichos bienes y hacienda, montará más de siete quentos de maravedís»⁶⁴⁰, se debía emplear en juros perpetuos para financiar la construcción de la capilla y la fundación de la capellanía. El resto de la hacienda, unos sesenta mil ducados, es decir, treinta millones de maravedíes aproximadamente, constituía el haber del mayorazgo instituido a favor de don Fernando Dávila y sus descendientes.

⁶⁴⁰ Ídem.



Sepulcro de Sancho Dávila en la capilla mayor de la iglesia de San Juan.

Alonso López Gallo se trasladó a la ciudad de Ávila desde Lisboa para cumplir su cometido. Y en Ávila entró en negociaciones con el cura y beneficiados de la iglesia parroquial de San Juan y con el mayordomo de su fábrica, Luis de Victoria, para que le cedieran la capilla mayor de dicha iglesia para entierro de los señores Sancho Dávila y Catalina López Gallo, su mujer, y de su hijo, don Fernando Dávila, y sus descendientes. Como resultado de tales negociaciones el cura, beneficiado y mayordomo de la iglesia de San Juan cedieron en propiedad la capilla mayor de su iglesia y el patronazgo de ella a don Fernando Dávila, y en su nombre a Alonso López Gallo, aceptando las cláusulas expresadas en el testamento, a cambio de financiar su reconstrucción y la reconstrucción del crucero de la iglesia y de vincular perpetuamente al servicio de dicha capilla el quinto de los bienes y hacienda de Sancho Dávila, descontada la inversión inicial. El acuerdo se hizo público y definitivo con la aprobación del ilustrísimo señor don Francisco Sánchez Temiño, obispo de Ávila y miembro del Consejo de Su Majestad.

Don Fernando Dávila se comprometió a costear, por consiguiente, la reedificación de la nueva capilla mayor de la iglesia de San Juan y lo que faltaba por hacer del crucero, todo ello a cal y canto, conforme a las trazas que había hecho el maestro de cantería Diego Martín, incluidos los tejados y el enlosado del suelo. Como no había en la iglesia lugar adecuado para hacer la sacristía particular de la dicha capilla, acordaron se abriera un arco en la pared que separaba la capilla de la antigua sacristía que tenía la iglesia y que en el pasillo entre una y otra se habilitaran un cajón y unas alacenas para guardar allí los ornamentos de los capellanes. Se comprometió también a costear el retablo mayor distribuyendo en sus cuerpos y calles las imágenes que había indicado Sancho Dávila en su testamento con la condición, impuesta por el clero parroquial y aceptada por Alonso López Gallo, de poner encima del sagrario la imagen de San Juan Bautista, patrono de la iglesia. Y dotó la capellanía de casullas, cálices, frontales y otros ornamentos necesarios para los servicios religiosos.

Para las sepulturas se reservó el lugar inmediatamente posterior a las gradas del altar mayor hasta el crucero, hasta donde llegaba la capilla, que quedaba separada del cuerpo de la iglesia por una barra de hierro colocada en el suelo, sin reja, para que quedara abierta, exenta, «sin apartamiento ni división», para dar sensación de mayor espacio y amplitud.

Allí se hicieron ambos panteones. En el lado de la epístola, el de su esposa, Catalina López Gallo⁶⁴¹; en el del evangelio, el de Sancho Dávila. Su epitafio⁶⁴², escrito mucho tiempo después, pretende resumir su vida:

Aquí yace el noble y valeroso caballero Sancho Dávila, capitán general de la costa del reino de Granada, fundador de esta capilla. Comenzó a servir en la guerra de Alemania, Lombardía, el Piemonte, Nápoles, toma de África; fue castellano de Pavía y capitán de Caballos en Flandes y capitán de la guardia del duque de Alba, castellano de Amberes y almirante de la mar. Desbarató los rebeldes cerca de Dalen, socorrió a Middelburg y Valckrem, ganó a Ramua, venció en la famosa batalla de Moken, siendo cabeza del ejército, el 4 de abril de 1574, donde fue muerto el conde Ludovico y se tomaron 36 banderas y tres estandartes, con que aseguró los Estados de Flandes a S. M. Fue maestro de campo general de la conquista del reino de Portugal, vadeó Duero, recobró Oporto, desbarató al enemigo, ganó el reino todo, con gran gloria de la Nación española y de su Patria. Murió en Lisboa a 8 de junio de 1583, a los cincuenta y nueve de su edad.

Dos escudos con los seis roeles del linaje de Blasco Jimeno, uno de los dos linajes en los que había estado organizado desde siempre el estamento nobiliario en la ciudad de Ávila, el bastón de capitán general y el áncora de almirante de la mar, adornan aún su panteón en la capilla mayor de la iglesia de San Juan, junto a la plaza del Mercado Chico, en la ciudad de Ávila.

⁶⁴¹ En su epitafio se lee: «Aquí yace la noble señora doña Catalina López Gallo, mujer de Sancho Dávila, fundador de esta capilla, hija del barón de Mala y de madama de Mala, su mujer, señores de Formisela, en los Estados de Flandes. Falleció en Amberes a 17 de julio del año de 1570».

⁶⁴² Gil González Dávila, historiador abulense, sentía una profunda admiración por él. «Fue –dice– uno de los mayores capitanes, y más sabios, que tuvieron las armas en aquella edad por la plática de la guerra, y modo de militar, igual en el valor, y prudencia, con los mejores que celebra la antigüedad de la historia, y mayor a todos los de su tiempo, pues fue maestro de muchos capitanes que tuvieron nombre y gloria».

Estando en Ávila, escribió para él el siguiente epitafio: SANCTIUS D. AVILA, VIR BELLO, & consilio maximus: *in bellis sacris pro Religione susceptis supremus militiae Magister, qui multoties perfidos Fidei fractores, a Divino foedere foedates discedentes, saeciliter superavit, ut signa suspensa indigitant. Demum Lusitaniae Regnum prudentia, & industria sua Filippo Secundo partum: Sed heu mors post toto egregie pro lege, & Rege patrata, tantum bellum lumenque; publico Regnorum dolore tulit, & extinxit D. Ferdinandus D. Avila Patri optimo benemerenti, non quod decuit, sed quod licuit Monumentum curavit erigendum. Anno 1612. GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. Teatro eclesiástico de la S. Iglesia Apostólica de Ávila y vida de sus hombres ilustres, op. cit., p. 304.*

Y en el exterior de la capilla mayor de nuevo el escudo de los seis roeles del blasón de su linaje. Una paradoja más. Desde finales del siglo XVI en el exterior de la de la cabecera de la iglesia de San Juan, la iglesia donde tradicionalmente se reunían los miembros del linaje de Esteban Domingo, ya no lucen los trece reales del blasón de aquel linaje, sino los seis roeles del linaje de Blasco Jimeno, en honor de uno de sus miembros, Sancho Dávila, el general de Felipe II que, a pesar de sus méritos de soldado, no pudo obtener, por razones de pureza de sangre, el hábito de caballero de la orden militar de Santiago, que tanto deseó a lo largo de su vida.





EPÍLOGO

Institución Gran Duque de Alba

En el mes de abril de 1583, dos meses antes de morir, Sancho Dávila seguía esperando la noticia de que el rey le honrara concediéndole la merced de una buena encomienda, junto con el hábito de caballero de la Orden de Santiago, en pago de los servicios que había prestado a la Monarquía a lo largo de su vida⁶⁴³. Ese había sido durante mucho tiempo su gran deseo, su aspiración fundamental. Y lo seguía siendo. Pero murió sin haberlo conseguido. Esa fue su gran frustración. Finalmente había pesado más la sangre de judío converso de alguno de sus antepasados que sus méritos de soldado.

Cincuenta años después, en 1636, su nieto Sancho Dávila Guevara, hijo mayor de Fernando Dávila Gallo y de la segunda esposa de este, doña Luisa de Guevara, pasó, sin embargo, sin ningún problema, las pruebas prescritas para la concesión del título de caballero de la Orden de Alcántara. Un año más tarde Sancho Dávila y Guevara marchó a América para desempeñar el cargo de visitador y gobernador de la ciudad y provincia de Zacatecas, en Nueva España. Y en un documento conservado en el Archivo General de Indias hace relación de los méritos que le habían servido para recibir el hábito de la Orden de Alcántara, el cargo de gobernador y otras mercedes que le había concedido el rey Felipe IV. Paradójicamente, el mérito más valioso fue, sin duda, el hecho de ser nieto de Sancho Dávila y Daza, el viejo soldado que había luchado en Alemania, en Italia, en Flandes y en Portugal. Aunque hay en ella algunos errores cronológicos y de apreciación, la relación de dichos méritos es como sigue⁶⁴⁴:

Don Sancho Dávila y Guevara.

Don Sancho Dávila y Guevara, caballero de la Orden de Alcántara, que a servido en negócios de ymportancia de su Orden.

⁶⁴³Sancho Dávila a Felipe II, en Lisboa, 8 de abril de 1583. CODOIN, XXXI, p. 555.

⁶⁴⁴Archivo General de Indias, Indiferente, 111, 202.

Consta por una relación de la Secretaría de Estado, firmada de Martín de Aroz, que es hijo de don Fernando Dávila, que fue page del rey Felipe segundo y que no se le hiço merced, y nieto de Sancho Dávila, que, en tiempo del señor emperador sirvió balerosamente a esta Corona, fue castellano de Pavía por título de Su Mag. el rey Felipe segundo en que le dice tiene particular noticia de su persona y servicios y que el que últimamente le havía hecho en la rota de nueve compañías que entraron en aquellos Estados y lo que el duque de Alva le scrive dél a sido tan agradable a Su Mag. que, por ello, le da las gracias y offreça haçerle favor y merced y en otra carta se las da Su Mag. por la rota que havía dado Federico, encareciéndole la importancia deste servicio y que en demostración de lo que lo havía estimado le a hecho la merced que entenderá del comendador mayor, a quien escribe Su Mag. tiene por bien que el dicho Sancho Dávila se quede en propiedad con el cargo de castellano de Amberes y le hace merced de dos mil florines de renta en bienes confiscados. Fue capitán general de la costa del reyno de Granada, con 2.000 escudos de salario al año. Fue maestre de campo general del exército que se juntó en Badajoz y después se le dio asimismo título de maestre de campo general de la gente del reyno de Portugal.

De orden del duque de Alva apresó una armada de 30 baxeles gruesos y otras charrúas y barcas de armada para socorrer la isla de Uvalchren y en la orden que el duque le da dice que por ser cossa que tanto importa al servicio de Su Mag. no la a fiado de otro.

Correspondióse continuamente con Su Mag. el rey Felipe segundo el tiempo que fue capitán general del reyno de Granada encomendándole la fortificación de Larache y otras cossas de suma ymportancia y haçiendo particularissima estimación de su persona y servicios y en una carta le da cuenta Su Mag. de haver mandado formar en la costa de Andalucía una armada de naos y galeras y otros baxeles en que se havian de embarcar 14.000 soldados españoles, 2.000 italianos y 5.000 alemanes y que havía nombrado por general della al marqués de Santa Cruz y a él por su maestre de campo general de toda la gente que della se sacasse y pusiesse en tierra.

En 29 de octubre de 1581 le mandó Su Mag. que, dejando lo que en Lisboa tenía a su cargo, partiese a la jornada que el duque de Alba le escrevía por ser de tanta importancia que no savía de persona de quien la fiar sino de la suya, confiando que le serviría en ello con celo, voluntad, amor y diligencia que por lo pasado y que dejándolo a su cargo quedaría Su Mag. sin cuidado y cierto del buen suceso y otra carta de Su Mag. para el duque de Parma encargándole consignase a don Fernando Dávila, padre del suplicante, los 2.000 florines de renta de que el año de 574 havía hecho merced al dicho Sancho Dávila en bienes confiscados.

Gil González en su *Corónica del Theatro Eclesiástico* dice a fojas 157 que floreció en su tiempo el suelto y famoso cavallero Sancho Dávila, descendiente de la Cassa del marqués de Belada, por línea recta de barón y que fue uno de los mayores capitanes y más sabios que han tenido las armas y que sirvió en la jornada de Alemania al Sr. Emperador en la toma de África y guerra de Lombardía, jornada de Inglaterra con el rey D. Felipe 2.^o que le dio título de capitán con el de capitán ordinario y el de castellano de

Pavía . Pasó a Flandes por capitán de Cavallos y de la guardia del duque de Alba, donde prendió al conde de Agmon, desbarató los reveldes en Dalen pasando a cuchillo más de 5.000; en Frissa venció al conde Ludobico haciendo en esta guerra notables servicios desbarató al príncipe Dorange, degollando y prendiendo en Tylimon la gente más lucida del exército y a él le dieron un balaço en un muslo, socorrió a Middelburg, degolló los herejes que la tenían cercada, ganó a Ramua y 400 navíos y urcas que valían muchos millones. En la encamisada de Ramua, haviéndosele encomendado a él y a otros, un escala para arrimárla a la muralla y en Moncalvo mató de solo a solo un caballero que era medio xigante viñiendo con montante y Sancho Dávila con espada y rodela. Descubrió la trayción de Roremunda, apaciguó el motín de Amberes, conquistó las islas de Zirquecea, Duvelanda y Filispidan. Onrrole Su Mag. con título de Capitán General del Reyno de Granada, ganó el reyno de Portugal, sugetándole a la obediencia del rey Felipe 2.^º y en esta ocasión badeó con su egército el río Duero junto a la ciudad de Oporto y murió en Lisboa cargado de victorias con títulos de Castillo de Pavía, de Amberes, de Almirante de la Mar, de Capitán General de la Costa de Granada y de Maestre de Campo General de la Conquista del reyno de Portugal.

Concuerda con la relación que está sacada en la Secretaría de Cámara de lo de Justicia de los papeles que en ella presentó y así lo certifico. En Madrid, a cinco de marzo de mill y seiscientos y treynta y siete años. Mathías Fernández Corrilla.



Institución Gran Duque de Alba



BIBLIOGRAFÍA



Institución Gran Duque de Alba

- ÁLVAREZ, Tomás. *Cultura de mujer en el s. XVI. El caso de Santa Teresa de Jesús*. Ávila: Ayuntamiento, 2006.
- ARIZ, Luis. *Historia de las grandes de la ciudad de Ávila*. SOBRINO CHOMÓN, Tomás (Ed.). Ávila: Obra Cultural de la Caja General de Ahorros y Monte Piedad, 1978.
- ÁVILA Y ZÚÑIGA, Luis de. *Comentario del ilustre señor don Luis de Ávila y Cúñiga, Comendador Mayor de Alcántara: de la guerra de Alemania, hecha de Carlos V, Máximo Emperador Romano, rey de España, en el año MDXLVI y MDXLVII*. Venecia: [s. n.], 1548.
- AYORA DE CÓRDOBA, Gonzalo de. *Muchas historias dignas de ser sabidas y que estaban ocultas, sacadas y ordenadas por Gonzalo Ayora de Córdoba, capitán y coronista de las católicas magestades*, copia manuscrita, AHPAv, sig. 2096.
- BALLESTEROS, Enrique. *Estudio Histórico de Ávila y su Territorio*. Ávila: Tipografía de Manuel Sarachaga, 1896.
- BELMONTE DÍAZ, José. *Los Comuneros de la Santa Junta. La «Constitución de Ávila»*. Ávila: Caja de Ahorros, 1986.
- BERTIVOGLIO, Guido. *Las Guerras de Flandes: desde la muerte del emperador Carlos V hasta la conclusión de la tregua de los doce años*. Amberes: Por Gerónimo Verdussen, 1687.
- BUNES IBARRA, Miguel Ángel. «La defensa de la Cristiandad. Las Armadas en el Mediterráneo en la Edad Moderna». *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, 2006, V, p. 77-99.
- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis de. *Historia de Felipe II, rey de España*. MARTÍNEZ MILLÁN, José; CARLOS MORALES, Carlos Javier de (Eds.). Valladolid: Junta de Castilla y León, 1998.

- CAUNEDO DEL POTRO, B.; SÁNCHEZ MARTÍN, M. «Menores y huérfanos en la comunidad castellana de Brujas. Una primera aproximación a su estudio». *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, Historia Medieval, t. 11 (1998), p. 39-60.
- Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España. Madrid: Viuda de Calero, 1842-1883.
- DANVILA, Alfonso. *Felipe II y la sucesión de Portugal*. Madrid: Espasa-Calpe, 1956.
- DÁVILA Y SAN-VÍTORES, Jerónimo Manuel. *El Rayo de la Guerra, hechos de Sancho Dávila: svcessos de aquvellos tiempos, llenos de admiración. Algynas noticias de Ávila, svs pobladores y familias, que tocan al que lo escribe*. Valladolid: Por Antonio Figueroa, 1713.
- DIAGO HERNANDO, Máximo. «Conflictos políticos en Ávila en las décadas precomuneras». *Cuadernos Abulenses*, 19 (enero-junio 1993), p. 69-102.
- ESCOBAR, Antonio de. *Relación de la felicísima jornada que la cathólica real magestad del rey don Phelipe, nuestro señor, hizo en la conquista del reyno de Portugal, ansí en las cosas de la guerra como después en la paz antes que volviese a Castilla. Siendo capitán general el Excellentíssimo don Fernán Álvarez de Toledo, duque de Alva, compuesta por Antonio de Escobar, vezino y natural de la villa de Valladolid, que se halló presente en toda aquella guerra, sirviendo a Su Magestad con su persona y armas, criados y caballos, dirigida a su cathólica real magestad*. ALPAÑÉS, Amparo (Ed.). *Anexos Revista Lemir* (2004).
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. *Felipe II y su Tiempo*. Madrid: Planeta DeAgostini, 1998.
- FORONDA Y AGUILERA, Manuel. *Estancias y viajes del Emperador Carlos V*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1914.
- GARCÍA HERNÁN, Enrique. «Sancho de Londoño. Perfil biográfico». *Revista de Historia Moderna, Anales de la Universidad de Alicante*, 22 (2004), p. 61-86.
- GARCÍA VILAR, José Antonio. «Maquiavelismo en las relaciones internacionales (La anexión de Portugal a España en 1580)». *Revista de Estudios internacionales*, vol. 2, n.º 3 (julio-septiembre 1981), p. 602-648.
- GIMENO VIGUERA, José M.^a; GÓMEZ RIVAS, Fernando A.; GUIRAO DE VIERNA, Ángel. «Un estudio comparativo: las Comunidades y la independencia de los Países Bajos (factores desencadenantes)». *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, 3 (1982), p. 231-257.
- GÓMEZ RODRÍGUEZ, Telesforo. «Levantamiento de la villa de Arévalo, justificado ante la historia. Diploma inédito del emperador Carlos V». *Boletín*

- de la Real Academia de la Historia*, tomo 18 (1891), p. 385-401.
- «Levantamiento de Arévalo contra su dación por Carlos V en señorío a doña Germana de Foix y primera campaña militar de san Ignacio de Loyola». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 19 (1891), p. 5-18.
- GONZÁLEZ DÁVILA, Gil. *Teatro eclesiástico de la S. Iglesia Apostólica de Ávila y vida de sus hombres Ilustres*. RUIZ AYÚCAR, Eduardo (Ed.). Ávila: Obra Cultural de la Caja General de Ahorros y Monte de Piedad, 1981.
- HERAS FERNÁNDEZ, Félix de las. *La catedral de Ávila*. Ávila: [s. n.], 1981.
- INFANTES, Víctor; MARTÍNEZ PEREIRA, Ana. «La imagen gráfica de la primera enseñanza en el siglo XVI». *Revista Complutense de Educación*, 1999, vol. 10, n.º 2, p. 73-100.
- JIMÉNEZ DUQUE, Baldomero. *La escuela sacerdotal de Ávila del siglo XVI*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1981.
- JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio. *Poder, ejército y gobierno en el siglo XVI. La Capitanía General del reino de Granada y sus agentes*. Granada: Universidad, 2004.
- LOPE DE VEGA. *La Aldehuela y el Gran Prior de Castilla*. SERRANO DEZA, Ricardo (Ed.). Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2007.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, Isabel. *Guía de la arquitectura civil del siglo XVI en Ávila*. Ávila: Fundación Cultural Santa Teresa, 2002.
- LÓPEZ FERNÁNDEZ, María Teresa. *Arquitectura civil del siglo XVI en Ávila (Introducción a su estudio)*. Ávila: Caja Central de Ahorros y Préstamos, Obra Social y Cultural, 1984.
- MALDONADO, Juan. *La Revolución Comunera*. Madrid: Ed. Centro, 1875.
- MALTBY, William S. *El Gran Duque de Alba*. Girona: Atalanta, 2007.
- MARIANA, Juan de. *Historia General de España*, Libro decimoctavo, Biblioteca de Autores Españoles, Tomo segundo. Madrid: Semanario Pintoresco Español, 1854.
- MARTÍN CARRAMOLINO, Juan. *Historia de Ávila, su Provincia y Obispado*. Madrid: D. Juan Aguado, 1873.
- MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. «Las murallas en la Edad Moderna: obras de mantenimiento y nuevas construcciones». En: *La Muralla de Ávila*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 2003.
- «Un abulense en el Quijote: don Luis de Ávila y Zúñiga». En: *Ávila y Cervantes. IV Centenario del Quijote*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2006.
- MARTÍNEZ DEL BARRIO, Javier Ignacio. «Educación y mentalidad de la alta nobleza española en los siglos XVI y XVII: la formación de la biblioteca de la Casa Ducal de Osuna». *Cuadernos de Historia Moderna*, 12 (1991), p. 67-81.

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Santiago. «El servicio del rey. De la milicia a la Corte: Don Fernando de Toledo y Dávila (c. 1538-1602)». En: Enrique MARTÍNEZ RUIZ (Dir.). *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía*. 3 v. Madrid: Actas, 2000, tomo II, p. 123-133.

- *El marqués de Velada y la Corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del siglo de Oro*. Salamanca: Junta de Castilla y León, 2004.

MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. «Sancho Dávila y la anexión de Portugal». *Chronica Nova. Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 2, (1968), p. 5-35.

- «Sancho Dávila en las campañas del duque de Alba en Flandes». *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. II, p. 105-142.
- «El gran motín de 1574 en la coyuntura flamenca». En: *Miscelánea de Estudios dedicados al profesor Marín Ocete*. Granada: Universidad, 1974, p. 637-659.
- «La crisis de los Países Bajos a la muerte de D. Luis de Requesens». *Chronica Nova. Revista de Historia Moderna de la Universidad de Granada*, 7 (1972), p. 5-34.
- *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía hispánica (1480-1700)*. San Sebastián de los Reyes: Actas, 2008.

MENDOZA, Bernardino de. *Comentarios de don Bernardino de Mendoça de lo sucedido en las guerras de los Países Baxos : desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Edición digital basada en la de Madrid: Por Pedro de Madrigal, 1592 (<http://www.cervantesvirtual.com>).

MERINO ÁLVAREZ, Abelardo. *La sociedad abulense durante el siglo XVI. La Nobleza*. Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de los Cuerpos de Intendencia e Intervención Militares, 1926.

MEXÍA, Pedro de. *Relación de las comunidades de Castilla*. Barcelona: Muñoz Moya y Montraveta, 1986.

MIRAFLORES, Manuel Pando Fernández de Pinedo, marqués de. *Vida del general español D. Sancho Dávila y Daza, conocido en el siglo XVI con el nombre de El Rayo de la Guerra*. Madrid: [s. n.], 1857.

MOTA, Diego de la. *Libro del Principio de la Orden de la Cavallería de S. Tiago del Espada y una declaración de la Regla y tres votos substanciales de religión y la fundación del convento de Uclés*. Valencia: [s. n.], 1599.

MUÑOZ DELGADO, Vicente. «La lógica renacentista en Pedro Núñez Vela, protestante abulense en el siglo XVI». *Diálogo Ecuménico*, Tomo IX (año 1974), n.º 35-36, p. 517-530.

- PARKER, Geoffrey. *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659*. Madrid: RBA, 1986.
- *España y la rebelión de Flandes*. Madrid: Nerea, 1989.
 - «Soldados del Imperio. El ejército español y los Países Bajos en los inicios de la Edad Moderna». En: THOMAS, W.; VERDONK, R. A. (Eds.). *Encuentros en Flandes. Relaciones intercambios hispano-flamencos a inicios de la Edad Moderna*. Leuven: University Press, 2000.
- PAZZIS PI CORRALES, Magdalena de. «Pedro de Valdés y la Armada de Flandes». *Cuadernos de Historia Moderna*, 9 (1998), p. 35-45.
- PÉREZ, Joseph. *Los Comuneros*. Madrid: Alba Libros, 2005.
- PÉREZ-BUSTAMANTE, Rogelio. «El gobierno de los Estados de Italia bajo los Austrias: Nápoles, Sicilia, Cerdeña y Milán (1517-1700). La participación de la nobleza castellana». *Cuadernos de Historia del Derecho*, 1 (1994), p. 25-48.
- PIDAL, Pedro José Pidal y Carniado Fernández y Tuero, marqués de. *Historia de las Alteraciones de Aragón en el Reinado de Felipe II*. Madrid: Imprenta de J. Martín Alegría, 1862.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio. «El emperador Carlos V y su Corte (1522-1539)». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 42 (1903), p. 468-481; tomo 43 (1903), p. 393-431.
- RUBIO, Julián M. *Felipe II y Portugal*. Madrid: Voluntad, 1927.
- RUIZ-AYÚCAR ZURDO, María Jesús. «Aportación a la historia de las comunidades en Ávila». *Cuadernos Abulenses*, 7 (enero-junio 1987), p. 219-240.
- SAN MIGUEL Y VALLEDOR, Evaristo. *Historia de Felipe II: rey de España*. Madrid: Ignacio Boix, 1844.
- SANDOVAL, Prudencio. *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. SECO SERRANO, Carlos (Ed.). Edición digital basada en la de Madrid: Atlas, 1955-1956 (<http://www.cervantesvirtual.com>).
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *Resumen de Actas del Cabildo Catedralicio de Ávila (1511-1521). Tomo I*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1995.
- *Resumen de actas del Cabildo Catedralicio de Ávila (1522-1533). Tomo II*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 1998.
 - *Antonio Honcala y Gaspar Daza (Dos abulenses ilustres del siglo XVI)*. Ávila: [Cabildo Catedral], 1998.
- SANTA CRUZ, Alonso de. *Crónica del emperador Carlos V. 5 v.* Madrid: Imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares, 1920-1925.

- SCHEPPER, Hugo de. *Un catalán en Flandes: don Luis de Requesens y Zúñiga, 1573-1576*. Barcelona: Universidad, 1998.
- «Justicia, gracia y policía en Flandes bajo el Duque de Alba». En: Congreso V Centenario del Nacimiento del III Duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo: actas. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2008, p. 461-470.
- SOBRINO CHOMÓN, Tomás. «El monasterio premonstratense de Sancti Spiritus». *Cuadernos Abulenses*, 19 (enero-junio 1993), p. 11-40.
- SUÁREZ INCLÁN, Julián. *Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de don Felipe II*. 2 v. Madrid: [s. n.], 1897-1898.
- TAPIA SÁNCHEZ, Serafín de. «Nivel de alfabetización en una ciudad castellana del siglo XVI: sectores sociales y grupos étnicos en Ávila». *Studia Historica, Historia Moderna*, VI (1988), p. 481-502.
- «La participación de Ávila en las Comunidades de Castilla». En: *Ávila en el tiempo. Homenaje al profesor Ángel Barrios*. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2007, vol. III, p. 139-182.
- THOMPSON, I. A. A., «El soldado del Imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro». *Manuscrits*, 21 (2003), p. 17-38.
- «La última jornada: el duque de Alba y la conquista de Portugal». En: Congreso V Centenario del Nacimiento del III Duque de Alba, Fernando Álvarez de Toledo: actas. Ávila: Institución Gran Duque de Alba, 2008, p. 89-100.
- ZÚÑIGA, don Francés de. *Crónica burlesca del emperador Carlos V*. SÁNCHEZ PASO, José A. (Ed.). Salamanca: Universidad, 1989.

LIBROS PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN:

- 1 LUIS LÓPEZ, Carmelo y otros. *Guía del Románico de Ávila y primer Mudéjar de La Moraña*. 1982. ISBN 84-00051-83-1
- 2 TEJERO ROBLEDO, Eduardo. *Toponimia de Ávila*. 1983. ISBN 84-00053-06-0
- 3 ROBLES DÉGANO, Felipe. *Peri-Hermenías*. 1983. ISBN 84-00054-54-7
- 4 GÓMEZ MORENO, Manuel. *Catálogo Monumental de Ávila*. 2007. ISBN 84-00054-70-9
- 5 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, M.ª Jesús. *La Capilla Mayor del Monasterio de Gracia*. 1982. ISBN 84-00052-56-0
- 6 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *Episcopado Abulense, Siglos XVI-XVIII*. 1983. ISBN 84-00055-58-6
- 7 HEDO, Jesús. *Antología de Nicasio Hernández Luquero*. 1985. ISBN 84-39852-58-4
- 8 GONZÁLEZ HONTORIA, Guadalupe y otros. *El Arte Popular en Ávila*. 1985. ISBN 84-39852-56-8
- 9 GARZÓN GARZÓN, Juan María. *El Real Hospital de Madrigal*. 1985. ISBN 84-39852-57-6
- 10 MARTÍN MARTÍN, Victoriano y otros. *Estructura Socioeconómica de la Provincia de Ávila*. 1985. ISBN 84-39852-55-X
- 11 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, María Jesús y otros. *El Retablo de la Iglesia de San Miguel de Arévalo y su restauración*. 1985. ISBN 84-00061-02-0
- 12 RUIZ-AYÚCAR, Eduardo. *Sepulcros artísticos de Ávila*. 1985. ISBN 84-00060-94-6
- 13 CABEZA SÁNCHEZ-ALBORNOZ, María Cruz. *La Tierra Llana de Ávila en los siglos XV-XVI. Análisis de la documentación del Mayorazgo de La Serna (Ávila)*. 1985. ISBN 84-39855-76-1
- 14 ARNAÍZ GORROÑO, María José y otros. *La Iglesia y Convento de la Santa en Ávila*. 1986. ISBN 84-50534-23-2
- 15 SOMOZA ZAZO, Juan José y otros. *Itinerarios Geológicos*. 1986. ISBN 84-00063-50-3
- 16 ARIAS CABEZUDO, Pilar; LÓPEZ VÁZQUEZ, Miguel; y SÁNCHEZ SASTRE, José. *Catálogo de la escultura zoomorfa, protohistórica y romana de tradición indígena de la Provincia de Ávila*. 1986. ISBN 84-00063-72-4
- 17 FERNÁNDEZ GÓMEZ, Fernando. *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*. 1986. ISBN 84-50547-50-4

- 18 PABLO MAROTO, Daniel de y otros. *Introducción a San Juan de la Cruz*. 1987. ISBN 84-00065-65-4
- 19 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, María Jesús y otros. *La Ermita de Nuestra Señora de las Vacas de Ávila y la restauración de su retablo*. 1987. ISBN 84-50554-55-1
- 20 LUIS LÓPEZ, Carmelo. *La Comunidad de Villa y Tierra de Piedrahíta en el tránsito de la Edad Media a la Moderna*. 1987. ISBN 84-60050-94-7
- 21 MORALES MUÑIZ, María Dolores. *Alfonso de Ávila, Rey de Castilla*. 1988. ISBN 84-00067-85-1
- 22 DESCALZO LORENZO, Amalia. *Aldeavieja y su Santuario de la Virgen del Cubillo*. 1988. ISBN 84-86930-00-6
- 23 GARCÍA FERNÁNDEZ, Emilio C. *El reportaje gráfico abulense*. 1988. ISBN 84-86930-04-9
- 24 CEPEDA ADÁN, José y otros. *Antropología de San Juan de la Cruz*. 1988. ISBN 84-86930-06-5
- 25 SÁNCHEZ MATA, Daniel. *Flora y vegetación del Macizo Oriental de la Sierra de Gredos*. 1989. ISBN 84-86930-17-0
- 26 MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. *La industria textil en Ávila durante la etapa final del Antiguo Régimen. La Real Fábrica de Algodón*. 1989. ISBN 84-86930-13-8
- 27 GARCÍA MARTÍN, Pedro. *El substrato abulense de Jorge Santayana*. 1990. ISBN 84-86930-23-5
- 28 MARTÍN JIMÉNEZ, María Isabel. *El paisaje cerealista y pinariego de la tierra llana de Ávila. El interfluvio Adaja-Arevalillo*. 1990. ISBN 84-86930-27-8
- 29 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *Episcopado Abulense. Siglo XIX*. 1990. ISBN 84-86930-30-8
- 30 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, Irene. *El proceso desamortizador en la Provincia de Ávila (1836-1883)*. 1990. ISBN 84-86930-16-2
- 31 RODRÍGUEZ, José Vicente y otros. *Aspectos históricos de San Juan de la Cruz*. 1990. ISBN 84-86930-33-2
- 32 VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco. *El Infante don Luis A. de Borbón y Farnesio*. 1990. ISBN 84-86930-35-9
- 33 MUÑOZ JIMÉNEZ, José Miguel. *Arquitectura Carmelitana (1562-1800)*. 1990. ISBN 84-86930-37-5
- 34 DOMÍNGUEZ GONZÁLEZ, Pedro; y MUÑOZ MARTÍN, Carmen. *Opiniones y actitudes sobre la enfermedad mental en Ávila y la locura en el refranero*. 1990. ISBN 84-86930-41-3
- 35 TAPIA SÁNCHEZ, Serafín de. *La Comunidad Morisca de Ávila*. 1991. ISBN 84-7481-643-2
- 36 MARTÍNEZ RUIZ, Enrique. *Acabemos con los incendios forestales en España*. 1991. ISBN 84-86930-42-1

- 37 ROLLÁN ROLLÁN, María del Sagrario. *Extasis y purificación del deseo*. 1991. ISBN 84-86930-47-2
- 38 GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Nicolás; y CRUZ VAQUERO, Antonio de la. *La Custodia del Corpus de Ávila*. 1993. ISBN 84-86930-79-0
- 39 CASTILLO DE LA LASTRA, Agustín del. *Molinos de la zona de Piedrahíta y El Barco de Ávila*. 1992. ISBN 84-86930-60-X
- 40 MARTÍN JIMÉNEZ, Ana. *Geografía del equipamiento sanitario de Ávila. Mapa Sanitario*. 1993. ISBN 84-86930-74-X
- 41 IZQUIERDO SORLI, Monserrat. *Teresa de Jesús, una aventura interior*. 1993. ISBN 84-86930-80-4
- 42 MAS ARRONDO, Antonio. *Teresa de Jesús en el matrimonio espiritual*. 1993. ISBN 84-86930-81-2
- 43 STEGGINK, Otger. *La Reforma del Carmelo Español*. 1993. ISBN 84-86930-82-0
- 44 TEJERO ROBLEDO, Eduardo. *Literatura de tradición oral en Ávila*. 1994. ISBN 84-86930-94-4
- 45 GARCÍA FERNÁNDEZ, Emilio C. *Ávila y el cine: historia, documentos y filmografía*. 1995. ISBN 84-86930-96-0
- 46 HERRÁEZ HERNÁNDEZ, José María. *Universidad y universitarios en Ávila durante el siglo XVII*. 1994. ISBN 84-86930-92-8
- 47 MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. *El Ayuntamiento de Ávila en el siglo XVIII. La elección de los Regidores Trienales*. 1995. ISBN 84-89518-01-7
- 48 VILA DA VILA, Margarita. *Ávila Románica: talleres escultóricos de filiación Hispano-Languedociana*. 1999. ISBN 84-89518-53-X
- 49 SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Teresa y otros. *Estudio Socioeconómico de la Provincia de Ávila*. 1996. ISBN 84-86930-24-3
- 50 HERRERO DE MATÍAS, Miguel. *La Sierra de Ávila*. 1996. ISBN 84-89518-16-5
- 51 TOMÉ MARTÍN, Pedro. *Antropología Ecológica*. 1996. ISBN 84-89518-17-3
- 52 GONZÁLEZ DE POSADA, Francisco; y BRU VILLASECA, Luis. *Arturo Duperier: mártir y mito de la Ciencia Española*. 2005. ISBN 84-89518-22-X
- 53 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *San José de Ávila. Historia de su fundación*. 1997. ISBN 84-89518-26-2
- 54 SERRANO ÁLVAREZ, José Manuel. *Un periódico al servicio de una provincia: El Diario de Ávila*. 1997. ISBN 84-89518-31-9
- 55 TEJERO ROBLEDO, Eduardo. *La villa de Arenas de San Pedro en el siglo XVIII. El tiempo del infante don Luis (1727-1785)*. 1998. ISBN 84-89518-30-0

- 56 MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. *Mombeltrán en su Historia*. 1997. ISBN 84-89518-32-7
- 57 CHAVARRÍA VARGAS, Juan Antonio. *Toponimia del Estado de La Adrada según el texto de Ordenanzas (1500)*. 1998. ISBN 84-89518-33-5
- 58 MARTÍNEZ PÉREZ, Jesús. *Fray Juan Pobre de Zamora. Historia de la pérdida y descubrimiento del galeón San Felipe*. 1997. ISBN 84-89518-34-3
- 59 BERNALDO DE QUIRÓS, José Antonio. *Teatro y actividades afines en la ciudad de Ávila (siglos XVII, XVIII y XIX)*. 1998. ISBN 84-89518-40-8
- 60 FERNÁNDEZ FERNANDEZ, Maximiliano. *Prensa y comunicación en Ávila (siglos XVI-XIX)*. 1998. ISBN 84-89518-44-0
- 61 TROITINO VINUESA, Miguel Ángel. *Evolución Histórica y cambios en la organización del territorio del valle del Tiétar abulense*. 1999. ISBN 84-89518-47-5
- 62 ANDRADE, Antonia y otros. *Recursos naturales de las Sierras de Credos*. 2002. ISBN 84-89518-57-2
- 63 SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *La Beneficencia en Ávila*. 2000. ISBN 84-89518-64-5
- 64 SABÉ ANDREU, Ana M.^a. *Las Cofradías de Ávila en la Edad Moderna*. 2000. ISBN 84-89518-66-1
- 65 BARRENA SÁNCHEZ, Jesús. *Teresa de Jesús una mujer educadora*. 2000. ISBN 84-89518-67-X
- 66 CANELO BARRADO, Carlos. *La Escuela de Policía de Ávila*. 2001. ISBN 84-89518-68-8
- 67 NIETO CALDEIRO, Sonsoles. *Paseos y jardines públicos de Ávila*. 2001. ISBN 84-89518-72-6
- 68 SÁNCHEZ MUÑOZ, M.^a Jesús. *La Cuenca Alta del Adaja (Ávila)*. 2002. ISBN 84-89158-79-3
- 69 ARRIBAS CANALES, Jesús. *Historia, Literatura y fiesta en torno a San Segundo*. 2002. ISBN 84-89518-81-5
- 70 GONZÁLEZ CALLE, Jesús Antonio. *Despoblados en la comarca de El Barco de Ávila*. 2002. ISBN 84-89518-83-1
- 71 ANDRÉS ORDAX, Salvador. *Arte e iconografía de San Pedro de Alcántara*. 2002. ISBN 84-89518-85-8
- 72 RICO CAMPS, Daniel. *El románico de San Vicente de Ávila*. 2002. ISBN 84-95459-92-5
- 73 NAVARRO BARBA, José Antonio. *Arquitectura popular en la provincia de Ávila*. 2004. ISBN 84-89518-92-0
- 74 VALENCIA GARCÍA, M.^a de los Ángeles. *Simbólica femenina y producción de contextos culturales. El caso de la Santa Barbada*. 2004. ISBN 84-89518-89-0

- 75 LÓPEZ FERNÁNDEZ, M.^a Isabel. *La arquitectura mudéjar en Ávila*. 2004. ISBN 84-89518-93-9
- 76 GONZÁLEZ MARRERO, M.^a del Cristo. *La Casa de Isabel la Católica. Espacios domésticos y vida cotidiana*. 2005. ISBN 84-89518-94-7
- 77 GARCÍA GARCIMARTÍN, Hugo J. *El valle del Alberche en la Baja Edad Media (siglos XII-XV)*. 2005. ISBN 84-89518-95-5
- 78 FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Maximiliano. *Elecciones en la provincia de Ávila, 1977-2000: comportamiento político y evolución de las corporaciones democráticas*. 2006. ISBN 84-96433-22-6
- 79 CAMPDERÁ GUTIÉRREZ, Beatriz I. *Santo Tomás de Ávila: historia de un proceso crono-constructivo*. 2006. ISBN 84-96433-26-9
- 80 CHAVARRÍA VARGAS, Juan Antonio; GARCÍA MARTÍN, Pedro; y GONZÁLEZ MUÑOZ, José María. *Ávila en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. 2006. ISBN 84-96433-30-7
- 81 CABALLERO ESCAMILLA, Sonia. *La escultura gótica funeraria de la Catedral de Ávila*. 2007. ISBN 84-96433-37-4
- 82 FERRER GARCÍA, Félix A. *La invención de la iglesia de San Segundo*. 2006. ISBN 978-84-96433-38-0
- 83 SABED ANDREU, Ana M.^a. *Tomás Luis de Victoria, pasión por la música*. 2008. ISBN 978-84-96433-61-8
- 84 GONZÁLEZ MUÑOZ, José M.^a. *Gestión tradicional de los recursos hidráulicos en el Alto Tíetar (Ávila): molinos harineros*. 2008. ISBN 978-84-96433-62-5
- 85 BERMEJO DE LA CRUZ, Juan C. *Actitudes ante la muerte en el Ávila del siglo XVII*. 2008. ISBN 978-84-96433-76-2
- 86 FERRER GARCÍA, Félix A. *Rupturas y continuidades históricas: el ejemplo de la basílica de San Vicente de Ávila, siglos XII-XVII*. 2009. ISBN 978-84-96433-77-9
- 87 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, M.^a Jesús. *La primera generación de escultores del S. XVI en Ávila. Vasco de la Zarza y su escuela*. 2009. ISBN 978-84-96433-80-9
- 88 GÓMEZ GONZÁLEZ, M.^a de la Vega. *Retablos barrocos del valle del Corneja*. 2009. ISBN 98-84-96433-79-3
- 89 GUTIÉRREZ ROBLEDO, José L. *Las murallas de Ávila. Arquitectura e historia*. 2009. ISBN 98-84-96433-83-0
- 90 CALVO GÓMEZ, José Antonio. *El monasterio de Santa María de Burgohondo en la Edad Media*. 2009. ISBN 978-84-96433-91-5
- 91 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *San José de Ávila: desde la muerte de Santa Teresa hasta finales del siglo XIX*. 2009. ISBN 978-84-96433-96-0

- 56 MARTÍN GARCÍA, Gonzalo. *Mombeltrán en su Historia*. 1997. ISBN 84-89518-32-7
- 57 CHAVARRÍA VARGAS, Juan Antonio. *Toponimia del Estado de La Adrada según el texto de Ordenanzas (1500)*. 1998. ISBN 84-89518-33-5
- 58 MARTÍNEZ PÉREZ, Jesús. *Fray Juan Pobre de Zamora. Historia de la pérdida y descubrimiento del galeón San Felipe*. 1997. ISBN 84-89518-34-3
- 59 BERNALDO DE QUIRÓS, José Antonio. *Teatro y actividades afines en la ciudad de Ávila (siglos XVII, XVIII y XIX)*. 1998. ISBN 84-89518-40-8
- 60 FERNÁNDEZ FERNANDEZ, Maximiliano. *Prensa y comunicación en Ávila (siglos XVI-XIX)*. 1998. ISBN 84-89518-44-0
- 61 TROITINO VINUESA, Miguel Ángel. *Evolución Histórica y cambios en la organización del territorio del valle del Tiétar abulense*. 1999. ISBN 84-89518-47-5
- 62 ANDRADE, Antonia y otros. *Recursos naturales de las Sierras de Gredos*. 2002. ISBN 84-89518-57-2
- 63 SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Andrés. *La Beneficencia en Ávila*. 2000. ISBN 84-89518-64-5
- 64 SABE ANDREU, Ana M.^a. *Las Cofradías de Ávila en la Edad Moderna*. 2000. ISBN 84-89518-66-1
- 65 BARRENA SÁNCHEZ, Jesús. *Teresa de Jesús una mujer educadora*. 2000. ISBN 84-89518-67-X
- 66 CANELO BARRADO, Carlos. *La Escuela de Policía de Ávila*. 2001. ISBN 84-89518-68-8
- 67 NIETO CALDEIRO, Sonsoles. *Paseos y jardines públicos de Ávila*. 2001. ISBN 84-89518-72-6
- 68 SÁNCHEZ MUÑOZ, M.^a Jesús. *La Cuenca Alta del Adaja (Ávila)*. 2002. ISBN 84-89158-79-3
- 69 ARRIBAS CANALES, Jesús. *Historia, Literatura y fiesta en torno a San Segundo*. 2002. ISBN 84-89518-81-5
- 70 GONZÁLEZ CALLE, Jesús Antonio. *Despoblados en la comarca de El Barco de Ávila*. 2002. ISBN 84-89518-83-1
- 71 ANDRÉS ORDAX, Salvador. *Arte e iconografía de San Pedro de Alcántara*. 2002. ISBN 84-89518-85-8
- 72 RICO CAMPS, Daniel. *El románico de San Vicente de Ávila*. 2002. ISBN 84-95459-92-5
- 73 NAVARRO BARBA, José Antonio. *Arquitectura popular en la provincia de Ávila*. 2004. ISBN 84-89518-92-0
- 74 VALENCIA GARCÍA, M.^a de los Ángeles. *Simbólica femenina y producción de contextos culturales. El caso de la Santa Barbada*. 2004. ISBN 84-89518-89-0

- 75 LÓPEZ FERNÁNDEZ, M.^a Isabel. *La arquitectura mudéjar en Ávila*. 2004. ISBN 84-89518-93-9
- 76 GONZÁLEZ MARRERO, M.^a del Cristo. *La Casa de Isabel la Católica. Espacios domésticos y vida cotidiana*. 2005. ISBN 84-89518-94-7
- 77 GARCÍA GARCIMARTÍN, Hugo J. *El valle del Alberche en la Baja Edad Media (siglos XII-XV)*. 2005. ISBN 84-89518-95-5
- 78 FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Maximiliano. *Elecciones en la provincia de Ávila, 1977-2000: comportamiento político y evolución de las corporaciones democráticas*. 2006. ISBN 84-96433-22-6
- 79 CAMPDERÁ GUTIÉRREZ, Beatriz I. *Santo Tomás de Ávila: historia de un proceso crono-constructivo*. 2006. ISBN 84-96433-26-9
- 80 CHAVARRÍA VARGAS, Juan Antonio; GARCÍA MARTÍN, Pedro; y GONZÁLEZ MUÑOZ, José María. *Ávila en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. 2006. ISBN 84-96433-30-7
- 81 CABALLERO ESCAMILLA, Sonia. *La escultura gótica funeraria de la Catedral de Ávila*. 2007. ISBN 84-96433-37-4
- 82 FERRER GARCÍA, Félix A. *La invención de la iglesia de San Segundo*. 2006. ISBN 978-84-96433-38-0
- 83 SABÉ ANDREU, Ana M.^a. *Tomás Luis de Victoria, pasión por la música*. 2008. ISBN 978-84-96433-61-8
- 84 GONZÁLEZ MUÑOZ, José M.^a. *Gestión tradicional de los recursos hidráulicos en el Alto Tíetar (Ávila): molinos harineros*. 2008. ISBN 978-84-96433-62-5
- 85 BERMEJO DE LA CRUZ, Juan C. *Actitudes ante la muerte en el Ávila del siglo XVII*. 2008. ISBN 978-84-96433-76-2
- 86 FERRER GARCÍA, Félix A. *Rupturas y continuidades históricas: el ejemplo de la basílica de San Vicente de Ávila, siglos XII-XVII*. 2009. ISBN 978-84-96433-77-9
- 87 RUIZ-AYÚCAR ZURDO, M.^a Jesús. *La primera generación de escultores del S. XVI en Ávila. Vasco de la Zarza y su escuela*. 2009. ISBN 978-84-96433-80-9
- 88 GÓMEZ GONZÁLEZ, M.^a de la Vega. *Retablos barrocos del valle del Corneja*. 2009. ISBN 98-84-96433-79-3
- 89 GUTIÉRREZ ROBLEDO, José L. *Las murallas de Ávila. Arquitectura e historia*. 2009. ISBN 98-84-96433-83-0
- 90 CALVO GÓMEZ, José Antonio. *El monasterio de Santa María de Burgohondo en la Edad Media*. 2009. ISBN 978-84-96433-91-5
- 91 SOBRINO CHOMÓN, Tomás. *San José de Ávila: desde la muerte de Santa Teresa hasta finales del siglo XIX*. 2009. ISBN 978-84-96433-96-0



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba